

# Matteo Strukul

# CASANOVA



LA SONATA DE LOS  
CORAZONES ROTOS



CASANOVA

LA SONATA DE LOS  
CORAZONES ROTOS

Matteo Strukul

Traducción de Natalia Fernández



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Silvia...*  
*y a mi amado Véneto*

PRIMERA PARTE

EL AMOR  
(junio-julio de 1755)

## El juego del ahorcado

El león alado en un extremo. San Teodoro en el otro.

La muchedumbre gritó furibunda. Una marea creciente y exacerbada de rabia, compuesta de rostros sucios y miserables, caras deformadas por las muecas y las risas de burla, ojos perfilados y narices empolvadas. Comerciantes, caldereros, posaderos y perfumistas, sirvientes y camareros, putas, ricos señores y damas de rostro candoroso, por no mencionar a mendigos, carniceros e incluso niños: todos iguales, por una vez; todos preparados para no perderse ni un instante del tético e irresistible espectáculo.

El condenado se hallaba ante ellos, de pie en la tarima. Alguno levantó los puños hacia el cielo; algún otro clamó su propio disgusto.

Blancas bandadas de gaviotas gritaban sus intrincadas letanías por encima de la horca. Anticipaban ya el sabor de la comida, el absoluto gozo de aquello en lo que se convertiría ese hombre: basura y mierda.

El condenado tenía los ojos muy abiertos: las lágrimas le recorrían las mejillas y le impregnaban la cara mugrienta de mocos y barro. A su espalda, las góndolas ejecutaban una danza macabra en la laguna de San Marcos; a su derecha, más allá del gentío vociferante, se alzaban las arcadas blancas del Palacio Ducal.

El sol de primavera se meció distraídamente, virando a naranja, para luego sumergirse en el lago, incendiándolo como ámbar líquido. El condenado desvió la vista a un lado. En una mesa baja vio el recipiente de hierro que contenía las tenazas marrones, goteando sangre. En un charco rojo afloraban unos dientes.

Los suyos.

Habría querido escupir, pero la boca permanecía sellada en una suave esfera de carne mientras la lengua recorría, desesperada, los huecos que habían dejado las piezas arrancadas.

El miedo le devoraba el alma. Deseaba gritar, pero hacía rato que le faltaba el aire. En su lugar, una piedra oscura le cortaba la respiración.

El muñón palpitaba rabioso. El dolor irradiaba en oleadas que le desgarraban la carne como arpones: desde la muñeca hasta el hombro, y después al resto del cuerpo.

Cuando le cercenaron la mano, un barbero junto con unos policías le habían taponado lo que le quedaba de brazo con una vaina hecha de cerdo para impedir que muriera desangrado.

No de inmediato, por lo menos.

La soga ya le tiraba sobre la nuca, impaciente, y parecía recordarle lo que vendría a continuación. Vio a los inquisidores generales observarlo en silencio desde el palco recubierto de negro: los labios sellados, los ojos como hendiduras similares a heridas de cuchillo.

Lo miraban con reprobación, como pájaros de mal agüero.

Antorchas, braseros y cabos de velas lamían con lenguas escarlata el aire que iba oscureciéndose bajo el cobre del atardecer.

El inquisidor rojo bajó la cabeza en señal de asentimiento. Alzó la mano.

El verdugo procedió a empujar la barra de madera. La muchedumbre bramó de júbilo.

El condenado oyó el siniestro chirrido de los dientes del engranaje, marcando los momentos de su muerte.

La cuerda se tensó. El condenado perdió el soporte.

El nudo le cortó el aliento. Las piernas patalearon en el vacío. Mientras ante sus ojos el mundo se deformaba en un carnaval de muerte, se llevó la única mano a la cuerda.

Emitió un grito sordo. Vio el muñón en la funda de cerdo agitarse en el aire, ajeno a él.

Elevándose, izado por la soga, todo su cuerpo se agitaba desesperadamente intentando volver a poner los pies en el suelo.

Las puntas de sus botas danzaron en el aire. Los últimos espasmos lo hicieron temblar.

Notó el olor podrido de la laguna, que le subía por última vez por la garganta, pero ya era demasiado tarde. Venecia acababa de arrancarle la vida y ahora estaba allí, como la puta que era, viéndolo agonizar, succionándole los últimos suspiros de vida.

Hasta que quedó tieso, inmóvil, con los ojos ya vítreos.

Ahorcado.

En la plazuela de San Marcos.

## Regreso a Venecia

El largo cabello de color carbón le caía sobre el rostro en mechones desordenados y brillantes. Los ojos, en parte ocultos tras un rizo rebelde, relampagueaban con un irreverente matiz aguamarina y revelaban una energía nada común. Una sonrisa blanca le cortaba la cara mientras permanecía cómodamente sentado frente a una mesita de madera.

Juguetecía con un *goto*, una copa de cristal, sin decidirse a probar el malvasía de tonos claros que acababan de servirle.

Ubicada en el distrito de San Polo, en las proximidades de Rialto, la Cantina Do Mori no era ciertamente el mejor *bacaro* de Venecia: al contrario, gozaba de pésima fama, frecuentada como solía por matones y aventureros de la peor calaña. Sin embargo, resultaba ser la taberna más antigua de la ciudad y había un hecho en el que todos coincidían: allí se servían los mejores vinos de la Serenísima. El *goto de 'vin* del Do Mori no conocía parangón.

Además, poseía otra característica que la hacía única: gozaba de dos oportunas entradas, una desde la calle Do Mori, la otra desde la calle Galeazza. Y puesto que Casanova era como era, la doble entrada, o mejor dicho, la doble salida, era de lo más útil que le podía pedir a un *bacaro*.

Un par de barriles de madera a modo de mesa, unas sillas de anea y un largo mostrador de roble completaban un establecimiento sencillo y sin pretensiones que reflejaba genuinamente el carácter del posadero, Marco Spinazzi: un hombretón de aspecto correoso y con una coleta alquitranada que parecía salido de la cocina de un barco pirata.

Sin embargo, aquella tarde los clientes del Do Mori tenían un tema de conversación muy distinto, más allá de las bondades del vino o la fortuna adversa que parecían haber precipitado a Venecia en el período más oscuro y complejo de su extraordinaria historia. Ya que —era un hecho— algunos de ellos conocían la fama del hombre de larga cabellera que hacía poco había entrado y que en ese momento se había decidido a acercarse el *goto de 'vin* a los labios.

Y justo porque conocían su fama, eran también conscientes de que su regreso tan solo podía traer desgracias.

Algunos, disimuladamente, le dedicaban miradas de reojo.

Llevaba una magnífica levita marrón sobre un elegante chaleco y una camisa de encaje con mangas abullonadas. En los pies lucía unas botas de cuero reluciente. No usaba peluca y se había recogido la melena con un lazo negro de terciopelo.



Aventurero, seductor, espadachín y cabalista, aquel hombre se movía como pez en el agua entre desafíos y duelos, vicios y engaños. Su nombre era sinónimo de problemas, y cruzar una mirada de más con él podía resultar fatal.

Si los clientes de la taberna hubieran sabido lo que les aguardaba poco después, se hubieran volatilizado al instante.

Pero no fue así la cosa. Lo que ocurrió fue tan solo culpa del destino esquivo y de la única criatura que podría haber vencido, en cuanto a desventura, incluso a aquel campeón absoluto.

Tal criatura era una mujer. De gran belleza, por añadidura.

Cuando entró fue como si de repente se hubiera levantado una ráfaga de viento. Su hermosura era tan llamativa que resultaba incluso divertido ver cómo desafiaba a los que tenía alrededor. Portaba un vestido verde esmeralda que realzaba, por contraste, su espléndido cabello castaño, recogido en un peinado sofisticado, pero al mismo tiempo discreto, que subrayaba los destellos de color chocolate. Sus mórbidos labios rojos parecían fruncirse de modo natural en una sonrisa, y la mirada revelaba una despreocupada inteligencia que la hacía resultar de inmediato deseable.

El posadero levantó imperceptiblemente los ojos hacia el techo, presagiando un sinfín de quebrantos, que no tardaron en llegar.

Un hombre con una peluca blanca y mirada arrogante, que desde hacía un rato estaba conversando con un par de compadres, no tardó en romper el hechizo.

—Vaya, parece que no toda la clientela son hombres y muchachos, ¿no es así, Marco? —Y al decirlo dirigió un guiño de complicidad al propietario, que se cuidó mucho de responder.

Después, tranquilizado por aquel silencio, el hombre prosiguió:

—Señora mía, soy el caballero Andrea Zanon, y os ruego que me consideréis a partir de este mismo momento vuestro humilde servidor. Cualquier cosa que necesitéis, os lo ruego, no dudéis en pedírmelo.

La mujer lo atravesó con una mirada chispeante, como si ya esperara aquel tipo de bienvenida. Luego, en silencio, observó por un instante a los otros clientes de la taberna, haciendo relucir sus iris grises. Por fin contestó:

—Gentil caballero, me llamo Gretchen Fassnauer y estoy al servicio de la condesa Margarethe von Steinberg. Estoy buscando a alguien con quien mi señora quiere conversar.

Las palabras se mecieron en las notas lánguidas de una voz grave, revelando un óptimo italiano con marcado acento austríaco. Zanon tosió nerviosamente y avanzó hacia ella, sacando pecho.

—¡Pero bueno! ¡Qué magnífica noticia! —dijo—. Entonces si me permitís un consejo, sugeriría que busquemos juntos a esa persona. Venecia es un laberinto tal, que una mujer elegante, pero no familiarizada con la ciudad, se arriesgaría a perderse sin un guía.

A pesar de que el caballero lo intentaba todo para resultar amable y considerado, la voz le salió desagradable y untuosa. La mujer no pareció darse por enterada y se limitó a sonreír.

—Gracias —indicó con un tono no exento de malicia—, pero sé perfectamente dónde buscar.

Zanon fingió no haberlo oído y se acercó a ella con ademanes vulgares.

Los clientes del *bacaro* habían permanecido expectantes, deslumbrados por la aparición de Gretchen, un acontecimiento más estrafalario que otra cosa: jamás la Cantina Do Mori habría podido presentarse como el lugar adecuado para las gracias de una dama. Y, además, extranjera. Sin embargo, a pesar de lo que la etiqueta y la conveniencia aconsejaban, eso era precisamente lo que estaba sucediendo en aquel momento. Conscientes de la extravagancia, todos parecían contener el aliento para ver de qué modo iba a terminar todo, como si el caballero Zanon en su intento de grosera aproximación reflejara, en el fondo, el deseo general.

El único que no parecía impresionado con la escena era el gentilhomme de cabellera negra. Estaba acabando su malvasía, recreándose en el aroma y tomándose todo el tiempo, puesto que el vino significaba un gran placer para él. Se limitó a sonreír bajo su melena.

—Pues bien —la urgió Zanon—, decidnos quién es la persona merecedora de vuestras atenciones y de las de vuestra condesa.

Una vez más, en su voz se traslució un deje de mofa, mezclada con impaciencia mal disimulada, tras lo cual puso de manera descarada su mano débil e hinchada sobre la de ella, magnífica. Se arrodilló y, llevándosela a los labios, besó la piel blanca de alabastro, más tiempo de lo que hubiera sido conveniente.

Esta vez Gretchen no sonrió. Hizo amago de liberarse, pero no lo consiguió: Zanon la retenía por la muñeca. Y le estaba haciendo daño.

—¡Valor, amigos míos! —dijo el caballero, volviéndose hacia sus dos compadres—. ¿Por qué no le mostramos a esta amable señora el arte de andar por los callejones?

Los dos estallaron en una risotada desmadejada.

Gretchen, visiblemente molesta, esbozó un gesto de desprecio.

—¡Dejadme en paz! —exclamó—. Busco al señor Giacomo Casanova. No he venido por vosotros. Sé de cierto que puedo encontrarlo aquí.

Zanon se quedó de piedra. Conocía ese nombre y no entraba en la categoría de los que se podían pronunciar a la ligera.

Como si no esperara otra cosa, el gentilhomme de larga cabellera negra dejó la copa y se levantó de la silla. Después, se dirigió hacia Zanon, tratándolo con cierta sorna.

—Señor, os aconsejo que soltéis la mano de la muchacha.

El tipo parecía no creer lo que estaba oyendo. ¿Quién era ese hombre que se consideraba en situación de darle órdenes?

—¿Y si no lo hago?

—Lo veréis enseguida.

—Estoy a vuestra dispo...

Zanon no logró terminar la frase.

El hombre de la cabellera negra le atizó un bofetón en plena cara. El caballero sintió que la mano enguantada le golpeaba la mejilla. El manotazo le echó la cabeza hacia atrás.

Antes incluso de comprender lo que estaba ocurriendo, un puño, dirigido de manera impecable y eficaz, le había alcanzado el hígado, removiendo sus entrañas. Zanon se dobló, pero esta vez hacia delante. Sintió en la boca el sabor amargo de la bilis. Tuvo apenas tiempo de mirar las brillantes puntas de las botas de su agresor, cuando aquella fuerza de la naturaleza lo cogió por el cuello y estrelló su cabeza contra uno de los barriles de la taberna, haciendo que saltara por los aires todo lo que había encima.

Copas de cristal, jarras y botellas terminaron por el suelo en un tintinear de terracota y vidrios.

Zanon babeaba sobre la madera, mientras con la izquierda arañaba desesperadamente el aire. Al final se ensució los immaculados puños de la camisa con el rojo rastro sangriento que había ido esparciendo sobre el barril antes de desplomarse en el suelo.

El hombre de cabellera negra sonrió y procedió a realizar una impecable reverencia.

—Giacomo Casanova, señora mía —dijo mirando los ojos color de perla de Gretchen—. Para serviros.

La muchacha acababa de llevarse una mano a la hermosa boca, conteniendo un grito de estupor, al ver que los dos compadres del caballero se habían levantado.

La taberna corría el riesgo de sumirse en el caos.

Marco Spinazzi no esperó demasiado: aquello era su *bacaro* y la situación amenazaba ruina. Esperar habría podido significar el error del siglo.

—Señores, os lo ruego, id afuera a pelear —indicó en el último momento.

Demasiado tarde.

Uno de los dos compadres había roto una botella en el borde del mostrador y en ese momento la blandía como si fuera un cuchillo de cristal afilado, con las puntas irregulares y transparentes dispuestas a morder la carne; el otro había recuperado su propio bastón de paseo y, retirando una funda, dejó a la vista un estoque de hoja brillante.

Se estaban acercando, rechinando los dientes como depredadores. Giacomo Casanova no se inmutó.

Sonrió a Gretchen.

—¿Seríais tan amable de disculparme un momento? —murmuró.

Y según lo decía se volvió. Avanzó hacia los dos hombres que tenía enfrente: con la mano derecha agarró una jarra de terracota que reposaba sobre una de las barricadas cercanas y con la izquierda, un tenedor.

## El inquisidor general

El magnífico arcón del Palacio Ducal contenía en sí mismo el principio y el fin de la vida política veneciana, mezclando en un todo integral la lengua precisa del gobierno y el orden con aquella otra tortuosa de quienes estaban dispuestos a hacer lo que fuera con tal de escalar en su carrera y en beneficio personal. Su doble alma, tallada en lo ideal y corrompida por lo contingente, parecía revelarse en las sombras llenas de humo al final del día, cuando antorchas y linternas pulsaban alrededor como ojos infernales.

El león alado de San Marcos semejaba montar guardia en el palacio. Los globos de luz proyectaban destellos bermellones en el pórtico y en la elegante logia aérea, haciendo aún más sugerentes los paneles de mármol de la fachada en blanco y rojo. Las almenas, en la cúspide, corrían ágiles y asombrosas a lo largo de los dos flancos principales: uno que daba a la plazuela de San Marcos, y el otro al muelle.

Solo, en la austera estancia de los inquisidores generales, en el segundo piso del palacio, Pietro Garzoni estaba acabando de escribir una carta.

Se sentaba, rígido y hierático, en una silla de madera labrada, con los codos apoyados en un elegante escritorio. La peluca con reflejos de plata y la capa negra le daban un aire de enterrador; los ojos rasgados, rapaces sobre una boca cruel, sugerían un carácter inflexible y una voluntad de hierro.

El olor de cera de las velas impregnaba el ambiente, mientras que la tenue luz apenas lograba mitigar la sensación lúgubre y severa que transmitían los muebles y las paredes enteramente recubiertas con paneles de alerce oscuro.

El inquisidor general firmó la carta, escrita en una grafía gruesa y nerviosa. Esperó a que la tinta se asentara y sopló sobre la hoja, agitándola después con la mano, de manera que el aire la secara más rápidamente. Luego introdujo la misiva en un sobre. Cogió la vela para fundir el lacre y esperó a que este fluyera, denso y rojo, sobre el papel. Finalmente le puso el sello. Suspiró mientras alejaba el sobre con la mano, deslizándolo por la brillante superficie del gran escritorio.

A sus espaldas, las primeras estrellas del cielo estaban enmarcadas por los ventanales que daban al jardín.

Con gesto molesto, tamborileó con los dedos sobre la caoba del escritorio antes de agarrar la campana, como si fuera a hacerla pedazos, para sacudirla con fuerza.

Al cabo de unos instantes compareció su criado personal. Garzoni le señaló el sobre. El hombre la cogió y se detuvo.

—¿Qué ocurre ahora? —gruñó el inquisidor a regañadientes.

—Excelencia —murmuró el otro con un hilo de voz a punto de romperse—. Un hombre pregunta por vos, dice que se llama Zago. Afirma que tiene noticias de máxima urgencia que comunicaros.

«Zago, es verdad, aquel bribón», pensó el inquisidor. Suspiró.

Sin embargo, y a pesar de sus defectos, era uno de sus hombres de más confianza.

—Hacedlo entrar —rugió—. ¿A qué esperáis? —Hizo un gesto de disgusto, como si quisiera alejar a su vasallo a toda prisa.

Retrocediendo, el hombre se deshizo en reverencias, murmurando varias veces la palabra «excelencia», hasta llegar a la puerta y cerrarla tras de sí.

Garzoni se desabrochó el cuello y se llevó las manos a la cara, cerrando los ojos y sumergiéndose en un momento de silencio. Si Zago había decidido presentarse ante él, tenía que haber sucedido algo importante.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

La hoja se abrió y Zago entró en la estancia.

Tenía una cabellera larga y rubia, tan sucia y grasienta que las guedejas parecían tallos de hierba amarilla remojada. La llevaba recogida en una coleta, pero un mechón sucio se extendía por su rostro, cayendo más abajo del mugriento cuello de la camisa. Unos malévolos ojos color turquesa, una nariz fina y una boca llena de dientes negros y podridos era todo lo que esa cara podía ofrecer a su interlocutor.

Garzoni tuvo que hacer un buen acopio de autocontrol para tolerar tamaña muestra de descuido. Aquel hombre le producía náuseas. Contuvo a duras penas un amago de arcada y se impuso calmarse puesto que, a pesar de su aspecto, aquel matón valía su peso en oro.

—¡Ah! —exclamó entonces—. Zago... Vaya, ¿qué buenas nuevas me traéis?

El hombre pareció vacilar un momento, se rascó la pálida piel, del color del cuajo de la leche, y después pronunció tres palabras, que acudieron a sus labios como si las hubieran forzado a salir.

—Buenas no son.

El inquisidor general elevó la mirada al techo, esperando encontrar alivio. Sus grandes ojos castaños se deslizaron líquidos, hechizados por la magnificencia y la gloria de *El retorno del Hijo Pródigo*, de Tintoretto: la visión verde del jardín, las gozosas figuras, el abrazo del padre al hijo, incrustado en el marco dorado y octogonal.

Pero, por más hermoso que fuera, ni siquiera aquel cuadro podía protegerlo de la sensación de angustia que las palabras de Zago habían dibujado en el aire.

Volvió la vista hacia aquel desecho humano.

—Hablad, pues —lo animó.

—Vuestra excelencia, no sé si mis noticias os complacerán —prosiguió Zago, obstinándose en no revelar nada.

Garzoni temblaba de impaciencia y de rabia.

—Pues muy bien... ¿Qué puede haber peor? ¿Creéis de verdad que podéis impresionarme? ¿Más que las noticias que me llegan del mundo? —Tras aquella ristra de preguntas, el inquisidor recuperó aliento y acto seguido continuó, enumerando las muchas desventuras que le atenazaban el alma—. Austria y Francia parecen destinadas a una nueva si bien difícil alianza: el conde Von Kaunitz está haciendo de todo para favorecer una ruptura entre Luis XV de Francia y Federico II. Por otro lado, Rusia e Inglaterra están próximas a sellar un acuerdo. Prusia reflexiona sobre qué hacer. La situación es explosiva, mi querido Zago. María Teresa de Austria anhela Silesia: quiere anexionarla a su ya vasto reino, y Venecia se cuidará muy bien de no mover un dedo a favor de quien sea, dadas las fuerzas implicadas. Por lo demás..., ¿qué más se podría hacer? No tendría nada que ganar, ya que, como que me llamo Pietro Garzoni, no estará en la guerra nuestro futuro sino en la capacidad de diálogo. Pero esto a vos... ¿qué os importa, a fin de cuentas? A vos..., que sois mi alma maldita. A vos, que trabajáis en la sombra y que lleváis a cabo mis jugadas.

El inquisidor hizo una pausa. Después prosiguió, puesto que necesitaba desahogarse y también porque creía, sinceramente, que no podría comunicársele nada peor de lo que ya sabía.

—Estos son tiempos miserables, querido Zago. El dogo Francesco Loredan es un hombre débil, mediocre, de escasa cultura y poca, poquísima, capacidad de decisión. No es preciso señalar que en este mismo instante, mientras hablamos, lo aflige una enfermedad que lo obliga a guardar cama y que legitima aún más a sus detractores a ridiculizarlo en público. Por ello, decidme..., ¿qué cosa puede ser peor que esto?

Zago inspiró largamente, como si lo que estaba a punto de decir requiriera todo el oxígeno que su nariz pudiera albergar.

Luego se soltó sin más dilación. Tan solo emitió cuatro palabras:

—¡Giacomo Casanova ha vuelto! —Fue el principio del fin.

Con la mera mención de ese nombre, Pietro Garzoni se puso en pie de un salto y casi derramó la tinta por el suelo.

Se abrió un poco más el cuello almidonado, temiendo no ser capaz de respirar, y se desabrochó los botones de la larga levita negra.

Giacomo Casanova... ¡Cuánta insolencia!

Aquel hombre era una maldición. Sus vicios, su mala influencia en las mujeres, los rumores sobre el hecho de que acaso estuviera imbuido de fuerzas ocultas... Las últimas noticias lo situaban en Viena. Recordó lo sucedido unos años antes, cuando Giacomo Casanova había

abandonado la República: Garzoni había dado un suspiro de alivio, ya que ese hombre era como la peste y la hambruna juntas. Transformaba en muerte y llanto todo aquello que tocaba. Bien era cierto que la gente lo quería, las mujeres estaban locas por él, los círculos de escritores y artistas lo consideraban una suerte de antihéroe rebelde y, por lo tanto, un modelo. Pero Casanova suponía la maldición del orden y de la disciplina. Y, en una ciudad como Venecia, solo Dios sabía cuánto orden y disciplina eran necesarios. La República, que entre los círculos exclusivos y los juegos de azar, teatros y burdeles, salones y tabernas, parecía un polvorín a punto de explotar, era una ciudad voluble y líquida como el agua de la laguna en la que había nacido, una mujer lasciva y dispuesta a entregarse a quienes, mejor que nadie, conocían sus vicios y la peculiaridad de sus acentos.

En definitiva, de un hombre como aquel se podía esperar prácticamente cualquier cosa. Por ello, la noticia de su regreso podía ser bienvenida en la misma medida en que lo habría sido el anuncio de una epidemia de viruela.

—¿Estáis seguro? —preguntó Garzoni, casi con incredulidad—. ¿Lo habéis visto? ¿Era él realmente? —El interrogatorio lo consumía como si fuera fuego—. ¡Responded, maldita sea!

Zago carraspeó nerviosamente.

—Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Dónde estaba?

—En la Cantina Do Mori, en el distrito de San Polo, cerca de Rialto. ¿Lo conoce vuestra excelencia?

—¿Y quién no conoce ese tugurio de depravados y cantamañanas? —El inquisidor general estaba cegado por la rabia.

—Se ha encontrado con una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, pero no una de aquí.

—¿Qué pretendéis decirme?

—Era una austríaca, una dama de compañía. Ha llevado a Casanova a casa de su señora.

—¿Sabéis de quién se trata?

—De la condesa Margarethe von Steinberg.

Garzoni conocía aquel nombre, pero desde luego eso era algo que no iba a revelar a Zago. Algunos secretos tenían que permanecer como tales. Sin embargo, se le escapaba el motivo por el cual Casanova había vuelto a su patria para encontrarse con una noble austríaca. ¿Con qué fin?

—Hay algo más, excelencia.

—¿Todavía más? —Garzoni apenas podía creerlo.

—Sí.

—¡Os escucho!

El inquisidor volvió a sentarse detrás del escritorio. A decir verdad, tanto lo había trastornado la noticia que más bien se derrumbó. Sus ojos, anegados de furia, se diluían en el cansancio y en la conciencia de lo que le esperaba: días repletos de escándalo y locura, puesto que, cada vez que aquel maldito Casanova tramaba alguno de sus diabólicos enredos, todo terminaba irremediablemente en un montón de muchachas desesperadas, padres deshonrados, pretendientes decididos a vengarse... Y Venecia se sumía en el caos.

—Hubo una pelea —continuó Zago.

—¿Y alguien resultó muerto? —Por un momento un rayo de esperanza se insinuó en los pensamientos del inquisidor. Pillar a Giacomo Casanova por homicidio era un sueño prohibido. La mirada de desconsuelo de Zago resultó, no obstante, demasiado elocuente.

—Nada que hacer, excelencia. Solo algún que otro diente partido y un par de manos rotas. Por no hablar de que los otros estaban amenazando a una chica.

—¿La damisela austríaca?

—Exactamente.

—¡Pues claro! ¡Cómo no se me había ocurrido! —Garzoni se dejó llevar por un torbellino de exclamaciones exacerbadas, en el intento de no ir a peores—. ¿Y quiénes eran los otros?

—El caballero Andrea Zanon y dos de sus compadres.

—¿Pueden resultar de alguna utilidad?

—No veo cómo.

—Ya.

—A menos que utilicemos su resentimiento para quitar del medio a ese hombre —prosiguió el espía.

Garzoni negó con la cabeza.

—No, Zago, eso queda descartado. Debemos ser prudentes. Casanova es traicionero y peligroso. Podría olerse una emboscada a una milla de distancia. Mejor decidme..., ¿llevaba armas consigo? La ley lo prohíbe.

—Ninguna. A menos que consideremos como tales una jarra y un tenedor.

El inquisidor estalló en una risotada. Por un instante pareció incluso divertirse. Pero no había nada agradable en aquel graznido suyo; únicamente el sonido amargo de la impotencia y de la rendición, puesto que, a su pesar, se daba cuenta de que experimentaba una cierta admiración por aquel hombre que se burlaba de las leyes y de las reglas. Quizás apreciaba en él la descarada ligereza con la que plegaba la vida a sus deseos y no al contrario. Él, Casanova, el único al que se le perdonaba todo en virtud de su hermosa apariencia y de su modo irreverente y alocado de vivir la vida a su manera. Sí, probablemente en el fondo de su alma Garzoni envidiaba a aquel hombre al que Venecia todo se lo concedía, sin preocuparse en lo más mínimo de las convenciones sociales ni de las normas de derecho.



Pero fue solo un momento de debilidad. Después la determinación y la autoridad volvieron a brillar en su mirada. Él era un inquisidor, baluarte de tales normas y de tales costumbres, y nunca se dejaría someter a la sensiblería del vicio y de la lascivia de las que Casanova era el indiscutible adalid.

—¿Algo más? —preguntó.

—No.

Garzoni agitó el brazo con gesto cansado. El puño de encaje atizó el aire.

Respiró hondo y acto seguido se sacó del bolsillo de la levita una minúscula llave de plata, que metió en la cerradura de un cajón del escritorio. La llave giró, activando un dispositivo.

El inquisidor extrajo del cajón una bolsita de terciopelo. Se lo lanzó a Zago, que lo agarró entre sus manos.

—Para vos —dijo—. Hay cien cequíes.

Dejó que las palabras apenas pronunciadas se tomaran el tiempo necesario. Quería subrayar su importancia. Después concluyó sus instrucciones.

—Os convertiréis en la sombra del maldito Casanova. Descubriréis lo que hace, adónde va, qué mujeres frecuenta, cómo pasa sus días y sus noches, y me informaréis con todo lujo de detalles. No os dejaréis nada en el tintero. ¿Me he explicado bien?

—Sí.

—¿Me he explicado bien? —repitió con más énfasis el inquisidor general. Los ojos, en ese momento, le relampagueaban como ascuas ardiendo.

—Sí, excelencia.

—Muy bien. Podéis iros.

Y mientras Zago se dirigía hacia la puerta, Garzoni se puso de nuevo en pie, tras lo cual barrió el escritorio con la mano y arrojó al suelo todo lo que estaba encima: tinta, plumas, cartas, documentos, lacre, sellos, abrecartas.

—¡Que me condenen si en esta ocasión no te atrapo, maldito Giacomo Casanova! ¡Terminarás colgado en la plaza de San Marcos! —bramó.

A Zago se le heló la sangre en las venas.

## La condesa

—Esperadme aquí —le susurró Gretchen, en cuyos ojos grises se advirtió un brillo plateado—. La condesa os visitará en breve.

Giacomo asintió con una sonrisa: la muchacha le gustaba, y esa especie de misterio, todavía más. Le había parecido agradable la travesía por los canales —los resplandores iridiscentes del atardecer sobre las aguas azul celeste de la laguna, el esplendor del Gran Canal y los rizos de espuma blanca— y de manera especial la deliciosa compañía.

Gretchen le rogó que se acomodara en lo que se revelaba como una magnífica biblioteca: las estanterías oscuras, la sucesión de volúmenes de lomos dorados y gofrados, ediciones refinadas y, sobre todo, títulos que ponían de relieve el buen gusto de su anfitriona en cuestión de lectura.

Giacomo dejó que sus ojos vagaran por los altísimos techos y por los frescos de las paredes. En las vidrieras de las ventanas en forma de arco que se abrían en todo el perímetro del palacio, las luces de las velas en los grandes candelabros reverberaban en lenguas de sangre.

Mientras esperaba, dejó caer su mirada sobre los nombres que se sucedían en los estantes: Voltaire, Laurence Sterne, Homero, Alexander Pope, y, además, Carlo Goldoni, William Shakespeare, Anton Ulrich von Braunschweig... Al final los ojos se detuvieron en una edición fabulosa de los *Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift.

Giacomo tomó el libro y se acomodó en el sillón de terciopelo.

Hojeó las páginas, apreciando la elegancia de los caracteres, el gramaje del papel, la delicadeza de la encuadernación.

Le encantaba la lectura e intuía que, para tener una colección tan rica y variada de volúmenes, la condesa debía de cultivar la misma pasión. Este hecho la hizo de inmediato atractiva a sus ojos y, en el instante en que la vio por primera vez, le pareció reconocer en ella un alma seductora y grande.

No había nada discreto en ella: Margarethe von Steinberg era una belleza auténtica y singular al mismo tiempo. Giacomo advirtió un magnetismo indefinido en aquel rostro de rasgos marcados pero fascinantes, como si la voluntad de aquella mujer fuera capaz de atar a cualquier hombre, transformando el deseo en obsesión, el placer en éxtasis, la comparación en desafío.

Era bella y, en cierta manera, peligrosa. Los ojos verdes centelleaban en rayos repentinos. Los largos cabellos rubios serpenteaban en suaves mechones, los labios gruesos y perfectos... Todo en

ella era la esencia misma de la seducción, incluso hasta ese detalle tan particular que exaltaba aún más su hermosura: un travieso lunar encima del labio.

Sin embargo, a pesar de su atractivo, algo en ella despertaba inquietud. Quizás era la luz de aquellos ojos que parpadeaban rápidos e impredecibles y que parecían sugerir un carácter forjado en una preciosa aleación de tenacidad y energía.

—Así que vos sois Giacomo Casanova... —La voz de la condesa era ronca y profunda.

—Vuestro siervo —se limitó a responder él, asintiendo con una elegante reverencia.

Margarethe pareció estudiarlo y luego medirlo con la mirada, como para verificar si el hombre que tenía ante sí estaba a la altura de la fama que lo antecedía.

—Bien, señor Casanova —dijo—. Confieso que lo que veo me gusta mucho. Además, habéis sabido crear un personaje que va mucho más allá de las ya prometedoras apariencias. Aventurero, seductor, espadachín, literato e incluso alquimista, si he sido correctamente informada.

—Deduzco que me merezco una red de espías. —Giacomo sonrió. Margarethe traslució un gesto de satisfacción.

—¿No sois vos mismo un espía, probablemente al servicio del imperio al que pertenezco? ¿Y qué otra cosa le puede ser de utilidad a un espía que se precie, sino una trama de miradas y palabras a media voz, pronunciadas por otros espías? ¿Podéis acaso culparme de eso?

Por un momento a Giacomo le traicionó la sorpresa, pero tras un segundo esa emoción se esfumó, tan rápidamente como había aparecido. Aquella mujer parecía saber sobre él bastante más de lo que él pudiera saber sobre ella, que era poco o nada, a decir verdad. Se dijo que debía respetarla, si no temerla, o se arriesgaba a cometer el mayor error de su vida. No solo lo estaba esperando, sino que lo había mandado ir a buscar... Y en el momento preciso, por si fuera poco. No lograba entender a qué llevaría semejante invitación y, tras la curiosidad inicial, empezó a albergar una creciente impaciencia.

La condesa llevaba un vestido espléndido, de color gris perla. El escote, amplio y generoso, resaltaba sus senos grandes y blancos. El magnífico rubí que parecía encenderle el pecho, reflejando los destellos de las luces en fulgores rojo sangre, y los pendientes, asimismo salpicados de rubíes más pequeños, exaltaban aquella belleza salvaje, casi felina. Giacomo sintió que se le incendiaba la sangre. Concedió un instante de más a su mirada, pero, después de todo, ¿no era eso lo que se esperaba de él? Además, de una cosa estaba seguro: nadie lo consideraba un caballero... Por lo tanto, ¿para qué tomarse la molestia de parecerlo?

Margarethe no pareció notar cómo se demoraban los ojos de su invitado, o quizá no lo dio a entender. Retomó la conversación donde la había interrumpido.

—En cualquier caso, señor Casanova, más allá de vuestro reciente pasado, lo más importante para mí es vuestro inmediato futuro, en el que, personalmente, veo una de las conquistas más extraordinarias de toda Venecia.

—¿De veras? —preguntó Giacomo, casi incrédulo al oír que la condesa veía tan poca cosa en él—. ¿Me habéis hecho llamar para esto? ¿Para decirme que en mi futuro próximo habrá una conquista amorosa?

Margarethe hizo un gesto con la mano, como queriendo alejar aquella afirmación con un deje de desdén.

—Señor Casanova, si me lo permitís..., ¿sois tan decepcionante! —dijo con un tono burlón que no le pasó inadvertido a Giacomo—. ¿Desde luego que no! ¡No os he hecho traer hasta aquí, a la biblioteca de mi palacio, para predecir lo obvio...!

—Os lo agradezco, condesa —la interrumpió él—. Entonces ¿a qué debo el placer de vuestra invitación?

Margarethe suspiró, como si estuviera hablándole a un niño. Curvó el labio en una especie de tierno mohín que le suavizó el rostro.

Giacomo se sintió transportado una vez más por tanta maravilla. Aun sabiendo que la condesa debía de haber perfeccionado artísticamente esa expresión para obtener el efecto deseado, no consiguió sustraerse a su encanto. Se dejó atrapar, pues, ajeno a lo que ella pudiera pensar. Mejor mostrarse indefenso y sometido a sus gracias, vulnerable sin ningún tipo de rubor. Con el correr de los años había aprendido que ser tacaño y calculador en los sentimientos no iba con él en lo más mínimo. Mejor, más bien, abandonarse.

Después de una larga pausa, Margarethe reveló el motivo de aquel encuentro:

—Señor Casanova, no pretendo alargarme demasiado. Vuestra fama, merecida o no, es firme y en continuo ascenso. Por ello, si la mitad de lo que se dice de vos es cierto, entonces es mi intención lanzaros un desafío.

—¿Un desafío? —preguntó Giacomo—. Confieso que semejante perspectiva me divierte... Pero, si me lo permitís..., ¿por qué tendría que aceptarlo?

La condesa aguardó un momento antes de responder. Luego lo miró bajo sus largas pestañas y dijo algo que complació sobremanera al aventurero:

—Por la razón más simple de todas: porque no sabréis resistiros.

Casanova estaba sinceramente impresionado. Era como si aquella mujer lo conociera en profundidad. Aquel hecho le divertía y le sorprendía al mismo tiempo. Y para él, diversión y sorpresa componían una mezcla inestimable.

—Bien. Decidme entonces de qué se trata, para que se descubra si tenéis razón o estáis equivocada.

La condesa no esperaba otra cosa. A pesar de ello, se demoró unos instantes, como experta urdidora de destinos. Porque, incluso para el más idiota de los hombres, saltaba a la vista que su competencia en materia de contratos y negocios no debía de conocer límites ni derrotas..., con el debido respeto a las contrapartes. Pero Casanova no albergaba miedo ni temores de ninguna

especie. Abrazaba la vida tal como llegaba: aquella era su arma vencedora, la inconsciencia que se alojaba en sus ojos de una manera que tenía algo de mágico. Gracias a ello afrontaría el desafío.

—Entonces... ¡sea! —concedió la condesa—. ¿Conocéis a Niccolò Erizzo?

Giacomo se quedó pensando un momento: el nombre le era más que familiar.

—Ciertamente. La familia es patricia, y Niccolò es un hombre de apetitos multifacéticos. Su ansia de poder es notable, si no legendaria...; sus amistades, numerosas...; su talento político, sobresaliente. No obstante, en general no es más que un saqueador de restos de naufragio, un hombre que únicamente aspira a llenarse los bolsillos con lo que queda de Venecia.

—Bueno, sin duda ese es un modo de definirlo, pero no es de él de quien me interesa hablar ahora. Mirad, señor Casanova... Niccolò Erizzo dispone de un bien mucho máspreciado y más formidable que el poder: tiene a Francesca, una hija dulce e inocente, de ojos verdes y cabellos rojizos, que pronto estará en edad de merecer.

Giacomo asintió con una sonrisa.

—Creo que empiezo a entender lo que queréis proponerme...

—Aguardad antes de cantar victoria, señor Casanova. Lo que intento pedir os es, sucintamente, aquello que se espera de vos: que seduzcáis a Francesca y me traigáis una muestra de su virtud, una vez que la hayáis conquistado. ¿Contáis con que podréis lograrlo?

—¿Y yo debería aceptar vuestra provocación y los líos en los que me voy a meter solamente porque vos me lo pedís? ¿No os parece que exageráis, *madame*?

—No, señor Casanova —continuó la condesa, ocultando a duras penas una sonrisa—. Vos aceptaréis porque, si culmináis con éxito esta pequeña misión, una nadería para un seductor de vuestra reputación, pues bien... me obtendréis como recompensa.

—¿Vos? —preguntó Giacomo, enarcando una ceja con un gesto de maravillada incredulidad. El asunto se estaba poniendo realmente interesante.

—Ni más ni menos. Y no me vengáis con que mi propuesta os parece carente de valor.

—Me siento halagado, mi señora. Y también, digamos..., sorprendido. —Estaba estupefacto ante tamaña muestra de agresiva sinceridad. Aquella mujer lo estaba comprando en un intercambio. Pensándolo bien, la idea de ser utilizado no le producía placer alguno, pero, por otra parte, en aquella proposición había algo tan insólito y extraño que la hacía única.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso? —le preguntó la condesa.

—Bueno..., porque para mí el mero hecho de cortejaros ya sería motivo de refinado deleite, de modo que obteneros como premio por una conquista tan fácil como se prevé la de Francesca Erizzo, pues bien... me parecería casi la derrota misma del placer.

—Tenéis que oír todavía la segunda parte del reto.

—¡Ah! ¿Es que hay algo más?

—Si por ventura no fuerais capaz de seducir a Francesca, no solo no tendríais recompensa alguna, sino que aceptaríais de buen grado la idea de no poder poseerme nunca.

—Entonces ¿tenemos que fiarlo todo al azar?

—No, señor Casanova —concluyó Margarethe—. Digamos que quisiera concederos seguridad y aplomo. Confío en vuestras cualidades para poder obtener pronto esa noche de placer que inflamará mi estancia veneciana. Lo creáis o no, estoy acostumbrada a obtener todo lo que me propongo, de modo que intentad por todos los medios no decepcionarme, señor. ¿Os apetece un café? ¿Unos dulces?

Y Margarethe dejó que esas últimas palabras fluyeran en el aire, como si fueran una despedida distraída, incluso hasta un poco vulgar.

Aquella mujer era increíble. Se le acababa de ofrecer en bandeja... ¿y ahora le proponía dulces? Ciertamente que era austríaca, pragmática y muy directa, pero en tantos años de aventuras y reveses del destino, Giacomo nunca se había encontrado tan desubicado. Por otra parte, era un hombre de mundo, y si aquella criatura fascinante quería sugerirle un doble premio sin pedir nada a cambio, pues bien, no sería él quien planteara objeciones. Sin duda tenía que haber algo más, pero con un poco de tiempo y las preguntas oportunas llegaría al cabo de la historia y, con toda probabilidad, encontraría asimismo la manera de divertirse.

¿Acaso no era la diversión, a fin de cuentas, la sal de la vida... o por lo menos de la suya?

Por ello, sin devanarse demasiado los sesos, acabó claudicando. Por el momento. Y aceptó la proposición de aquella mujer extraordinaria.

—Naturalmente —respondió—. Me encantaría probar vuestro café.

## Zago

Después de su encuentro con el inquisidor general, Zago había tratado de organizar lo mejor posible su red de espionaje. Y, tratándose de ojos rapaces, aquel filibustero estaba en condiciones de contratar a unos cuantos. Para alguien como él era un juego de niños. Viejos marineros, gente sin oficio ni beneficio, barberos, camareros, sirvientas, gondoleros y caldereros... todos estaban a su servicio, y era por una razón muy simple: lo temían.

Porque Zago era uno de esos obstinados hijos del pueblo que, un poco por vocación y otro tanto por negocio, se había construido una reputación digna de todo respeto. Y era esa misma reputación la que lo había vuelto valioso, incluso indispensable, en las tramas turbias y oscuras de Pietro Garzoni, hasta el punto de convertirse en su alma maldita.

Por lo demás, un pasado de dragón en el regimiento de la caballería del ejército veneciano de tierra le había enseñado, en materia de guerra y tortura, más de lo que hubiera alcanzado para dos vidas enteras. Poco importaba que de ese cuerpo hubiera desertado para ir a parar a las cárceles patrias: en honor a la verdad, su profundo conocimiento de las armas y del sutil arte del engaño lo habían llevado en ocasiones a revelarse como un elemento valioso y necesario.

De este modo, cuando Pietro Garzoni se había convertido en inquisidor general, lo había hecho llamar, pues lo consideraba el hombre perfecto para sus necesidades, capaz de revolcarse como un lucio en el río fangoso de la política. Y en una Venecia dividida entre familias y facciones, en la que los cambios de opinión estaban a la orden del día y donde el favor del uno o del otro mudaba como la brisa marina, la figura de Zago era apreciada por su fidelidad, que emanaba del chantaje y de las jerarquías del poder.

Garzoni se las había arreglado para garantizarle un alojamiento decoroso y una paga más que satisfactoria, pero le había pedido a cambio secretismo y devoción absoluta. El más mínimo titubeo, y tardaría menos de lo que canta un gallo en mandarlo a las mazmorras de los Piombi.

En ese momento Zago estaba en el distrito de Santa Croce, en un viejo almacén abandonado que acababa de comprar y que parecía perfecto para cumplir su cometido, no demasiado transparente ni virtuoso, a decir verdad.

Sostenía entre las manos una tenaza oxidada, y una sonrisa cruel se le dibujaba en el rostro

pálido. Pocas palabras se desgranaban a través de sus dientes cariados; más bien se limitaba a lanzar dardos desde sus ojos turquesa a la cara de la víctima que había caído en sus manos.

—¡Valor, Candian, dime todo lo que sepas! —Sin añadir nada más, blandió la tenaza ante la nariz del desgraciado—. Si no, ¡como que hay Dios que te arranco los tres muñones de dientes que te quedan en la boca!

Ante él se hallaba un hombre gordo y de rostro colorado. De la camisa manchada y abierta sobresalía una barriga blancuzca que temblaba juntamente con su propietario cada vez que este oía una palabra.

—El... el señor Casanova —balbuceó— entró poco después del atardecer en el palacio.

—¿Y después?

—Y después salió, pero eso fue por lo menos dos horas más tarde, señor.

Zago extendió los brazos. ¿Qué estuvo haciendo durante todo ese tiempo? ¿Aquel sórdido seductor mantenía amoríos con la bella austríaca? Sin duda, cabía en lo posible, pero, por lo que recordaba, la condesa era demasiado astuta como para mezclarse con semejante escoria.

Tenía que haber un motivo. Quizá los dos estaban maquinando algo contra Venecia, pero parecería una hipótesis demasiado obvia. Y además, un personaje como Casanova estaba demasiado expuesto, y era lo suficientemente inteligente como para ser consciente de ello. Si de verdad querían urdir un plan contra alguna de las máximas personalidades de la nobleza austríaca, habría sido un obstáculo dejarse ver con tales amistades.

No; tenía que haber algo más.

—¿Me confirmas que se trata del palacio propiedad de la condesa Von Steinberg?

—Sí, señor.

—Sabes lo que debes hacer ahora, ¿verdad?

—Debo mantener vigilada a la señorita Gretchen.

—Gretchen, exacto. Muy bien. Siempre va a tu carnicería, ¿no es cierto, Candian?

—Sí... sí... —farfulló el desgraciado.

—¡Bravo, Candian! Entonces intenta descubrir alguna cosa más. Diles a tus granujas que se asomen a las ventanas, que se espabilen. O la próxima vez ya sabes lo que voy a hacerte en esa tripa tuya, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Ah, lo olvidaba..., no dejas de ser un carnicero.

Candian asintió instintivamente, como queriendo tranquilizar a Zago, que ponía empeño en todo aquello con mayor celo aún que antes.

—Da gracias a Dios por que no te arranque los dientes. ¡Vete!

Mientras lo decía, Zago pensaba que había hablado demasiado. Odiaba tener que hacerlo. Le gustaba el silencio, o, como mucho, el salpicar de las aguas de los canales. Y en cambio se



hallaba, a pesar suyo, perdiéndose en estúpidas filípicas, bien sazonadas de amenazas, para hacer que hablara aquel maldito imbécil.

Sentía nostalgia del ejército. Cierto era que trabajar para Garzoni le daba para vivir con cierto desahogo y una abundancia nada desdeñable, pero ese tener que dar instrucciones, estar atento a los rumores y formular amenazas lo cansaba terriblemente.

—Pues muy bien, entonces —concluyó—. Puedes irte, pero recuerda: espero noticias más precisas o, como que es cierto que he sido dragón del ejército veneciano, que la próxima vez esta tenaza la voy a utilizar para arrancarte la lengua.

Candian casi no daba crédito. Asintió, golpeándose el pecho como un pecador.

—Señor, sí, señor Zago. Estaré con los ojos bien abiertos, os lo prometo.

A continuación se metió la camisa en los pantalones y se tambaleó hacia la puerta.

«Idiota —pensó Zago—. Será mejor que lo hagas o esta ciudad va a necesitar un nuevo matarife.»

## El lienzo del destino

Giacomo levantó la vista y vio el cielo nocturno tachonado de estrellas. Luego dirigió su mirada hacia el agua: miles de puntas de plata se reflejaban en el espejo inmóvil de los canales. Era como disponer de dos cielos: el que estaba por encima de él y la losa verdeazulada de la laguna. Ninguna otra ciudad contaba con un duplicado similar, por lo que, a pesar de sus infinitos defectos, Venecia seguía siendo un tesoro de esplendor único y absoluto.

Sonrió: la condesa Margarethe von Steinberg le había lanzado el desafío más extraño al que se había enfrentado en mucho tiempo. Sabía que ocultaba trampas y engaños, pero, en cierto modo, eran justamente esas las pruebas que le satisfacían y lo llamaban a realizar los actos más audaces e imprudentes y, por lo tanto, románticos.

En lo más hondo de sí mismo sentía que no se había rendido. No había renunciado todavía al amor para abrazar la causa del poder y del prestigio. A fin de cuentas, en realidad no le importaba nada: era un hombre libre, y eso era más que suficiente. No tenía amos o señores, su protección estaba en las mujeres que lo amaban y en aquella ciudad que conocía poco menos que de memoria y que tantas veces le había ofrecido cobijo entre sus tejados y callejones.

No renunciaría a la vida. A pesar de las envidias y los exilios, a pesar de los numerosos problemas, no siendo el menor de ellos el económico —debido a su incorregible vicio de malgastar todos los cequíes que caían en sus manos—, la vida era maravillosa y la Serenísima, la mejor cómplice de sus aventuras.

Se abandonó al balanceo del Gran Canal.

Un amigo le había prestado un viejo bote en San Tomà y él lo había convertido en una de sus tantas casas flotantes. Así, en caso necesario, estaba siempre listo para partir. Bueno, tal vez no realmente: algunas de aquellas viejas barquichuelas estaban tan maltrechas que se habrían ido a pique apenas recorrido un par de nudos. A decir verdad era solo una manera de disponer de varias casas y, al mismo tiempo, de ninguna. Y para no decidirse jamás a echar raíces. Era un arreglo que le convenía; sabía muy bien que, desde que había puesto el pie en Venecia, los inquisidores generales no le quitaban ojo, esperando el momento en que cometiera un error.

No entraba en sus intenciones darles satisfacción alguna, por lo tanto tendría que andar con pies de plomo: algo que no lograba en absoluto. Por eso aceptaría lo que le fuera llegando: era demasiado instintivo como para ponerse a hacer cálculos. En alguna parte había ya un destino

escrito para él, de modo que más valía enfrentarse a lo que fuera a cara descubierta, sin miedo. No estaba en su mano cambiarlo, era consciente de ello, y quizás esta vez perdería de manera definitiva. Por otra parte, el encuentro con Margarethe von Steinberg le había transmitido una sensación de fatalidad, una impresión que no acertaba a explicar pero que era tan evidente que resultaba casi tangible.

La brisa sobre la piel desnuda le puso la carne de gallina. Inspiró el olor de la sal mientras su larga cabellera se alzaba bajo las ráfagas como serpientes rebeldes.

Después, una mano en el pecho, unos dedos finos, dos labios ávidos y suaves, unos dientes que se le clavaron famélicos en la nuca.

Se volvió.

Gretchen.

Estaba delante de él, completamente desnuda. Espléndida. Giacomo se dejó llevar por sus brazos.

Le tomó el rostro entre las manos, puso sus labios en los suyos y luego los mordisqueó. Brotaron unas gotas de sangre mientras ella intentaba sustraerse a su voracidad y, al mismo tiempo, pedía más todavía.

Él la besó como si fuera la última vez y Venecia fuera a arder en ese momento.

Solos en la cubierta de aquella vieja barca, unidos en un abrazo de pura pasión y gozo animal, las luces danzando sobre las aguas oscuras del canal, los palacios sirviendo de marco a su encuentro... ¿Podía haber algo más hermoso que eso?

Giacomo no lo creía posible.

## Francesca

Había en aquellos lienzos algo sumamente lírico y al mismo tiempo sensual, fantástico y heroico; como si a través de la pintura el maestro hubiera creado la ilusión de la magia: la realidad era, en sus obras, el reflejo iridiscente, y sin embargo fiel, de la perfección.

Francesca se había extraviado en aquellos colores: los azules resultaban tan intensos que le provocaban mareos, los rojos eran flores de carne y el ocre parecía incendiar las figuras.

Giambattista Tiepolo no era únicamente un pintor extraordinario: era un hechicero, un ilusionista, un mago capaz de atrapar con su pincel y en los colores toda la fantasmagoría del arte para verterla sobre el lienzo, como si una mano superior guiara la suya. Cuando Francesca había acompañado a su padre al estudio del maestro, para ella había sido como contemplar un rincón del paraíso.

Y ahora tenía el privilegio de ser retratada por semejante artista. Algunos decían que su pintura estaba tan imbuida de pasión que resultaba incluso peligrosa. Francesca sintió que su alma volaba mientras trataba de permanecer inmóvil, a pesar de llevar ya varias horas así. Pero, pese al sufrimiento de la espera, había también tanta gracia, tormento y vida en el estilo del maestro que se sentía sobrecogida. ¿Era él quien la retrataba a ella? ¿O, al contrario, era más bien ella la que le contemplaba en el acto de pintar?

La luz dorada del sol atravesaba los vanos del gigantesco ventanal, que se abría en la fachada principal del Palacio Erizzo, como un río aéreo que inundaba el salón de alta techumbre, ricamente decorado con estucados y frescos. El maestro había decidido capturar su imagen en el centro de aquel salón extraordinario, vestida con la mejor seda de Damasco y anegada por un torrente de luz.

Mientras, la miraba, con aquel rostro cruel al que la salvaje expresión de los ojos dotaba de unos rasgos feroces. Tiepolo trabajaba denodadamente en el lienzo. Lo hacía, sin embargo, en absoluto contraste con la expresión de su cara: con una gracia y una quietud casi filosófica, como si la pintura fuera capaz de sosegar el tumulto de su alma.

Se trataba de una energía subterránea, que parecía fluir en llamaradas líquidas e invisibles para incendiar el corazón de Francesca.

Tiepolo le había pedido que asumiera una pose inusual y sensual, con el pecho ligeramente inclinado hacia delante mostrando los senos blancos y rotundos: una pose provocadora, además de

inoportuna, pero que a ella le gustaba muchísimo porque reflejaba su carácter rebelde y apasionado, al que no le preocupaba la etiqueta ni las buenas maneras, con gran pesar de su padre, el noble Niccolò Erizzo.

Francesca permanecía aún inmóvil, con aquella sonrisa suya clara pero intrigante, justamente como le había pedido Tiepolo, pero se sentía realmente cansada: el corpiño la ahogaba y las estrechas mangas le producían como leves mordiscos. Sentía las varillas de las ballenas en torno a su cintura: un instrumento de tortura.

La brillante falda de seda azul, amplia como requería la moda, creaba un espléndido contraste con su cabello rizado de color rojo caoba, una cascada de cobre fundido.

El maestro le había pedido el favor de que no se pusiera una peluca. Una petición insólita, incluso extravagante, dado que era considerado un accesorio necesario, y mucho más en un retrato. Pero Tiepolo no era conocido por su pensamiento conservador, y aquello era una demostración de su actitud transgresora. Francesca al principio se sorprendió, pero luego había apreciado aquel gesto con ojos diferentes: el contraste entre el color azul marino de la vestimenta y los tonos de su cabellera, que recordaba el oro rojo de pinturas antiguas, era lo más atrevido y audaz que se pudiera llegar a soñar.

Pietro Garzoni estaba inquieto. No, peor todavía: estaba preocupado. Zago le había revelado el encuentro que se había producido entre Casanova y la condesa Margarethe von Steinberg. Por lo visto, aquel canalla se había entretenido largamente en el palacio de la noble dama. Muchas eran las hipótesis que podrían formularse a propósito de ello, pero la condesa tenía fama de mujer virtuosa y firme, no solía ceder a las costumbres fáciles, por lo tanto Garzoni esperaba que la respuesta fuera la que cobijaba en el rincón más recóndito de su mente. Y que nunca se atrevería a admitir, salvo cuando llegara el momento oportuno. Sin embargo, no tenía ninguna certeza. Debía, entonces, permanecer a la expectativa, con la esperanza de que aquella situación no saliera a la luz; de lo contrario, casi con seguridad desataría un escándalo internacional.

Era lo último que le hacía falta a Venecia.

Por otro lado, ignorar lo que aquellos dos se habían dicho le resultaba insoportable. Él, que por definición siempre estaba informado de todo, se veía obligado a aceptar una incertidumbre tanto más peligrosa por cuanto venía cargada de posibles consecuencias desastrosas.

Como resultado inmediato de aquella catástrofe, Garzoni había pasado la noche prácticamente en blanco y, tras un desayuno frugal, había corrido al exterior. Se le acababa de ocurrir que podría impedir que Casanova se encontrara con la condesa Von Steinberg, justamente porque la ley prohibía frecuentar a personas extranjeras. Sin embargo, una voz interna le sugería que no lo

hiciera, sobre todo porque no tenía pruebas para demostrar nada. Al fin y al cabo, aún confiaba en que aquella conversación se volviera finalmente a su favor.

Pero en ese momento no tenía tiempo para ocuparse de ese inútil de Casanova. Otras cuestiones más importantes, de las que dependía el destino mismo de la República, lo convocaban a la casa del doctor Giovanni Spinelli, un joven capaz, ingenioso, hombre de medicina entre lo más granado. Gracias a su extraordinaria inclinación por ese arte, que había estudiado en la Universidad de Padua, Spinelli había conseguido escalar tan alto como para convertirse en el médico personal del dogo. Perteneecía, sin embargo, a una de esas casas que se habían creado gracias al dinero, es decir, admitidas en el patriciado véneto únicamente por la vil moneda, pagada para reponer las arcas de la República tras la desastrosa guerra de Morea.

El inquisidor bien podría haber exigido que fuera el médico a su propia casa, o incluso mejor aún, al Palacio Ducal, pero la impaciencia y la curiosidad, sus antiguas debilidades, lo obligaban a querer noticias de primera mano y desde primera hora de la mañana.

Al llegar frente a la morada de Spinelli, en la plazuela del Pestrín, distrito de Cannaregio, Garzoni no dudó en golpear la aldaba de hierro sobre el portón.

Un sirviente jorobado, tan sospechoso como irreverente, lo condujo hasta un pequeño salón con lámparas excesivamente labradas, cargadas de cristal y de velas como no recordaba haberlo visto nunca antes.

El doctor Giovanni Spinelli lo esperaba de pie, toqueteándose la oscura perilla que le enmarcaba el mentón.

—Excelencia —exclamó—. ¡Qué honor vuestra presencia en mi humilde morada!

—Ya basta de rodeos, doctor —dijo Garzoni en tono brusco—. Sabemos perfectamente por qué estoy aquí, así que dejémonos de zalamerías y decidme rápidamente lo que sucede.

Spinelli pareció incómodo y carraspeó nerviosamente, acentuando la tensión ya palpable, pero luego procedió a relatar lo que sabía:

—Su excelencia el dogo de Venecia todavía se halla débil, señor mío.

Pietro Garzoni se permitió hacer una mueca, pero ambos sabían que no era más que una pose.

—Pero... ¿en serio?

—Así es. En el intento de sofocar los delirios de su excelencia procedimos a aplicar una cataplasma. El dogo se encuentra en un estado de profunda postración y alterna fases de absoluta confusión con picos de desmayo en momentos de agresividad inconsciente.

—¡Maldita sea! Entonces... ¿aún no está recuperado?

—No, excelencia... Se puede decir que está tan lejos de estar recuperado que desaconsejo vivamente incluso el solo hecho de sacarlo de la cama.

—¿Estáis seguro, doctor Spinelli? Es evidente que la ciudad sufre por su ausencia. No podemos arrojarnos Venecia al caos solamente porque Francesco Loredan ya no es ni la sombra de lo que era.

—Entiendo, excelencia.

Garzoni negó con la cabeza mientras una sonrisa, esta vez auténtica, dibujaba una expresión diabólica en su rostro.

—¿A quién debéis vuestra fulgurante y vertiginosa carrera, doctor Spinelli?

El médico no titubeó ni un instante:

—A vos, excelencia.

—Bien dicho, doctor —subrayó el inquisidor—. ¿Y a quién, si es lícito, habéis jurado lealtad?

—Siempre a vos, excelencia.

—Bien, Spinelli, es exactamente así. Intentad recordarlo, de modo que no os busquéis preocupaciones. —Garzoni subrayó la pausa con un suspiro—. Recordad que Venecia necesita un guía firme e inflexible, que no tema aplicar las leyes y sanciones en todo su rigor.

Spinelli asintió. Un escalofrío le recorrió la espalda, aunque lo disimuló, si bien nada lo aterrizzaba más que aquel hombre: jamás tenía una idea muy precisa de hasta dónde podían llegar los complejos planes concebidos por su mente.

—Entonces, y sin metáfora, recordad que mientras Loredan continúe en el lecho, mi carrera irá en ascenso... Y junto con la mía, la vuestra.

Spinelli se quedó atónito por un momento.

—¿Me he explicado? —instó Garzoni.

—¿Qué sugerís, excelencia?

—Doctor Spinelli..., yo no sugiero: yo dispongo.

—Naturalmente, excelencia.

—Lo que quiero es que se actúe de manera que Francesco Loredan encuentre consuelo por largo tiempo entre las sábanas de su lecho. Venecia se está habituando a su ausencia, y un nuevo orden, al mismo tiempo, está hallando su equilibrio.

—¿Un nuevo orden político, excelencia?

Garzoni miró al médico como se hubiera podido mirar a un simio.

—¿Acaso existe otro, en un contexto como este?

—Bien es verdad que no, excelencia. —Spinelli se maldijo por la lentitud de su pensamiento.

—Entonces, proceded, doctor. Sabed que vuestra tarea consistirá en dictar los tiempos para la curación del dogo. Que sea lenta, incluso lentísima, y si por casualidad no se diera mejoría de ninguna especie..., pues bien, nos lo tomaremos como una fatalidad imprevista. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente, excelencia.

Pietro Garzoni sonrió.

—Espléndido. Otra cosa más que hemos logrado.

Y sin más dilación, volvió sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

## Una fiesta de máscaras

—Será una gran fiesta, Francesca. La más hermosa de todas. —Laura sonrió feliz—. Mis padres harán las cosas a lo grande, estoy segura de ello. Va a participar toda Venecia y estarán presentes muchos invitados extranjeros. Nos vamos a divertir, vas a ver... Se dice que también vendrá... Ya sabes a quién me refiero, ¿no?

Francesca la miró con sorpresa: no, en realidad no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Estaba tan alejada de las cosas mundanas, ella, sepultada entre libros y pinturas, sus dos grandes pasiones, que no tenía ni idea de quién era el personaje al que aludía Laura. No quería decepcionar a su amiga, a la que tanto quería, y sin embargo no sabía qué responder.

Colmó sus ojos con el verde brillante que explotaba en el jardín del Palacio Contarini dal Zaffo, sumiéndose en aquella visión extraordinaria. Luego lo admitió:

—No, Laura, la verdad es que no lo sé...

La amiga estalló en una carcajada.

—Pero ¿cómo es posible? ¿No me digas que no sabes que ha regresado? Toda Venecia habla de eso...

—Bueno, pues yo no lo sé. Así que dímelo tú —declaró con un deje de ligera exasperación.

Laura resopló.

—¡Maldita sea, Francesca, a veces eres tan poco divertida...! —exclamó después mientras reía. Y enseguida añadió—: Venga, no estoy bromeando. Me refiero a Giacomo Casanova, naturalmente. Parece que ha vuelto a casa tras una larga estancia en Viena.

Casanova. Aquel nombre espoleó su curiosidad.

—¿Alguna vez lo has visto? —preguntó—. Se dice que es muy guapo y fascinante...

—Yo no lo conozco en persona, pero mi madre siente una gran inclinación por él. Si solo la mitad de lo que cuenta es verdad, debería concluir que se trata de un hombre único: apasionado y valiente, nada conformista, libertino, con ojos hermosísimos y larga cabellera negra. Le gusta la literatura y la poesía, y ha visto todos los rincones del mundo... Y las mujeres, Francesca, las mujeres caen literalmente rendidas a sus pies. Parece como si conociera todo lo que tiene que ver con el juego amoroso, y, en lo que respecta a los trucos de la seducción, pues bien..., dicen que él los domina todos. En definitiva... ¿No es magnífico? ¡Pero aún hay más cosas!

—¿Todavía más? ¿Más de lo que me has dicho hasta ahora? —A Francesca se le hacía difícil



de creer.

—Pues sí. Con ocasión de la fiesta, a mi madre, mujer refinada y de sutil inteligencia, se le ha ocurrido que sea obligatorio llevar máscara. Piensa: tendremos que intuir sus rasgos sin poder verle el rostro. Y lo mismo valdrá para él, obviamente... ¿No te parece estupendo? Sueño con poder encontrarlo.

Francesca negó con la cabeza y sus hermosos rizos rojo fuego se agitaron.

—No entiendo todo ese entusiasmo por un hombre al que ni siquiera conoces. ¿Y si luego resultara menos fascinante de lo que se dice? ¿Y si te decepcionara?

—¡Francesca, eres una verdadera aguafiestas! —le espetó Laura—. Significará que tendré que descubrirlo por mí misma...

—No quería molestarte —se apresuró a calmar a su amiga—. Solo me preguntaba si todo esto que se habla de Casanova tiene sentido, y también quería que no te decepcionaras. Te aseguro que me siento muy feliz con tu invitación... Quizás este hombre podrá revelar aspectos que normalmente parecen excluidos de la esfera masculina. Ya el hecho de que lea y haya viajado lo convierte en el mejor partido posible, dado todo lo que esta ciudad ofrece...

—¡Venga, Francesca, no exageres! Venecia es una auténtica fiesta de colores y formas...

—No me refería a eso, Laura —puntualizó Francesca—. Venecia es maravillosa y sublime. No, lo que intentaba decir es que, a pesar de que a día de hoy sea la ciudad más extraordinaria del mundo, no estoy segura de que sus representantes más fascinantes estén bien valorados: Tiepolo, Goldoni, Canaletto, Casanova... A veces pienso que la madre se olvida de sus mejores hijos.

—Artistas y aventureros, Francesca... ¿Qué esperabas?

—Sin embargo, nuestros padres y nobles parecen afanados en el empeño desesperado de subir peldaños en la escala social para congraciarse con tal o cual político y llegar... y llegar... quién sabe dónde. De todas formas, ¡a quién le importa!

—Precisamente por eso me siento tan feliz con la fiesta que vamos a dar, Francesca: mi madre se preocupa de valorar lo mejor que puede lo que el arte y la cultura veneciana ofrecen. Es verdad, yo no estoy, como tú, obsesionada por filósofos y literatos, pintores y músicos, pero no temas, que también ellos estarán presentes, y en un nutrido número. Después de todo, el Casin degli Spiriti está a dos pasos de aquí, ¿no es verdad? ¿Y no es allí donde se reúnen los intelectuales y artistas? Pero yo busco la aventura, Francesca, el estremecimiento... Sabes que soy mucho más frívola que tú. —Laura rompió a reír.

—Tienes toda la razón. —Francesca se unió a sus carcajadas—. Sé que a veces soy pesada. Perdóname.

—Imagínate. En ocasiones pienso que tu prometido sea demasiado triste, tanto que me da miedo que pueda arruinarte.

Al pensar en Alvise Zaguri, el hombre con el que algún día habría de contraer nupcias, la

mirada de Francesca se oscureció.

Alvise era un comerciante de cuero búlgaro con una actividad en alza, si bien aún no había definirlo como floreciente. Pero eso era solo cuestión de tiempo. Su padre Niccolò lo consideraba un óptimo partido porque le garantizaba una vida segura y honesta.

Alvise era, sin lugar a dudas, un hombre de negocios prudente, hasta el punto de poder definirlo como avaro puesto que, a pesar de las ganancias, vivía en un edificio sin frisos y sin blasones. Y en cuanto a fascinación y aventuras, pues... poco había que decir. Francesca lo sentía lejano como aquellas Américas sobre las que se fabulaba. Si hubiera tenido que buscar una palabra para definirlo, habría encontrado una y nada más que una: insoportable.

Laura debió de comprender demasiado bien la repentina melancolía de su amiga, ya que cambió de tema.

—Como decía —se apresuró a proseguir—, estás extraviada en tu mundo. Pero dentro de pocos días también tu mundo estará presente en la fiesta. ¿No estás contenta?

Francesca pareció reanimarse.

—¿Cómo no iba a estarlo? Eres siempre tan amable conmigo... Tenerte entre mis amigas es un auténtico privilegio.

—No digas boberías —atajó Laura—. Sabes que soy yo quien ha de dar gracias a Dios por tu amistad, que tal vez inculque algo de sentido común a esta cabeza hueca. —Y, al decirlo, hizo el gesto de golpearse la cabeza, colocando sus pequeños nudillos sobre los rizos dorados mientras sus ojos azules estallaban de luz y el labio se le curvaba en un amago de sonrisa—. Pero créeme cuando te digo que entre todas las estrellas del firmamento del amor y las letras, la más brillante es la de Giacomo Casanova.

—Seguro que será verdad —convino Francesca—. Entonces nuestra misión secreta será robarle un beso.

Laura aplaudió de pura excitación, sus mejillas se pusieron como la grana y sus pequeños dientes perfectos volvieron a brillar en una sonrisa blanca, como perlas bajo la ola coralina del labio.

—Y ojalá que incluso algo más —añadió con un toque de impaciente malicia—. ¡Hurra! —exclamó después, alegremente—. Eso era lo que quería oírte decir, mi niña traviesa, pero tendremos que poner buen cuidado en no lanzarnos demasiado, no vaya a ser que Alvise se moleste con Casanova. Porque Casanova, a fin de cuentas, no deja de ser un sinvergüenza.

—¿Acaso no nos gusta precisamente por eso? —agregó Francesca, abriendo el abanico para darse un poco de aire fresco al rostro. El sol de la tarde no daba tregua.

—Sí, tienes razón —concluyó Laura; y sus ojos brillaron con encanto mientras paseaba la mirada en las corolas amarillas de los girasoles—. Entonces está decidido. Será nuestra misión secreta identificar al seductor y superarlo en audacia.

—Tienes mi palabra —prometió Francesca—. Y ahora que me has arrancado un juramento de esa índole, si no te molesta voy a ponerme a la sombra de aquellos cipreses para protegerme un poco del sol.

—Permiso concedido —respondió la amiga; y, tras pronunciar esas palabras, se puso en pie de un salto y empezó a correr a lo loco levantando sus faldas sobre el sendero blanco de grava.

—¡Ten cuidado no te vayas a caer, loca imprudente! —le gritó por detrás Francesca. Luego negó con la cabeza y la siguió.

## Preparativos

Mi querido Giacomo:

Espero que Viena no os haya supuesto demasiado trastorno y que Venecia haya sabido acogeros una vez más entre sus brazos como bien merece un hombre de vuestro ingenio y vuestra pasión.

Precisamente para no perjudicar vuestra fama ni vuestras tantas otras virtudes me he permitido dar una fiesta dentro de diez días en nuestro palacio en Cannaregio.

Imagino que no querréis faltar porque, es vano decirlo, vuestra presencia será el astro rey, la más luminosa de la fiesta. Con el fin de garantizar el anonimato y la discreción que vuestra persona merece, me he permitido disponer que el antifaz sea obligatorio.

De esa manera podréis estar presente sin que nadie, aunque lo pretenda, pueda estropear el ambiente y ofuscar vuestra magnificencia, mi querido amigo e ídolo. Por lo demás, ¿podría una fiesta que se precie no contar entre sus invitados al espíritu más profundamente libre e inconformista que esta ciudad, ahora cansada y enferma, haya podido brindar?

Os informo de que no estaréis solo y que he decidido reunir, si es que aceptan, a todas las almas grandes que todavía recorren los callejones de esta señora nuestra de agua y mármol: pienso en Giambattista Tiepolo, cuyo hijo ha pintado recientemente los frescos de una sala de nuestro palacio, y también en Giovanni Antonio Canal y asimismo en Carlo Goldoni y Francesco Guardi, Baldassare Galuppi y Giuseppe Tartini. En definitiva, quisiera que estuvieran todos, aunque, evidentemente, aún no han confirmado su asistencia, por más que confío en la buena reputación que he sabido conquistar poco a poco en los círculos de artistas e intelectuales.

Como ya dije, no obstante, todas las mujeres de Venecia, y me permito añadirme a ellas, os esperamos a vos.

No me decepcionéis, Giacomo, no podría soportarlo.

Sin más os saludo, esperando volver a veros pronto. Infinitamente vuestra y para siempre amiga,

CATERINA CONTARINI DAL ZAFFO

La carta se exhibía con orgullo sobre el escritorio del estudio.

—No tendría que decirlo, querido amigo, pero esta invitación, por más que dulce y elegante, podría convertirse en una trampa involuntaria.

Matteo Bragadin estaba sinceramente preocupado.

Giacomo había regresado a Venecia hacía pocos días y ya las cartas de admiradoras y las invitaciones habían llovido en su palacio como una tormenta de papel. De hecho, su llegada había sido anunciada por el propio protagonista, o, mejor dicho, por el halo de leyenda que parecía precederle dondequiera que fuera.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Giacomo.

—Hace ocho días.

—Por lo tanto, la fiesta es...

—Pasado mañana.

—¡Maldita sea, casi no tendré tiempo!

—¿Para hacer qué, si es que puedo preguntarlo?

—Para conseguir un antifaz y una ropa adecuada.

—Pero... ¿No me estáis escuchando?

—Amigo mío, sé lo que pensáis y os agradezco vuestra atención —subrayó Giacomo, verdaderamente agradecido al anciano noble por su permanente preocupación por él. Pero la suerte estaba echada. Desde luego, no podía faltar a una cita como aquella. Aún más: tendría que hacer una entrada triunfal. Y no solamente eso: tenía que ingeniar algo inolvidable. Por no decir que, con un poco de suerte, incluso podría encontrar allí a la pequeña Erizzo y, de ser así, poner los cimientos para ganar el desafío de la condesa Von Steinberg. El tiempo pasaba y él no tenía intención alguna de perder el honor.

—Sabéis que no puedo faltar, Matteo, sería como admitir que tengo miedo.

—Prometedme que no cometeréis ninguna imprudencia.

—No puedo dar mi palabra sobre eso, pero intentaré correr los riesgos... justos.

Matteo Bragadin negó con la cabeza: cuando Giacomo hablaba de aquella forma siempre acababa sucediendo algo increíble.

—Os lo ruego, Giacomo, pensadlo bien.

—Ya lo he decidido. Por fin el dinero ganado al servicio de los Habsburgo servirá para algo; no quiero seguir siendo una carga para vuestras arcas.

—Que, en honor a la verdad, están siempre vacías.

—Exacto. Por eso, a parte del oro austríaco, tenemos que idear algo más.

—¿Que sería qué?

—Estaba pensando en una sesión de espiritismo.

—Pero... ¿estáis loco?

—Bueno, ¿y por qué no?

—Pues porque si os acusan de brujería, será vuestra ruina —dijo Bragadin, exasperado—. ¡Y la mía!

Giacomo reflexionó un momento.

—De acuerdo, amigo mío. He visto que entre las cartas hay un par de mensajes remitidos por damas muy diligentes que requieren mi atención y mi elixir de la eterna juventud, esa inocente mezcla que preparo y que tiene el don de perpetuar la belleza —dijo con una sonrisa—. Con un par de frascos tendría que sacar más que suficiente para cubrir vuestras necesidades durante unos

meses más. Así podré usar el dinero de los Habsburgo para ropa adecuada, zapatos nuevos y un antifaz negro de seda.

—Realmente..., ¿no hay otra manera? —preguntó Bragadin con un hilo de voz.

—Nada que pueda funcionar. Es más, me conviene proporcionar a estas señoras un par de frascos, para conservar sus favores.

Matteo Bragadin suspiró. No le entusiasmaba aquella solución, pero la despensa estaba vacía, su palacio se caía a pedazos y él tenía una edad demasiado avanzada como para inventarse un nuevo oficio. Disponía de las modestas entradas vinculadas a su cargo de miembro del Minor Consiglio, pero ello no bastaba para asegurar una existencia decente. Por si fuera poco, desde que se había convertido en el protector de Giacomo Casanova, la flor y nata de Venecia le había vuelto la espalda.

—Pues bien, ¡sea! —accedió—. No me opondré a esta última diablura. Haced lo que queráis, pero sed convincente. Y procurad no meteros en un avispero. He oído decir que el inquisidor negro, Pietro Garzoni, hará todo lo posible para capturaros esta vez. La guardia de distrito y la policía andan patrullando por las calles día y noche... Os ruego que seáis prudente, Giacomo. Toda Venecia conoce vuestro regreso y la mitad está furiosa con vos, la mitad masculina, que sueña con clavaros a la pared como a un insecto en una vitrina.

—De acuerdo, de acuerdo... Estaré al tanto. Lo prometo, pero dejadme al menos divertirme un poco. No corro peligro alguno, confiad en mí. Por más que se empeñe, Garzoni no logrará ni acercarse siquiera a un servidor. Le llevo unos cuantos pasos de ventaja...

—Si vos lo decís...

—Amigo mío, ahora me despido, pero prometo volver vencedor antes del atardecer —se limitó a decir Casanova.

Y, según hablaba, hizo una inclinación y rápidamente se volvió, provocando una leve sacudida del aire con el vuelo de su ligera capa.

Al salir del Palacio Bragadin, se colocó bien el tricornio en la cabeza para no resultar tan conspicuo a ojos de los guardias, los soldados de infantería y los espías. Tomaría un pasaje con la góndola de Bragadin para llegar al Palacio Contarini dal Zaffo: quería proponer a Caterina una idea que, de llevarse a cabo, podía convertir la fiesta en algo memorable.

## Los Diez

En la sala del Consejo de los Diez en el Palacio Ducal, anegada de sol matutino, los grandes ventanales proyectaban rayos luminosos que parecían insuflar vida a las pinturas de Giovanni Battista Ponchini, Paolo Veronese y Giambattista Zelotti. Componían una única obra configurada por veinticinco recuadros, tallados en el techo y decorados en oro. El mármol del suelo relucía, como si fuera de ámbar.

El lugar constituía una manifestación absoluta del poder veneciano; una tan extraordinaria muestra de magnificencia y tradición, que resultaba difícil creer que todo aquel esplendor pudiera caber en un solo espacio. Sin embargo, tal boato se correspondía perfectamente con la altísima misión de la estancia: albergar el órgano de gobierno que respondía al nombre de Consejo de los Diez. En esos días, dicha institución estaba llamada a asumir decisiones pese a no estar completa, puesto que faltaba la figura del dogo, obligado a guardar reposo por la grave enfermedad que le mermaba la salud. Tal situación desbrozaba el camino a intereses y apetitos de tal o cual familia patricia aspirante a la futura investidura ducal. Desde luego, no se podía partir de la base de que entre las diferentes casas hubiera un equilibrio real de poderes. Era un hecho evidente que la igualdad formal se había desintegrado desde el momento en que las familias habían cambiado el parámetro de valoración de la riqueza y del poder con el paso de la actividad comercial a la propiedad como terratenientes, y por lo tanto del beneficio a las rentas.

Ya no contaban las mercancías o el dinero, sino las villas y los palacios, las posesiones y los terrenos. Un hecho tanto más increíble por la naturaleza misma de una ciudad construida sobre el agua. El latifundio y la tierra habían suplantado al comercio, y las antiguas jerarquías en parte se habían transformado. Aquellos que no habían sabido aprovechar las oportunidades de hacerse con propiedades, ahora estaban destinados a sucumbir. Y la familia de Pietro Garzoni no se contaba entre las mejor abastecidas, en este sentido. Por lo tanto, para él era necesario manejar un juego de alianzas prometiendo ventajas que, con toda probabilidad, difícilmente podía garantizar. Precisamente por esos motivos el inquisidor negro había procurado desde el principio hacer suya la batalla contra Casanova. Aquel hombre conseguía catalizar odios y envidias de muchos de los más prominentes. Por otro lado también tenía algunos amigos importantes: quizá no tanto Bragadin, aquel pobre senador anciano de modestas cualidades, sino los «dos Marco»: Marco Dandolo y Marco Barbaro. Esos nombres pertenecían a dos de las familias mejor consideradas en

la Serenísima, aliadas formidables entre las que, por mil razones, se hallaba uno de los hombres más poderosos de Venecia: Alvise IV Giovanni Mocenigo.

A falta de fortuna y propiedades, Garzoni se había visto obligado a hacer de la necesidad virtud, escoger un enemigo común y trazar un posible consenso con otros en el desesperado empeño de acceder al ducado. Pero Mocenigo no necesitaba recurrir a tales artimañas para hacerse con el cetro ducal. Por no hablar de que disponer de cantidades infinitas de dinero, gracias a las rentas de las tierras, le proporcionaría un poder de corrupción casi infinito sobre los nobles venidos a menos, nobleza empobrecida que, en aquellos tiempos miserables e hijos de la incertidumbre, proliferaban cada vez más. Pietro Garzoni sabía que debía resultar convincente, puesto que no tenía pruebas. Por otro lado, la amenaza era evidente. Se mordió un labio al detectar que Mocenigo y Grimaldi parecían estar de un humor de perros, en claro contraste con aquella espléndida mañana. Sin embargo, no podía esperar otra cosa. Aguardó el tiempo suficiente como para que los otros miembros del Consejo, que se habían parado a conversar en la antecámara, en el Salón de la Brújula, entraran para ocupar sus puestos en los escaños.

Luego se lanzó al ataque, que era lo que mejor se le daba.

—Señores del Consejo, perdonad que empiece sin atenerme a la ceremonia, pero no quisiera posponer una cuestión que es de la máxima urgencia —comenzó.

Mocenigo enarcó una poblada ceja, pero Garzoni no perdió la compostura. Se llevó la mano a la banda negra que sobresalía en su túnica roja y prosiguió.

—Os habrán llegado noticias del regreso a Venecia de ese peligroso individuo que responde al nombre de Giacomo Casanova. Un hombre sobre el que recaen todos mis reproches por sus costumbres licenciosas, su charlatanería y la violencia que caracterizan a su estilo de vida. Pues bien, eximios colegas, he llegado a saber por alguno de mis mensajeros que el susodicho ha tenido un encuentro reciente con la condesa Margarethe von Steinberg, dama noble austríaca de altísimo rango. Ignoro sobre qué pueden haber conversado, pero por sus posibles consecuencias, potencialmente nefastas, es evidente lo que una cita de ese jaez puede acarrear. Sabemos con seguridad que Casanova ha trabajado recientemente para los servicios secretos austríacos, aunque no podamos demostrarlo, y queda claro que cualquier inercia por nuestra parte sería tanto más peligrosa por cuanto les permitiría a ambos urdir algún plan que, me temo, puede resultar fatal para Venecia.

Mocenigo resopló.

Esta vez Garzoni reaccionó:

—Me doy perfecta cuenta de que estos hechos puedan resultar enojosos para algunos...

Pero no llegó a terminar la frase.

—Lamento recordarle al inquisidor negro aquí presente —le interrumpió Mocenigo—, que, a pesar del torrente de palabras, no parece que esté en condiciones de presentar pruebas o



documentos que apoyen las acusaciones. ¿Acaso estoy errado? ¿Hay algún testimonio importante de los jefes de distrito?

—No —respondió Garzoni.

—¿Alusiones o denuncias secretas que se hayan dejado en las bocas de león?

—Tampoco.

—Pues entonces, mi querido Garzoni, aun coincidiendo con vos en el peligro que entraña Casanova, os ruego: ¿qué intenciones guardáis? Puesto que, *rebus sic stantibus*, tenemos las manos atadas, eso parece obvio.

El inquisidor general inspiró profundamente, tratando de imponerse cierta calma. Tenía que moverse con cautela si quería conseguir lo que se había propuesto.

—Eximio colega, tenéis toda la razón —convino.

Mocenigo asintió con aire paternalista.

—Aun así —prosiguió Garzoni—, me veo obligado a pedirlos que me prestéis atención. Casanova está amagando movimientos y, por más inocentes o veleidosos que puedan parecer, en mi opinión responden a un plan preciso. De todas formas, dejando de lado si es o no un proyecto criminal para dar al traste el orden establecido, aún quedaría la eventualidad de que su comportamiento despertara incomodidad y desconcierto en las altas esferas. Y si a ello sumáis la enfermedad del dogo...

Fue en ese momento cuando también a otros miembros del Consejo de los Diez comenzaron a zumbarles los oídos.

Grimani carraspeó nerviosamente. Dandolo estornudó. Morosini intervino, hablando y diciendo en voz alta lo que todos pensaban:

—Y vos, ¿qué sabéis sobre eso, Pietro Garzoni?

—Señores —continuó el inquisidor general—, es un hecho notorio que el dogo Francesco Loredan sufre una enfermedad incurable. En este momento, y al margen de habladurías, hoy mismo el doctor Spinelli, su médico personal, me ha confirmado lo delicada que está la salud de su excelencia. Los doctores se están afanando para aliviar su sufrimiento, pero, pese a las cataplasmas y los brebajes, su situación no parece mejorar.

—¿Y sabéis vos todas esas cosas y en cambio nosotros no? —insistió Morosini, molesto.

—Porque como inquisidor general es mi misión estar al corriente de cuanto pueda constituir una amenaza para la seguridad de la República. Por ello os inquiero: ¿qué contexto puede constituir mayor peligro para las precarias condiciones de salud del dogo Loredan que el retorno de Casanova? ¿No comprenden vuestras excelencias lo explosiva que puede resultar la mezcla que acabo de exponer?

Mocenigo respiró hondamente. Una luz malévolamente relampagueó en sus profundos ojos negros,

pero tal como apareció, se esfumó. Se tomó el mentón entre dos dedos, como hacía cuando tramaba alguna fechoría.

—Garzoni, recordad que cada vez que alberguéis alguna sospecha acerca de un posible peligro para la seguridad de la Serenísima, vuestra primera tarea es la de hacer partícipes a los otros inquisidores generales, en este caso al rojo y al negro, o sea a Stefano Gritti y a Giulio Morosini. ¿Acaso no es así?

Los dos aludidos no le ahorraron una mirada hostil a Garzoni.

—Naturalmente —convino este—. Sin embargo, me enteré del regreso de Casanova ayer noche, por lo que no me ha sido posible comunicarlo antes. Como los dos inquisidores están presentes aquí, he pensado ponerles ahora al corriente de los acontecimientos recientes.

—De acuerdo, entonces. Daré por válida esta afirmación vuestra. ¿Qué es lo que sugerís?

—Lo que os pido es que me concedáis la máxima libertad en lo que respecta a esta cuestión concreta. Pido el apoyo asimismo de los otros dos inquisidores y su red de soldados de infantería.

—No veo ningún problema... Quiero decir, ya ha ocurrido en el pasado —terció Morosini.

—Y quisiera que vuestras excelencias otorgaran a este asunto una prioridad absoluta. Guardias y jefes de distrito, Tribunal Supremo, soldados: hay que alertarlos a todos, de modo que en cuanto Casanova lleve a cabo cualquier acto que infrinja la ley, podamos mandarlo directamente a las mazmorras y así impedir que llegue a cometer algo más grave.

—De acuerdo, pero recordad que no debe producirse la más mínima sospecha de *fumus persecutionis*, no quiero arrestos arbitrarios o faltos de fundamento. No olvidéis que una parte de la ciudad lo adora, y que también tiene amigos poderosos —observó con un tono amargo Mocenigo.

Garzoni carraspeó. ¡Vaya si lo tenía presente!

¡Tenía amigos incluso en el Consejo de los Diez!

—Os ruego que comprendáis que la finalidad de cuanto he dicho es el bien. Mi propósito al retenerlo anticipadamente es impedir que cometa algo más grave. Prevención ante todo. Por otra parte, no ignoro las discutibles cualidades de ese hombre. Y no excluyo utilizarlas a nuestro favor en el futuro.

—Está bien, pues —concluyó Mocenigo—. Tenéis el apoyo de todos nosotros: los Diez mantendrán los ojos bien abiertos en lo que respecta a Giacomo Casanova. Ahora, si sois tan gentiles, procedamos con el orden del día.

## La fiesta

Francesca miró hacia el cielo, imitando a todos aquellos que habían alzado la mirada en medio de un murmullo difuso.

El jardín del Palacio Contarini dal Zaffo era puro esplendor, un corazón verde y palpitante de vida. Farolillos, candelas y braseros emitían destellos de luz en la oscuridad de la velada y cientos de damas nobles y principales, artistas y grandes señores lucían sus mejores galas mientras conversaban o, gracias al anonimato que las máscaras brindaban, flirteaban, como era costumbre. De las copas de cristal libaban deliciosos vinos blancos de elaborada aguja.

Pero de repente algo había captado la atención de todos y había dejado las palabras reducidas a un murmullo quedo. Tendida sobre ellos, una cuerda clara corría desde una de las agujas del palacio hacia el techo del edificio colindante. Y sobre aquella cuerda, un hombre, vestido con un magnífico caftán de color cobalto y un antifaz, caminaba con los pies descalzos, suspendido en el aire. Para su cometido no contaba con más ayuda que una vara sostenida entre las manos y que hacía oscilar, ora de un lado, ora del otro, para mantener el equilibrio.

Francesca nunca había visto nada similar. El corazón le saltó en el pecho. Aquel hombre estaba desafiando la muerte, puesto que no disponía de medios de protección: ni cuerda, ni seguro, ni arnés de ningún tipo. Estaba suspendido a cincuenta brazas del suelo, armado tan solo de una valentía y de una temeridad sin parangón. ¿Qué le empujaba a hacerlo? ¿La vanidad? En su mente las preguntas se sucedían mientras los centenares de invitados se apretaban en un grito mudo que les subía a las gargantas y que se resistía a salir, atragantándose por no romper la absoluta concentración que aquella empresa requería. El funambulista había alcanzado ya la mitad del recorrido. En ese punto, pareció titubear, casi detenerse.

Una mujer no pudo resistirse más y gritó:

—¡Tened cuidado, Giacomo! —Luego estalló en un llanto silencioso: el rostro fresco y amable se había enrojecido por las lágrimas, y el maquillaje se le corría, formando chorretes oscuros sobre sus pómulos.

Laura se acercó a Francesca y le apretó una mano.

El funambulista retomó su camino aéreo, como flotando en el cielo. Después, lentamente pero sin mostrar sus temores, alcanzó el otro extremo de la cuerda. Fue entonces cuando la muchedumbre, que ya atestaba el jardín, explotó en un rugido liberador y un aplauso estruendoso.

Casanova, porque no podía ser otro el que estaba detrás de la máscara, se inclinó en una elegante reverencia antes de proceder a lanzar rosas blancas a las damas que lo miraban con arrebató desde la cajita verde del jardín.

Desapareció enseguida, con la agilidad de un gato, por el interior de una ventana del Palacio Contarini dal Zaffo.

Había sido una gran exhibición. El desafío había impresionado a los espectadores. Las mujeres, a partir de ese momento, serían todas suyas. No era que lo necesitara, pero había sido una jugada maestra, una hazaña que gozaría de un recuerdo imperecedero. No había sido simple, pensaba Giacomo, mientras en uno de los salones del palacio un siervo le ayudaba a calzarse unos zapatos elegantes, adquiridos justamente ese mismo día en una tienda de Rialto.

Estaba seguro de que si había logrado llevar a cabo aquella acrobacia era porque, durante mucho tiempo, había frecuentado en Praga a una compañía de artistas ambulantes que efectuaban actuaciones de ese tipo. Procedían de Transilvania y uno de ellos, un funambulista, se había hecho amigo suyo. Y así, durante meses enteros, habían primero debatido y luego probado una y otra vez, puesto que a Giacomo se le había metido en la cabeza aprender ese arte por el que sentía curiosidad y una irrefrenable admiración.

Lo que acababa de conseguir era por pura casualidad, pero el estremecimiento y la ebriedad que le siguieron le parecían motivo suficiente para querer repetir el experimento lo antes posible.

Se sentía profundamente vivo, como nunca antes lo había estado. Había llevado a cabo no solo lo increíble, sino también lo tangible y lo concreto: había caminado sobre una cuerda. ¿Cuántos hombres habrían podido realizar algo similar?

Bajó la escalera del palacio hasta al atrio interior y desde allí pasó al patio, manteniendo el antifaz negro y la máscara para asegurar aquel anonimato formal que se antojaba tanto más fabuloso por cuanto ahora todos sabían o habían imaginado quién podía ser el que llevara a cabo una proeza tan insensata y audaz. Caterina Contarini dal Zaffo se le arrojó a los brazos, se quitó el antifaz *moretto*, le levantó a él el suyo y lo cubrió de besos.

—¡Giacomo, habéis estado increíble! —le susurró, en la cúspide de la felicidad.

La fiesta sería realmente memorable. Cuando, el día anterior, Giacomo le había propuesto aquella locura, al principio ella se había quedado de piedra, pero después lo había aceptado con entusiasmo, pensando en lo que se hablaría en los años sucesivos de aquel acontecimiento extraordinario. Había sido egoísta, es verdad, pero solamente un poco, porque Giacomo la había tranquilizado rápidamente acerca de su pericia en aquel arte singular. Por lo demás, era un espadachín hábil y tenía un cuerpo atlético y enjuto: ¿quién sino él podría llevar a cabo algo similar? Al oír las palabras de Caterina, Giacomo se blindó:

—¡Venga, hermosa amiga! Ha sido un juego de niños. Más bien soy yo quien os debe agradecer que lo hayáis hecho posible.

Caterina se sonrojó tras su antifaz, con el que se había vuelto a cubrir el rostro, y se llevó el abanico al pecho, que parecía reventar dentro del apretado corsé.

Cuando Casanova se inclinó en una reverencia y le besó la mano, sintió que se ruborizaba. Luego, mientras ella se recuperaba, aquel hombre extraordinario se puso de nuevo la máscara y desapareció entre la muchedumbre de invitados.

Misterio y maravilla. El inefable Casanova. Aunque con aquella vestimenta color cobalto era casi imposible que pasara inadvertido. Sin duda había una magia en él, un suspiro de infinito que no podían sino conquistar.

Dos jóvenes de espléndida belleza se mantenían cogidas de la mano, aún incrédulas por lo que acababan de presenciar. Giacomo avanzó hacia ellas. Muchas mujeres se le aproximaron y, desde luego, tuvo atenciones para cada una de ellas: intercambió bromas y dispensó caricias, pero tenía ojos solamente para las dos jóvenes que estaban en el centro del jardín. Una con dulces rizos rubios y vestido negro, la otra con largos rizos de fuego y un vestido blanco como la nieve.

Era ella la que lo había trastornado en cuanto la vio. En el fondo de su alma deseó que se tratara de Francesca Erizzo.

## El demonio y el color cobalto

Cuando Casanova le tomó la mano, Francesca sintió que perdía el sentido. Había algo en la manera de actuar de aquel hombre cuyo rostro ni siquiera podía ver, algo tan elegante y a la vez tan profundamente masculino que quitaba el aliento.

La voz de él emergió grave y oscura a causa de la máscara que le ocultaba la cara.

—Señora mía, no os conozco, pero no tengo palabras para expresar mi admiración. Vuestro cabello son las llamas de mi corazón, las mismas que han incendiado mi miedo, haciéndolo cenizas mientras caminaba sobre la cuerda. Os lo ruego, aceptad este pequeño regalo como homenaje a vuestra belleza, que es abrumadora aun estando cubierta por los negros detalles de una máscara absurda.

Y según lo decía, Giacomo le ofreció la mano en la que se había materializado una rosa de un rojo tan intenso que parecía la esencia misma del amor.

Francesca tomó la flor y sintió conmoción y tormento. Sin embargo, se acordó de quién era el que tenía delante. Quizás aquel hombre hablaba así a todas las mujeres. En verdad, era un ídolo. Bastaba mirar un poco alrededor para ver que cada una de ellas temblaba bajo la máscara, disimulando sus sentimientos detrás del ligero movimiento de los abanicos.

—No creo ser tan especial —le respondió con un hilo de voz pero en tono firme: la sinceridad y el espíritu rebelde salían a relucir—. ¿Por qué tendríais que desearme precisamente a mí pudiendo tener a cualquier mujer a vuestros pies? —le preguntó, sosteniendo su antifaz con la mano.

Giacomo no se esperaba una respuesta, pero replicó inmediatamente. A pesar de sus palabras había en aquella joven algo indefinible y hermosísimo.

—Sois la única a la que he dado una rosa roja. Para todas las demás el blanco del amor espiritual será suficiente. —Jugaba de farol y lo sabía, pero en lo más íntimo de sí mismo sentía que aquella muchacha era Francesca. Insistió, por lo tanto. Si tenía razón, el premio estaba menos lejano.

Y además, al diablo el premio: aquella chica era hermosa como nunca lo hubiera creído posible.

—¿Podréis al menos decirme vuestro nombre? —le preguntó—. Al fin y al cabo, vos conocéis

el mío. Así lo podré grabar dentro de mí y repetirlo en el infinito aburrimiento de los días, recordando vuestra sonrisa... Me servirá, cuando menos, de consuelo.

Laura, que se había quedado hechizada y sin palabras con aquella declaración, se fue, dejándolos solos.

—La verdad, señor Casanova, es que si os confiara mi nombre, mi modesta reputación se vería comprometida en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por qué motivo decís tal cosa? ¿Qué os he hecho, aparte de ser amable con vos?

Esa inocente pregunta produjo el efecto deseado, puesto que, de repente, Francesca comprendió que había sido demasiado dura.

—Vos sois un hombre fascinante, no me malinterpretéis, pero sin duda sabéis, incluso mejor que yo, que el azul cobalto es el color del diablo y que el funambulista, que al volar entre el cielo y la tierra une dos elementos opuestos, está imbuido asimismo de algo demoníaco. ¿Cómo podría fiarme de un hombre que se presenta en la más hermosa fiesta del año de una manera tan siniestra?

—A pesar de sus palabras obstinadas, Casanova se dio cuenta de que la muchacha había pronunciado esa frase con alegre benevolencia.

¿Acaso era ella la que estaba jugando con él?

—Señora mía, sé que no merezco vuestra confianza, yo mismo he porfiado por perderla incluso antes de comenzar... Sin embargo, aun así os pido al menos una oportunidad. ¿Qué tenéis que perder..., Francesca?

Giacomo jugaba la baza del destino. Pese a no tener certeza alguna sobre ello, estaba convencido de hallarse en presencia de Francesca Erizzo. Si acertaba, mataría dos pájaros de un tiro. Por un lado habría empezado a seducir a aquella criatura divina, y por otro conseguiría también a la condesa Von Steinberg. Sin embargo, había un elemento que complicaba tan espléndida ecuación: el hecho de que se sentía irresistiblemente atraído por aquella chica de cabellos flamígeros. Y eso le asustaba. Pero ya pensaría más tarde en tal contrariedad. Entretanto quería saber si había tenido suerte. A juzgar por el silencio embarazoso en que se había sumido su deliciosa interlocutora, parecía que había dado en el clavo.

—¿Cómo es posible que sepáis mi nombre, señor Casanova?

Giacomo sintió el alma exultante de triunfo.

—Simple intuición, mi hermosísima amiga —le respondió tomándole la mano.

A Francesca aquella explicación no le bastaba, pero no insistió. Sintió un extraño calor mientras los fuertes dedos del aventurero le tocaban la palma de la mano, aquellos mismos dedos que apenas unos minutos antes sujetaban la pértiga con la que había desafiado el vacío. Hubiera querido retirarse, pero no lo lograba, retenida por una magia silenciosa.

En ese momento Laura volvió sobre sus pasos, haciendo añicos la incomodidad... pero también el hechizo.

—Señor mío —dijo—, ¿consideraríais descortés si os pidiera que me contarais cómo aprendisteis el arte del funambulismo? —Mientras hablaba, Laura se quitó el antifaz y echó la cabeza hacia atrás, estallando en una risa cristalina. Estaba cansada de ocultarse.

Francesca la imitó.

Detrás de la máscara, los ojos aguamarina de Casanova emitieron un destello.

—No seré yo quien mantenga una máscara frente a mujeres tan maravillosas que tienen el valor de renunciar a su propio anonimato...

Mientras lo decía, Giacomo se liberó de la capa negra y de la máscara blanca.

—Entonces... ¿me preguntabais por el funambulismo?

A Laura se le escapó otra risa traviesa. Francesca, en cambio, continuó observándolo con aquellos ojos suyos que parecían salpicados de esmeralda.

—Veréis, señoras mías, me prometí a mí mismo que nunca cedería al chantaje de renunciar a ser quien soy, ni siquiera por algún privilegio. —Giacomo se detuvo como si quisiera sopesar sus palabras. Después prosiguió—: Esta actitud nunca me ha deparado demasiados amigos y por ello, más de una vez y a mi pesar, me he encontrado en la necesidad de cambiar de aires, por decirlo de alguna manera. En una de mis más recientes peregrinaciones recalé en Praga: ciudad magnífica, llena de cafés y salones, de plazas y torres y en pleno renacimiento, además, si pensamos que justamente a finales del siglo pasado fue devastada por un gran incendio. Hay en esa ciudad un ambiente tan palpitante de vida y savia que no es raro hallar en sus plazas jóvenes artistas callejeros, actores, vagabundos, cómicos e incluso funambulistas. Los que conocí procedían de las tierras de más allá de los bosques: Transilvania.

—¿En serio? —Laura abrió de par en par sus grandes ojos azules.

Giacomo hizo un gesto divertido.

—¡Pues claro! Tenía una larga cabellera negra, unos bigotes caídos y un cuerpo delgado y ágil. Era ligero como un gato y capaz de trepar hasta lo alto de las torres y a los campanarios con la única ayuda de sus manos y sus pies, y era un maestro en el arte del funambulismo. Se llamaba Dan.

—Y de él aprendisteis mucho, por lo que hemos visto hoy —insinuó Francesca.

—Sí...

Mientras estaban conversando, con el rabillo del ojo Giacomo detectó a un hombre peculiar que no le sugería nada bueno. La larga cabellera rubio ceniza y la figura delgada conferían a su persona algo desagradable. Tenía anchas espaldas de soldado y, en general, un aire poco amable. Aunque también oculto por una máscara, los ojos turquesa traicionaban un interés incluso demasiado pronunciado hacia ellos.

No había tiempo que perder.

—La conversación con dos damas de vuestra belleza impone la mayor de las discreciones. ¿Me



juzgaríais mal si os pidiera que fuerais al entresuelo, a la sala donde los frescos de Tiepolo? — preguntó de manera repentina. Y, sin esperar respuesta, se colocó de nuevo la máscara y desapareció. Laura se quedó sorprendida, con sus ojos desbordados de estupor y maravilla. Francesca creía estar soñando.

Las dos amigas se miraron a los ojos y con una sonrisa se dirigieron hacia el atrio del palacio, atravesando el hermoso jardín rebosante de célebres invitados, arrumbados en el repentino anonimato tras la aparición de Giacomo Casanova.

## Un joven impertinente

En un momento Giacomo se había desplazado a la entrada del Palacio Contarini dal Zaffo. Elegantemente, había evitado a damas y grandes señores, a pesar de que todas las miradas se concentraban en él.

El hombre con el pelo de color ceniza se le había colocado detrás y estaba claro que quería algo. ¿Un espía?

Ya estaba corriendo hacia la escalinata cuando alguien le cerró el paso, golpeándole con el hombro. Más allá de sus modos elegantes, Casanova era alto y de físico nervudo y robusto, por lo que, como quien no quiere la cosa, empujó al tipo que se le había cruzado delante y lo derribó.

El joven, porque de tal se trataba, rodó por la grava blanca y se embadurnó de polvo claro la levita y el chaleco. Se puso en pie bruscamente, quitándose el antifaz y la máscara, y apuntando con un dedo hacia Casanova.

—¡Vos! —gritó con voz áspera y desagradable—. Vos, señor, ¡me debéis una explicación!

Las damas se defendieron de aquellos gritos abriendo los abanicos. Entre los caballeros, los más audaces les hicieron de escudo con su propio cuerpo. Giacomo no quería perder más tiempo, pese a lo cual esgrimió una sonrisa y le respondió al tipo:

—¿En qué estáis pensando?

El otro continuó con el mal tono polémico con el que había comenzado:

—¡Tenéis que explicarme por qué estabais importunando a mi prometida!

—¿De qué prometida me habláis? —preguntó Giacomo, incapaz de ocultar un amago de sorpresa.

—Me refiero a Francesca Erizzo, mi querido Casanova..., puesto que vuestras intenciones resultan obvias.

—A fe mía, querido caballero, que ella de vos no ha hecho mención alguna. ¿Quién sois, a todo esto?

—Alvise Zaguri, comerciante de cuero búlgaro —respondió el otro secamente.

—¡Oh, qué maravilla...! —soltó Giacomo—. Cuero búlgaro..., ¿en serio? Un tema fascinante. Bueno, mi querido Zaguri, temo que debo dejaros porque, en lo que a mí respecta, el ambiente de esta fiesta se está volviendo pesado. Si me dispensáis...

Giacomo hizo el ademán de adelantar a Zaguri, que, lejos de permitirselo, acercó el rostro al

suyo y le susurró refunfuñando:

—Todavía no he terminado, querido Casanova.

—Estoy a vuestra disposición como y cuando queráis, pero ahora, si me lo permitís, asuntos urgentes reclaman mi atención. —Concluyendo de ese modo, Giacomo se deshizo en una sofisticada reverencia y reanudó el camino a la escalera.

Con el rabillo del ojo vio que el hombre de mugrienta cabellera rubio ceniza se había unido a otros tres matones y, en ese momento, los cuatro iban dirigiéndose hacia él. Por lo tanto se apresuró a subir los peldaños y, al llegar a la sala del entresuelo, cerró la puerta a sus espaldas.

Allí se encontró con Francesca y Laura, quienes lo miraron con un atisbo de inquietud.

—¡Rápido! —exclamó Giacomo—. Tengo que llegar como sea al tejado.

Laura se quedó estupefacta, pero Francesca no perdió la presencia de ánimo.

—¡Por aquí! —dijo, señalando una puerta en el lado derecho de la sala.

—Sí... —añadió Laura, como por instinto.

A Giacomo no hubo que repetírselo dos veces. Entretanto, alguien había comenzado a propinar puñetazos a la puerta.

—¡Abrid! —gritaron.

Pero Giacomo ya estaba en la otra sala y luego en otra de al lado. Miró por un momento a Laura y a Francesca, que lo escoltaban de forma desprendida e insólita. En los labios rojos de esta última depositó el más fugaz de los besos.

—Casanova... —murmuró Laura. Francesca, en cambio, no dijo nada.

—Volveré —prometió Casanova, acariciando a Laura la mejilla. Luego saltó al primer escalón de una escalinata estrecha y, desde allí, después de otro rellano, alcanzó en un abrir y cerrar de ojos el tejado del Palacio Contarini dal Zaffo.

Entretanto, los puños continuaban descargando golpes en la puerta de la sala del entresuelo.

Giacomo corrió a lo largo de la línea que culminaba el tejado. Percibió las voces y el estrépito de los guardias de distrito que se extendían por la sala. El retumbar de los zapatos en los escalones, el resonar de las blasfemias, el chasquido de las órdenes... y todos aquellos sonidos iban a deshacerse en un vórtice de gritos rotos. Cuando llegó al final del tejado dio un salto prodigioso.

Sintió que el viento le azotaba el rostro y que la noche salpicada de fuegos y faroles le abrazaba. Sus piernas pedalearon en el vacío y se preparó para el impacto. Se aprestó a encogerse y a amortiguar la caída con una cabriola.

Se encontró de pie con algunos rasguños, mientras algunas tejas se deslizaban hacia abajo para luego precipitarse, estrellándose con un ruido seco, en la piedra de los callejones.

No se detuvo.

Tenía que poner la máxima distancia posible entre él y aquellos verdugos. Los inquisidores

generales se habían movido con extraordinaria rapidez. Cierto era que no había hecho nada para ocultar su llegada; de hecho, como decía Matteo Bragadin, su regreso a Venecia no solo se esperaba, sino que se había acogido como un acontecimiento más que bienvenido. Y su encuentro con la condesa Margarethe von Steinberg no debió de pasar inadvertido.

Mientras pensaba todo aquello, Giacomo dio un segundo salto, aterrizando en otro tejado. Esta vez, al intentar mitigar la caída, se hirió una mano. El rojo de la sangre brilló a la luz del farolillo. Pero ya podía considerarse a buen reparo. Se cobijó detrás de una gran chimenea, confiando en que, unos tejados más allá, los guardias del distrito aparecieran por la línea que culminaba el tejado del Palacio Contarini dal Zaffò, quedándose con un palmo de narices. Era improbable que logran localizarlo, oculto como estaba entre las sombras nocturnas, las luces borrosas de los faroles y la gruesa chimenea tras la cual se había parapetado.

Sin embargo, lo que oyó no fue muy tranquilizador.

Al principio solo captó algunas exclamaciones llenas de estupor. Luego, al prestar más atención, distinguió con claridad las palabras.

—Se ha esfumado, ilustrísima —dijo alguien.

—Parecía estar furioso, señor Zago —añadió un segundo matón.

—¡Os he dicho que no pronunciéis mi nombre, idiota!

Esa última voz debía de pertenecer al hombre delgado de cabellera larga y sucia. A Giacomo le parecía verlo con aquel hocico demacrado de perro que debía de lucir bajo la máscara, mientras le fulminaba con una mirada inyectada de locura. La voz reflejaba perfectamente ese ser descuidado y desagradable al mismo tiempo: se asemejaba al sonido de los dientes rotos.

—¡Bajemos! —ordenó el hombre—. Aquí ya no hacemos nada. Seguro que Casanova no se ha quedado esperándonos. ¿Alguien ha tomado nota del nombre del idiota que le ha cerrado el paso?

—¿Toni? —gruñó el primero—. Era tu turno, ¿lo recuerdas?

Por toda respuesta, el otro rezongó.

Giacomo no logró discernir lo que vino después. Se produjo un altercado y al final se oyó un grito y un golpe, como si una fruta madura hubiera reventado contra el suelo en un charco de jugo y pulpa.

—Ilustrísima... —murmuró algún otro con un tono que dejaba traslucir horror y miedo.

—Peor para él —graznó aquella voz inconfundible y horrenda—. No hay segundas oportunidades para los que se equivocan conmigo.

Giacomo miró hacia abajo.

Estampado en el centro de la calle yacía el cadáver de un guardia de distrito con el cráneo abierto.

Un charco de sangre brillaba a la luz de un brasero.

## La primera carta

Mi querido señor Casanova:

Han pasado apenas unos días desde nuestro encuentro y ya os echo en falta, aunque a decir verdad no sabría explicaros por qué. Quizá sea la magia del desafío o, tal vez, para ser completamente honesta, por la concesión del premio, que será tanto vuestro como mío. ¿Me permitís una confidencia? Venecia es magnífica, por supuesto, pero en ocasiones también resulta aburrida: las fiestas, las recepciones, los chismes, las intrigas..., no están mal, pero le falta pasión.

Es una suerte que hayáis aparecido vos y hayáis agitado el ambiente, os lo concedo. La noticia de vuestra acrobacia funambulesca, apropiado es decirlo, ha ido de boca en boca por toda la ciudad y en este momento no se habla de otra cosa, mi buen amigo, así que, si no de otro modo, vuestra ausencia asimismo me hace compañía.

Sin embargo, debo exhortaros a un mayor pragmatismo. Pero ¿cómo? ¿Habéis conocido a la pequeña Erizzo y no habéis tomado el fruto prohibido? ¡Por favor! Señor Casanova, esperaba mayor celeridad de vuestra parte. Después de todo, ¿acaso no es Francesca poco más que una adolescente? ¿Una de esas muchachas que se desviviría por vos y por lo tanto una de esas presas tan fáciles de capturar de modo que la conquista ya viene prácticamente hecha?

¡Y hete aquí que no! Vos os andáis con rodeos. Os dispersáis en bromas y huidas por los tejados de la ciudad, os encanta ir vestido con una levita azul cobalto para luego experimentar con el arte del demonio, que es de lo que trata el funambulismo. ¿Y no es acaso temerario, por lo tanto, jugar a actividades con las que os arriesgáis, apenas las nombréis, a ser condenado por herejía y subversión? Sabed que hay noticias que no tardan ni un segundo en difundirse por toda la ciudad.

Os digo esto solamente para advertiros de lo imprudente que resulta vuestra conducta. Si noticias de este tipo llegan a oídos del inquisidor general, pues bien..., me siento en la obligación de decíroslo, no daría ni un ardite por vuestra vida.

¡Prudencia, amigo mío!

Y pragmatismo, repito. El tiempo apremia y mi corazón se siente alterado ante la espera de teneros en mi cama. ¿O debo entender, tal vez, que mi proposición ya no os interesa? Quisiera confiar en que no sea así, las negativas me resultan particularmente desagradables.

Valor, por lo tanto, cumplid con esta misión amorosa y volved a mí. Y dejad ya de meteros en problemas: en la Cantina Do Mori reventasteis tres cabezas, en el Palacio Contarini dal Zaffo después de vuestra hermosa hazaña no encontrasteis nada mejor que ganaros el rencor del joven Alvise Zaguri, amante de la pequeña Erizzo. Tenéis que ser más cuidadoso, amigo mío: discreción y astucia, os lo ruego.

Así pues, os aguardo vencedor. Os prometo que celebraremos vuestro triunfo de la manera más dulce. Entretanto, sentíos libre de pedir a Gretchen todo aquello que deseáis: su eficiencia y competencia son impecables. No os podríais hallar en mejores manos, creedme.

En espera de recibir vuestras noticias, mis mejores deseos y mucha suerte.

—La condesa Von Steinberg no se anda por las ramas, ¿no es cierto? —dijo Giacomo, haciendo girar entre sus dedos la carta de pergamino.

—No se lo puede permitir. De otro modo no sería la mujer que es.

—Sí, ya lo imagino.

Giacomo se quedó en silencio por un instante. También aquel día Gretchen exhibía una belleza perturbadora.

Pero ¿no era Francesca la que se había adueñado de su corazón? No habría sabido decirlo con precisión. Hermosa, sin duda, pero... ¡tan joven e inexperta! Y no obstante había en ella, en su mirada, en la determinación de su voz, algo que no le había dejado indiferente. Había estado pensando en la noche anterior, tanto que en ese momento la visión real que tenía ante sus ojos le resultaba ligeramente desvaída.

Sin duda Gretchen era toda una mujer, y sus modales elegantes y al mismo tiempo sensuales no dejaban de hacerle efecto. Es más, tenía que dar las gracias a su buena estrella por haberle permitido conocer a una dama tan atractiva.

Claramente la condesa esperaba una respuesta. Mientras

Giacomo medía el salón a grandes pasos, dándole vueltas a qué escribir, Gretchen se acomodó en el sofá, sosteniendo entre sus finos dedos de alabastro una taza de porcelana exquisitamente elaborada.

Tan pronto como bebió el chocolate, su boca se tiñó de oscuro. Sin poner en ello demasiados escrúpulos, Gretchen dejó que su lengua se demorara en los labios.

A Giacomo no se le escapó ese gesto de malicia sublime y sintió que la sangre se le agitaba en las venas. No satisfecha con su audacia, Gretchen cerró los labios húmedos y le dio un mordisco a una galleta veneciana, de color amarillo intenso. Lo hizo de manera aún más provocativa, sugiriendo voraces alusiones.

Giacomo se llamó a la calma y se concentró. No tenía que dejarse distraer por esos dulces desvaríos. No en ese momento, por lo menos.

—Tengo la sensación de que nuestro carnicero está demasiado interesado en nosotros —comentó Gretchen.

—¿Cómo? —Giacomo no estaba seguro de haber entendido bien.

—Esta mañana fui al carnicero. Mientras me atendía, hablando de esto y aquello, dejó caer, de

una forma más bien embarazosa, debo decir, un par de preguntas sobre la estancia veneciana de la condesa. Al principio no le di mucha importancia, pero luego me pareció en exceso insistente. Esta ciudad tiene demasiados oídos y demasiados ojos, para mi gusto.

—Bienvenida a Venecia, mi hermosa amiga. Así que hasta el carnicero se interesa por vos... Bien, Gretchen, si puedo permitirme un consejo, id a otro. No acudáis más a él.

—Así lo haré.

—La condesa parece una mujer de amplios conocimientos, incluso en el ámbito de la brujería —prosiguió él—. Un asunto que me sorprende no poco.

—Bueno... Respecto de eso debo decir... —La bella austríaca pareció vacilar.

Giacomo la miró intensamente. Era irresistible.

—Os lo ruego, hablad, mi dulcísima Gretchen. Soy todo oídos.

Gretchen dio otro sorbo al chocolate caliente y espeso. Exquisito. Luego pareció titubear, como si librara una batalla, como si se estuviera preguntando si permanecer fiel a su señora o más bien abandonarse a la formidable atracción que le inspiraba el hombre que tenía delante.

—Me siento en el deber de... —dijo en tono cauteloso— de alertaros...

—¿Sobre qué?

—Sobre la condesa —concluyó con brusquedad.

Giacomo no daba crédito a lo que acababa de oír: ¿la doncella de la condesa lo advertía contra su propia señora? ¿El mundo había enloquecido de repente?

El asunto revestía, no obstante, una fascinación perversa.

—¿Qué pretendéis?

—Lo que os he dicho, Giacomo. Sé que sois un hombre de mundo y, por lo tanto, más que habituado a esquivar fortunas adversas con increíble estilo. Pero la condesa es una mujer peligrosa, creedme, y ahora que he comprendido que pretende usaros para alguna de sus turbias intrigas, no puedo más que sugeriros que tengáis cuidado.

—Vaya... No diré que me sienta sorprendido, no del todo por lo menos. Pero ¿qué os hace creer eso? ¿Y cuál es el motivo, en última instancia, para que os arriesguéis por mí?

—Vos me gustáis, Giacomo. ¿Por qué negarlo? Sois un hombre audaz y de buen corazón, por más que las malas lenguas se pasen días enteros soltando injurias sobre vos. ¡Peor para ellos! Sé que no os puedo tener, me doy perfecta cuenta de ello; es imposible. ¿Cómo podría pretender conquistar a un seductor como vos? ¡Un hombre tan fascinante que con un simple chasquido de los dedos podría tener a sus pies a todas las mujeres de Venecia! Pero sé también que no me ha gustado nada la manera en que la condesa me entregó la carta. Cuando me la dio no perdió ocasión de enfatizar que tendría que haberos enseñado educación... y había una luz oscura en sus ojos. No os diría esto si no fuera verdad, mi querido señor, aunque tengo mucho que perder y nada que ganar. No aceptéis ese juego, Giacomo, os lo ruego. Amenaza con saliros caro...

—¡Gretchen... Gretchen mía! ¡Os agradezco vuestra sinceridad! Pero no temáis: no es tan fácil burlarse de mí.

—No lo dudo, pero prometedme que tendréis presente cuanto os he dicho.

—Lo haré, estad bien segura. ¡Y gracias por vuestra sinceridad y vuestras hermosas palabras, que no merezco! Y merezco menos aún que arriesguéis lo que sea por mí...

—Giacomo, ¡no lo digáis ni en broma!

—Nosotros seremos buenos amigos. Nos cuidaremos mutuamente, sin esperar nada más que lo que podamos dar —le propuso con franqueza—. ¿Os convendría este acuerdo?

Los ojos grises de Gretchen emitieron un breve relámpago.

—No podría pedir nada mejor.

Después de poner la tacita de porcelana y el platillo en la mesita, Gretchen se abandonó en el sofá con aire insinuante.

Giacomo se acercó y empezó a cubrirla de besos.

—¿Y la carta? —le preguntó ella de manera fingidamente inocente.

—La carta tendrá que esperar.

Tras separarse de ella, la miró largamente. Sabía que Gretchen lo deseaba, pero justamente por esa razón dejaba que lo devorara con la mirada.

Luego se aproximó de nuevo, lanzándose a agasajarle irresistiblemente los oídos.

Tal vez no estaba enamorado de ella, pero en ese momento la encontraba más hermosa que nunca.

—¡Sois una mujer espléndida, Gretchen! Os juro que vuestro rostro podría enajenar la mente de cualquier hombre.

Ella lo miró con sus ojos profundos, iluminados por una luz intensa y especial. En aquellos iris, Casanova se vio reflejado, arrebatado por tan sincera dulzura, como si aquellas estrellas grises pudieran contarle, silenciosas, cuanto perturbaba el alma a Gretchen.

Mientras la dama se abandonaba a sus lisonjas, con los pechos alzándose pujantes con el vaivén de la respiración, Giacomo cogió de la mesita una chocolatina.

—Las preparan en Legnago —susurró—. Las llaman «pezones de Venus» por su forma y por su delicioso sabor. Creo que es el dulce perfecto para una mujer de vuestra belleza.

Entonces, sin más dilaciones, se lo acercó a ella a la boca. Al principio Gretchen fingió oponer resistencia, apretando los labios, pero Giacomo presionó ligeramente hasta que estos se separaron como pétalos. La boca de ella poco a poco se fue llenando de la golosina redonda y dulce.

Giacomo experimentó una oleada de placer. Al ver que Gretchen se mostraba tan



increíblemente expuesta a su voluntad y lo secundaba con una complicidad tan perfecta, el deseo creció dentro de él como una ola de fuego.

Cuando el chocolatín desapareció en la boca de Gretchen, él le vendó los ojos con un fino pañuelo de batista blanca.

Acto seguido procedió a desvestirla, saboreando cada instante.

Gretchen estaba completamente desnuda.

Sentía la respiración de Giacomo, su aliento cálido sobre la piel, las manos que la exploraban con una tempestad de caricias ardientes. La había hecho arrodillarse y le había atado las manos detrás de la espalda con una cinta de seda.

Con la hermosa cabeza apoyada en las almohadas, Gretchen estaba por completo a merced de Giacomo, y precisamente en eso consistía su placer. Se sentía esclava de un hombre, dominada hasta su misma esencia más profunda, expuesta y lista para recibir cualquier cosa que él le infligiera.

Cuando los flecos del gélido látigo imprimieron la primera herida en sus nalgas temblorosas y voluptuosas, ella lloró.

De gratitud.

Y cuando el segundo dulce latigazo la golpeó de nuevo, hundió los dientes en los labios. Mientras del pequeño tajo manaba sangre, experimentó una beatitud tanto más intensa al estar transida de dolor.

Él la golpeó de nuevo, una y otra vez.

Mientras el corazón le latía desbocado, Gretchen sintió estremecimientos de placer derramándose sobre ella, como si una marea la hubiera engullido de repente y luego levantado hasta la cresta de una ola gigante.

Se abrió a él todavía más. Lo deseaba más allá de la vida y la muerte juntas. Se debatió con impaciencia, ansiosa por envolverlo en un fuego líquido.

Fue entonces cuando Giacomo la penetró. Bruscamente, con fiereza, despiadado. Pero en ese momento ella ya se había corrido.

El resto de la noche fue éxtasis y delirio.

## Vergüenza

—¡Maldita sea, hija mía! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?

Con el rostro enrojecido, la peluca desgreñada tras haber metido las manos en ella movido por la desesperación, y la voz quebrada por la incredulidad, el noble Niccolò Erizzo estaba reducido a un estado lamentable. Si alguien lo hubiera visto en aquel momento, podría haberlo tildado de loco, y nada en su apariencia lo habría desmentido.

Propinó una patada a un armario esquinero, que por puro milagro no se vino abajo.

Francesca estaba sentada ante el clavicémbalo, paseando los dedos sobre las teclas negras y blancas. Esa tarde había ensayado largamente dos sonatas de Domenico Scarlatti y le habían parecido fabulosas. Ahora, sin embargo, aquella pelea iba a oscurecer el día entero. Estaba segura de ello.

No esquivó la feroz mirada de su padre, lo que sulfuró aún más al noble Erizzo.

¿Su hija se atrevía a desafiarlo? ¿Después de todo lo que había hecho por ella?

—No voy a permitir que echés al traste un matrimonio ventajoso por un simple capricho, ¿me explico? ¡No quiero volver a oír nombrar a ese individuo! No me obligues a prohibirte que frecuentes a la mocosa Contarini, ¿entendido?

Francesca no pudo soportarlo más. No le faltó al respeto a su padre, pero respondió con firmeza. No le tenía miedo. Nunca se lo había tenido.

—Padre, no podéis obligarme a casarme con Alvise Zaguri contra mi voluntad. Lo detesto: es un hombre arrogante e insensato, enamorado de sí mismo y de su dinero. No hice nada malo, solo asistí a una fiesta a la que media Venecia estaba invitada. Es normal que Casanova también acudiera a ella.

Erizzo no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? ¿Y desde cuándo eres tú quien decide lo que es mejor para ti? Si tu pobre madre estuviera viva...

—Mamá solo quería mi bien. No es justo que me impongáis a un hombre que no deseo en modo alguno.

Era demasiado.

Niccolò Erizzo se acercó a su hija y, antes de darse cuenta siquiera, le propinó un bofetón. Su mano se estampó contra la mejilla de Francesca.

La cabeza de la muchacha se giró hacia atrás, como si hubiera sido alcanzada por un latigazo. El dolor era abrasador, pero lo era más la humillación.

En cuanto se percató de lo que había hecho, el padre se sonrojó.

—Francesca... —dijo con un hilo de voz, pero no consiguió terminar la frase.

—Espero que estéis satisfecho, ya me habéis mostrado vuestro amor. Ahora, si me lo permitís, me retiro.

Y según lo decía, Francesca se puso de pie. En medio de un silencio plomizo llegó hasta la puerta y salió.

Erizzo se quedó mirándola, apretándose la mano, enmudecido.

Había agotado todas las palabras.

Francesca se dejó caer en la cama.

Sintió las lágrimas sobre las mejillas en llamas. Las palabras de su padre le habían hecho daño. Estaba cansada de no contar para nada. Como si sus sentimientos pudieran venderse en el mercado de Rialto, cual una mercadería cualquiera.

No era justo.

Sus pensamientos se trasladaron casi por inercia a la noche anterior. Había sido tan hermoso... Por primera vez había conocido a un hombre realmente fascinante. Un funambulista, un acróbata, un viajero, un seductor nato, un hombre de acción, un brillante conversador: Giacomo Casanova era todas esas cosas y mucho más. Normal que las mujeres perdieran la cabeza por él... Su innegable atractivo físico era tal vez la menor de sus virtudes.

Volvió a mirar la rosa roja que le había dado y que ahora estaba en un jarrón con agua. Recordó la forma en que él la había mirado y el sincopado palpitar de su propio corazón cuando había visto por vez primera a ese hombre mientras se enfrentaba a un desafío casi imposible.

Casanova era un rebelde: no le extrañaba que Venecia le tuviera miedo. Representaba todo aquello que la ciudad no quería. Lo había dicho él mismo: nunca cedería al chantaje de renunciar a ser lo que era, y mucho menos a cambio de privilegios. Había tanto orgullo en esa frase que daba pavor. Así que aquella era la cuestión: Venecia temía a Casanova, y por tal razón los inquisidores generales y todos los soldados de infantería y los guardias de distrito lo mantenían bajo vigilancia.

Lo admiraba desde lo más hondo. Y al admirarlo ahuyentaba los malos pensamientos y la desilusión que le había causado su padre. Estaba a punto de enfrentarse a un reto peligroso, pero no iba a quedarse mirando cómo su vida se rompía en nombre de las convenciones sociales y de las obsesiones paternas. Era muy consciente de cuánto la quería su padre, un profundo afecto al que ella correspondía. Pero desde que había fallecido su madre, él no había vuelto a ser el mismo.

Y si bien por un lado podía comprenderlo, por otro se sentía decepcionada por la manera en que había reaccionado: ahogándola, confinándola a una vida de reclusa. Lo hacía para protegerla, por supuesto. Pero en aquel afán suyo había tanta arrogancia y un humor tan sombrío, que Francesca se quedaba sin palabras. Su padre albergaba la absurda pretensión de verla en una vitrina de cristal, prometida a aquel hombre insípido que era Zaguri. No podía, no era capaz de perdonarle.

Sin embargo, sabía que debía cuidarse de Casanova. Era más que evidente cuánto se amaba a sí mismo, y que su imagen de héroe romántico podía ser tan solo una fachada oportunista. Pero había en él algo decadente y heroico al mismo tiempo que la deslumbraba. Era como si detrás de aquellos ojos de color aguamarina se ocultase un fuego, un hambre de vida y emociones que le quemaba el corazón y el alma y que la haría temblar de vida, si se le brindaba la posibilidad.

Por ello sentía gratitud hacia Casanova: desde que había aparecido, se sentía vibrar de pasión. Y asimismo había comprendido que también ella lucharía para ser ella misma, sin ceder a chantajes. A cualquier precio.

Se secó los ojos con el dorso de la mano. Se acercó al tocador, lacado en azul; una de esas *chinoiseries* venecianas que tanto gustaban a su madre.

Se miró en el espejo: vio a una joven que se asomaba al borde del precipicio que era la vida y que tenía miedo de echar a volar para probar la embriaguez.

Nunca más volvería a sentirse así. Nunca más.

Reflejado en el espejo, vio su clavicémbalo favorito en el rincón más lejano de la estancia. Había tres en el palacio, pero Francesca había querido que uno de ellos se colocara en su dormitorio: poco le importaba la acústica imperfecta y el lugar insólito. Amaba ese instrumento tanto como para querer uno lo más cerca de ella que fuera posible. Y su padre, que a fin de cuentas trataba de que fuera feliz, la había contentado.

Descansó la mirada observando los magníficos frisos y las rosas pintadas en la caja. Se sentó ante el teclado. Respiró hondo. Luego apoyó los dedos y apretó ligeramente las teclas. Emergió un sonido claro y cristalino, un flujo de notas líquidas que danzaban en el aire mientras sus dedos recorrían ágilmente el teclado.

Ese día le habían encantado las melodías de Scarlatti, pero ahora necesitaba perderse en la primera sonata para clavicémbalo de Benedetto Marcello. En la obra del gran compositor veneciano sentía toda la magia y el gran amor por su ciudad: era como si Venecia respirara a través de aquella música celestial. Y Francesca nunca se sentía saciada. La encandilaba la amplitud del primer movimiento, que luego iba abriéndose en la sonrisa del *allegro* hasta explotar en el delicioso impulso del *presto*, para luego aquietarse un poco hacia el final. Las notas parecían sucederse en una magia robada al tiempo y la sonata se asemejaba a un bucle de eternidad.

Aquella melodía logró que la sonrisa aflorara de nuevo en sus labios. Y, en su elegancia

vibrante y en la alegría que parecían estar implícitas en ella, Francesca respiraba la esencia y la grandiosidad del alma del compositor. Era como si a través de aquellas notas le hablara de la libertad que alcanzaba con la música, una ventana fantástica sobre una vida hecha de compromisos y cargos al servicio de la Serenísima. De algún modo, la vida misma de Benedetto Marcello parecía la síntesis de Venecia: celebrado y apresado en los fastos de la vida política, pero genial y capaz de liberar energías extraordinarias a través del arte y, en particular, de la música.

Sin embargo, incluso en aquel momento, en esos años difíciles en que era palpable su inmovilismo, la desesperada necesidad de la clase patricia de perpetuarse hablando de los ilustrados y de los *philosophes* únicamente por etiqueta, pero sin participar de su fuerza disruptiva e innovadora..., pues bien, incluso entonces, Venecia, como Marcello, lanzaba chispas de genio y valor. Y, de entre ellas, una se llamaba Giacomo Casanova.

Esos pensamientos la animaron.

Mientras se disponía a terminar la ejecución de la melodía, Francesca llegó a la conclusión de que todavía había esperanza. Tenía que abandonarse al río impetuoso de la vida sin venderse al primero que pasara, luchando por esos sentimientos que inflamaban la sangre en las venas.

Se sintió feliz.

Y mientras finalizaba la sonata, dio las gracias a Benedetto Marcello por haberla salvado una vez más.

## La respuesta

Mi querida condesa Margarethe von Steinberg:

He leído con infinito placer vuestra misiva, que denota una vez más toda la fuerza y la determinación que albergáis, lo que, naturalmente, no hace sino aumentar mi deseo de hacer mío vuestro corazón, y no solo el corazón.

Me complace que mis modestas actuaciones se hayan conocido en toda la ciudad y confío en que las consecuencias de tal popularidad me ayuden a velar mi verdadero objetivo.

No temáis por ese pesado de Alvise Zaguri; no es más que un tratante de cuero búlgaro. Sabré manejar el asunto de la manera más adecuada. En lo que respecta a la pequeña Erizzo, estad segura de que ya he establecido unas bases sólidas para apresarla en mis redes. Sin embargo..., ¡cuánta impaciencia! Me surge la duda de si sois tan infantil como decidida, si tenéis por costumbre insistir sin cesar hasta lograr aquello que queréis. ¡Sea, pues! Intentaré abreviar los tiempos cuanto pueda. Pero permitidme al menos algunos días para concederme la pequeña satisfacción de seducir a Francesca Erizzo.

Tomo buena nota, naturalmente, de vuestra observación respecto a la cuestión del funambulismo y del azul cobalto, pero eso no es más que folclore, fábula, sinfonía fantástica.

A menos, por supuesto, que vuestras palabras escondan más de lo que dicen y por lo tanto tenga que esperar de vos un doble juego..., algo que me niego a aceptar. ¿Seríais tan mezquina como para informar a los inquisidores generales de los recientes capítulos de mis aventuras? ¡Pues claro que no!

Sois una mujer fuerte, fascinante y, quiero creer, leal. Por otra parte, es evidente que los espías venecianos ya habrán informado a Pietro Garzoni y al resto de los inquisidores de tales hechos. No hay nada que se le escape a ese hombre,

y un fenómeno sorprendente como el del funambulismo ya habrá sido objeto de su atención, así como de la de los Tres Sabios de la Herejía, que son los encargados de sopesar los asuntos religiosos.

Conservad la paciencia y la fe, querida amiga. Cuento con ganarme el corazón de la joven Erizzo en un tiempo breve. Tan solo unos días más para lograr definitivamente su gracia y hallar la ocasión propicia para liberarme de ese individuo, Zaguri, que por lo que he visto tiende a seguirla y a abrumarla con su presencia incluso cuando ella quisiera estar lo más lejos posible.

¡Pobrecillo! En cierto modo me da pena.

Sea como fuere, tendréis noticias mías pronto.

Hasta entonces, os ruego me consideréis vuestro más apasionado y fiel admirador.

De pie, en el amplio salón recubierto de tapices, Margarethe apenas daba crédito a lo que veían sus ojos. Rompió la carta en mil pedazos y los diminutos fragmentos de papel cayeron sobre el mármol.

Después dejó de lado su ira y para calmarse detuvo la mirada sobre los espléndidos divanes, las sillas con patas de sable y los espejos *trumeau* gemelos con marcos en madera de raíz tallados y decorados en oro. Le encantaba rodearse de objetos magníficos y muebles valiosos: le permitían descansar la mente y reconquistar la frialdad y la lucidez necesarias para alcanzar sus propósitos.

Y en ese momento realmente lo necesitaba.

—¡Qué imprudencia! —dijo por fin—. Desde luego, el señor Casanova no destaca por su elegancia. Sin embargo, reconozco que tiene su audacia al desafiarme con semejante sarcasmo. De acuerdo, pues. En el momento oportuno sabré sorprenderlo y, por lo demás, confieso que su presencia de ánimo lo hace todavía más deseable. ¿Qué piensas de ello, Gretchen? ¿Qué idea te has hecho de nuestro aventurero veneciano? —Mientras hablaba, la condesa Von Steinberg clavó sus ojos, como dos esmeraldas punzantes que desprendieran chispas, en el rostro de su dama de compañía.

—Puedo decir que es un hombre capaz y que claramente no decepcionará a vuestra excelencia —respondió Gretchen.

—¿Estás segura, muchacha mía?

Un trazo de hielo en la voz de la condesa la hizo estremecerse. No alcanzaba a imaginar cómo era posible, pero le daba la impresión de que Margarethe sospechaba o, peor aún, pensaba que ella sentía algo por Giacomo Casanova.

—¿Titubeas? ¿Precisamente tú? —le espetó la condesa—. ¿Te has quedado muda de repente?

—No, en absoluto —se apresuró a tranquilizarla Gretchen—. Pero si mal no he entendido, el señor Casanova ha sufrido algunos contratiempos. Es natural que necesite unos días más.

—¿En serio? —Un deje de sospecha parecía abrirse paso entre las palabras de Margarethe—. ¿Y eso cómo lo sabes?

—Los rumores circulan, *madame*, y Casanova hace todo lo posible por alimentarlos, porque es de la confusión y del multiplicarse las habladurías de lo que él extrae la savia para despistar a sus perseguidores. Pero vuestra excelencia querrá también saber que él mismo me confesó en cierta ocasión su absoluta pasión por vos.

Margarethe pareció impresionada y, de algún modo, complacida.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Precisamente la última vez, cuando le di la carta a la que ahora ha respondido.

—¿Estás segura?

—Lo recuerdo perfectamente.

—¿Y cuáles fueron sus palabras?

Gretchen fingió pensárselo un momento. En realidad Giacomo no le había dicho nada a propósito de la condesa, pero ahora que ya había iniciado la jugada, bien podía llegar hasta el final.

—Dijo que amaba vuestro espíritu indómito y la imperiosa sensualidad que vibra inquieta en vuestro cuerpo —expuso la joven, inventando sobre la marcha.

—¿Eso es así? —La condesa enarcó una ceja.

—Por supuesto —confirmó Gretchen, aferrándose a esa afirmación como a un ancla de salvación—. Por lo demás, ¿acaso no es Casanova un hombre de carácter fuerte y desenfrenado? Es natural que reconozca en vos una mujer no solo hermosa sino fascinante y decidida.

Margarethe sonrió.

—De acuerdo, además escribe algo parecido en la carta —observó, no sin cierta condescendencia—. Quiero creer en lo que me dices. Pero espero que la próxima vez sea él en persona quien pronuncie tales apreciaciones. En mi presencia, tal vez.

Mientras hablaba, la mirada y la voz de Margarethe se fueron suavizando. Gretchen tuvo la neta sensación de haber conseguido ablandar a su señora. Tenía muy claro que su misión no era solamente ingrata, sino incluso peligrosa. Se estaba deslizando en arenas movedizas y tenía que poner mucho cuidado para que el suelo no se hundiera bajo sus pies.

La idea del cumplido, aunque mejorada, había procedido de una discreta intuición, confirmada por las palabras que Giacomo había escrito en la misiva. Pero ¿por cuánto tiempo más lograría salir airosa? ¿Y hasta cuándo su señora iba a ignorar su debilidad por Casanova? ¿O ya lo había captado y estaba jugando con ella al gato y al ratón?

En cuanto la condesa le anunció que se retiraría a sus aposentos, Gretchen soltó un suspiro de alivio.

Mientras Margarethe salía del salón, la doncella se quedó mirando el comienzo de una tormenta de verano que caía sobre Venecia. Los rayos hendían el cielo. Gretchen salió al balcón y respiró la fragancia de la lluvia de julio que caía en hermosos goterones, refrescando el aire suave y cálido de la laguna. Pensó en Giacomo y escuchó su propio corazón, alimentando un sentimiento que le crecía con fuerza en el pecho y que no era capaz de controlar. Sabía que ese hombre nunca sería suyo. Aunque su amistad seguía adelante, en el fondo no le bastaba. No concebía cómo podría continuar su relación, no había ninguna posibilidad, a decir verdad, pero contentarse con lo que tenía siempre era mejor que nada. No alcanzaba a comprender cómo aquel hombre le podía haber calado tan hondamente, como si fuera una enfermedad incurable.

Se quedó mirando fijamente la lluvia, con la esperanza de poder calmar el tumulto de



sentimientos que la embargaba, como si las lágrimas frías de los astros hubieran de apagar su tormento. Pero no fue así. Suspiró, sintiendo el amargo sabor de los celos en la boca.

Lo protegería, se dijo. De sí mismo y de todos aquellos que le querían mal. Porque Casanova no alcanzaba a entender con cuánta fuerza se manifestaba en él una tendencia desatada a la autodestrucción, ni que aquella audacia inconsciente suya era la primera causa de todos sus problemas.

Sin embargo, ¿no era precisamente ese el rasgo que lo había convertido en un símbolo?

Gretchen juntó las manos y contempló el Gran Canal, que se extendía ante ella: las luces de los grandes faroles en los palacios, las magníficas fachadas, los fuegos que iluminaban las aguas, las oscuras formas de las góndolas y de las barcas que surcaban las olas.

Al contemplar la ciudad que se deslizaba lentamente en el sueño de aquella noche de verano, sintió las lágrimas surcar sus mejillas.

## Hacia un duelo

La góndola se deslizaba suave y lánguidamente sobre las verdes aguas del Rio dei Barcaroli. Aquella mañana la luz del sol era deslumbrante. El aire cálido se veía mitigado por una leve brisa, apenas perceptible, pero siempre bienvenida.

Giacomo permanecía cómodamente abandonado en el asiento de terciopelo púrpura, disfrutando del ameno arrullo del agua. Era uno de esos momentos en que lograba eliminar todo pensamiento, sumergiéndose en las delicias de Venecia. Gozaba de la vista del puente del Cuoridoro, que se acercaba. Hacía poco que había salido del Palacio Barbaro, y Marco, su protector y amigo, había sido tan cortés de ofrecerle incluso uno de los gondoleros de la familia para que lo llevara donde quisiera.

¡Pobre Marco! Corría sus buenos riesgos al ser amigo suyo. Por otra parte, algo había entre ellos: una especie de comunión de ideas y gustos que iba más allá de la simpatía mutua. Había estima, respeto y amor por la rebeldía. De no ser por Marco Barbaro, Matteo Bragadin y Marco Dandolo, su vida sería muy distinta, pensó.

Y sin embargo, los Diez se obstinaban en creer que ellos cuatro tenían algún proyecto monstruoso subversivo, con el propósito de arruinar Venecia. Albergaban la malsana idea de que eran amantes de lo oculto; y todo porque en el pasado él se había entregado a la lectura de algunos libros, que poco después había hecho quemar para evitar más problemas, y porque de vez en cuando ofrecía su elixir de la eterna juventud a las damas más provecas para ganarse sus favores. Pero eran simples bromas, inocentes mentiras que apasionaban a las señoras nobles, y a él le permitían ganar unos cequíes.

¡Malditos hipócritas!

Giacomo sonrió. Al llegar a las inmediaciones del embarcadero de las góndolas, se volvió hacia Toni, el gondolero de la casa Barbaro, se lo agradeció mediante un gesto de la cabeza y se apeó de un salto para dirigirse hacia el distrito de Castello.

No le había dado ni tiempo de acercarse a la plaza de San Moisé para luego tomar la calle hacia el Palacio Erizzo cuando alguien, con voz arrogante, lo abordó de malas maneras:

—Qué suerte, señor, justamente os estaba buscando a vos.

Ni siquiera había vuelto aún la vista cuando notó la piel de un guante abofetearlo dos veces en plena cara.

Se giró. Delante de él estaba aquel imbécil de la fiesta. ¿Cómo se llamaba? Lo había escrito en la respuesta a la condesa. ¡Zaguri! Fingió, no obstante, no recordarlo porque sabía que de ese modo pondría nervioso a su interlocutor. Supuso que, si aquel jovencuelo se había tomado la molestia de golpearlo con un guante, con la clara intención de obligarlo a aceptar un duelo, una actitud altanera por su parte cuando menos lo importunaría.

—¡Ah! —se limitó a decir.

—Vaya..., ¿es que no me reconocéis? —espetó Zaguri.

Giacomo aguardó un poco antes de responder. Un largo mechón rebelde le cayó sobre los ojos.

—En efecto, me resultáis conocido, pero mentiría si afirmara que recuerdo vuestro nombre. Aunque, si no me engaña la memoria, sois comerciante de cuero búlgaro. ¿Por ventura tengo razón?

—Cierto, así es..., Casanova. —Zaguri pronunció el nombre como si fuera un insulto—. A vos todos os conocen, mientras que nadie recuerda mi nombre. Porque, en efecto, yo no soy famoso, ¿no es eso? ¿No es eso lo que vuestro olvido intenta insinuar?

Casanova resopló. Vio a los feligreses que se encaminaban rápidamente a la hermosa iglesia barroca de San Moisè. Dado que era domingo, confió en que su preocupación por no llegar tarde al oficio les impidiera fijarse en lo que estaba pasando entre él y Zaguri.

Decidió poner fin a tan inoportuna discusión.

—Hablemos claro, no tengo tiempo que perder. Decid lo que queráis decir y acabemos de una vez.

—¡En eso estamos de acuerdo! —exclamó Zaguri—. ¡Os reto a duelo! Vos, señor —continuó, levantando el dedo en dirección a Giacomo—, me habéis ofendido de la manera más ultrajante. ¡Todos vieron cómo molestabais a mi prometida!

—Bueno, si es solo por eso, os repito que no lo sabía en absoluto.

—¿Me estáis diciendo que, de haber estado al corriente, hubierais evitado hacerlo?

En las palabras de Zaguri Casanova percibió un deje de orgullo.

—Nada más lejos de mi intención —se apresuró a responder—. Francesca es tan hermosa que, a mi entender, es imposible que un hombre no se sienta atraído por ella.

Al oír tal afirmación, el mercader de cuero búlgaro abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo os atrevéis...? —murmuró.

—Mi buen amigo —lo interrumpió Casanova—, acepto vuestro desafío, si es eso lo que deseáis. Sabed, sin embargo, que la ley de la Serenísima prohíbe los duelos —añadió con firmeza—, por lo que conviene proceder con absoluta discreción. ¿Habéis pensado ya en algún lugar? Porque, si no fuera así, me permitiría sugerir el viejo molino abandonado cerca de Dolo. ¿Qué os parece?

Zaguri se quedó doblemente sorprendido. Pero había comenzado él, por lo que ahora no podía

echarse atrás. Juzgó que lo de Casanova no eran más que fanfarronerías, aunque en la voz de aquel maldito detectó una frialdad sorprendente, incluso hasta inquietante.

—De acuerdo —asintió—. Traed vuestro padrino. Nos batiremos con la espada.

—¿A primera sangre o a muerte?

La pregunta cogió a Zaguri totalmente desprevenido. Respondió sin pensarlo y, cuando las palabras salieron de sus labios, ya era demasiado tarde para cambiarlas.

—¡A muerte!

Casanova sonrió.

—¡Por Baco, hay que estar furioso conmigo como para tomar a una decisión así! Pues bien: ¡sea! —exclamó—. ¡A muerte! Pero ahora, si me lo permitís, debo irme. ¿Cuándo?

—Mañana, justo antes de la puesta de sol.

—Y que gane el mejor. ¡Ah, aquí está vuestro guante! —Y, según lo decía, Giacomo se agachó para levantarlo del suelo y ofrecérselo con una inclinación a Zaguri.

En cuanto el otro lo cogió, Casanova retomó su marcha y se dirigió hacia la iglesia de San Martino, cercana a la casa de Francesca. Si Alvise lo hubiera sabido le habría dado un ataque, pensó. Había cierta ironía, en efecto, en lo que había sucedido.

Un duelo a muerte era un asunto serio. Por otro lado, no era él quien lo había querido.

Aquel hombre era un imbécil. Por supuesto lo iba a evitar, evidentemente: no tenía ganas de generarse más problemas con la Inquisición de los que ya tenía. Por no mencionar que aquella discusión, con desafío incluido, en la plaza de San Moisè, no era exactamente la mejor manera de pasar inadvertidos. Por lo menos aquello tenía de bueno que ni siquiera Zaguri tendría interés en dar a conocer que se batiría a duelo, dada la prohibición expresa.

Le iba a dar un escarmiento. Y fin de la historia.

Mientras se acercaba al Palacio Erizzo sus piernas parecían volar.

## Un maremágnun de emociones

Sabía que podía encontrarla fuera de la iglesia de San Martino.

Se detuvo a contemplar la bella fachada de ladrillo rojo y a las personas que salían de misa. Se apartó un poco para hacer menos conspicua su presencia. En cuanto la localizó, acompañada de su padre, que parecía desplegar una vigilancia sobre ella como un halcón, se puso a seguirla, mezclándose con los fieles que se reunían en grupos delante de la iglesia.

Se encajó el tricornio sobre los ojos, mantuvo la distancia, pero cuando ella volvió fugazmente la mirada tuvo reflejos suficientes como para hacerle una señal, indicándole un callejón estrecho y oculto que quedaba cerca.

¿Se alejaría de su padre?

Giacomo no lo sabía, pero le dio a entender que la aguardaría.

¿Iría o no?

La espera era siempre un azar, una preciada incertidumbre que le insuflaba vida. Cada vez le ocurría lo mismo: en el momento de los primeros encuentros amorosos se sentía como un niño. La apuesta con Margarethe von Steinberg no hacía sino intensificar esa sensación de desafío, que subyacía al sutil juego de la seducción. Pero ¿se trataba todavía de un juego? ¿O acaso obedecía más a un sentimiento? Desde hacía un tiempo le rondaba esa pregunta. Y si en ese sentimiento raro y extraño se perdía..., pues bueno, paciencia. Después de todo, ¿qué era su reputación? ¿La fama de magnífico seductor? ¿Aquel personaje que llevaba cosido a su persona y que de repente le resultaba desagradable, porque se revolvía y le impedía ser él mismo? ¿O quizá su nuevo yo? Llegó al callejón, que, tras algunos pasos, se abría a una plaza maravillosa.

Esperó.

Nadie pasaba.

El bochorno de julio parecía unir los tejados al cielo.

Observó el pozo que se hallaba en medio de la plaza. Apoyó las manos en el disco de piedra de Istria y se inclinó sobre el caño central. El hombre al que había pagado esa mañana había dejado un cesto con flores dentro, como él había pedido. Dinero bien gastado, confiaba.

Tras unos instantes captó unos pasos rápidos y menudos que recorrían la estrecha calleja.

Se dio la vuelta y la descubrió. ¡Dios, qué hermosa era!

Sonrió al considerar que los días transcurridos desde su fuga por los tejados habían difuminado

en su memoria los rasgos de su rostro. Por más que había intentado recrear su cara en sus pensamientos, lo había logrado solo en parte, de modo que al verla en ese momento con aquella cascada de rizos rojos y los ojos verdes y profundos se quedó embelesado.

—¡Giacomo! —exclamó ella—. ¿Qué hacéis aquí?

—No podía esperar más —respondió él—. Me estaba volviendo loco.

Se acercó y le besó la mano, luego el cuello, luego la boca, luego...

—¡Giacomo! —lo detuvo ella, poniéndole los hermosos dedos sobre los labios—. ¿Queréis que os maten?

Él se rio.

—Claro que no. ¿Por qué habría de ser así?

—¡No podéis imaginar lo que he tenido que inventarme para escapar a las miradas de mi padre!

—¿El qué? ¡Quiero saberlo! —exclamó Casanova.

—He dicho que había prometido a una amiga que vive cerca que la visitaría después de la misa.

—Una idea brillante. No me esperaba menos de una mujer como vos.

—¡Oh, claro, todo esto os divierte! —declaró ella con una sonrisa; después su rostro se ensombreció—. Pero no tenéis ni idea del infierno que es mi vida. Mi padre, que no me quita ojo, y ese idiota de Alvise Zaguri, por el que no siento la menor atracción, no deja de asediarme...

Giacomo vio que una oscuridad empañaba aquella mirada tan límpida.

—No debe de ser fácil, pero os juro que haré que os divirtáis, Francesca —prometió.

—¿En serio?

Por toda respuesta él la condujo al pozo en el centro de la pequeña plaza. Mientras Francesca intentaba entender qué estaba sucediendo, Giacomo empezó a tirar de la cuerda para levantar el cesto y no tardó en tener entre las manos un gran ramo de rosas perfumadas. Hizo una reverencia y se las ofreció a Francesca, que abrió los ojos de par en par.

—¿Para mí? —preguntó, perpleja y feliz a un tiempo. Giacomo fingió que miraba alrededor.

—No me parece que haya nadie más por aquí, ¿me equivoco? ¡Adelante, cogedlas, son para vos!

Ella tomó el ramo y aspiró su perfume.

—Son espléndidas.

—Tenéis razón, pero casi palidecen a vuestro lado.

Francesca se sonrojó.

—Sois demasiado generoso, Giacomo. ¿O tengo que creer que os estáis burlando de mí?

—En absoluto, Francesca. Mi corazón es vuestro desde el mismo momento en que os vi.

—¿Estáis seguro? Continúo creyendo que una parte de vos es sincera, pero la otra habla siguiendo las pautas de la vanidad.

—¿De verdad? —preguntó Giacomo, con la voz quebrada por una nota de incredulidad amarga. Luego aproximó su rostro al de ella—. Miradme a los ojos y decidme: ¿qué es lo que veis?

—Audacia —respondió ella sin titubeos—. Y también pasión, locura, ardor, inconsciencia. Él asintió.

—Lo que hicisteis en el Palacio Contarini, señor Casanova, fue extraordinario: un acto de coraje y de transgresión, una prueba que en mí lo ha borrado todo y a todos los demás. Por no hablar del beso y de la huida por los tejados: ¿cómo no iba a quedarme deslumbrada por todo eso? ¡Y ahora este pensamiento maravilloso! —Luego Francesca prosiguió, implacable—: Pero ¿cuánto de todo ello es por mí y cuánto es por vos mismo, por esa necesidad de sentirnos la persona que todos esperan que seáis? ¿Cuánto hay de sincero en vuestro corazón?

Giacomo apenas daba crédito a lo que estaba escuchando. Lejos de irritarle, aquellas preguntas lo enfrentaban, sin veladuras, a aquel en que se había convertido. Era como si de repente se hubiera despertado del sopor en el que su sentido del espectáculo —porque también se trataba de eso— parecía haberlo sumido desde hacía tiempo. Esa necesidad de exhibirse y de extasiar a los demás a toda costa le permitía expresar una parte de sí mismo, pero al mismo tiempo distorsionaba los límites de la sinceridad, hasta el punto de perderse en las formas. Y ahora Francesca, que apenas lo conocía, pero que parecía poder leerle el alma, hacía preguntas perfectamente legítimas y, a pesar de sentirse atraída por él, le estaba poniendo un límite.

—Francesca, como os ya dije el otro día, sé que no he hecho nada por merecer vuestra confianza. ¿Cómo podría una muchacha tan sabia y perspicaz fiarse de un personaje de comedia como soy yo? —dijo Giacomo en tono amargo—. De eso se trata, ¿entendéis? ¡Esa es la cuestión! Hubo un tiempo en que no habría hablado así de mí mismo... Tenéis el don de comprenderme mejor que cualquier otra mujer y hacerme reflexionar sobre aquello en lo que me he convertido. Alcanzar tal consciencia es una victoria que he conquistado en estos días, y es solo gracias a vos...

—¡Pero si yo os admiro en todo! —lo interrumpió ella—. Ya os lo he dicho. Sin embargo, tengo que ser sincera, con vos y conmigo misma. No podría soportar perderos. Por lo tanto, si no estáis dispuesto a amarme con todo vuestro ser, entonces desistid. Si no podéis amarme ahora y siempre, os ruego que me dejéis en paz. —Francesca hizo una pausa, respiró hondo y, acto seguido, continuó—: Pensadlo bien, Giacomo, porque lo que decidáis será definitivo. Odio lo que estoy a punto de hacer, pero es por el bien de los dos, creedme.

Y al decirlo, Francesca le dio la espalda y se fue, dejándolo con el ramo de rosas en la mano.

Él se quedó mirándola, sin palabras.

Sorprendido.

Incrédulo.

Y feliz.

Y contemplarla con el sol frente a los ojos fue el espectáculo más hermoso de aquellos días.



## Al ponerse el sol

Muy pronto, Dolo estaría atestado de nobles, tanto o más que Venecia. En el transcurso del verano, de hecho, las familias patricias, y con ellas toda su servidumbre, llenaban las villas a lo largo de la Riviera del Brenta. Empezarían las fiestas, las recepciones, y la vida mundana de la Serenísima conocería un nuevo y policromo epicentro. Mira, Oriago, Fiesso d'Artico, Dolo y Stra representarían un cinturón de prodigios a lo largo del río. Villas como palacios inclinados sobre las aguas cristalinas del Brenta darían testimonio del esplendor de la República, esta vez en tierra firme.

Pero el momento de las fiestas aún no había llegado. No del todo, por lo menos.

Al llegar a Fusina con la góndola de Matteo Bragadin, que sería su padrino, Giacomo se había dirigido a Dolo procurando ser lo más discreto posible. ¡Solo faltaba que alguien se enterara de los asuntos en los que se encontraba enredado!

Junto con su protector, en la casa de postas había subido a una carroza sin insignias que lo había conducido a lo largo de la orilla del Brenta.

La mente, absorta en la inminencia del duelo, no había logrado borrar lo que sus ojos veían: las aguas del Brenta, verdadera prolongación del Gran Canal, reflejaban los rayos del sol en una especie de oro líquido, mientras las fachadas y frontispicios patricios de las villas dibujaban increíbles formas sobre el espejo del río. Más allá de la orilla, los pueblos se sucedían uno tras otro, alternándose con verdes campos, de un color tan intenso que refrescaba la mirada.

Una vez llegados a destino, Giacomo y Bragadin, envueltos en capas oscuras, se encaminaron a través de los prados hasta alcanzar el pequeño bosque de álamos, pasado el cual se hallaba el molino en ruinas, que daba a un pequeño canal. Se quedaron a la espera, confiando en que el adversario fuera puntual. Tocados con tricornios y envueltos en capas negras, parecían cuervos aguardando algún cadáver en los bordes del camino. Se quitaron las capas, empapados en sudor a causa del excesivo calor.

Bragadin interrogó a su amigo con los ojos, pero no se atrevió a hablar. Consideraba que todo aquello era una auténtica insensatez.

Giacomo, en cambio, con la espada desenvainada, probó varios mandobles para estirar las piernas, poniendo buen cuidado en hacerlo en el interior del molino abandonado para evitar ser visto.

Finalmente llegó Zaguri, acompañado de su padrino. Tenía un pésimo aspecto y parecía un hombre que fuera al encuentro de la muerte.

El cielo estaba envuelto en un color púrpura, las nubes claras parecían casi arrojadas desde un fondo de sangre.

Era la puesta de sol.

Cuando todos ellos estuvieron en el interior del molino, sobre cuyo techo derrumbado se recortaba un círculo del cielo que viraba al rojo del atardecer, comenzaron sin más preámbulos.

Las hojas de las espadas asaetearon el aire antes de que se iniciara el verdadero enfrentamiento. Surgieron unas chispas azuladas cuando Giacomo paró con facilidad un impetuoso, pero previsible, golpe de Zaguri.

Alejado del duelo, Matteo Bragadin encomendaba el alma de Giacomo a Dios. Tenía un terrible presentimiento: a juzgar por cómo se batía el comerciante, no descartaba que se produjera una desgracia. Por otro lado, sabía bien que aquel duelo no se había podido evitar, pero era precisamente esa inevitabilidad la que lo trastornaba.

Frente a él, el otro padrino, un tal Gastone Schiavon, comerciante como el propio Zaguri, retorció los guantes entre las manos con tanta fuerza que le habían palidecido los nudillos.

A Bragadin le corría un sudor frío.

En caso de duelo, las leyes de la Serenísima preveían la privación del título nobiliario, la confiscación de los bienes o el exilio perpetuo. Como quiera que se mirara, la situación era cuando menos espinosa: si se corría la voz, sería una tragedia. Por eso ninguno de los presentes hablaría, con independencia del resultado. Y eso ya era un resultado, por decirlo de algún modo. El único aspecto positivo, y el mero hecho de pensarlo le ponía la piel de gallina, era la elección del lugar. En eso, al menos, Casanova había sido prudente. El viejo molino se hallaba fuera de la zona urbana, en parte oculto por un pequeño bosque de álamos. Aparte del entrechocar de los filos, nada más indicaba que en ese momento, a orillas del Brenta, se estaba consumando un duelo.

Zaguri fintó con torpeza, Casanova no cayó en la trampa y desvió el mandoble que vino a continuación. Después contraatacó de un tajo y trató de sorprender a su adversario, atacando de manera ascendente.

La hoja se elevó, sorprendiendo a Zaguri con la guardia baja, de modo que estuvo a punto de perder el equilibrio. La espada se le sacudió en la mano y la hoja salió disparada hacia atrás, de modo que produjo al arrojado comerciante una herida en la comisura de la boca.

La sangre le brotó copiosamente, ensuciándole el cuello de la impoluta camisa y salpicando alrededor.

En cuanto vio el efecto de su golpe, Giacomo levantó los brazos.

—Dejémoslo ya —dijo—. Zaguri, todo esto no tiene sentido.

Pero la única respuesta fue el silencio. A continuación el filo de la espada de Zaguri, cuya

mirada estaba cegada por la rabia y por el orgullo herido, asaeteó de nuevo.

Casanova paró en guardia media.

Su contrincante prosiguió presionándole, pero sus golpes eran cada vez más débiles, imprecisos y a ciegas.

Después de una parada doble, Casanova esquivó de lado, hizo un nuevo amago y cortó en movimiento descendente. Zaguri, sorprendido por aquel asalto repentino, alcanzó a duras penas a detener el golpe con la guardia baja, pero en el nuevo mandoble de la hoja de Casanova no pudo hacer otra cosa que soltar la espada y quedar desarmado.

—Muy bien —concluyó Giacomo—. No tengo intención alguna de continuar con esta locura. Os perdono la vida. De ahora en adelante, sin embargo, os ruego que cambiéis de calle cada vez que me veáis, y que procuréis por todos los medios manteneros alejado. ¿De acuerdo?

Sin esperar respuesta, se llevó la empuñadura al pecho, saludó a su adversario y le dio la espalda.

Matteo Bragadin soltó un suspiro de alivio: teniendo en cuenta cómo había empezado aquel episodio, había acabado de la mejor manera posible. Sin embargo, apenas había comenzado a respirar cuando, de repente, se percató de lo poco dispuesto que estaba Zaguri a dejar correr el asunto, puesto que, mientras Casanova estaba a punto de envainar su espada y acercarse a él, el otro, con un aullido bestial, se abalanzó sobre el aventurero.

—¡Giacomo! —gritó Bragadin, antes de que fuera demasiado tarde. Casanova se volvió a la velocidad del rayo y desenfundó la espada mientras Zaguri se lanzaba a la carrera ciegamente. La hoja le penetró el pecho, la camisa blanca se anegó de sangre.

Zaguri cayó de rodillas. Casanova ahogó una maldición. Extrajo la espada del pecho del adversario y, mirándole el rostro, comprendió que no saldría de aquella.

Sin proferir palabra Zaguri se derrumbó, yendo a dar con la cara en el polvo.

Muerto.

## El juego

Todo había salido a pedir de boca. Desde el lugar donde se encontraba había podido presenciar todo lo sucedido. Casanova había llegado con un padrino, al igual que aquel imbécil de Zaguri. Sin embargo, al final solo tres hombres habían abandonado el molino. Por no mencionar que había oído el inconfundible entrecocar de los filos de las espadas.

Faltaba Alvise. Era bastante fácil deducir lo que había pasado.

Margarethe sonrió.

Al comprobar que tenía a su hombre en un puño experimentó una satisfacción salvaje.

Casanova estaba perdido.

¡Había matado a Zaguri y además en un duelo! Habían peleado por una mujer. ¡Qué maravilla! ¡Qué gran derroche de energía! Sin embargo, cabía añadir, y ese aspecto la irritaba no poco, que no era ella la dama que se hallaba en el centro de tales atenciones. Tampoco era que le importase mucho, pues el objetivo de todo aquello era bien distinto. Aquel cantamañanas de Casanova ni de lejos se imaginaba con quién se jugaba los cuartos. Y no se había preguntado ni siquiera por qué, entre todas las mujeres venecianas, ella había elegido precisamente a Francesca Erizzo.

Sin embargo era muy simple. Francesca era hermosa, sin duda, pero también obstinada, rebelde y con la cabeza llena de pájaros. Como si fuera la única mujer atractiva de la Serenísima. Pero Margarethe ya había contado con ello: Francesca era perfecta para sucumbir a Giacomo Casanova. Por otra parte, la idea del desafío había sido un golpe de genio. El muy necio no se había preguntado qué podía ocultar una propuesta semejante. Y, si lo había hecho, no debía de haber llegado a ningún tipo de conclusión.

Por contra, ella llevaba preparando la trampa desde hacía tiempo. Sabía lo resentido que era el prometido de Francesca, uno de esos hombres estúpidos y celosos, listos para encenderse por una mirada equivocada, un acercamiento audaz, una palabra de más a su hermosa dama que, por lo demás, lo odiaba.

Zaguri era el candidato ideal para sus tejemanejes, porque podía ser utilizado como sicario inconsciente, si hubiera ganado el duelo, o como cargo en caso de asesinato. Margarethe se sentía complacida. Había concebido un plan maravilloso. Y todo había salido conforme había imaginado en sus expectativas más optimistas.

Se estiró un poco, enfundada en el atuendo de caza que había elegido no solo para moverse

mejor por el campo, sino también para evitar ser reconocida. Se había recogido la larga cabellera rubia, sujetándola lo mejor que pudo con un lazo de terciopelo azul. Y se había puesto una chaqueta y unos pantalones, metiéndolos dentro de las botas de cuero curtido, hasta las rodillas.

Le hizo una seña a Dragan, su siervo y sicario de origen serbio, para que le abriera paso, iluminando el camino con un gran farol que había llevado consigo.

Ahora que se habían encendido las tinieblas y que Casanova y los otros se habían ido, tenían que llegar hasta el viejo molino.

Avanzaron en silencio hasta llegar a la entrada de las ruinas.

El aire nocturno era caluroso y eso la atormentaba. El bochorno de aquellos lugares era una condena. Echaba de menos Bolzano y los verdes valles de su Austria natal, pero pronto regresaría. Unos días más y aquella maldita misión habría tocado a su fin.

Entraron.

—¡Valor! —le dijo a Dragan—. Encontremos el cadáver.

El hombre sacó de la bolsa que llevaba consigo dos faroles más de aceite para iluminar el lugar. Los colocó en el suelo de manera que formaran un triángulo, y en cuanto la luz rasgó la oscuridad, que, por otro lado, no era demasiado espesa, ya que las estrellas en el cielo proyectaban destellos de luz a través del tejado derruido, quedó de inmediato claro dónde habían sepultado el cadáver.

—Aquí —dijo de inmediato Dragan—. La tierra ha sido removida recientemente.

A la luz de los faroles, Margarethe vio un rectángulo de tierra más oscura.

Sin más dilaciones, Dragan empezó a cavar con una pala. La condesa apreció su entusiasmo y energía: tenía una buena espalda, el tórax ancho, largos cabellos oscuros que le caían sobre la cara en mechones brillantes de sudor. Se quedó mirándolo hasta que un hedor inconfundible empezó a inundar el aire.

Y allí, bajo la tierra, poco a poco, golpe a golpe, fue emergiendo el rostro de Alvisè Zaguri.

## San Marcos

Después de haber regresado a toda prisa de Dolo, primero en carroza y luego a bordo de la góndola de Matteo Bragadin, Giacomo había pedido que lo dejaran en el Palacio Bembo, cerca del río de San Salvador, y desde allí, como un condenado, había vagado por las callejas hasta llegar a la plaza de San Marcos. Ni siquiera sabía por qué, quizá tan solo quería tomar un poco de aire, reflexionando, acaso, sobre el resultado fatal del duelo.

Empujado por la frustración y el calor insoportable de aquel verano despiadado había vivido una especie de pesadilla en estado de vigilia. Sin embargo, intuía que algo había cambiado. El desafío de la condesa Von Steinberg, las aventuras con Gretchen, su incursión en el funambulismo: todo habría acabado, era solo cuestión de tiempo.

Había matado a un hombre; poco importaba cómo había sucedido. Su verdadera y única preocupación era aquel sentimiento extraño que experimentaba hacia Francesca que no lograba aplacar de ninguna manera, ni alcanzaba a comprender del todo. Peor todavía: un sentimiento al que ya no sabía renunciar. ¿Qué pasaría, tras haber segado la vida de Zaguri? ¿Lo odiaría ella o, peor aún, lo ignoraría más que antes?

Meneó la cabeza. La mente se le hundía en el mar de aquellos pensamientos.

Alzó la mirada.

También a aquella hora la plaza de San Marcos estaba tan atestada que se vio obligado a esconderse entre los pórticos. No quería más publicidad. Ya el hecho de haberse batido en duelo en San Moisè había sido una desgraciada coincidencia; visto cómo se había desarrollado todo, Zaguri se había comportado como un perfecto idiota. Por ahora, para no ser reconocido, Giacomo estaba obligado a llevar siempre consigo la máscara.

La plaza brillaba con decenas de fuegos. Una considerable cantidad de borrachos recién salidos de las tabernas blasfemaban ante las llamas rojas. Algunos no andaban lejos de la pelea, otros se alejaban hacia la Procuratie. Los vendedores ambulantes de comida y vino hacían su agosto a aquella hora: colas de plebeyos y patricios, entremezclados unos y otros, esperaban en fila su turno para ser atendidos.

Los pequeños grupos de nobles y damas, con los rostros enmascarados con sus antifaces y máscaras, tupían el centro de la plaza: acababan de salir de burdeles y teatros, y charlaban en voz alta, de modo que todos pudieran escucharles; los primeros con la arrogancia propia del que ha

ganado en algún juego o, mejor todavía, del que ha disfrutado de un evento carnal; las segundas, tal vez solo debido a la reciente conquista de un nuevo amante que atendería sus necesidades. Y Dios bien sabía cuántas había en aquella Venecia ya próxima al colapso, desgarrada por el vicio y por la política rapaz de los Diez que, desafiando a un dogo débil y ausente, estaban ahogando la ciudad en sus cálculos y sus intrigas. Giacomo sabía que, entre aquellas mujeres, no pocas se veían obligadas a prostituirse en las góndolas nocturnas que llenaban el Gran Canal, obligadas a abrirse de piernas con los clientes mientras a los remos su proxeneta mantenía el ritmo constante de la embarcación para que pudiera consumarse el acto.

Espías y soldados de infantería estaban presentes en un buen número, para detectar los movimientos de los nobles. La ciudad se había convertido en un gran lupanar: aquella carrera por descubrir cualquier secreto que pudiera hacer caer en trampas y chantajes a sus posibles víctimas se había transformado en una auténtica locura.

¿Cómo podía siquiera esperar algo de toda aquella historia? Vio hordas de prostitutas en compañía de sus proxenetas, dirigiéndose a sus nuevas citas. Una dama se retocaba con coquetería la peluca para luego reprender a su sirvienta, culpable de haberle pasado con excesiva lentitud el pedacito de paño que había de aplicarse sobre el labio.

Sonrió, pero no había nada alegre en él. Solo la gran amargura de ver lo bajo que había caído su amada Venecia. Relajada, lujuriosa, corrupta e inmóvil, mientras el resto de Europa afilaba sus armas, saboreando de antemano el día en que la Serenísima escribiría la palabra «fin».

La gran mole oscura de la basílica en el fondo de la plaza se recortaba en la noche, inquietante y amenazadora. Giacomo la sentía viva y palpitante, como si en la catedral hubiera un corazón y los latidos atravesaran toda la plaza y llegaran hasta él. Tuvo la clara sensación de sentirlos vibrar y casi envolverlo en aquel ritmo sanguíneo.

¿Acaso estaba volviéndose loco?

Giacomo conocía demasiado bien la negra leyenda basada en el mito de san Marcos. Quizás en aquel momento su mente trabajaba de manera febril. O quizás fuese que todo aquel calor asfixiante le estaba afectando la cabeza. Se secó el rostro. Mantener el antifaz y la máscara era casi una agonía. Pero quitárselos sería aún peor.

Pensaba en los mercaderes venecianos que habían robado los restos del evangelista Marcos de la iglesia a él dedicada en Alejandría, en Egipto, donde reposaban: Buono da Malamocco y Rustico da Torcello habían logrado sacarlos a hurtadillas, ocultándolos bajo trozos de carne de cerdo, intocable para los musulmanes. La astucia había prevalecido sobre la fuerza. Incendiada por primera vez en el año 976, durante las revueltas populares contra el dogo Pietro Candiano, la basílica veneciana había sido reconstruida al menos tres veces, en una historia interminable de modificaciones e integraciones que habían acabado por convertirla en una maravilla, fruto de una mezcla de estilos y remodelaciones. Pero también en una criatura viva y vibrante. Después

surgieron otras leyendas, otras anécdotas extraordinarias. En junio de 1094, cuando los trabajos para la tercera reconstrucción completa estaban aún en curso, los restos de san Marcos habían desaparecido. La ciudad se anegó de lágrimas y los habitantes se impusieron un ayuno durante días. Movido por la compasión ante tanto amor y fidelidad, el santo reveló dónde se encontraban sus vestigios mortales: en presencia del dogo, de los nobles y del pueblo entero, reunido en la basílica, había extendido un brazo desde un pilar, y la iglesia, repentinamente, se había inundado de un perfume suave y maravilloso. Aquel día se iniciaron fiestas devotas; el dogo Falier había ordenado que las reliquias se conservaran en un sarcófago y los peregrinos empezaron a acudir desde todo el mundo para celebrar la gloria del santo. Era una historia fascinante y, fuera cierta o no, no hacía sino demostrar una vez más cuán extraordinaria y magnífica era la idea de una piedra viva, tal como ya había afirmado Andrea Palladio en el Cinquecento.

En ese momento Giacomo pensaba que quizá no estaba loco en absoluto. Tal vez eran tan solo el miedo y la rabia por aquella muerte que no había querido causar y los hechos de los días anteriores lo que lo llevaron a reflexionar sobre las miserias de su persona y de cuantos, como él, ahora le desfilaban por delante. Y el santo convertido en piedra y carne había venido a recordarle el tiempo en que la sensibilidad popular frente a las cosas sacras había sido muy distinta.

Percibía frío en el alma, a pesar de que el aire de julio era ardiente y líquido. Los abanicos florecían por doquier entre las manos de las hermosas damas y se agitaban sin cesar. Pero, hicieran lo que hicieran, un hálito de muerte se cernía sobre todos ellos.

Giacomo sintió que deseaba a Francesca como nunca antes había deseado a nadie. Quizá sería su última posibilidad de redención.

Tenía que conseguirla.

De pronto, comprendió que estaba preparado para sacrificarlo todo por ella. Su propia vida, si era necesario.

Negó con la cabeza. No acababa de creerlo. ¿Cómo era posible que esa muchacha se hubiera apropiado de su mente y de su corazón en tan poco tiempo? Y sin embargo así era, pues siempre la tenía presente y percibía una urgencia casi física, como si la joven fuera una fiebre que le devorara el cuerpo.

Pero cuanto más se oponía a aquel poder desconocido, más se sentía conquistado por él. Y si por un lado tenía miedo —ese era el término exacto— de seguir con aquella insensatez, por otro sentía que abandonarse, por una vez, una sola vez, resultaría liberador. Casi como una catarsis.

Entonces ¿aquello era el amor? ¿Aquella chispa que le encendía los sentidos, arrebatándole la poca lucidez que le quedaba?

No podía seguir así, pensó.

De repente, se dio cuenta de que estaba intentando resistirse a una fuerza demasiado poderosa.

En esa noche de fogatas y charlas a media voz, la basílica se destacaba magnífica al lado del



campanario.

Giacomo tenía el corazón roto. Estaba exhausto y notó que se le nublabla la vista. Aparte de hacer suya a Francesca, sin saber muy bien cómo, no tenía ningún otro plan.

Se encaminó hacia el Palacio Bragadín. Esperaba que el paseo le sentara bien. ¡Una muy magra recompensa para su obnubilado deambular!

Cuando llegó a la columna de San Marcos, algo lo dejó sin aliento. En la base de la columna los guardias habían expuesto la cabeza de un hombre.

Giacomo sabía que habían ahorcado a alguien el día en que regresó a Venecia.

El hedor de la muerte era atroz y la cabeza mostraba signos de descomposición. Las gaviotas se habían cebado con él y ahora aquella máscara de horror lo miraba como si él fuera el más vil de los asesinos.

Alguien se le acercó, furtivamente, y le puso una mano sobre el brazo. Poco le faltó para gritar, con los nervios a flor de piel y el sudor resbalándole copiosamente, mientras la camisa se le pegaba al pecho. Se giró y vio a una prostituta decrepita y cansada que le proponía un servicio por algunos cequíes.

Se libró de ella con un gesto de rabia y luego avanzó más allá de la columna, más allá de la noche, para llegar finalmente a casa y encontrar un poco de reposo.

SEGUNDA PARTE

LA CONDENA  
(julio de 1755)

## Pesadilla

La góndola avanzaba lentamente entre las nieblas de la laguna. Luego, de repente, apareció una vieja ruina, que se alzaba en una composición de ladrillos agrietados y negros como pecios de naufragio lanzados contra el cielo plomizo.

Tuvo miedo y se acurrucó en un rincón de la barca.

La sangre que le brotaba de la nariz le había embadurnado la camisa y las manos. La abuela Marzia había intentado detenerla, pero al ver que sus esfuerzos eran en vano, había decidido llevarlo ante la bruja, que se ocuparía del asunto con algún hechizo.

Fue entonces cuando la vio por primera vez: delgada como una ramita, caminaba encorvada sobre la lengua de tierra que se adentraba en las quietas aguas.

Giacomo experimentó un escalofrío de miedo: le pareció altísima, mucho más que cualquier persona común.

Un sudor helado le perló la frente mientras las gaviotas reían sarcásticamente, blancas y onradas, sobre lo que quedaba de aquella infernal construcción.

Giacomo vio que la bruja abría los ojos de par en par, mientras Gigi, el barquero, iba acercándose al muelle, donde amarró la góndola a una estructura de madera.

Se percató de que la bruja tenía un ojo completamente blanco, como si alguien le hubiera eliminado el iris y la pupila, tal vez para dejarla ciega, o quizá tan solo para convertirla en aún más inquietante.

—No tengas miedo —le susurró la abuela Marzia al oído—. A veces no es tan horrible como lo pintan. Ya verás como la bruja sabrá ayudarte.

Y según lo decía, cogió la mano de Giacomo y la abrió, dejando caer en ella una bolsita de terciopelo azul. Luego la cerró entre sus pequeños dedos regordetes.

En cuanto la proa de la barca estuvo lo bastante cerca del embarcadero, alzó al pequeño por las axilas y lo posó sobre los tablones.

Giacomo se encontró en un muelle de madera podrida y devorada por la sal y las algas: frente a él, tan solo a unos pocos pasos, la horripilante anciana lo miraba con el único ojo bueno, enrojecido y negro como la boca del demonio. Los largos cabellos color castaño, con vetas plateadas, le caían sobre el rostro en mechones mugrientos, mientras que algún que otro diente de oro manchaba su repugnante sonrisa, haciéndola retorcida y falsa.

La abuela Marzia lo llamó.

—¡Giacomo! Te lo ruego, dale a la bruja la bolsita de terciopelo. Vas a ver que todo irá bien.

Por toda respuesta él se tambaleó hacia delante, provocando un crujido de las tablas y avanzando a pasos inciertos. La sangre seguía manando.

El terror le atenazaba la garganta.

Cuando llegó ante la bruja se dio cuenta de que no era tan alta como le había parecido al comienzo. La mujer sacó de debajo del chal un brazo huesudo, mostrando una mano de uñas largas y marrones como el óxido.

Abrió la palma de par en par.

—La bolsa —dijo con una voz que parecía un chasquido de huesos.

Giacomo le entregó el saquito de terciopelo y por primera vez se percató de que tintineaba.

La bruja agarró la bolsita con una sonrisa rapaz.

—Sígueme —le ordenó.

Giacomo volvió la vista hacia su abuela.

—¡Vete! —le dijo ella, animándolo—. No tengas miedo.

Dirigió su mirada hacia Gigi, apoyado en la pértiga, flaco como un clavo, envuelto en una capa negra y con un sombrero carcomido por las polillas: aquel hombre daba bastante pavor. Había subido en la barca únicamente porque allí estaba la abuela Marzia para protegerlo.

Obedeció.

Siguió a la bruja.

Cuando llegaron a la puerta de la torre, oyó el chillido de las gaviotas y se sobresaltó: tenía los nervios a flor de piel.

La bruja abrió la puerta de madera, cuyas bisagras chirriaron. Giacomo se encontró ante un sinfín de botellas vacías, velas encendidas, calaveras, manojos de hierbas secas, farolillos de color y máscaras de madera, además de jarrones de cristal, violines sin cuerdas, marcos sin lienzo, incluso una rueca y un servicio de té de plata sobre una mesa de madera maciza. Por todas partes, montañas de libros que parecían copar el aire, haciéndolo denso y amarillo como las páginas agrietadas que componían los tomos.

Giacomo abrió los ojos como platos, sinceramente fascinado y estupefacto ante semejante espectáculo.

Por primera vez la bruja lo miró jocosamente. La comisura de su boca se elevó en una sonrisa. Después, con un gesto teatral, abrió una trampilla.

Cogió a Giacomo y lo metió dentro, antes incluso de que él reuniera fuerzas para gritar y pedir desesperadamente que lo soltara.

Se despertó empapado en sudor.

Se llevó instintivamente las manos a la nariz. Esperaba que estuviera chorreando sangre, pero en cambio la notó intacta y trémula.

Una pesadilla. O, mejor dicho, un recuerdo. De cuando, siendo aún un niño, la abuela lo había llevado a la bruja, en Murano, para que lo curara para siempre de la sangre que le brotaba de la nariz.

Pero no era esa la razón por la que le temblaban las manos. Recordó que pocas horas antes habían estado manchadas de sangre: la de Alvisè Zaguri, al que su espada había atravesado el pecho.

Había sido en legítima defensa, pero nadie le iba a creer, y menos aún considerando que había sido en un duelo. Le pareció captar el olor amargo de la sangre. Volvió a mirarse las manos, pero las palmas, los dedos y los dorsos estaban perfumados de jabón y él yacía en un lecho de sábanas blancas. La sombra de Zaguri lo atormentaba como si fuera un fantasma.

Sería siempre su maldición.

Infortunio.

Le caería encima como una losa.

Se trataba de un presentimiento. Un aroma vago y casi imperceptible, nada concreto como para darle demasiado crédito.

Esperaba estar equivocado. Sin embargo, en lo más hondo sentía que algo iba mal, algo que estaba condenadamente fuera de lugar y que no admitía ser reparado.

Nunca más.

Había quitado una vida, la verdad era esa. Y a pesar de que lo había hecho para salvar la suya, ahora le atormentaba el remordimiento. ¿Habría bastado con responderse que, al menos, había salvado a Francesca de la infelicidad? Giacomo no lo creía. Era cierto que Zaguri había sido un idiota y se había metido él solo en la boca del lobo, pero pese a ello habría preferido causarle una herida y que todo hubiera quedado ahí. ¡Al diablo! Así habían ido las cosas, ya nadie podía cambiarlas. Cargaría con ese peso y aprendería a sobrellevarlo. En cuanto a las posibles consecuencias, sabía que Matteo Bragadin y Gastone Schiavon tenían tanto que perder como él mismo, si a alguno de ellos se le ocurría hablar de más. El secreto del duelo estaba asegurado y, por lo tanto, la pelea había muerto junto con quien la había provocado, concluyó.

¡Bragadin!

Giacomo pensó en su viejo amigo, que una vez más lo había alojado en su palacio, justamente cuando cualquier otro se habría cuidado bastante de ser amigo suyo.

Había sido una noche de obsesiones. Había llegado al Palacio Bragadin después de haber vagado como un alma en pena desde la plaza de San Marcos hasta la calle Scaletta.

Tenía que hablar con Marco, hacerle saber cómo estaba. Prometerle que iría con cuidado. Pero,

pensando en cuanto había ocurrido, aquel compromiso sonaba terriblemente fuera de lugar.

Alguien llamó a la puerta. Respondió.

Un sirviente le anunció una visita.

—Estaré listo en pocos minutos. Pedidle que tenga paciencia —rugió de malos modos.

«¿Quién demonios puede ser a estas horas?», se preguntó, no sin inquietud.

Mejor bajar y descubrirlo.

## Pájaro de mal agüero

Cuando llegó a la biblioteca, tras haberse lavado y vestido, Giacomo se encontró con alguien a quien no habría esperado ver.

Lo reconoció inmediatamente por los largos cabellos mugrientos de color ceniza. Un olor indefinible pero nauseabundo, como si hubiera acabado de salir de una tumba, rodeaba a aquel individuo de aspecto repulsivo.

En cuanto Giacomo entró, el hombre se volvió, mostrando una especie de levita desgastada y sucia, y un rostro de barba descuidada. Los ojos color turquesa relampagueaban malévolamente, iluminados por una chispa de crueldad.

Cuando abrió la boca para presentarse, Giacomo tuvo que recurrir a toda su educación para echarlo. El hombre mostraba una hilera de dientes negros y cariados, y su olor, parecido al hedor de la muerte, aumentó de intensidad de manera vertiginosa.

—Señor Casanova —comenzó.

—¿Con quién tengo el placer de hablar? —preguntó Giacomo, solo para dejar las cosas claras.

—Señor Casanova, mi nombre es Jacopo Zago. Trabajo para el inquisidor Pietro Garzoni.

El hombre pronunció las palabras como si fueran puntas de flecha, pero se necesitaba mucho más para atemorizar a Giacomo. Aunque era bien cierto que, considerados los hechos del día anterior, la coincidencia resultaba realmente sorprendente, además de preocupante.

—¿Y el motivo de vuestra visita, si es que puedo preguntarlo?

—Cortesía.

—¿Cortesía? —repitió Giacomo, creyendo que no lo había entendido bien.

—Exactamente —dijo Zago—. Mirad, señor Casanova, yo estaba presente en la fiesta del Palacio Contarini dal Zaffò de hace unos días.

—Me acuerdo.

—¡Claro que lo recordáis! —continuó Zago con un deje jocoso en su voz—. Y si no me engaña la memoria, luego escapasteis a toda prisa saltando por los tejados.

—Exactamente —asintió Casanova, sin privarse del placer de mofarse de él.

Zago no fue capaz de reprimir una media carcajada, que sofocó casi de inmediato con un esputo. Se sacó del bolsillo un pañuelito amarillento y se lo llevó a la boca para limpiarse los labios.

Casanova esbozó una mueca de disgusto. ¡Ese hombre era tan vulgar...! Desde luego, había que reconocer su empeño en la nada desdeñable tarea de elevar la dejadez a sus máximos niveles.

—Tendríais que cuidaros mejor —le hizo notar.

—Puede ser, señor Casanova, pero... podría decir otro tanto de vos.

—¿En qué sentido?

—Mirad: todas esas fanfarronadas vuestras a base de cuerdas, funambulismos, ofensas insultantes a caballeros... Todas esas perversidades son muy peligrosas para un hombre en vuestra posición, no sé si me explico.

—Os explicáis perfectamente.

—Eso espero, señor Casanova. Os confieso que una parte de mí os admira.

—¿En serio? —Giacomo enarcó una ceja, revelando un asomo de incredulidad.

—Absolutamente. Por otro lado, este temperamento vuestro fuera de control amenaza con traer el escándalo y el desorden a nuestra ciudad, ya demasiado afectada por el juego y el vicio.

—¿Qué es lo que sois, Zago? ¿Una especie de sacerdote frustrado?

—En cierto sentido. —Parecía que Zago alejara con la mano un pensamiento que le había vuelto a la memoria de repente. Después, prosiguió—: Lo que quiero decir, señor Casanova, es que no os quitamos el ojo de encima.

—¿Me estáis amenazando?

Zago estalló en carcajadas. Tenía una risa áspera, que helaba la sangre.

A Giacomo le recordó la voz de la bruja.

—¿Amenazando, decís? Desde luego que no. A fe mía, en absoluto. Ya os bastáis solo en eso de buscaros peligros; no me necesitáis a mí. No, señor Casanova, el problema es otro. Estáis revoloteando alrededor de la flor equivocada y, como que hay Dios, que tarde o temprano os cogeremos con las manos en la masa.

—¿Podríais ser más explícito?

Zago se tomó algo de tiempo. Quería que Casanova se cocinase en sus propios jugos, al menos por un rato. Dio un par de pasos. Miró los volúmenes que estaban en las estanterías, observó los magníficos sillones orejeros de delicado color salmón y luego las sillas y la mesa de nogal oscuro con patas de sable.

—Ni siquiera me habéis invitado a ponerme cómodo —comentó con un deje de desprecio. En realidad lo que pretendía era exasperar a su interlocutor.

Giacomo no cayó en la trampa.

—A pesar de vuestros admirables esfuerzos, no veo que esta sea una visita de cortesía.

—Lamento que no la consideréis como tal.

—No divaguéis. Por favor, id al grano.

—Pues sea. El punto es, señor Casanova, que muchas de vuestras acciones de estos días pueden



llegar a resultar una incomodidad para muchas personas.

—Si no sois más preciso, tendré que creer que escondéis un as en la manga y que lo que os ha traído aquí, señor Zago, es la desesperación por no tener nada contra mí. ¿No es precisamente por eso por lo que habéis venido escupiéndome sentencias sobre mi persona, en la vana esperanza de que me traicione, que me deje llevar por algo que pueda volverse contra mi buen nombre? Pues bien, haced lo que queráis, señor, pero liberadme de inmediato de vuestra presencia.

—¿Me estáis echando?

—¿No lo habéis oído? Estáis demostrando ser incluso menos inteligente de lo que creía.

—Podéis insultarme, Casanova, al menos de momento. Pero os tenemos vigilado. ¡Que os quede claro!

—No me cabe duda. ¡Y ahora fuera, antes de que os eche a patadas!

Giacomo abrió la puerta de la biblioteca, invitando con fría elegancia a Zago a abandonar el Palacio Bragadin.

El hombre inclinó la cabeza, mirando de soslayo, y esbozó una sonrisa. Después se irguió cuanto pudo y salió. Alcanzó la antecámara y el atrio, donde un afanado sirviente le abrió la puerta.

Zago desapareció.

Sus amenazas, en cambio, permanecieron en el aire junto con el hedor infernal de sus dientes podridos.

## Juguetes rotos

La hizo volverse. Después le acarició las piernas, siguiendo el perfil con la mano hasta las nalgas.

Ella sintió que los puños de encaje le rozaban la piel. Giacomo llevaba puesta la camisa, abierta a la altura del pecho.

—Quiero poseerte una vez más —dijo con una voz que no admitía réplica.

Ella se sintió vibrar. Adoraba cuando él la trataba así: como a una puta, como a una mujer de la calle.

Sin esperar respuesta, Giacomo la obligó a doblarse hacia delante, empujándola hacia abajo.

Le hundió la cara entre las almohadas.

Con la mano izquierda la agarró por los largos cabellos enrollándoselos en el dorso de la mano y luego apretó el puño, como si fuera la melena de una potra caprichosa.

Gretchen sintió que el miembro de su amante se endurecía y aumentaba en una erección que lo hinchaba palpitante contra su muslo.

Giacomo metió los dedos dentro de ella, le exploró los labios de la vulva y le acarició el clítoris lentamente, describiendo pequeños círculos.

Le rozó la oreja con la lengua. Gretchen gimió.

Giacomo se deslizó dentro de ella, penetrándola por detrás, como si ella fuera una esclava o un animal.

Fue la esencia misma del placer. Las embestidas, primero lentas, se volvieron poco a poco más rápidas hasta convertirse en violentas, como si quisiera violarla, dejarle un dolor tan intenso que le recordara para siempre que había estado dentro de ella. Una vez más.

Gretchen se sintió completamente entregada. La hacía enloquecer.

Y ya se había corrido tres veces.

Giacomo parecía insaciable, pero también desesperado. Mientras la poseía comenzó a insultarla. Al comienzo Gretchen no le había prestado demasiada atención, absorta únicamente en el gozo de un sexo salvaje. Pero luego, mientras él le aplastaba el rostro contra los almohadones, empezó a sentir el filo de la incertidumbre. Sus fuertes dedos le tiraban del pelo con rabia. Peor todavía: se diría que con resentimiento.

A pesar de ello, Gretchen bramaba contra la tela, experimentado un placer enfermizo, absurdo pero a la vez real. De todos los hombres con los que había estado, y eran muchos, ninguno la había

humillado de aquella manera. Algunos se habían mostrado inseguros porque carecían de experiencia, otros habían sido audaces, algunos incluso violentos, pero ninguno la había sometido con aquella consciencia plena, con aquella crueldad tan sutil y estudiada en el detalle de restregarle en la cara su secreto deseo de ser torturada.

Giacomo le daba placer, pero se trataba de un placer perverso. Aunque consciente de ello, ella se sentía infinitamente excitada. Al mismo tiempo, sin embargo, advertía una sensación extraña: era como si Casanova quisiera vaciarla, tomar de ella todo lo que le pudiera dar para luego dejarla abandonada a su suerte, como un juguete roto.

Pese a todo, no quería que se detuviera. Mientras él se corría con una sonrisa, lloró.

Pero no dijo nada.

Era perfectamente consciente del juego de su señora y de cuáles eran las reglas. Podía obtener todo el placer que quisiera, pero jamás podría aspirar al amor. Giacomo no se lo daría. E incluso el placer tenía que ser secreto. Si la condesa hubiera tenido conocimiento de sus escarceos, le habría arrancado la piel a latigazos. Estaba claro que Giacomo no correspondía a sus sentimientos, se lo había dicho claramente. Si se hubiera tratado de cualquier otro no habría representado problema alguno para Gretchen. Siempre había sido una mujer independiente, incluso valiente. Pero él era tan hermoso e irresistible...

No solo eran sus largos cabellos de color azabache o la perfecta curva de sus anchas espaldas, ni siquiera los ojos color aguamarina o esos prominentes músculos que lo hacían tan fuerte. No, era la combinación de autodestrucción y romanticismo lo que lo hacía único. Había en Casanova un aura de decadencia, en su mirada un atisbo de melancolía infinita, y todo lo que hacía estaba impregnado de una luz enfermiza llena de encanto. Si Gretchen vibraba en un éxtasis como nunca antes había experimentado, no era solo por el hecho de dejarse llevar por un placer desenfrenado, sin miramientos hacia la decencia y buscando siempre nuevas formas de perversión, ni por la eventualidad de que él fuera el más hábil amante que jamás hubiera conocido. Más bien era por aquella magnífica sensación de derrota y rebelión que le centelleaba en los ojos, mezclada con una amargura que no era una renuncia, sino una lánguida consciencia de lo inevitable.

Se trataba del hombre más fascinante y misterioso que había conocido jamás.

Pero no podía ser suyo.

Ya había comprendido que Giacomo estaba perdiendo la cabeza por Francesca. Y quizá se encontraba con ella únicamente para intentar negarse a sí mismo esa atracción.

Ese pensamiento le produjo una dolorosa punzada.

Cuando él dejó de penetrarla, tras haberla inundado con sus humores corporales, Gretchen se quedó inmóvil, boca abajo.

Después oyó el ruido de algo haciéndose pedazos.

Se giró y vio el rostro de Giacomo reflejado en el gran espejo veneciano de la consola, ahora

resquebrajado. Se apretaba el puño ensangrentado, algunos fragmentos de vidrio se le habían incrustado en los nudillos. Un ojo claro temblaba de rabia en la telaraña transparente que se había dibujado en la superficie del espejo.

—No podemos seguir viéndonos, Gretchen —declaró.

Ella sintió un dolor profundo y repentino.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque lo que estamos haciendo no tiene sentido.

—Pero no es posible. Ni incluso queriendo... ¿qué ocurrirá con la apuesta con la condesa Von Steinberg? —intentó objetar.

Giacomo se revolvió.

—¡Maldita sea! —perjuró a gritos, y por primera vez Gretchen tuvo miedo de él—. De acuerdo —añadió después con la voz más calmada—. De acuerdo, pero tenemos que dejarlo.

—¿Por qué? —le preguntó una vez más ella, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Porque si no os arrastraré conmigo al infierno.

## El interrogatorio

Pietro Garzoni abandonó la sala de los inquisidores generales y subió dos estrechos tramos de escalera para llegar al ático del Palacio Ducal. Recorrió un largo pasillo. Sus pasos resonaron sombríos en el pavimento de la prisión de los Piombi. Tenía que hacer una visita a un detenido que se hallaba en una de las celdas. Para ser del todo honestos, no era exactamente un detenido, sino más bien un sospechoso al que esperaba arrancar una confesión. Por ello había decidido retenerlo allí.

Esas estancias eran un infierno a causa del calor tórrido y, debido a las láminas de plomo del techo, se convertían en verdaderos hornos. Sin embargo, eran bastante más amplias que las de Pozzi, situadas en la planta baja del palacio y que constituían el cuerpo principal de las celdas más terribles de la prisión.

Garzoni llegó a una amplia buhardilla, al final de la cual se encontraba una gran puerta de hierro.

Golpeó la aldaba, le abrieron.

Una vez dentro, el espectáculo que lo acogió resultó ser el que esperaba.

En el rincón de una celda se veía un camastro consumido por el tiempo. En la parte opuesta, un cubo con una tapa, para los excrementos.

En el centro, un hombre permanecía fuertemente atado a una silla. Sus ojos, aterrorizados, recorrían los instrumentos de tortura de Zago, alma maldita del inquisidor general, que brillaban relucientes en una funda de cuero, apoyada sobre una mesita húmeda y podrida.

Zago se sujetaba la mejilla con la palma de la mano. Parecía dudar sobre qué hacer mientras se frotaba la barba descuidada. En cuanto el hombre maniatado vio a Garzoni, dio la impresión de que lo alcanzaba un rayo de esperanza.

—¡Excelencia! —chilló como una rata—. ¡Os lo ruego, excelencia, yo no sé nada!

El inquisidor pareció sinceramente sorprendido.

—¡Maldita sea! —dijo con incredulidad—. Todavía no os he hecho ni una pregunta... ¿y ya me decís eso? ¡Vamos, señor...! —Y con los ojos interrogó a Zago, que murmuró el apellido del hombre, como si lo extrajera de la boca con pinzas.

—Zandomeneghi.

Garzoni levantó la vista al techo. ¿Por qué Zago iba siempre tan mal y descuidadamente

vestido? Hasta la mirada menos atenta habría notado que su chaleco de terciopelo tenía varias manchas de vino. La camisa, desprovista de puños abullonados, tenía una gorguera que parecía haber salido del fondo de una chimenea, de lo mugrienta que estaba.

Y eso era lo de menos.

El hecho de mirarle los dientes cariaados le quitaba el habla. Sin embargo, bajo cuerda, Garzoni le hacía llegar puntualmente una buena paga mensual. ¡Bien podía permitirse el lujo de ir a un dentista! El ambiente resultaría menos pestilente.

Negó con la cabeza y volvió a concentrarse en el hombre maniatado en la silla. Hasta él, que claramente era un pueblerino, tenía la decencia de llevar puesta una camisa limpia.

—Zandomeneghi, es verdad... ¡Muy bien! Como os decía: ¿cómo podéis sostener que no sabéis nada si todavía no os he hecho ni una pregunta? —Pietro Garzoni se acomodó en un taburete de madera, de cara al prisionero. Este asintió, con esperanza. El comentario del inquisidor no le hacía mella.

—Estamos de acuerdo, entonces. Sin embargo, antes de responder a la pregunta que os voy a hacer, me permito sugeriros prudencia. Si yo o el señor Zago aquí presente tuviéramos la más remota sospecha de que estáis escondiendo algo, sabed desde este mismo momento que no vacilaremos en utilizar los instrumentos dispuestos sobre la mesa. Soy el inquisidor general y mi cometido exacto es asegurarme de que nuestra amada República esté bien protegida de eventuales fugas de noticias potencialmente perniciosas para la seguridad colectiva, en cualquiera de las formas que pudieran manifestarse, incluida la omisión de confesión de las mismas. ¿Me explico bien?

El prisionero asintió de nuevo, aunque esta vez de una manera diferente a la anterior, en absoluto confiado en su futuro. De hecho, una sombra de terror absoluto empezaba a subirle a los ojos.

—Muy bien, entonces. La primera pregunta, señor Zandomeneghi: ¿conocéis a un hombre que responde al nombre de Giacomo Casanova?

—Juro por mi vida que no lo conozco —respondió con desesperación el prisionero.

—¡Ah! —respondió en tono de decepción el inquisidor—. Entonces ¿sois un enemigo nuestro, Zandomeneghi?

—No, no..., claro que no —balbuceó aquel.

—Y entonces ¿por qué mentís?

Zago, entretanto, había agarrado una hoja de bisturí y se había acercado al prisionero. Las llamas rojas de un brasero danzaban sobre el filo resplandeciente.

—¡Por favor, os lo ruego! —jadeó desesperado Zandomeneghi—. He oído a hablar de él, es verdad.

—¡Ah, por fin empezamos a razonar!

—Pero no lo conozco personalmente.

Zago estaba apuntando con el filo hacia el pecho del prisionero, pero Pietro Garzoni lo detuvo con el brazo.

—Es verdad, señor Zandomeneghi, lo entiendo, nadie puede creer que vos acompañéis a semejantes individuos. Sin embargo, fuentes de confianza nos dicen que resulta que lo visteis recientemente en la plaza de San Moisè. ¿Estoy acaso equivocado?

—Yo... yo...

—¿Vos qué? —insistió Garzoni.

—Yo... yo... —balbuceó de nuevo Zandomeneghi.

—¿Qué? ¡Hablad, maldita sea! —exclamó Garzoni con exasperación.

—Yo... No recuerdo...

—¿El qué? ¿Me estáis tomando el pelo, señor Zandomeneghi? ¿Creéis que podéis contarme lo que se os ocurra? ¿Pensáis acaso que podéis ocultarme la verdad?

Zandomeneghi no respondió.

Zago fue al grano sin dilación. Le cortó la camisa con el cuchillo: estaba tan afilado que le bastó apenas tocar el tejido para que este se abriera en dos tiras. Apenas le rozó la piel y un ribete de sangre empezó a fluir del pecho raquíptico de Zandomeneghi, que aulló de dolor.

—¡Venga, venga! —lo tranquilizó Garzoni—. Todo esto no os pasaría si tuvierais la gentileza de colaborar. Ya sabéis cuánto poder tengo. ¿Creéis tal vez que tendríamos algún problema en cortaros el cuello y deshacernos de vuestro cadáver en alguno de los canales de Venecia? Venga, no seáis estúpido, amigo mío, ¡soltad prenda! Os estaré agradecido, os lo garantizo.

A Zandomeneghi en ese momento le castañeteaban los dientes y parecía haber visto la antesala del infierno. Garzoni decidió que iba a disfrutar a más y mejor de la ocasión.

—¡Valor, amigo mío! Sabemos muy bien que habéis confesado al carnicero Candian que justamente habíais visto a Casanova hace poco en la plazuela de San Moisè, de modo que... ¿por qué no me ahorráis toda esta enojosa farsa? ¿O he de pedirle al señor Zago que proceda a degollaros?

—No..., no... ¡Os lo ruego! —sollozó Zandomeneghi—. Hablaré, hablaré.

—Excelente, entonces soy todo oídos —dijo el inquisidor, haciéndole señas a Zago para que se alejara—. Bien. Decidme, mi buen amigo.

—Exactamente la mañana de ayer en la plaza de San Moisè vi que un hombre abofeteaba a Casanova con un guante.

—¿Estáis seguro de ello?

—Tan seguro como que os veo ahora, excelencia —lloriqueó el prisionero con un hilo de voz.

—Muy bien. ¿Consideráis que se trataba de un reto a duelo?

—Así me pareció.

—¿Y sabéis que los duelos están expresamente prohibidos por la ley de la República?

—Sí..., sí..., excelencia.

—¿Y por qué, entonces, no denunciasteis el hecho a vuestro jefe de distrito, o por qué al menos no interpusisteis una declaración anónima en las bocas de león?

—Por... porque tenía miedo, señor mío, y también porque... —Zandomeneghi titubeó por un momento—. No sé escribir.

—¡Ah, claro, es verdad! —dijo llegados a ese punto el inquisidor—. ¿Veis cuántas cosas sabéis, aunque no conozcáis el alfabeto?

Zandomeneghi asintió con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Continuemos. ¿Conoceréis por ventura el nombre de la persona con la que se topó ayer por la mañana Giacomo Casanova en la plaza de San Moisè?

—Creo... creo que sí.

—Entonces ¿me lo vais a decir?

Zandomeneghi se quedó en silencio, pero en cuanto vio los ojos turquesa de Zago brillar de nuevo y sus labios ceñirse en una sonrisa cruel, decidió soltar prenda del todo.

—Se llama Alvise Zaguri —dijo—, y es un mercader de cuero búlgaro.

—¿En serio?

—Es exactamente así —confirmó Zandomeneghi con más seguridad en su voz.

—¿Y dónde vive ese mercader?

—En... en San Polo.

—¿Seríais capaz de precisarlo más?

—Detrás del Palacio Corner, en la calle Larga, en el número cuatro.

—Muy bien, buen amigo, realmente muy bien. ¿Veis como al final bastaba con decir la verdad? Y ahora bien..., ¿qué creéis que vamos a hacer?

—¡Me... me haréis daño! —chilló Zandomeneghi.

Pietro Garzoni lo miró estupefacto antes de estallar en una estrepitosa carcajada.

—¿Haceros daño? —dijo—. ¿Y por qué habría de ser así, mi querido amigo? ¿Me consideraréis un ingrato?

—En absoluto, excelencia —se apresuró a aclarar con tono preocupado el infeliz.

—Pues claro que no, señor Zandomeneghi. ¡Aquí no somos salvajes!

Y, al decirlo, Garzoni hizo señas a Zago de que desatara al prisionero. El alma maldita del inquisidor cortó las cuerdas, liberando así a Zandomeneghi, que los miraba sin pestañear.

—¡Ah, pero las cosas hay que hacerlas mejor, amigo mío! —prosiguió Garzoni, sacando del bolsillo una bolsita de terciopelo que le entregó al prisionero.

Zandomeneghi lo cogió entre sus manos y oyó un grato tintineo.

—Y añadido mil perdones por mi parte y mi agradecimiento por haber contribuido de manera



decisiva a poder capturar a un hombre peligroso para el Estado —concluyó Garzoni.

—¿Cómo..., excelencia? ¿De veras lo pensáis? —El hombre mostraba incredulidad.

—Sin duda, mi buen Zandomeneghi. Lamento no poder daros más, acaso una camisa nueva, pero el tiempo, como se suele decir, es tirano.

—¿Estáis bromeando?

—Ni mucho menos. Zago os acompañará fuera. Por ello os despido y os digo «hasta pronto», ya que espero que en el futuro nos hagáis otra visita, si tenéis más noticias relativas a ese maldito Casanova.

—Por descontado, excelencia —dijo Zandomeneghi, confiado—. Y gracias por vuestra generosidad.

—¡Venga, no exageremos! Hasta otra, pues —lo despidió Garzoni, haciendo señas a Zago de que retirara a ese pelmazo, ahora convertido en espía a su servicio, y de que lo acompañara fuera de los Piombi.

El mejor de sus hombres no se hizo de rogar y, una vez que Zandomeneghi se puso en pie, lo escoltó, a regañadientes, fuera del Palacio Ducal.

## Goldoni en el teatro

La antesala del teatro San Luca estaba atestada.

Dos años antes el propietario, la familia Vendramin di Santa Fosca, había logrado contratar a Carlo Goldoni, arrebatándolo a la competencia. Desde ese momento, el célebre dramaturgo presentaba sus impresionantes comedias en el escenario del San Luca. Cada vez que presentaba una, cualquiera que fuese, constituía siempre un éxito arrollador.

Damas y caballeros, nobles y siervos, pajes, burgueses, ladrones, prostitutas y porteros: también esa noche Venecia al completo se apiñaba en el vestíbulo y poco a poco iba encontrando sitio en la platea y en las cuatro gradas de palcos.

Ciertamente, en esos días Goldoni parecía que intentaba escribir textos menos abiertamente cómicos y más reflexivos, incluso no exentos de cierta tragedia, justo como había sucedido con el *Torquato Tasso*, que se había representado para los carnavales.

El público, sin embargo, no parecía haber disfrutado con aquel cambio de rumbo y continuaba celebrándolo y pidiéndole, en un pacto silencioso pero que no podía ignorarse, que ofreciera aquellos textos que inducían más a la sonrisa y cuyas protagonistas absolutas eran las figuras femeninas, como en *La Pamela*, *La dama prudente* o *La posadera*, que volvía a representarse precisamente aquella noche.

Justo cinco años antes que los demás, Goldoni había aceptado el reto del público y había escrito dieciséis comedias en un solo año. A esa serie increíble pertenecían algunos de sus más grandes éxitos, y los espectadores, y Venecia entera, se habían sentido apasionados por ellos hasta el punto de que no daban muestras de querer renunciar.

Giacomo estaba sentado en el palco que tenía reservado. Hacía tiempo que conocía a Antonio y Francesco Vendramin, que lo trataban con especial consideración.

Aguardaba que se hiciera la oscuridad. Las luces brillaban como estrellas y hacían relucir los magníficos detalles de aquel teatro a la italiana: la madera, el terciopelo, los frisos, la elegante cortina..., todo era de un esplendor que quitaba el aliento.

Giacomo se sentía impaciente. La velada no se podría definir como tal si no lograba obtener lo que quería, a cualquier precio.

Cuando se apagaron las luces, Antonio Vendramin en persona condujo al palco a una mujer joven y hermosa como no se había visto otra.

El cierre de la portezuela se accionó y Francesca tomó asiento al lado de Casanova.

Él guardó silencio. Saboreó el momento, tal vez irrepetible, en que la luz se consume, se desvanece y deja lugar a las sombras y finalmente a la oscuridad. Por unos instantes se entretuvo adivinando las formas de ella: el cuello flexible, la curva perfecta del pecho, los hombros magníficos y, por supuesto, aquella cabellera roja que caía como una cascada, aquella llama suave que parecía salida de un lienzo de Tiziano.

¿Volvería a gozar de un momento como aquel? Negó con la cabeza, mientras una sonrisa invisible se dibujaba en sus labios. ¡Al diablo la seducción y los juegos!

¡Estaba enamorado!

¡Y no podía existir nada más hermoso!

Aquella nueva consciencia lo hizo estremecerse. Se sentía vivo, con el corazón rebosante de ardor y aventura. ¿Qué importaba que lo condenaran a muerte o que lo ahogaran en los canales de Venecia? Tras el regalo inesperado que había recibido, afrontaría también la condena eterna.

—Gracias por haber venido, amor mío. Me habéis salvado la vida —le susurró en la cúspide de su alegría.

Sentía que esta vez no eran palabras como una verdad a medias, en parte fruto de la voluntad de seducir, sino lo que el corazón le dictaba. Y depositó un beso delicado, apenas perceptible, en las hermosas manos de ella.

Francesca era feliz.

Nunca hubiera esperado encontrarse en un momento como aquel.

El anhelo de volver a ver a Casanova la había consumido. Después de haber rechazado, aunque con pesar, las rosas unos días antes, su corazón había quedado hecho pedazos.

Había intentado por todos los medios poner a prueba sus verdaderas intenciones, pero la mirada que Giacomo le había regalado cuando se iba era sincera y valía mucho más que mil promesas. En sus pupilas había visto la melancolía del amor apartado, rechazado, y aquella mirada, aquellos ojos, se le habían quedado grabados muy adentro. Y poco a poco, día tras día, se habían abierto paso en ella como una fiera en busca de su presa. Así, con el paso de las horas, había intentado inventarse maneras de volver a verlo. Sin embargo, él se le había anticipado, haciéndole llegar en secreto una invitación.

Giacomo volvió a apretarle la mano. Su piel era suave, pero su contacto era firme, fuerte, seguro. Y en ese momento, en la oscuridad del teatro, intentando adivinar sus rasgos y

compartiendo la respiración con él, los pequeños gestos apenas perceptibles, Francesca se sentía protegida y completamente conquistada.

Entretanto, ante ellos, en la magia del escenario, había empezado la comedia de Carlo Goldoni.

Francesca vio a Mirandolina y luego su posada, al conde de Albafiorita y al marqués de Forlipopoli, ambos enamorados de ella y convencidos de poder seducirla: uno gracias al dinero y el otro en virtud de sus títulos. Pero la hermosa posadera, como mujer inteligente, no creía en los agasajos del conde ni en los del marqués, y dejaba que cada uno de ellos intentara conquistar su corazón sin llegar a entregarse nunca. Francesca ya había visto esa comedia: su padre la había llevado al teatro Sant'Angelo de Venecia apenas dos años antes, con ocasión del debut. Ya entonces aquel texto la había hechizado por la belleza de la trama y, sobre todo, por la irresistible astucia de la protagonista, Mirandolina. Desde ese día Goldoni se había convertido en su autor favorito, debido al talento que mostraba para presentar en escena los mil matices del alma femenina.

Cuando Giacomo, a través de una amiga, la había invitado al San Luca con ocasión de la representación de su comedia preferida, Francesca no había vacilado, comprendiendo una vez más lo especial que era aquel hombre, precisamente no solo por su capacidad de entender su corazón, sino incluso su mente.

Entre el final del primer acto y el inicio del segundo, con la llegada a escena del caballero Ripafratta, la pieza teatral de Goldoni se intensificaba: la misoginia del recién llegado, esa manera de dar órdenes a diestro y siniestro, la resolución de Mirandolina al querer pagarle con una singular moneda, que consistía en que aquel hombre tan impenetrable como arrogante se enamorara de ella. Y, luego, entre la sucesión de actos y chistes, la astucia, las mentiras, las lágrimas más o menos verdaderas de Mirandolina surtían el efecto deseado, de modo que poco a poco las defensas del caballero iban cayendo y terminaba en las redes de la hermosa posadera.

En aquel *minuetto* amoroso, que culminaba con la derrota del caballero, Francesca veía toda la inteligencia de una mujer sin prejuicios, fiel a sí misma y a su propia valía. La decisión final con la que Mirandolina decidía casarse con Fabrizio, el leal camarero, con gran desdén hacia sus nobles pretendientes, era un desenlace sorprendente, capaz de romper las geometrías narrativas de todas las comedias teatrales anteriores a las firmadas por Carlo Goldoni. Mientras la obra avanzaba hacia su fin, Francesca pensó que quería vivir ese amor con Giacomo Casanova. Era la única manera de permanecer fiel a sí misma y a sus propias convicciones. ¿Por qué ceder a los avances de hombres carentes de carácter y pasión cuando podía tener el amor de uno que parecía preocuparse más por su felicidad que nadie en el mundo?

Perdida en estas reflexiones volvió la vista hacia Giacomo. La alegró y sorprendió observar, en la oscuridad, el brillo de sus ojos. ¿Cuánto rato hacía que la estaba mirando? Se sonrojó. Por suerte él no podía verlo..., ¿o acaso sí?

Giacomo parecía leer en su interior.

—Francesca... —susurró.

Ella se llevó el dedo índice a los labios, como para hacerlo callar. Después, obedeciendo a un impulso repentino, le selló la boca con un beso ligero.

Estupefacto, Giacomo sintió que el corazón se le sobresaltaba. Le acarició la cabeza y la atrajo hacia sí, prolongando de este modo aquellos instantes de dulce y silenciosa sensualidad. Solos, en la oscuridad del teatro, y no obstante delante de todo el mundo.

Francesca experimentaba una excitación desconocida. Unos escalofríos la recorrían mientras su lengua se unía a la de él. Una y otra vez.

Sin embargo, después Giacomo se detuvo.

—No aquí, amor mío —le dijo—. La comedia está a punto de terminar. ¡Salid ahora!

—No quiero —respondió ella, preguntándose al mismo tiempo si se había vuelto loca.

Tras su iniciativa de besarlo... ¿quería perder la poca dignidad que le quedaba? Y, pese a todo, ese impulso era más fuerte que ella. Por primera vez se sentía abrumada por la pasión. Y en lugar de rechazarla, la acogía con alegría y sin temor alguno.

—No, Francesca, no ahora. Os lo ruego, escuchadme —objetó Giacomo—. Encontrad una manera de liberaros y dejadme una nota en el pozo de nuestra plazoleta. Encontraréis el cesto de siempre. Bastarán un par de líneas sin más. Las leeré e iré donde queráis. Os llevaré a un lugar seguro.

—¿En la plazoleta, habéis dicho?

—Sí, pero ahora debéis iros, de lo contrario estad segura que habremos de dar muchísimas explicaciones. —Y al decirlo la besó una última vez con infinita y ardiente pasión.

—Os amo, Giacomo —dijo ella de repente, desde lo más hondo del corazón.

—Yo también os amo, Francesca. Pero ahora partid, por vuestro propio bien.

Ella se puso en pie. Se sentía insegura, ebria, casi devorada por la fiebre.

Sin que lo hubieran llamado, Antonio Vendramin abrió la portezuela del palco.

Francesca se deslizó fuera, mientras la oscuridad se desvanecía en la claridad de las luces y el teatro estallaba en un rugido de aplausos.

En el palco delante de la platea, Carlo Goldoni, haciendo reverencias, recogía cumplidos, flores y promesas de amor eterno.

## Averiguaciones

—Gretchen, hablemos claro: no irás a creer que me ha pasado por alto tu enamoramiento por Casanova, ¿verdad? Porque, querida mía, semejante suposición me pondría todavía más furiosa de lo que ya estoy...

La condesa Margarethe von Steinberg había formulado aquella pregunta de la manera más fría posible, como si su voz fuera el filo de un puñal sobre una losa de hielo.

Gretchen se sintió enrojecer.

—¿Cómo, señora mía...? —preguntó sobresaltada.

—Ya me has oído —continuó la condesa, mirando hacia el Gran Canal. Los amplios ventanales del palacio estaban abiertos y los efluvios de la laguna entraban sin impedimentos, unidos a los gritos de los gondoleros, al lento chapoteo del agua, a los chillidos de las gaviotas y a los cálidos aromas de aquel julio de sol ardiente.

—Pe... pero... —balbuceó Gretchen—. Vos misma me dijisteis que podía hacer lo que quisiera con Casanova —intentó defenderse.

La condesa continuó observando el Gran Canal. Luego meneó la cabeza, como diciendo que aquella respuesta no era exactamente la que ella esperaba.

—Sí. Pero eso no contemplaba en ningún caso la posibilidad de enamorarse. Podría comprender una ligera turbación, incluso una leve atracción. La fascinación de ese aventurero de poca monta no carece de efectos, soy bien consciente de ello... Pero perder la cabeza por un hombre como ese, Gretchen... ¡Vaya!, eso es algo completamente distinto. No puedes permitirte, ¿me explico? Y además, mira, podría incluso aceptarlo, si no fuera porque el amor te quitaría lucidez, hasta el punto de que incluso podrías llegar a traicionarme a mí con tal de protegerlo a él. ¡Después de todo lo que he hecho por ti! ¿O acaso me equivoco?

La condesa se volvió. La expresión de su rostro evocaba una máscara de crueldad: a pesar de su hermosura y altivez, no acertaba a esconder el rayo despiadado de su mirada, y la sonrisa que exhibía no era más que una fachada, un velo ligero y magnífico para ocultar lo que subyacía en ella.

—Sabes perfectamente quién soy y qué quiero —prosiguió—. Por eso te aconsejo que no interfieras en mis planes, porque de lo contrario te juro que no tendré piedad. Ni siquiera para ti.

Gretchen intentó decir algo, pero la condesa la hizo callar de inmediato.

—¡Todavía no he terminado! —gritó, acercándose a ella—. ¿Queréis seducirlo? ¡Está bien! ¿Te has dejado poseer? ¡Nada me complacería más! Pero no te atrevas a enamorarte de ese hombre, Gretchen, o será el último error que cometas en tu vida. ¡Date por avisada! No quiero tener que recordarte dónde te conocí. No eras más que una pequeña, insignificante y miserable ramera. ¡Y ahora eres la dama de compañía de una noble! ¡Pero, sea como sea, sigues siendo mi sierva!

Y, sin mediar más palabras, la condesa hizo relampaguear de entre el corpiño del vestido un filo brillante y, apretando la empuñadura, lo acercó al rostro de la muchacha. Dejó que la hoja de acero se deslizara a lo largo de la dulce línea del pómulo y luego por la mejilla. Sus ojos lanzaban destellos de luz malévolos.

No fueron necesarias más advertencias. Gretchen sintió que la respiración se le quebraba en el pecho al percibir los dedos blancos de la muerte sobrevolándola: ligeros, afilados, letales.

—*Madame* —dijo con un hilo de voz—. Mi fidelidad hacia vos no está comprometida por nada ni por nadie.

La condesa la observó largamente. Sus ojos la exploraron hasta en los recovecos más profundos del alma.

Gretchen sabía que no tenía ninguna posibilidad contra aquella mujer, cuya voluntad se había forjado en la disciplina y el odio. No conocía todos los detalles, pero a lo largo de los años había ido comprendiendo perfectamente que la condesa Von Steinberg debía de ocupar una posición importante en el entorno de la emperatriz consorte María Teresa de Austria y que, de hecho, su papel era fundamental. Margarethe era depositaria de tramas y secretos tan turbios que a ella no le había sido dado averiguarlos, y de los que por otra parte intentaba mantenerse lo más alejada posible.

Hasta poco tiempo antes, Gretchen había seguido siempre sus instrucciones, y su ciega lealtad había sido correspondida con generosidad y atenciones. Pero desde que había llegado a Venecia y había conocido a Giacomo Casanova, su corazón había cambiado. Parecía como si el aventurero veneciano le hubiera llenado la vida de color, tras haber conocido únicamente el blanco del orden y el negro de la intriga. Y ahora estaba cambiando una vida de comodidades y fríos silencios por la pasión ardiente, por las luces de Venecia y sus halagos escondidos entre puentes y callejones.

Aquel cambio amenazaba con costarle muy caro.

La condesa debió de advertir muy bien el tumulto en el que se debatía su dama de compañía. Pero, por el afecto que quizá le inspiraba o, más probablemente, por la piedad que eligió demostrarle, decidió perdonarla. En todo caso, en el futuro todavía le podría servir. El filo volvió a esconderse lentamente, relampagueando un instante más, hasta volver a la rígida tela del corpiño.

Zago no sabía adónde dirigirse. De acuerdo: había descubierto el lugar donde vivía Alvisè Zaguri. Pero toda esa historia apestaba a una milla de distancia. Es más, tenía la inequívoca sensación de que se iba a complicar mucho más de lo que ya estaba, un presentimiento que le procuraba no pocas preocupaciones. Por otro lado, Garzoni había sido claro: tenían que averiguar qué había ocurrido; por ello, sin más dilaciones, Zago se había puesto a seguir la pista del mercader de cuero búlgaro.

Había llegado cerca de la vivienda que estaba buscando. Zaguri vivía al lado de Rialto. No hacía falta ser un genio para comprenderlo, dada su profesión. Echó un vistazo al cercano Ca'da Mosto. Un par de carreteros estaban discutiendo mientras descargaban las mercaderías frente a la entrada. Volaban los improperios y las injurias, ya que cada uno de ellos reivindicaba su derecho a hablar primero con el cliente que había hecho el pedido.

Volviendo la mirada apenas algo más lejos, Zago localizó el modesto palacio del mercante de cuero búlgaro. Una fachada casi desnuda daba la bienvenida al visitante, una arquitectura mucho más simple y casi tenue en comparación con las esculturas talladas con figuras zoomórficas de Ca'da Mosto: sin emblemas ni escudos, tan solo un par de decoraciones para embellecer un edificio achaparrado y austero.

Zago no lo dudó más. Golpeó la aldaba contra el portón y esperó.

Pasó un buen rato antes de que una sirvienta, de curvas bastante generosas, hiciera su aparición en el zaguán. Tenía unos grandes ojos castaños y unos rizos oscuros que le caían desordenados sobre los hombros y sobre el pecho. Había abierto el portón tan solo a medias, pero lo que Zago veía era suficiente.

Por desgracia, fue de inmediato consciente de que su aspecto, que no era exactamente tranquilizador, no le iba a ayudar demasiado en aquella conversación. La mujer, de hecho, lo miraba con ojos interrogantes.

—¿Señor? —preguntó sin titubeos con una voz áspera y desagradable que contrastaba singularmente con los dulces rasgos del rostro y las líneas suaves de su figura—. ¿Qué queréis?

—Señora, me llamo Jacopo Zago —respondió él, haciendo una reverencia en el desesperado intento de causar buena impresión—. Busco con urgencia a vuestro amo, al señor Alvisè Zaguri, para hacerle algunas consultas.

—¿Y el motivo? —preguntó la mujer, enarcando una ceja y sin alterarse lo más mínimo.

—Vengo en nombre del inquisidor negro de la Serenísima República. Necesitamos hablar con él lo antes posible...

—Entiendo —cortó la mujer—. Pero mirad, excelencia, el hecho es que mi señor no se halla aquí.

—¿Y tenéis idea de dónde está?

—¡Ojalá!



—¿No lo sabéis?

—En absoluto. Salió hace dos días y no ha informado de nada.

—¿Y ese comportamiento os parece normal?

Ella se encogió de hombros, pero no cambió de expresión. Zago sintió el impulso de abofetearla. Y lo habría hecho si eso no hubiera levantado sospechas. Había en esa mujer una arrogancia tan previsible que a duras penas lograba contenerse.

—Excelencia, ha sucedido en otras ocasiones, sí.

Zago dejó traslucir un gesto de irritación. No daba una en el clavo. Esperaba poder resolver aquel fregado con un paseo, pero ese deseo había resultado ser tan solo una ilusión.

Puso buena cara al mal tiempo.

—Pues muy bien —concluyó—. ¿Sabéis al menos quién puede tener noticias tuyas? ¿Su mujer? ¿Algún socio? ¿Un amigo?

—El señor Alvise Zaguri vive solo. Yo soy la única persona a su servicio, pero...

Zago estaba a punto de estrangular a aquella mujer con sus propias manos, sin embargo se contuvo porque el tono de voz dejaba intuir que había algo más.

—¿Pero...? —la alentó.

—Pero el señor Gastone Schiavon podría tener más información que yo.

—¿Seríais tan amable de indicarme dónde está su casa? —La mujer pareció pensárselo.

Como no era capaz de tranquilizarla, Zago intentó dirigirle una mirada de puro odio, oculto bajo una cortina de frialdad.

Una vez más la mujer se burlaba. Luego, finalmente, se decidió.

—Lo encontraréis en su emporio comercial, en la orilla de los Schiavoni, cerca del Ponte della Paglia. Pero yo no os he dicho nada.

Sin más tardanza la mujer cerró el portón con grosería, haciéndose un favor a sí misma y a Zago, al que, ciertamente, no habría incomodado su compañía.

## Una trama peligrosa

Mi querido Casanova:

Me entristece constatar que vuestra lentitud solamente es comparable con vuestra soberbia. Y que, aún peor, me llegan rumores de varias procedencias que sostienen que os habéis rendido al más absurdo de los amores. ¡Ya no os reconozco! ¿Os basta con ver el rostro fresco de una muchachita para quedar reducido a un gusano? Porque, de lo que no cabe duda es que hace varios días que aguardo vuestras nuevas y en cambio, lejos de suministrármelas, os habéis escondido como un ladrón entre los callejones sin molestaros en proporcionarme siquiera la información más miserable.

¡Qué desilusión!

Nunca habría esperado semejante trato por vuestra parte. Por otro lado, estoy intentando ver el lado bueno de todo este asunto. Y ese sería que, dadas las circunstancias, he ganado la apuesta y por lo tanto puedo considerarme exenta de cumplir cualquier promesa, vista vuestra indecisión. Así pues, queda a salvo mi honor; es evidente la falsedad de vuestra fama tan inmerecidamente adquirida.

Os doy unos días más, pero lo hago ya por compasión, por la piedad que experimento frente al desafío y también porque, quizá, no me desagradaría poner una nota de color a mi gris estancia veneciana.

Esperaba que alegrarais mis jornadas y, por el contrario, os habéis implicado en esta historia de escasa gloria y poco entretenimiento. ¡Y precisamente he sido yo la causante de todo!

Sonríó al pensar que he perdido el tiempo en una apuesta semejante. ¡Pero da lo mismo!

Si no os veo en el plazo de dos días, consideraré definitivamente que he ganado el desafío y procederé a difundir la noticia de lo ignominioso de vuestra derrota.

No puedo deciros otra cosa.

Vuestra,

MARGARETHE VON STEINBERG

Giacomo permaneció unos instantes más con la misiva entre las manos. Dejó escapar una sonrisa amarga. Estaba cansado de aquel inútil carteo. A la luz de los últimos acontecimientos, toda esa historia del desafío le parecía insulsa y lejana, aparte obviamente de las implicaciones que podía acarrear. Dobló la carta y la metió en el bolsillo del chaleco: no quería que le arruinara la jornada.

Se había sentado en una mesita de la plaza de San Marcos, mientras los rayos de sol se alargaban perezosamente sobre los tejados de los palacios. Se sacó del bolsillo un par de aldinas que llevaba consigo y pasó con cuidado las páginas. Le gustaba notar la consistencia del papel en las yemas de sus dedos: era una de esas sensaciones que tenían el poder de calmarlo.

Bajó la vista hacia los dos pequeños volúmenes que sostenía en las manos y observó los

elegantes caracteres en cursiva, los más elegantes que recordaba, antes de fijarse en la refinada marca tipográfica del impresor, Aldo Manuzio: el ancla y el delfín, sobre las siglas ALDVS.

*Libelli portatiles in formam enchiridii*, rezaban las portadas de esos libros de tamaño reducido, pensados para que el lector los llevara adonde fuera: la gran intuición de Aldo Manuzio.

Casanova sonrió ante la ocurrencia del gran impresor del Lazio y veneciano de adopción. ¡Qué agradecido le estaba por poder llevar en los bolsillos del abrigo las obras de Horacio, de las que jamás se separaba! Según la leyenda, Manuzio había aconsejado a Bartolomeo d'Alviano, el gran capitán general de las tropas venecianas, que nunca se separara de los clásicos latinos en pequeño formato durante las campañas militares.

Confortado por tales pensamientos, Giacomo pidió un café y se recreó al fresco de la sombra del pórtico de las Procuratie Nuove. El Florian era, en aquellos días, la cafetería más increíble que cupiera imaginar. La atención de Giacomo se detuvo un momento en las vetas de madera de los muebles, antes de quedar absorta por los brillantes reflejos de la luz estival sobre la bandeja de plata y los cubiertos.

La blanca servilleta perfumada de lavanda. Casanova acercó la taza a los labios, complaciéndose en el aroma fuerte y dulce. Era un ritual al que no sabía renunciar, su manera de regalarse otro placer más.

Aunque, en honor a la verdad, no tenía mucho de que alegrarse: la muerte de Zaguri, el desafío de la condesa Von Steinberg, ahora ya irremediablemente perdida, la cacería a la que sin lugar a dudas le sometería el inquisidor Garzoni con la esperanza de capturarlo de una vez por todas... Había donde elegir, desde luego. Aunque, pensándolo bien, aquello no eran más que meros accidentes en la maravillosa historia de amor que la suerte, finalmente, había decidido repararle.

Matteo Bragadin, que se había unido a él, no compartía esta opinión. A pesar del esplendor de aquella tarde de sol y luz, no dejaba de llamarlo a la responsabilidad y a ser consciente de los riesgos que corría.

Pero a Giacomo no le importaba. Es más, le hubiera agradecido que se callara ya, pero no quería mostrarse descortés con su benefactor. Por ello escuchaba con paciencia, aceptando sus admoniciones como la única mancha de aquel día que de otro modo era perfecto.

—¿Habéis encontrado algo en el pozo? —le preguntó.

Bragadin resopló. Su rostro mostraba una expresión entre el cansancio y la exasperación. La vieja peluca desgreñada no contribuía a ocultar su aspecto modesto y preocupado.

—Giacomo, no podéis continuar así. Os acabarán matando, creedme.

—¿Por tan poca cosa?

—Yo no me atrevería a calificarlo así.

—¿Y por qué no?

—Pensad qué ocurriría si alguien hubiera descubierto el escondrijo y estuviera en posesión de

la nota que ahora tengo en mi mano...

Giacomo dibujó una media sonrisa.

—Pero no ha sucedido, ¿verdad, mi viejo amigo?

—Me pregunto cómo lo hacéis... —dijo Bragadin.

—¿Hacer el qué?

—Ser feliz. Pero ya tengo la respuesta.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Vuestra infantil inconsciencia.

—Tal vez tengáis razón, amigo mío. Pero mi propósito en la vida es precisamente hallar la felicidad.

Bragadin levantó la vista al cielo, como si estuviera tratando con un loco.

—Me temía que lo ibais a decir.

—¿Me daríais lo que habéis encontrado?

Sin replicar, el anciano senador se sacó del bolsillo del desgastado chaleco un papelito muy doblado.

Casanova lo cogió, lo abrió y leyó rápidamente el contenido:

Mañana estaré libre. Mi padre debe ausentarse de la ciudad por negocios hasta el día siguiente. No podré salir. Acceded al tejado vecino, traed con vos una cuerda y atadla a la chimenea. Para un funambulista como vos será un juego de niños llegar a la ventana de la buhardilla. La dejaré abierta.

Espero vuestras noticias.

Casanova sonrió. Francesca aprendía deprisa. Llamó a un camarero de librea.

En cuanto se le acercó, le preguntó:

—¿Tendríais tinta? He de escribir...

Sin siquiera responder, el camarero asintió y desapareció para volver unos instantes después con todo lo necesario como para escribir una novela completa. Casanova era un cliente fiel y apreciado por los propietarios, que siempre estaban a punto para satisfacer cada una de sus peticiones. Él y Carlo Goldoni disfrutaban de aquel privilegio.

Giacomo se lo agradeció con un movimiento de cabeza. Agarró la pluma y, tras mojar la punta en la tinta, garabateó la respuesta:

Iré.

No añadió nada más. Mejor no dejar demasiadas pistas.

Bien estaba ser imprudente, pero no suicida.

Después de esto le devolvió la pluma y el tintero al camarero y dirigió la mirada a Matteo Bragadin.

—Escuchadme —le dijo—, tengo que pedirlos un nuevo favor. —Sonrió al darse cuenta de que experimentaba un placer secreto al atormentar a su pobre amigo, al que tanto debía. Pero en cierto sentido sabía que aquello era también un juego y que, a pesar de los constantes resoplidos, gruñidos y quejas de su amigo, el hecho de ponerse a prueba le permitía sentirse vivo.

Sin duda más vivo que la mayoría de los venecianos.

## Las implicaciones de una apuesta

La superficie del espejo era tan perfecta y transparente que parecía una lámina de hielo, y tan grande que daba la impresión de querer oscurecer, con su brillo, la suntuosa pared recubierta de cortinas doradas. Un gran marco realzaba la belleza del azogue. La madera esmaltada de polvo dorado estaba delicadamente labrada en unos intrincados diseños culminados por una cabeza de león, que parecía observar el salón con ojos depredadores. En el centro del espejo, Margarethe se observaba a sí misma.

Lo que veía le gustaba: los rizos dorados, la curva roja de los labios, la piel blanca como la nieve, la mirada resplandeciente.

Pero, aunque muy satisfecha de su apariencia, no podía decir lo mismo de la expresión de su rostro, que revelaba preocupación.

No sabía si podía fiarse de Gretchen. Podía matarla... Pero luego, ¿qué?

Inspiró largamente. Aquel pensamiento le recordó una vez más cuánto odiaba a Casanova y lo difícil que le resultaría encontrar una criada tan eficiente, escrupulosa y atenta.

No. Habría sido demasiado arriesgado.

Giacomo estaba tan cautivado por sus estúpidos juegos, tan sumido en sus míseros egoísmos amorosos, que nunca sospecharía las verdaderas implicaciones de la apuesta que había aceptado.

El círculo estaba a punto de cerrarse.

Aquel maldito moscardón veneciano no tenía ni idea del avispero en que se había metido.

Sonrió.

Estaba siempre hermosísima, pensaba, concediéndose otra mirada en el espejo.

Entonces miró hacia el techo, dejando flotar los ojos en la blancura del estucado, que se alternaba con decoraciones de colores vibrantes e intensos sobre los mitos dionisiacos. Por un momento se sintió arrebatada por la fulgurante visión que tenía ante sí.

Después, a regañadientes, se desentendió de la contemplación de aquel espectáculo que siempre la fascinaba y se dirigió hacia el escritorio de madera con incrustaciones de oro y plata.

Miró la carta que acababa de escribir y la releyó para comprobar que hubiera incluido todos los avances que se habían producido en aquellos días. Había utilizado palabras cifradas de manera que si, por alguna desgraciada eventualidad, el texto caía en manos enemigas, careciera por completo de sentido.

Mi querida amiga:

Os escribo esta carta, segura de daros noticias que os llenarán el corazón de alegría y esperanza.

El caballero de Roccabruna va siguiendo la trama exactamente como previmos y ha presionado a los responsables para que Nuestro Enemigo, que ha de terminar pudriéndose en la prisión de la Gorgone, tenga ya los días contados. No conoce aún mis verdaderas intenciones, pero creo que ya las ha intuido. Por mi parte he cumplido el plan, según vuestras instrucciones. La Gatita ha acabado en el saco y hace días que el Mercante no tiene cómo defenderla.

Confío en que el caballero de Roccabruna sabrá cómo librarse del Relojero, algo que, por otro lado, no debería resultar demasiado complicado, si es verdad, como se dice, que este último goza de pésima salud y que ni siquiera su médico parece particularmente esperanzado en lo que respecta a su futuro.

Si, como espero, el caballero de Roccabruna logra librarse de Nuestro Enemigo gracias a las pruebas que le voy a suministrar y, al hacerlo, termina arrastrando consigo hasta al más importante de los Padres, debido a la amistad comprometedora que mantienen con él..., pues bien, no dudo en creer que finalmente la tan esperada Gorgone será vuestra. Hasta entonces me quedaré un poco más, para asegurarme de que todo transcurra por el buen camino.

Aguardando poder rendiros un homenaje lo antes posible, recibid una vez más mis saludos más cordiales.

VUESTRA SIERVA

Después de haber cerrado la carta, la condesa esperó a que el lacre se derritiera a la llama de una de las velas que brillaban frente a ella y dejó caer unos densos goterones rojos sobre el papel, cerrando así el envoltorio. Sacó una campanilla de oro del cajón central del escritorio, la hizo sonar, y aguardó.

Dragan Lukic no tardó en presentarse en el salón. Aunque estaba acostumbrada a verlo de cerca, Margarethe debía admitir que había en él algo que todavía la espantaba. Y la atraía, al mismo tiempo.

Dragan era un hombre de aspecto portentoso, que parecía haber nacido en la oscuridad, de tan oscuros como eran sus cabellos, que le caían por la espalda y le enmarcaban los marcados rasgos de su pálido rostro. Vestía completamente de negro, como si quisiera subrayar la extraña sensación de pertenencia a las fuerzas oscuras. Una sonrisa forzada le elevaba permanentemente el labio, justo por debajo de un espeso bigote caído.

Margarethe lo observó. Sabía bien que Dragan la idolatraba; por ello, en su presencia, no dejaba traslucir la más mínima vacilación y se mostraba siempre altiva e inalcanzable. Sin embargo, era perfectamente consciente de lo peligroso que era.

Y tal vez en ello residía la fascinación de tener cerca a un guardia como él: la idea de no poder llegar a domarlo del todo, el pensamiento de que había en él algo tan salvaje y voluble que, si estallara, lo transformaría en una máquina mortal. Dragan haría cualquier cosa por defender a su

señora, y no se iba a privar de la crueldad del lobo y de la astucia del cuervo para llevar a cabo tal misión.

—Dragan —dijo la condesa—. Tengo una tarea de suma importancia para ti.

El hombre asintió en silencio.

—Si esta carta acaba en las manos equivocadas, muy probablemente estará perdida. Por lo tanto procederás siguiendo calles poco frecuentadas, y elegirás siempre la noche para moverte. Si alguien te cerrara el paso, te pido el favor personal de que lo mates. Confío, sin embargo, que tu proverbial atención al detalle será la mejor garantía de éxito de este envío.

—¿Dónde tengo que ir?

—Entregarás esta carta a las propias manos de la emperatriz consorte María Teresa de Austria. De ninguna otra persona, te lo ruego. ¿Me lo prometes?

Dragan asintió.

—No puedo decirte más. Por tu seguridad tanto como por la mía y la de la persona que acabo de mencionar, que es, naturalmente, la luz hacia la que todos nosotros debemos mirar. No creo que tenga que añadir más explicaciones, ¿no es cierto?

—Naturalmente, señora mía.

—Bien, pues entonces parte enseguida. No hay tiempo que perder.

Dragan Lukic hizo una reverencia antes de dirigirse a la puerta, adentrándose en la misma oscuridad de la que parecía haber emergido unos momentos antes.

Margarethe se quedó absorta en sus pensamientos.

La suerte estaba echada. La trama de su diabólica maquinación se extendía, impetuosa y despiadada, como una enfermedad que todo lo contaminaba y corrompía.

No solamente destruiría a Casanova, sino que con un poco de suerte y las precauciones adecuadas, lograría que Venecia cayera en manos de Austria. Y todo ello sin disparar ni un solo cañonazo.

Bastaba únicamente con que la persona a cargo de arrojar la semilla de la mala hierba mantuviera la promesa que había hecho a su reina.

No obstante, no se fiaba demasiado de aquel hombre, que vivía consumido por la ambición y estaba dispuesto a traicionar a su propia patria. Por lo demás, se trataba de trabajo sucio; no podía pretender tener de su parte a alguien con sólidos principios.

Ahora no había más que esperar el resultado de la maquinación.

Con un poco de suerte, Venecia pronto sería austríaca.



## Tormento y codicia

En la sala de los inquisidores generales, Pietro Garzoni se reconcomía en el tormento de la incertidumbre.

Frente a él, Zago lo miraba con ojos vacíos y expresión desconsolada. Aunque había hecho cuanto estaba en su mano, no había sido suficiente.

—Entonces ¿no lo habéis encontrado?

—Excelencia, la tienda estaba cerrada.

—¿Y estáis seguro de que ese maldito Gastone Schiavon sabe algo?

—Así lo afirmaba el ama de llaves de Alvise Zaguri.

—El difunto Alvise Zaguri —enfaticó el inquisidor con una mueca de disgusto.

—Me permito recordar a vuestra gracia que de momento no tenemos ninguna certeza de la muerte del mercader de cuero búlgaro —observó Zago, con la esperanza de redimensionar las proporciones de su propio fracaso.

Pero fue peor. Garzoni parecía no aguardar otra cosa.

—¡Maldita sea, Zago! ¿Qué diablos estáis diciendo? Es evidente que Casanova le ha cerrado la boca a ese condenado imbécil. De lo contrario, ¿por qué habría de desaparecer? Nadie sabe nada. ¡Y mira qué casualidad, su digno compadre se ha esfumado!

—Comprendo vuestra desilusión, excelencia... Por otro lado, he ido hasta los Schiavon, cerca del Ponte della Paglia...

—¿Y eso qué? ¿Acaso pretendéis que os ascienda? Podéis ir hasta el fin del mundo, en lo que a mí respecta. ¡Me importan un bledo vuestras peregrinaciones! ¡Resultados, Zago, resultados! ¡Y vos no me los estáis dando! Este asunto se está complicando cada día más y no somos capaces de verle el cabo ni de lejos. —El inquisidor propinó un puñetazo sobre la mesa, haciendo trastabillar la botella de cordial que descansaba sobre ella—. ¿Casanova se ha visto con la condesa austríaca? ¿Está tramando algo contra nosotros? ¡No lo sabemos! Ha desafiado a duelo a un mercader de cuero búlgaro... ¿Lo ha matado? ¡Sería perfecto, maldita sea, si pudiéramos demostrarlo! ¡Pero no podemos! Tenemos solamente fiestas, paseos sobre la cuerda floja, una fuga por los tejados, una camarera que a lo mejor sabe algo. ¡Santo Dios! ¡Así no avanzamos!, ¿lo entendéis? ¿Cómo pensáis que puedo seguir dominando el Consejo con un rosario de fracasos como este? ¿Por qué creéis que estoy orquestando todo esto? ¿Eh? ¿Lo sabéis?

—Excelencia, me lo imagino: porque amáis Venecia y no toleráis que la llegada de ese cantamañanas pueda acarrear confusión...

—¡Ni confusión ni nada, Zago! ¡El plan general! ¡Se os escapa el plan general, el proyecto más amplio, la perspectiva! Pero bueno, ¿es que no lo habéis comprendido ya? ¿No habéis entendido por qué en el Consejo he sostenido con tanta insistencia la necesidad de detener a Casanova? ¿Por qué he querido subrayar la amistad de Mocenigo, Dandolo y Barbaro con ese seductor de tres al cuarto? Pues porque si logro mandarlo a las mazmorras de los Piombi bajo la acusación de brujería y homicidio, no únicamente me libraré de la mayor tragedia que se haya abatido sobre Venecia en el último año, sino que podré demostrar también que quienes hoy son amigos, mañana serán los enemigos de nuestra amada República. Porque habrán demostrado ser relajados en sus costumbres y aliados de un enemigo declarado de esta ciudad. ¿Y entonces qué?

Zago dejó traslucir un destello de odio en sus ojos. Le habían interrumpido por segunda vez, y detestaba no poder terminar las frases, por no mencionar que toda esa sucesión de preguntas le exasperaba. Odiaba que lo trataran como un idiota, como estaba haciendo Pietro Garzoni en ese momento: lo estaba mirando como si fuera un deficiente mental. Sin embargo, se recompuso de inmediato, puesto que conocía muy bien la intensa rabia del inquisidor negro si sospechaba siquiera una insubordinación. Asintió pacientemente y respondió con aire triunfal a la pregunta que Garzoni le había formulado:

—Entonces pondríais a vuestros enemigos en un aprieto. Y debilitaríais su prestigio frente al Consejo.

—Por supuesto, Zago, por supuesto. Y cuanto más sorprendente sea nuestra victoria, tanto más estrepitoso será el fracaso de quienes hoy se declaran amigos de un hereje y asesino, aunque solo sea por dejarle manga ancha para hacer y deshacer a su antojo en Venecia. Conquistaré los votos útiles. Y con el dogo en las condiciones en que se encuentra, pues... Bien, no hace falta que os diga lo que puede suceder.

Así que ese era el plan complejo, el proyecto más amplio: Garzoni apuntaba directamente al dogado. Ahora estaba claro. Le traía completamente al paio arrestar a Casanova por rebelde y saboteador del orden constituido; quería utilizarlo para debilitar la imagen y el prestigio de los enemigos y reforzar alianzas con quienes lo reconocieran como adalid de la moralidad y de la rectitud. Si a Casanova no se le acusaba de homicidio, brujería, herejía o cualquier otra cosa, no se le podía condenar. Y si no se le condenaba, nunca lo podría mandar a prisión. En consecuencia, Garzoni jamás podría avergonzar y expulsar a los amigos del delincuente, convirtiéndose así en defensor de la República.

Y eso, lógicamente, redoblaba la apuesta. Y las proporciones de un eventual fracaso. Era realmente un gran problema.

Zago enarcó una ceja. En las tinieblas de la incertidumbre le pareció ver finalmente una luz.

Quizás existía una solución.

¡Por Júpiter! ¡Había sido un imbécil por no haberlo pensado antes!

—Excelencia, entiendo perfectamente vuestro pesar. No obstante, quizá no todo esté perdido.

Garzoni miró a aquel alma en pena.

—Soy todo oídos —dijo—. Pero os advierto que si vuestra intención es aplicar mano dura con su buen amigo y protector Matteo Bragadin, que probablemente sepa algo, debo deciros que no entra en mis intenciones hacerlo. Ni siquiera yo tengo poder suficiente para justificar el arresto de un senador de la República sobre la base de una simple sospecha.

—No era eso lo que tenía en mente. Lo que vos queréis son pruebas que os sirvan para condenar a Casanova y, en consecuencia, debilitar a los que ahora son sus amigos.

El inquisidor se limitó a asentir.

Zago, tranquilizado, prosiguió con su razonamiento:

—Pues bien, acabo de caer en la cuenta de que, en nuestro afán por interrogar a los posibles contactos, inexplicablemente hemos ignorado, o mejor dicho, he ignorado a la persona que quizá podría ser la solución a todos nuestros problemas.

—¿A quién os referís?

—La dama de compañía de la condesa. ¡Demonios, sabrá dónde se esconde Casanova y cuál es la razón del largo encuentro con su señora! La interrogaré y, de una manera u otra, trataré de sonsacarle toda la información posible. Estoy seguro de que descubriré algo útil.

Al oír esas palabras los ojos de Pietro Garzoni se encendieron con una luz maligna. El razonamiento de Zago no tenía fisuras.

—Me parece una buena idea. Vayamos en esa dirección, pues. Ahora idos —concluyó el inquisidor negro—. Cada segundo que pase, nuestro éxito estará más lejos. ¡Tenemos que obtener resultados rápidamente!

—Por descontado, excelencia. Entonces, me despido. —Sin añadir nada más, Zago se dirigió hacia la puerta y se esfumó.

En cuanto lo vio irse, el inquisidor se puso en pie y empezó a recorrer la sala a grandes zancadas. A pesar de todo lo expuesto, había omitido a Zago gran parte de su plan real. Por lo demás, era bien verdad que no podía permitirse confesar sus objetivos abiertamente.

No obstante su fidelidad, Zago no hubiera comprendido que no había otra solución. La suya era una familia poderosa, pero no lo suficiente. No hasta el punto de permitirle aspirar al dogado. Necesitaba un acontecimiento exterior. Alguien o algo que cambiara por completo la jugada.

Y esa historia sobre Casanova no era más que el primer paso hacia un plan más ambicioso.

Venecia era la octava maravilla del mundo, pero estaba asimismo cansada, agonizante, postrada entre otras cosas por un siglo de sinsentidos y ausencia de reglas, consagrada a un eterno e

infausto carnaval que la había obligado a ponerse un atuendo vulgar que la convertía en una cortesana.

Garzoni estaba cansado de aquella parodia de República, de aquella lucha por mantenerse a flote desesperadamente. Llevaba tiempo deseando algo mejor, tanto para sí mismo como para su amada ciudad. Ciertamente le obligaba a asumir el riesgo de que alguien lo acusara de traición, en efecto, pero se trataba únicamente de acelerar un proceso que ya estaba en marcha, de poner la palabra «final» a una progresiva desintegración. Había más dignidad en apagarse para siempre que en permanecer lamiendo la oscuridad con una luz débil y pálida.

El siguiente paso para alcanzar aquel objetivo tenía que ser, pues, advertir a la persona que se había revelado en todo y para todo como amiga suya. En una carta que había llegado aquella misma mañana a su nombre, María Teresa de Austria le había confirmado todo lo que él había sospechado hasta ese momento. Es decir, que la condesa Margarethe von Steinberg estaba de su parte.

Por ello debía indicarle que ordenara a su dama de compañía que se marchase, para tratar con ella asuntos de cierta importancia. A la caída del sol sería perfecto.

De ese modo, la tarea de Zago sería más sencilla y su acción de acoso, un indudable éxito.

## Besos y sombras

Cuando Giacomo la besó en los labios, Francesca se sintió desvanecer. El peligro, la excitación, las mentiras, la penumbra, el silencio de la noche eran detalles que parecían componer una fantasmagoría de misterio y sorpresa, una mezcla tan potente que intensificaba el deseo y arrebatava los sentidos.

Desnuda entre sus brazos, se sentía protegida, amada como nunca, embargada por una felicidad desconocida y abrumadora: Giacomo representaba todo aquello que siempre había soñado. Además, sus ojos de color aguamarina, vivos, brillantes, le procuraban escalofríos de placer cuando estaba encima de ella. Los mantenía entornados, como esquirlas de hielo ardiente. Era imposible describir la maravilla: Francesca quería perderse en ellos.

Había sido así desde el comienzo, estaba segura, desde el mismo instante en que él la vio por primera vez en el Palacio Contarini dal Zaffò. Por entonces ella ya había percibido el magnetismo, el poder irresistible, como también ocurría en ese momento, mientras la miraba fijamente; todo lo demás carecía de importancia.

Sintió las manos de él acariciarle las nalgas, sus labios demorándose en sus pezones turgentes.

Después la penetró de repente. Francesca gritó.

Aquella voz procedía de lo más profundo de su ser, como si Giacomo le hubiera desnudado el alma.

Bebía ávidamente sus besos, con todo el cuerpo tenso como la cuerda de un arco, mientras sus envites se hacían cada vez más impetuosos y los labios famélicos se unían a los suyos una vez, dos, tres, y luego otra y otra más.

La pelvis de Giacomo se estrellaba contra sus caderas en un dulce conflicto mientras él la poseía de manera lánguida, lenta, prolongando el placer de cada simple movimiento en un instante de eternidad.

Ella era Jericó, Cartago, Roma, era una ciudad incendiada, saqueada y doblegada a la voluntad de un conquistador invencible.

Francesca le había entrado en las venas como un fuego voraz, y Giacomo se perdía en ella como no lo había creído posible. Ciego y sordo al resto del mundo, se abandonaba al placer y en él se

perdía. Sin aliento, olvidó el rencor, el miedo, los pensamientos; se sumergió y se dejó arrastrar por la ola hirviente que lo envolvía, levantándolo hasta los altares de ese amor tan absoluto.

La sentía murmurar «sí» con un deseo tan ardiente que parecía que nunca se iba a saciar de él y gemía, apretándolo entre sus piernas esbeltas y hermosamente torneadas. Al oírla repetir aquella simple sílaba, Giacomo percibía que en realidad su invitación era una refinada trampa que lo ataría a una exquisita esclavitud; porque Francesca era amor y dulzura al mismo tiempo, lo más hermoso que había visto o tocado.

Y esa continua reiteración de su deseo multiplicaba el placer de Giacomo, que continuó al asalto hasta que, estrechándola en un abrazo, la puso encima de él mientras ella le susurraba al oído su tormento y su placer, inextricables.

De repente, la vio arquearse como un junco bajo la fuerza del viento y abandonarse con un último grito salvaje a ese orgasmo que, casi en ese mismo instante, lo sacudía también a él.

Finalmente permanecieron el uno junto al otro, con los dedos entrelazados, los ojos cerrados, el calor de los cuerpos que se fundía con la noche húmeda de julio, las gotas de sudor que, como perlas, rodaban por la piel clara y descendían hasta impregnar el lino de las sábanas.

Algo la espantaba en las tinieblas de aquella noche de verano. Tal vez no había sido prudente salir, pero su señora le había hecho un encargo.

Al principio le pareció una mera excusa. Sin embargo, Gretchen trataba de pasar fuera de casa todo el tiempo que podía, de modo que ese pretexto para sustraerse al control de la condesa era lo mejor que podía sucederle. Tenía miedo de quedarse en el palacio, pese a que Margarethe no había expresado claramente su intención de matarla y quizá no lo habría hecho nunca, aunque solo fuera por simple y cínica conveniencia. En aquel callejón angosto, envuelta en una oscuridad casi perfecta, con tan solo un farolillo que lanzaba una luz tenue en el espacio circundante, sintió unos pasos arrastrados tras de sí, como si se tratara de un reptil surgido de la laguna que hubiera decidido seguirla, ansioso por satisfacer un apetito largamente reprimido.

En dos ocasiones había mirado por encima del hombro, creyendo haber vislumbrado una silueta, una sombra, el espectro de un hombre. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, sus ojos recogían tan solo vacío.

Cuando dobló la esquina captó el lento murmullo del canal cercano, el olor acre del agua estancada, el balanceo ligero, casi imperceptible, de la laguna, y luego, de nuevo, el reptar sutil y escalofriante de los pasos. Se volvió otra vez, pero no vio nada. Aceleró la marcha, dobló hacia la izquierda, llegó a una plazoleta y finalmente se metió por un callejón a la derecha.

En su mente los pensamientos se agitaban como pájaros enloquecidos, una ráfaga de imágenes y fragmentos de inquietud. Volvió a ver el rostro de Giacomo cuando la poseyó por primera vez, oyó

sus propios gemidos mientras le rogaba que continuase... Y después, su rechazo, aquellas palabras que negaban la pasión en la que se había sumergido. Una profunda sensación de angustia le atenazó el corazón.

Le pareció oír un crujido. El miedo le puso alas en los pies.

Se dio cuenta de que había hecho mal en aceptar salir a aquella hora. ¿Se había vuelto loca? Si alguien la agredía, ¿quién iba a acudir en su ayuda?

Comprobó que el callejón se estrechaba cada vez más, como si quisiera conducirla al centro de sus miedos, que ahora parecían ceñirse en torno a ella como los tentáculos de un pulpo gigantesco.

Se apoyó, agotada, en la fachada de un palacio. No tenía idea de dónde se encontraba.

Se había perdido.

El sudor le perlaba la frente. La vista se le ofuscó de repente cuando oyó una voz desagradable y torva que le susurraba al oído. Una voz que parecía pertenecer a una criatura salida de las mismísimas tinieblas de aquella noche de julio.

—Mi querida Gretchen, me veo en la obligación de informaros que ahora estáis en mis manos.

Un hedor a carne pútrida le agredió el olfato. Una mano rapaz le aferró la cara, cerrándole la boca, y un filo frío se apoyó en su garganta.

Después ya no sintió nada más.

## El almacén

Era una verdadera belleza. Hasta para un individuo como él, por lo general capaz de controlar su propio instinto, aquella mujer se le aparecía como infinitamente deseable.

Pero no podía ceder a sus encantos, de modo que se obligó a considerarla justo lo que era: una probable amenaza para la República, una espía de Austria, o incluso peor, la sierva de aquella que, inabordable en su propio palacio, urdía planes contra Venecia.

Se impuso hacer caso omiso de los ojos grises de luz clara y afilada, del cabello rebelde que enfatizaba la seducción de su rostro.

Sacudió esos pensamientos meneando la cabeza, como si quisiera librarse de un enjambre de enojosas moscas.

—Sé vuestro nombre —le dijo con sequedad.

La frase sonó como una sentencia. Nunca como en aquella ocasión era tan importante para Zago resultar parco en sus palabras. Sabía que la voz de la cautiva sería un arma más de seducción, por lo que fue directamente al grano.

—Tengo una simple pregunta para vos: ¿con quién se ve Giacomo Casanova? —se limitó a requerirle.

La mujer, sentada con los brazos atados al respaldo de una silla de madera, alzó hacia él una mirada herida, como si aquella prisión fuera tan solo el enésimo revés de un destino que desde tiempo atrás se encarnizaba con ella.

La amargura que revelaban sus magníficos ojos no dejó de surtir efecto.

Como si quisiera defenderse de aquella mirada triste y tan dulce, Zago le urgió:

—¡Hablad!

Pero Gretchen parecía titubear. De no ser por la expresión de su rostro, Zago habría pensado que intentaba desafiarlo, pero había algo en ella que no era capaz de descifrar.

Gretchen esperaba que los ojos se acostumbraran a la luz tenue de las velas, tratando de calibrar, en la medida de lo posible, el espacio que la rodeaba, pero no encontraba detalles de utilidad. Estaban en un almacén, donde a Zago le gustaba llevar a cabo sus interrogatorios y, aparte del moho de las paredes, una mesilla de madera y un par de sillas de anea, había poca cosa que llamara la atención.

—¿Dónde me encuentro? —susurró Gretchen con voz ronca y quebrada por el miedo.



—Aquí no sois vos quien hace las preguntas. —Zago negó con la cabeza—. ¡Responded!

Gretchen pareció percatarse de su presencia solo entonces, como si hubiera estado ciega hasta ese momento. Suspiró.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Zago no consiguió reprimir una sonrisilla.

—Porque si no me veré obligado a arruinaros ese hermoso rostro.

—Si creéis que podéis amenazarme...

Antes de que pudiera terminar, Zago ya había desenvainado el cuchillo. La afilada hoja destelló a la luz de las velas y, apenas unos instantes más tarde, Gretchen la sintió de nuevo contra la garganta.

Luego oyó la voz de Zago rasgando el aire y volvió a percibir el olor de muerte que emanaba de su boca.

Permaneció casi aturdida.

—Si me rebanáis el cuello no sabréis nada en absoluto —dijo con un tono de burla.

—No tenéis ni idea de cuánto podéis aguantar con vida antes de que os remate —respondió él, lapidario.

Después, como si no quisiera dar mayor importancia a las amenazas, fingió volver sobre sus pasos y, de repente, le soltó un revés. Se había puesto unas nudilleras que hirieron el rostro de su víctima.

Gretchen advirtió un dolor agudo en el momento en que su cabeza salió despedida hacia atrás a causa de la violencia con que el hombre la había golpeado. Unas estelas rojas se abrieron en su blanca piel y la sangre empezó a brotar copiosamente.

Cuando estuvo en condiciones de hablar, su actitud no había variado en lo más mínimo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué cobarde sois!

Sin saber muy bien por qué, Zago se sonrojó. Era como si aquellas palabras le hubieran herido profundamente. No lograba explicarse las razones, pero mirando a esa mujer tan hermosa, indefensa, herida, experimentó una sensación completamente nueva, un respeto para el que no estaba preparado en absoluto.

Se sintió un miserable. Por primera vez en su vida tuvo clara conciencia de aquello en lo que se había convertido: un desecho humano, un matarife dispuesto a utilizar la violencia frente a los más débiles.

No tenía justificación para aquella emoción repentina, simplemente lo arrollaba con la fuerza de aquellas pocas palabras, azotándolo como un viento gélido.

Sintió frío.

Miedo.

Disgusto.

Y esa perturbadora mezcla de sensaciones que le llegaba a saber de dónde, le revolvió el estómago. Se tambaleó. Se llevó la mano al abdomen y tuvo que apoyarse en la mesa para mantenerse en pie. Luego alzó de nuevo los ojos y miró a Gretchen.

¡Dios, qué hermosa era! Lo era incluso más ahora, con la mejilla manchada de sangre.

Comprendió que, a pesar de sus esfuerzos, no lograría mantener el control. Su mera visión le impedía actuar como quería. Por ello, si quería obtener la información que necesitaba, debía evitar a toda costa que Gretchen se diera cuenta de su debilidad.

Dejaría que se pudriera allí, pensó. Sin agua ni comida. Entretanto, tal vez él lograría sustraerse a ese extraño vértigo que lo había enfrentado a lo que era, con una violencia y una crueldad inesperadas.

—Muy bien, os quedaréis aquí —concluyó con voz casi temblorosa—. Muy pronto se os soltará la lengua.

Sin siquiera aguardar a que ella respondiera, se dirigió a la puerta y la cerró tras de sí con estrépito.

Necesitaba aire.

## Amanecer de esperanza

Amanecía. Sombras de nácar se filtraban por las ventanas.

Francesca lo miraba fijamente. Sus ojos de esmeralda brillaban con una luz excepcional, aún más intensa gracias al amor y a la pasión que habían encendido los momentos que acababan de pasar juntos.

Giacomo sonrió: no había dormido, pero nunca había vivido una noche tan dulce como aquella.

Sin embargo, en ese momento, con las primeras lenguas grises que perforaban el negro manto de la noche, se acercaba el momento de irse. Nunca una despedida le había resultado tan amarga. Deseaba quedarse más tiempo con Francesca, pero no era posible.

—Tengo que irme —dijo a regañadientes.

Ella se calló, pero su mirada decía mucho más que mil palabras. Luego dejó que la verdad fluyera.

—No quiero.

—Tampoco yo.

—Os amo, Giacomo.

—Yo también os amo, y precisamente por eso no puedo quedarme aquí.

—¿Y por qué? ¿Qué ocurriría? Soy la hija de un patricio veneciano y...

—Y precisamente por eso no podéis acompañar a alguien tan insignificante como yo —la interrumpió él, amargamente consciente de la situación—. Además, estáis prometida a otro —añadió, y su ánimo se oscureció al pensar en lo que había hecho.

Por cobardía y egoísmo todavía no le había revelado a Francesca que había matado a Zaguri. Sabía que, si hablaba, corría el riesgo de perderla, y eso era algo que no podría soportar. Mientras Francesca no supiera nada, podría amarla, aunque fuera de manera clandestina. A escondidas, lejos de todos, evitando cualquier tropiezo, pero lo único que pedía era poder estar con ella. Por primera vez sentía que realmente tenía a alguien y quería proteger ese amor, protegerla a ella.

—No me importa ese hombre: es vulgar y violento... No voy a casarme con él, jamás.

Por un instante esas palabras mitigaron el regusto amargo que tenía en la boca.

—Vuestro padre no será del mismo parecer.

—¡Oh, al diablo con mi padre! —Esta vez fue ella quien lo interrumpió—. No puede decidir de

esa forma mi futuro. Nunca me entregaré a un hombre como Zaguri, antes prefiero colgarme.

Casanova le estrechó las manos. Las entrelazó y las besó.

—Eso no lo digáis ni en broma, Francesca. Mataría a cualquiera que no quisiera vuestra felicidad.

—¿De verdad? —preguntó ella con una expresión indefinida entre la sonrisa y el llanto, mientras los reflejos del alba encendían pálidos resplandores en sus ojos claros.

Giacomo asintió.

Y nunca una confirmación fue más sincera que aquella.

—¡Huyamos! —sugirió ella.

—¿Lo queréis de veras?

—¡Por supuesto! —dijo Francesca.

—¿Estáis segura de que no os arrepentiréis? No os podré ofrecer nada que no sea el trasiego de los ociosos y el sabor de la aventura. —Giacomo sabía que era poco, demasiado poco para una vida juntos.

—No podría haber nada mejor —respondió ella con resolución, y en su voz y en su rostro se advertía tal seriedad que resultaba tierna. Los ojos se le dulcificaron en una mirada llena de esperanza y de promesas—. ¿Conocéis algo más digno de ser vivido?

Casanova sonrió. A lo mejor era verdad. A lo mejor existía una posibilidad, una solución a aquella maldita historia.

¿Qué diantres le quedaba por hacer en Venecia? ¿No había ya encontrado todo lo que buscaba? Amaba su ciudad, pero amaba más a Francesca.

¡La barca! ¡San Tomà!

Podía soltar amarras y marchar. Desde el Gran Canal podría llegar a la Giudecca y, desde allí, salir a mar abierto. En ese punto estarían a salvo. Y juntos.

—¡Quizá podemos arreglarlo! —le dijo—. Pero tenéis que hacer exactamente lo que os indique.

Francesca abrió los ojos de par en par en un gesto de incredulidad.

¿O sea, que podían escapar? Nada le produciría mayor alegría.

—No tenéis más que explicaros, amor mío.

Giacomo pareció vacilar antes de preguntarle:

—¿Cuándo regresa vuestro padre de su viaje de negocios?

—Muy pronto.

—Entonces disponemos de poco tiempo. —Giacomo reflexionó durante un momento, luego añadió—: Vendréis sola a San Tomà, donde está atracada mi barca. No llevaréis equipaje. Diréis que vais a dar un paseo al atardecer.

—De acuerdo. ¿Me esperaréis allí?

—¡Por descontado! ¿Adónde podría ir sin vos?

—¿Por qué al atardecer? —quiso saber ella.

—Porque luego caerá la noche y será más fácil despistar a los aduaneros en la oscuridad.

—Entiendo.

—¿Estáis segura de dar este paso? —inquirió una vez más.

—¿Y aún me lo preguntáis? Giacomo, lo único que me importa es estar con vos.

Casanova suspiró.

Francesca pareció titubear:

—¿No queréis fugaros conmigo? —Su rostro amenazaba con ensombrecerse de infinita amargura.

—No lo digáis ni en broma. Con vos iría al fin del mundo, Francesca. Desde que os vi mi corazón no hace sino latir por vos. Sois el aire que respiro, el canto de las alondras por la mañana. Vos sois Venecia, mi día y mi noche, mi primera alegría, mi último pensamiento antes de acostarme...

La sonrisa volvió a los ojos de la muchacha.

—Tenemos que ser prudentes —aconsejó él—. Bueno, sea como sea, debo irme. Nos veremos dentro de dos días, en el embarcadero de mi barca en San Tomà.

—¿Cómo la reconoceré?

—Estaré en la cubierta.

—¡Gracias a Dios!

—Y ahora —dijo Giacomo, poniéndose la camisa y sentándose en la cama— será mejor que me vaya.

En un abrir y cerrar de ojos se levantó para ponerse los calzones, las medias y los zapatos. Se recogió la cabellera con una cinta de seda azul en una larga cola de caballo y acto seguido se puso la levita.

Hizo una reverencia, sonriendo.

Francesca aplaudió, sin hacer ruido, pues no quería alertar a la servidumbre.

Giacomo se acercó a ella, le tomó el rostro entre las manos y la besó en los labios.

## Amargura

Gretchen estaba exhausta.

Había permanecido más de un día sin agua ni comida. Nadie iría a liberarla. Es más, en ciertos aspectos, su muerte habría sido un gran alivio para todos.

Al comienzo se había propuesto guardar silencio sobre lo que sabía, pero en ese momento ya no estaba tan segura. ¿De qué le serviría? Hiciera ella lo que hiciera, la condesa se saldría con la suya. Y en cuanto a aquella estúpida muchachita que le había costado el amor de su vida, ¿debía sacrificarse por ella? ¿Por qué habría de protegerlas? Tenía que pensar en sí misma.

Ya no quería seguir siendo un peón en el juego de terceros que no contaba para nada. ¡Ni tener que comprender siempre a los demás cuando nadie hacía jamás nada por ella!

Se estaba jugando la vida. Nada la ligaba a aquellas personas que nunca habían vacilado en tomarlo todo sin dar nada a cambio.

Odiaba a la condesa. Y a Francesca Erizzo. Al único que no podía odiar era a Giacomo. Deseaba hacerlo, pero no lo conseguía; era más fuerte que ella. Si él la hubiera deseado, aunque fuera por última vez, no habría dudado en echarse a sus pies.

Y ese era el verdadero motivo por el que se había mantenido en silencio. No quería hacerle daño. Giacomo era lo mejor que le había sucedido en la vida. Había sido amable con ella. Le había dado placer. Pasión. Afecto. Y cuando había comprendido que al actuar de ese modo la iba a meter en problemas, había elegido protegerla manteniéndola alejada. Y por eso ella se había callado.

Pero ahora tenía que tratar de salir de aquella situación. Diría lo que sabía y luego usaría la única arma que le quedaba: la belleza. No se le había escapado que, a pesar de su aspecto inquietante, aquel hombre había dudado en hacerle daño en más de una ocasión. Había detectado una luz extraña en sus ojos, una sensación de incertidumbre que solamente pedía ser alentada para convertirse en pasión.

Todavía podía ganar, pensó.

Lo seduciría. Apelaría a su sentido de la compasión y, al mismo tiempo, satisfaría su propio deseo de venganza.

Convertiría a ese hombre en su arma.

Cuando Zago decidió volver al almacén, se encontró con una mujer completamente diferente.

La amargura que había observado en su mirada el día anterior había desaparecido y una luz brillaba en sus grandes ojos grises. Una vez más tuvo miedo de perderse en ella.

Se acercó a la prisionera con una jarra de agua fresca. Sin desatarle las manos, llenó un vaso y le dio de beber. Incluso a la tenue luz de las velas apreció la garganta expuesta, el cuello blanco, magnífico, los labios rojos y húmedos.

Sintió de nuevo que se le iba la cabeza. A pesar de que había pasado ya un día, para él todo había permanecido igual.

El tajo que le había abierto en la mejilla no hacía más que realzar su belleza salvaje.

La mujer lo miró. Y antes de que él abriese la boca, le habló con una voz que parecía hechizarlo.

Zago sintió que casi perdía el sentido en aquel vaivén indefinible, subyugado por el timbre de su voz, ronco y seductor.

—Gracias, señor. Os contaré lo que queréis saber —dijo.

Zago asintió.

—Pero debéis prometerme que si hablo me perdonaréis la vida —añadió la cautiva.

—Os lo juro —respondió él.

Y mientras lo decía, se preguntó en qué demonios estaba pensando. ¿Se había vuelto loco? Por más que quisiera, no podía salvarla.

Si hubiera oído sus palabras, Pietro Garzoni lo hubiera desollado vivo. ¿Cómo se le podía pasar siquiera por la imaginación no matarla? Si no acababa con ella, esa mujer podía irse de la lengua en cualquier momento. Y él terminaría preso..., en el mejor de los casos.

—Sé qué es lo que estáis pensando —prosiguió la mujer, clavándole aquellos ojos magnéticos—. Pero os prometo que, si me perdonáis la vida, haré todo lo que queráis.

—¿Todo? —le preguntó Zago sin saber muy bien lo que estaba diciendo.

Ella asintió.

Zago dejó escapar un suspiro. Se estaba comportando como un perfecto idiota. Pero siempre podía retractarse. No sería la primera vez, ciertamente. Por ello la tranquilizó, esperando poder echarle luego el valor suficiente para rebanarle el cuello.

—Como os he dicho, tenéis mi palabra —aseguró, y se quedó contemplándola como si la presa fuera él, impotente ante aquella mirada encantadora.

—Me llamo Gretchen Fassnauer —comenzó—. Soy la dama de compañía de la condesa Margarethe von Steinberg, una de las mujeres más poderosas al servicio de María Teresa de Austria, para quien actúa como diplomática y espía. Recientemente mi señora recibió el encargo de eliminar a Giacomo Casanova, quien supuestamente causó daños a la nación a la que pertenezco. Su interés en esta historia es ese y únicamente ese. Por tal razón la condesa concibió

un plan diabólico: desafió al veneciano a seducir a una joven muchacha de una de las mejores familias de la Serenísima: Francesca Erizzo.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —la urgió Zago, que, a medida que su prisionera se explicaba, cada vez entendía menos de aquel intrincadísimo asunto.

—Porque sabía que al novio de la chica, un celoso mercader de cuero búlgaro, no le iba a gustar.

—¿Alvise Zaguri?

—El mismo.

—¿Ese a quien Casanova retó a duelo?

En esta ocasión fue Gretchen quien reveló su sorpresa:

—¿Lo sabíais?

—Lo creáis o no, tengo mis fuentes.

—Me lo imagino —se recuperó ella rápidamente—. De lo contrario, no podríais retenerme aquí impunemente.

Al oír aquellas palabras, pronunciadas con tanta arrogancia, Zago pareció despertar de aquella especie de hechizo en el que estaba sumergido.

—Mi querida Gretchen —le dijo—, contadme algo que yo no sepa o me veré obligado a haceros daño de nuevo.

Sin embargo, tales palabras no le produjeron satisfacción alguna. Tan solo un par de días antes las habría pronunciado con toda la alegría despectiva de quien puede llevar a cabo sus propósitos más infames, pero en ese momento le parecía que otro hablaba en su lugar, como si el verdadero Zago estuviera escuchando, desde un punto lejano del almacén, al hombre que se obstinaba en hacer preguntas y dar respuestas.

—San Tomà —reveló por fin la muchacha—. Casanova lleva a sus conquistas a una barca amarrada en San Tomà. Acercaos a ese lugar y creo que no tendréis problema en obtener las pruebas que necesitáis.

—¿A qué os referís, específicamente?

Pero Gretchen no tenía intención de decir nada más.

—Utilizad la imaginación. Sin duda algo os figuraréis.

Zago enarcó una ceja.

—¿Estáis segura de que ese bastardo se lleva allí a las mujeres que seduce?

Por toda respuesta, Gretchen lo miró fijamente.

—Me llevó incluso a mí.

—¿Y os poseyó? —Zago oyó que su propia voz se alzaba en un tono de indignación y de rabia, una mezcla inexplicable, como si de repente hubiera decidido proteger el honor de esa mujer que, a esas alturas, ya le había robado el corazón.



—¿A vos qué os parece? —preguntó ella con la voz quebrada, antes de echarse a llorar.

Ese llanto tenía un sabor muy especial para Zago, que se quedó petrificado, impotente ante una escena que no se esperaba en absoluto.

Pensó que, por primera vez, tenía ocasión de hacer algo bueno. Iba a reivindicar el honor de aquella mujer, aquella belleza traicionada y violada.

Y destruiría a ese maldito Giacomo Casanova.

## La noche sonríe a los malvados

Pietro Garzoni había decidido pasar una noche tranquila. Se hallaba en su biblioteca, entretenido mirando los lomos de los volúmenes perfectamente alineados en las estanterías.

Entre las páginas de los libros encontraba una paz que no le estaba permitido experimentar durante las horas de la vida cotidiana. El inquisidor no era un hombre inclinado a los placeres y a lo mundano, de hecho, interpretaba su papel de forma draconiana, sin ceder jams  a la vanidad o al vicio. Incluso en el comer era parco y mesurado, de modo que aquella noche había cenado una sopa ligera, concediéndose fruta fresca al final del refrigerio.

Cuando a veces cedía ante pensamientos impuros, no vacilaba en mortificarse físicamente; de hecho, incluso en días recientes, el cilicio se había hundido en sus carnes como recordatorio de cuál era la conducta adecuada que debía seguir.

El  nico placer que el inquisidor se concedía era el de la lectura, hasta el punto de que había coleccionado un infinito número de libros.

Lo había logrado gracias a los encuadernadores y las imprentas venecianas, si bien en esos tiempos no eran, ni en cantidad ni en calidad, siquiera la sombra del sueño fulgurante que habían sido ciento cincuenta años atrás.

Meneó la cabeza al pensar hasta qué punto la Congregación del índice había desempeñado un papel determinante en el declive de las imprentas de la Serenísima. En cualquier caso, no era un secreto que la Curia favorecía de manera incluso bastante explícita a los impresores romanos ni que, desde siempre, España había contratado los servicios de las imprentas flamencas.

Los ruegos y la insistencia de muchos intelectuales habían conseguido mitigar, al cabo de los años, la dureza de las disposiciones establecidas por la Congregación del índice, pero ello no había resultado suficiente para impedir el ocaso de aquel magnífico arte veneciano que era la impresión de libros.

A pesar de ello, gracias a impresores, editores e intelectuales de confianza, Garzoni había logrado recopilar un pequeño tesoro del que se sentía particularmente orgulloso.

Le encantaba pasar revista a los caracteres dorados que sobresalían de los lomos de los libros, exactamente como hacía en ese momento. Experimentaba un placer casi físico al tocar la piel brillante de las cubiertas para luego hojear las blancas y gruesas páginas, oliendo el intenso aroma que casi le hacía perder el sentido. Dejaba que los ojos pasaran entre las letras capitulares

decoradas. La mirada se le iluminaba a la vista de imperceptibles abrasiones sobre el lomo de algún volumen, y no dejaba de verificar el estado de la encuadernación.

El *Decamerón*, de Giovanni Boccaccio; *Oratio de hominis dignitate*, de Pico della Mirandola; *Comedies, Histories & Tragedies*, de William Shakespeare; *Dell'arte della guerra*, de Nicolás Maquiavelo; *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*, de Galileo Galilei; además de las *Prose, nelle quali si ragiona della Volgar Lingua*, de Pietro Bembo, o *Il cortegiano*, de Baltasar Castiglione: los títulos desfilaban ante sus ojos y, a pesar de que conocía la secuencia de memoria, el inquisidor se complacía en comprobar dónde se hallaban situados, ya que le gustaba que cada cosa se hallara en su sitio, en el orden fijo que él hubiese establecido.

Y a propósito de orden, pensó, pronto sería capaz de crear el nuevo orden político al que aspiraba. Con un poco de suerte y de estómago.

Se encontraba todavía inmerso en aquellos sueños de gloria cuando un sirviente le anunció la visita de Jacopo Zago.

Al oír ese nombre, el inquisidor suspiró. Pero si su secuaz se había atrevido a molestarle en la quietud de su casa, tenía que haber un buen motivo para ello. Por esa razón hizo un gesto al sirviente de que hiciera pasar al invitado y se sentó en un silloncito de madera tallada, lacado en rojo con perfiles dorados. Apoyó los codos en los reposabrazos moldeados y entrelazó los dedos con aire papal: era su postura favorita cuando tenía que hablar con Zago.

Sabía que de él no cabía esperar sino una total falta de respeto por la etiqueta y, de hecho, en cuanto lo vio aparecer desgreñado, con sus salvajes ojos color turquesa y aquella boca de dientes negros que causaba escalofríos, se llevó la mano a la frente, bajando la mirada como si quisiera evitar esa incómoda visión.

—¿Os apetece un *baicolo*, amigo mío? —le dijo, señalando una bandeja en la cual aparecían dispuestas unas finas galletas amarillas—. También hay *zabaione* caliente.

Esperaba que Zago aceptase, en la febril esperanza de que, al hacerlo, mitigase el hálito pestilente con los dulces aromas de los *baicoli* venecianos.

Sorprendido, pero evidentemente hambriento, Zago agarró con su mano huesuda una galleta, la untó en el *zabaione* y se la llevó a la boca.

—Excelencia —dijo con la boca llena—. Tengo buenas noticias que comunicaros.

El inquisidor alzó la mirada al techo. ¡Por fin! Con tan solo observarle, saltaba a la vista que, en efecto, Zago había conseguido un resultado decisivo. Lo interrogó con la mirada, impaciente, mientras su hombre se llenaba la boca con otros dos *baicoli* goteantes de *zabaione*, manchándose los labios de una manera repugnante.

—La dama de compañía —dijo—. Tengo a la dama de compañía de la condesa austríaca.

La mirada del inquisidor fulguró. ¿Así que su estratagema había funcionado? ¿La condesa había

seguido su sugerencia? Justamente dos días antes había mandado avisarla para que ordenase a su dama que saliera a hacer unos recados.

—¿Y entonces? —lo alentó el inquisidor.

—Y me ha revelado el secreto.

—Espléndido. Ahora haced un esfuerzo y reveládmelo a mí —dijo Garzoni algo molesto. No soportaba aquella avaricia de palabras, y menos en un momento como ese.

—La condesa es una espía austríaca.

—¡Ah!

—Y le han encomendado eliminar a Casanova.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y cómo pensaba conseguirlo?

—Desafiándolo —confesó lacónicamente Zago, que, en un ataque de glotonería, volvió a sumergir un *baicolo* en el *zabaione*, antes de proceder a devorarlo.

—¡Contádmelo todo enseguida, o como que hay Dios que os mando derecho a los Piombi! —tronó exasperado el inquisidor, que no podía soportar aquellas frases entrecortadas.

Zago masticó la galleta. Se entretuvo una eternidad, mientras Garzoni estaba ya a punto de estrangularlo con sus propias manos. Por fin, después, se dispuso a desembuchar:

—La condesa sabía que Casanova aceptaría el desafío de intentar seducir a la joven hija de un noble veneciano prominente: Niccolò Erizzo. Intuía asimismo que las atenciones del seductor no le iban a pasar inadvertidas al prometido de ella.

—Alvise Zaguri.

—Exactamente. El hombre que desafió a duelo a Giacomo Casanova. Imagino que la condesa esperaba que lo matase en el transcurso del lance.

—Pero por lo que parece no ha sido así.

—De hecho, no.

—Pero Zaguri está desaparecido.

—Sospecho que fue asesinado —observó Zago, mordiéndose otro *baicolo*.

—¡Ah! Noto con placer que habéis cambiado de idea a propósito de eso. Queda el hecho de que, por el momento, no podemos probarlo.

—Así es. Sin embargo, la dama de la condesa me ha confesado que Giacomo se ve con Francesca en San Tomà.

—¿En San Tomà?

—Allí está amarrada su barca, tan cochambrosa que no despierta sospechas.

—¿Y es en la barca donde consume sus devaneos carnales con la bella Erizzo?

—Eso parece.

—De acuerdo, entonces. Vamos a hacer lo siguiente. —Entusiasmado con el trazado de su plan, el inquisidor se puso en pie—. Vos, Zago, os apostaréis en San Tomà y esperaréis a que Casanova lleve a su amada a la cubierta de la barca. Esperaréis allí día y noche, no me importa el tiempo que eso lleve. Estaréis en vuestro lugar sin desfallecer, a partir de ahora mismo. Cuando estéis seguro de tenerlo en la trampa, intervendréis junto con cuatro guardias de distrito que estarán a vuestra disposición.

—Excelencia —respondió Zago con la boca llena—, estoy preparado para hacerlo, pero... ¿de qué vamos a acusar a Casanova? Es bien verdad que el noble Erizzo no se sentirá muy feliz al descubrir que su hija se ha liado con un seductor de la peor especie, pero un hecho así, por más impropio que sea, no constituye delito.

—Naturalmente, Zago. Aguardaba esa observación. Y añadido, por mi parte, que mientras no podamos probar el homicidio, asumiendo que este se haya producido, estaremos con las manos atadas.

Zago asintió, aunque no acababa de entender adónde llevaba tal reflexión.

—Por lo tanto, es necesario que se haya consumado un delito y que existan las pruebas pertinentes para demostrarlo..., ¿digo bien?

—No podríais expresarlo mejor —lo secundó su esbirro.

—Pues bien, ¿qué me diríais si encontrarais en la misma barca del señor Casanova la prueba irrefutable de su culpabilidad respecto al delito de herejía?

—Que sería magnífico. Únicamente me pregunto si será posible tener tanta suerte.

—La suerte se inventa, amigo mío.

Y, sin más dilación, el inquisidor se acercó a uno de los estantes de su gran biblioteca. Sacó de ellos dos volúmenes y un fajo de manuscritos.

—Cuando sorprendáis a Casanova, vais a actuar de manera que encontréis en su barca estos dos volúmenes y estos manuscritos que os entrego. Con eso bastará para obtener una condena por herejía. Arrojaremos a Casanova a los Piombi de una vez y por todas.

Zago enarcó una ceja con incredulidad.

—¿En serio?

—¿Acaso dudáis de mí?

—Jamás me permitiría hacerlo, excelencia... —dijo Zago con deferencia—. Solo que no entiendo.

—No os pago para que entendáis, mi buen amigo Zago. Seré más claro: el *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, y el *De virtute morali*, de Plutarco, son libros que aparecen en el Índice, prohibidos, considerados portadores de herejía. Pero aún más lo son los manuscritos que os entrego. En su interior aparecen imposturas de magia como la *Clavicula Salomonis*, los *Talismani*, la *Cábala* y el *Zecorben*. Os bastará con dejarlos caer en la barca de Casanova,

fingiendo que los encontrasteis allí, para tener material suficiente que demuestre de forma incuestionable una acusación. ¿Lo tenéis todo claro ahora?

Zago lo miró atónito.

—¿Os preguntáis tal vez cómo están en mis manos tales escritos? Porque es mi deber conocer lo prohibido, para poder distinguirlo de lo que está permitido. Por supuesto, mantendréis un absoluto silencio sobre nuestro acuerdo. A su debido tiempo, cuando hayáis encontrado estos textos en la barca de Casanova, será cosa mía someterlos al examen de los Tres Sabios de la Herejía, de modo que se curse una acusación formal que conllevará un juicio con condena. Tanto más si enmarcamos este delito en la conducta imprudente de Casanova: así estaríamos ante un delito de orden público que, como sabéis, sí entra en mis competencias.

Ante esas palabras, Zago pareció tranquilizarse. Asintió.

—Pues bien, entonces. Partid y haced lo que os he pedido.

Y sin más preámbulos, con estas palabras el inquisidor se despidió de su alma maldita.

## El encuentro

Giacomo esperaba. Pese a que confiaba plenamente en Francesca, advertía algo extraño en el aire ardiente de aquella noche estival: un presagio, un sentimiento de inquietud, como si fuera el punto de inflexión que había de desencadenar su destino.

Tal vez estaba a punto de abandonar la escena. Tal vez toda aquella felicidad no se la merecía y la vida le estaba pidiendo que rindiera cuentas. Había matado a un hombre y ese pensamiento lo atormentaba, a pesar de que se repetía hasta el infinito que no había sido su intención, que solo había defendido su vida. Observó el Gran Canal desde la cubierta de su embarcación. Percibió un olor acre, incrementado por el bochorno, que subía desde el agua plácida y negra. Era el perfume de la laguna veneciana. Los ojos se le perdían admirando el resplandor de las antorchas que iluminaban el canal y entre cuyos destellos se reconocían las fachadas de los palacios patricios.

El lento chapoteo del agua contra el costado de la barca mecía sus pensamientos. No conseguía quietarlos, pero, de una u otra manera, pareció que por un momento lograba confinarlos a un rincón de su mente.

Con sorpresa y gratitud sintió una mano ligera que lo tocaba y unos dedos que se entrelazaban delicadamente con los suyos. Se volvió y, como por un milagro, vio el rostro de su amada.

Francesca había subido a bordo. Y lo había abrazado por la espalda. Estaba fascinado por su audacia. ¿Qué otra mujer se hubiera atrevido a subir a la cubierta de un barco sin pedir ayuda?

Pero ella no era como las demás. Por eso se había enamorado locamente. Francesca era diferente de cualquier otra mujer que hubiera conocido. Era mejor. Única.

—¿Cómo os las habéis arreglado para...?

Francesca no le permitió continuar. Lo besó con ímpetu. Giacomo sintió sus labios ardientes y su tormento se desvaneció, anulado por la pasión y por un amor que hacía llevadero incluso el lastre más insoportable.

La tomó entre sus brazos y la llevó a la cubierta inferior.

Se encontraron en un espacio más amplio de lo que cabría esperar, amueblado con un sofá de reposabrazos elegantemente tallados y dorados, cuatro sillones tapizados en terciopelo rojo, un cofre que contenía quién sabe qué secretos, una estantería repleta de libros y una mesa con patas de sable.

Cualquier otra persona habría preguntado cómo habían llegado hasta allí esos muebles, pero

Francesca no. En lugar de pedir explicaciones dejó que su mirada se paseara por aquella maravillosa composición de objetos que también incluía un discreto número de mapas, un par de tricornos, una chaqueta anticuada, alfombras enrolladas y arrumbadas en un rincón, algún que otro farolillo.

Giacomo contempló su sonrisa mientras la recostaba en el sofá con una dulzura que a ella parecía extasiarla. Una vez más se vio a sí mismo lleno de atenciones hacia la joven, detalles que le salían de manera instintiva. ¡Y pensar que, pocos días antes, ella había dudado de su amor hasta el punto de rechazar sus rosas! Pero en ese momento todo era perfecto.

Parecía demasiado hermoso para ser real.

La persona que había subido a bordo de la embarcación tenía que ser, sin duda, una mujer. Vestía una capa larga con capucha, pero las formas, por más que camufladas por la ropa, eran inconfundibles.

Zago dejó escapar una sonrisita.

Llevaba allí casi un día entero, vigilando como un pájaro de mal agüero. Estaba cansado. Exhausto. Seguía pensando en Gretchen y preguntándose si debía enamorarse o matarla. La imagen de su cautiva, junto con el calor insoportable, le ofuscaban la razón. No soportaba tener que quedarse quieto, sin poder hacer nada, pero pensó que también eso se lo iba a hacer pagar caro a Casanova. Cuando lo vio llegar, Zago no pudo evitar un suspiro de alivio. Finalmente iba a suceder algo. Sin embargo, tuvo que esperar hasta la puesta de sol, y luego a la caída de la noche, para ver aparecer a la muchacha.

Mientras tanto se le habían unido cuatro guardias del distrito. Al reconocer los uniformes le vino a la memoria el momento en que, unos días antes, Casanova se les había escapado por los tejados para luego desaparecer. O cuando lo había amenazado con echarlo a patadas del palacio de Matteo Bragadin.

No cometería el error de subestimarlos. No esta vez. Cerraría para siempre aquel maldito asunto. Bajo el capote llevaba los dos libros y los manuscritos que representarían la prueba incontrovertible para la acusación de herejía.

Hizo un gesto a sus hombres, cada uno de los cuales portaba una antorcha. Avanzaron juntos hacia el muelle donde estaban amarradas varias góndolas y barcas.

Zago señaló la de Casanova.

Evidentemente, aquel hombre no se esperaba su visita. Había que tener arrestos para usar aquella simple estratagema a fin de hacerse invisible al control de los espías y los soldados de infantería, pensó Zago: estar tan a la vista como para resultar invisible, ya que nadie habría imaginado poder encontrarlo en su propia embarcación.



Saltó a la cubierta con agilidad e indicó a los suyos que lo precedieran por la escalera que llevaba a la cubierta inferior. Mientras tanto, él aprovecharía el ajetreo que se generaría para colocar los dos libros en un rincón de la cabina.

Cuando bajó la escalera comprendió que la noche todavía no había terminado: poner los grilletes a Casanova sería mucho más complicado de lo que él había creído.

## Rendición de cuentas

En cuanto los vio entrar, Giacomo supo de inmediato que la situación era delicada.

—Señor Casanova, ¡quedáis arrestado! —exclamó el guardia—. Debéis acompañarnos, ya sea por las buenas o por las malas.

Aquella orden sonó como un pésimo comienzo.

Sin perder tiempo, Giacomo empujó a Francesca hacia un rincón. De debajo de una alfombra sacó una funda y desenvainó una espada justo en el momento en que los guardias hacían lo propio.

—Señor Casanova, os aconsejo...

El hombre no pudo terminar la frase porque Giacomo se le había lanzado encima, golpeándole el mentón con la empuñadura. La cabeza le rebotó hacia atrás y el guardia terminó cayendo sobre el hombre que lo seguía, de modo que ambos se desplomaron juntos con gran estruendo de sillas y otros muebles.

Un tercer guardia se hizo a un lado y atacó. Giacomo vio relucir un filo y apenas tuvo tiempo de esquivar el envite, aunque mantuvo la guardia alta y logró detener la nueva acometida de la espada adversaria. El acero chirrió siniestramente. Mientras el hombre se preguntaba cómo era posible que Casanova repeliera aquel ataque, Giacomo ya había sacado de quién sabe dónde una pistola cargada y había apretado el gatillo, disparando a quemarropa. No quería matar al adversario, sino que le apuntó en el hombro y le alcanzó de refilón.

El guardia de distrito gritó, al tiempo que dejaba caer la espada para llevarse la mano a la herida ensangrentada.

Casanova lo desarmó definitivamente dando una patada al arma, que terminó tintineando en un rincón de la cabina.

Una nube azul de humo había saturado el ambiente de la cabina y el retumbar del disparo parecía haber aturcido a los guardias. Giacomo aprovechó las circunstancias para desarmar al cuarto hombre, golpeándolo en la rodilla con la culata de la pistola.

Entretanto, Zago no había permanecido inactivo. Había sacado los dos libros y los manuscritos que llevaba debajo de la capa y los había colocado junto a otros tomos del primer estante que había encontrado. Los dos hombres desplomados en el suelo habían vuelto a levantarse y habían desenvainado sus espadas. Casanova tenía la pistola cargada y Francesca lo miraba, aterrorizada.

Uno de los hombres de Zago había resultado herido y otro estaba contusionado, pero él

desenvainó su espada napolitana con cazoleta plateada, un arma que se contaba entre sus preferidas, esbozó su sonrisa más siniestra y dio la orden con la que llevaba tanto tiempo soñando:

—Rendíos —dijo—, no tenéis la menor posibilidad.

Y, como si quisiera subrayar su afirmación, levantó el filo en dirección a ese demonio de Casanova, apuntándolo cual si fuera a ensartarlo como a un ave de corral.

Mientras sus matones cercaban al aventurero a izquierda y derecha, obligándolo a retroceder hasta acorralarlo contra la madera de la cabina, Zago se plantó ante él.

—Adelante, deponed las armas, no tenéis escapatoria. Hacedlo y salvaréis la vida. No querréis que le suceda algo feo a la chica, ¿no es verdad?

Giacomo lo miró con un destello de puro odio, pero Zago no se dejó amedrentar.

—Rendíos. Estáis arrestado.

—¿En serio? —dijo Casanova burlonamente—. ¿Y por qué motivo? ¿Por haberme defendido de cinco hombres que se han presentado en mi barca tratando de hacernos trizas a mí y a la mujer que amo?

Zago negó con la cabeza.

—No tenéis ninguna esperanza. Sabéis perfectamente por qué estoy aquí.

Sin añadir más, alargó el brazo hacia la estantería donde, poco antes, había colocado los libros prohibidos.

Con una sonrisa malévola extrajo triunfalmente *De virtute morali*, de Plutarco, exhibiéndolo ante los ojos de Giacomo Casanova.

—¿Sabéis qué significa esto? —preguntó, aunque no tenía intención alguna de esperar respuesta—. Este es un libro que la Congregación del Índice considera herético... No sé si me explico. No hace falta agregar nada más.

Cuando vio a aquel hombre de cabello rubio ceniciento y dientes podridos sosteniendo el libro y lanzando acusaciones absurdas, Francesca no pudo estar más tiempo callada. Lo había visto con sus propios ojos: había sido él mismo quien había puesto en la estantería ese volumen que ahora exhibía como prueba de la culpabilidad de Giacomo.

No iba a quedarse en silencio:

—¡Vos, señor! —exclamó con excitación—. ¡Vos traíais ese libro y aprovechasteis la agresión de los guardias para esconderlo en la biblioteca! Yo lo he visto, ¡no lo neguéis!

Zago no se alteró lo más mínimo.

—Me divierte ver con cuánto celo defendéis a este candidato a la horca. Dejad que os diga lo

que pienso: estáis mintiendo para defender a vuestro amante. Lo entiendo, pero eso no convierte vuestras palabras en verdaderas.

—¡Vos, señor! —exclamó Francesca con fuerza—. ¡Vos sois el mayor embustero...!

—A fe mía que nunca me había encontrado a una joven tan descarada e insolente —la interrumpió Zago—. Desgraciadamente, es vuestra palabra contra la mía, pero yo tengo de mi lado al inquisidor general mientras que vos... Miraos: sois solo una niña fascinada por el mayor putero de Venecia.

—Esto os costará la vida —espetó Casanova.

—¿Ah, sí? —contestó Zago—. ¿Me amenazáis?

—No es una amenaza —replicó Giacomo—. Consideradlo una promesa.

—Yo en vuestro lugar me reservaría aliento para la soga de la horca, ya que, mi querido Casanova, de momento lo único cierto es que sois culpable de herejía por tener en vuestro poder libros que la Congregación del Índice ha prohibido. Porque, además de la obra de Plutarco, en vuestros estantes también figura esta otra extravagancia. —Y, según pronunciaba esas palabras, echó mano al *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, y lo exhibió como un trofeo.

—Ambos sabemos que jamás he tenido ni el uno ni el otro.

—¿De verdad? ¿Y cómo explicáis su presencia aquí? ¿Y qué decir de esto? —Zago tiró a la cara de Casanova los manuscritos. Luego, mirando a sus hombres, insistió, en el colmo de la satisfacción—: ¿O es que lo he soñado todo, amigos míos?

Entre gemidos de dolor y vacilaciones, los guardias del distrito murmuraron su respuesta. Uno de ellos, el más fervoroso, habló por todos los demás:

—¡En absoluto, señor Zago! ¡La culpa es de Giacomo Casanova, que tiene en su barca libros prohibidos!

El hombre de los dientes podridos sonrió, sin moverse. Eso era suficiente.

—Como veis, señor Casanova, cuatro guardias de distrito están dispuestos a confirmar mi versión. Los manuscritos relacionados con la *Cábala*, con los *Talismani* y otras supercherías dedicadas a la evocación del demonio serán la lápida de vuestra tumba. —Luego negó con la cabeza—. Por no mencionar que os habéis resistido a ser arrestado, hasta el punto de herir a uno de mis hombres, con lo cual habéis demostrado estar en posesión de una espada y una pistola. Y que habéis entablado un duelo, a pesar de que las leyes de la República lo prohíben explícitamente.

—Nos habéis atacado impunemente, ¿qué otra cosa podía hacer? —gritó Francesca, que no soportaba la injusticia a la que les estaba condenando aquel hombre.

En respuesta a esa última acusación, las hojas de los cuchillos se alzaron a la altura de la garganta de Giacomo.

—Hemos detenido a un peligroso hereje. ¡Y en el momento justo! En este punto, señorita, os

aconsejo que evitéis convertirnos en cómplice de un hombre de esa catadura. Lo digo en serio —sentenció Zago en tono paternalista.

Los filos se alejaron del cuello de Casanova, que tomó de la mano a Francesca.

—Amor mío, no os involucrés. No hay nada que se pueda hacer ya. Solo quiero que sepáis que, gracias a vos, finalmente he tenido momentos dignos de ser vividos.

—¡Pero qué palabras más conmovedoras! —se burló Zago—. Y ahora, si nos hicierais el honor de acompañarnos al palacio, quizá podríamos poner punto final a este vergonzoso asunto de una vez por todas.

Sin oponer más resistencia, Casanova soltó la espada, que tintineó de manera siniestra sobre la madera, dejó sobre la mesa la pistola descargada y ofreció sus muñecas, que un guardia procedió a sujetar con grilletes.

—No me sigáis —le dijo finalmente a Francesca—. Olvidad todo esto, no os dejéis implicar en esta trágica farsa.

Sin embargo, Francesca no tenía la menor intención de obedecer.

—¿Cómo podéis creer que os dejaré marchar así? Os amo, Giacomo —declaró, al tiempo que se interponía entre los guardias y él—. No os atreváis a hacerle daño —añadió, dirigiéndose a los esbirros—. Giacomo Casanova nunca ha tenido en su poder tales libros; sois vosotros quienes los pusisteis en los estantes de la librería. Tened al menos la valentía de admitirlo.

Pero no tuvo tiempo de terminar siquiera, cuando una mano huesuda la aferró de la muñeca como la garra de un ave rapaz.

—Veo que no nos hemos entendido bien, querida niña. —Zago acercó sus ojos salvajes a los de Francesca—. Si continuáis con esto, terminaréis ante un tribunal y seréis arrojada a una mazmorra, ¿me explico? —Y mientras ladraba esas palabras, las miasmas de su boca saturaron el aire.

Francesca percibió el hedor de la muerte, pero no se detuvo. Y le escupió en la cara.

Zago sonrió, pero había perdido los estribos. Asestó a Francesca un bofetón que le ladeó al instante el rostro, debido a la fuerza del golpe.

Al verlo, Casanova se zafó y se abalanzó sobre Zago, de modo que ambos acabaron sobre la mesa.

Giacomo, que tenía las manos esposadas, las usó a modo de arma, golpeando con los nudillos en la cara de ese miserable que había osado agredir a la mujer que amaba. Después los dos cayeron al suelo en un estruendo de cristales rotos.

La nariz de Zago no dejaba de sangrar.

—¡Quitádmelo de encima! —aulló.

Casanova sintió que unas manos nerviosas lo agarraban. La culata de una pistola se estrelló contra su cabeza.

De repente, la luz estalló, el mundo se hizo añicos y él se hundió en la oscuridad.

## Acusaciones

Sentados en los bancos, con sus blancas pelucas bajo los birretes, los Diez se erguían por encima de él. Las franjas negras destacaban sobre las togas rojas, llameantes, como bandas de luto: lazos de muerte para cualquiera que tuviera la desgracia de enfrentarse a su juicio.

En el centro, Giacomo procuraba mirarlos, pero tenía la vista velada por la sangre que se derramaba de la brecha que le habían abierto en la cabeza.

Se preguntaba dónde se hallaría Francesca, qué le habría sucedido. No le importaba su propia vida, sino la de la mujer que amaba y que ahora le había sido arrebatada, quizá para siempre. No saber dónde estaba le reconcomía el alma.

Así pues, con grilletes en las muñecas, sentado ante una mesa en el centro de la sala, contemplaba los rostros de aquellos nobles patricios que, por su parte, lo estaban observando con detenimiento. Algunos no acertaban a ocultar su propio pesar; otros solo mostraban indiferencia; algunas más no lograban disimular su abierto resentimiento y disgusto.

Delante de él tan solo un hombre había salido del estrado y se disponía a exponer los hechos: el inquisidor negro, Pietro Garzoni.

Casanova conocía su fama. Sabía lo poderoso y ambicioso que era, pero hasta ese momento había creído que podría superarlo en astucia.

¡Qué equivocado estaba!

Sin embargo, nadie sabía nada de su barca en San Tomà, de eso estaba seguro. Así pues, alguien debía de haber hablado.

Sí, pero ¿quién?

Su mente dio vueltas en un laberinto de preguntas para las que no encontraba respuesta. ¿Quién podía haber revelado su secreto? ¿Matteo Bragadin? ¡Imposible! Su lealtad estaba fuera de discusión. ¿Alguno de sus amigos más influyentes? ¿Marco Dandolo, que ahora lo miraba con resignación? Pero ¿cómo se habría enterado él? También lo descartó.

Luego, justo en el momento en que el inquisidor estaba a punto de comenzar su discurso, le vino a la cabeza quién podía estar al corriente de San Tomà.

¡Gretchen!, a la que tan inoportunamente había llevado allí tan solo unos días antes.

Pero ¿por qué razón ella, que siempre lo había protegido, iba a traicionarlo de esa manera? ¿Quizá por haberse sentido rechazada? ¿Quería hacerle pagar que hubiese elegido a Francesca?

Por más que se devanara los sesos, sus pensamientos tendrían que esperar, ya que la voz potente y arrogante del inquisidor empezó a tronar:

—Señores del Consejo, aquí está la plaga que se cierne sobre Venecia: Giacomo Casanova, acusado de herejía, además de resistencia a la autoridad. Antes de proceder a la exposición de los hechos y a la instrucción del caso, puesto que son competencia mía en calidad de inquisidor general, solicito que el imputado aquí presente sea trasladado fuera de esta sala para que ni siquiera él tenga conocimiento de nuestro veredicto antes de que este sea emitido. Mi petición se realiza en cumplimiento de los procedimientos de nuestra Serenísima República.

Sin que Garzoni tuviera que añadir nada más, comparecieron unos guardias.

Giacomo quiso protestar, pero no le alcanzaban las fuerzas. Un dolor palpitante le martirizaba sin tregua la cabeza. Los músculos le ardían y el cuerpo parecía envuelto en llamas. Sentía la boca sellada, como si una bola de mucosidad y carne le impidiera abrir los labios. Así pues, se limitó a seguir mirando de soslayo, detrás de un velo rosado, a los Diez, que no le quitaban la vista de encima.

Los guardias lo agarraron por debajo de los brazos y lo arrastraron afuera.

Giacomo vio al Consejo alejarse de su mirada: en ese momento los Diez le parecieron las figuras de un cuadro.

Cuando finalmente se cerró el portón, oyó el sonido de una cerradura y se encontró en un cuartucho oscuro y maloliente.

En el silencio más absoluto, se quedó aguardando el veredicto.

Las preguntas volvían a devorarle el alma, pero, por más que intentaba hallar respuestas, ninguna hipótesis lograba aliviar su tormento.

De este modo permaneció allí, murmurando el nombre de Francesca como si fuera un demente que rezara, aferrándose al recuerdo de ella como un chaleco salvavidas.

Garzoni sonrió. Ahora todo dependía de su capacidad de ser convincente. Las pruebas que obraban en su poder eran aplastantes, de modo que procedió a exponer los hechos con claridad.

—Ayer noche Giacomo Casanova fue sorprendido en una barca de su propiedad mientras se disponía a consultar dos de los libros prohibidos por la Congregación del Índice. —Garzoni hizo una pausa efectista y luego prosiguió—: Y aquí están. —Según lo decía se acercó a una mesita en la que estaban dispuestos los ejemplares y los alzó—. ¡El *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, y el *De virtute morali*, de Plutarco! Libros paganos, libros subversivos, libros que se ajustan perfectamente a la figura de Giacomo Casanova. Pero, por supuesto, la acusación no se apoya tan solo en estos textos. En realidad —continuó, agarrando unos manuscritos— me refiero más bien a estos documentos que abiertamente ofrecen nociones sobre sahumeros y conjuros destinados a

entablar conversaciones con diablos de la más diversa ralea y categoría: la *Clavicula Salomonis*, el *Talismani*, la *Cábala* y, por si todo ello no bastara, ¡el *Zecorben*! Por supuesto, no es preciso que me extienda en los peligros que entrañan semejantes manuscritos para el orden público y los principios de esta Serenísima República. Por si fuera poco, convocados de urgencia, el legado pontificio, el inquisidor y los Tres Sabios de la Herejía han reconocido y ratificado el delito con la presente disposición.

Garzoni expuso un pliego de hojas de pergamino, con el sello de la Santa Inquisición y las firmas de los componentes del colegio competente. En un apasionado raptó de fe católica agitó el documento como si se tratara de la espada del arcángel san Miguel.

—¡Y aún hay más! —prosiguió—. Casanova ha sido sorprendido fornicando con la hija de un noble caballero veneciano, de la que, por pudor y respeto, no diré el nombre. Resultaría ocioso comentar que la muchacha en cuestión ya estaba prometida a un mercader de cuero búlgaro, de no ser porque desde hace días nadie sabe nada de ese hombre. Ha desaparecido, se ha esfumado, probablemente asesinado, si es que es verdad que, como se desprende de testimonios veraces, Giacomo Casanova lo desafió a duelo hace unos días. Con tal propósito se adjunta aquí la declaración del señor Antonio Zandomenighi, recogida hace una semana.

Los miembros del Consejo lo miraban con atención. Garzoni no hubiera podido desear nada mejor. Para disipar cualquier duda, redobló la dosis.

—Sé lo que estáis pensando: que no tenemos pruebas del homicidio. Y en ese aspecto tenéis razón, pero la posesión de los libros puede ser motivo suficiente para detener al señor Casanova por herejía, como así lo confirma la sentencia del órgano competente.

—¿Quién nos garantiza que esos textos se han encontrado realmente en la barca de su propiedad? —expuso Mocenigo.

Garzoni estaba preparado para la cuestión; de hecho, no veía la hora de que se planteara esa pregunta.

—¡Oportuna observación! —exclamó—. Para despejar cualquier asomo de duda, me he permitido recoger las declaraciones del señor Zago, capitán de la guardia de distrito, y de los cuatro hombres que estaban con él y que descubrieron al señor Casanova en flagrante delito.

Y de este modo, como el más hábil de los prestidigitadores, Garzoni se sacó de la manga otros tantos folios que recogían las declaraciones de sus hombres y los expuso sobre la mesa, junto a los textos heréticos, ante las miradas llenas de curiosidad de los miembros del Consejo.

—Para brindar un conocimiento más cabal de los hechos, procederé a la lectura de la declaración del señor Zago, quien aportó un testimonio exhaustivo. Los otros son una repetición algo más sucinta, y los dejo a vuestra disposición para que podáis comprobar su indiscutible veracidad. Pero, tal y como acabo de decir, procedo con la lectura de lo que ha declarado el capitán Zago.



Mocenigo asintió.

Garzoni soltó un suspiro de alivio.

Mientras preparaba el juicio, la mera idea de tener que introducir a Zago en la sala le había arrancado una mueca de espanto, tanto más por cuanto, al presentarse ante él para informarle de que había realizado la detención, Zago no solo llevaba una camisa mugrienta con varias manchas, sino que tenía los pantalones y las botas cubiertos de barro. Una casaca gastada completaba su desastrado atuendo. Y cuando Zago había abierto la boca, mostrando aquellos dientes negros que apestaban el aire, Garzoni se había imaginado a los Diez incapaces de contener exclamaciones de disgusto y miradas llenas de indignación.

Por eso le pareció especialmente oportuna la ley que impedía la presencia de cualquier persona durante el proceso conducido por el Consejo. No se encontraba en la sala ni el imputado, conque mucho menos los testigos. Según el protocolo, las alegaciones debían presentarse por escrito para que el juicio transcurriera de la forma más rápida y expedita posible. El Consejo tomaba su decisión inapelable basándose en los documentos incriminatorios, y en ellos se apoyaba para emitir una sentencia. En ese sentido, el poder de Garzoni, en calidad de inquisidor general, era ilimitado, sobre todo en ausencia del dogo, que tampoco ese día había podido intervenir a causa de su enfermedad. Confinado en los aposentos del Palacio Ducal, Francesco Loredan era el gran ausente de esa y de muchas otras tragedias. Por lo tanto, Garzoni podía estar tranquilo: Casanova sería el primer paso hacia la conquista de Venecia. Con el tiempo, otros hombres destacados, como Dandolo, culpable de haber concedido su favor a semejante sujeto, acabarían cayendo en sus redes. Para ello podría apelar a su amistad con el aventurero o, cuando menos, a una excesiva tibieza en su reprobación. Con el dogo reducido a una sombra, sus esperanzas de sucederlo aumentaban, y junto con ellas su plan de llevar a Venecia bajo el dominio austríaco, ya que, a pesar de lo que todos creían, él había estipulado una alianza bastante precisa con María Teresa para obtener su apoyo en la elección dogal.

El libertino, en definitiva, no era más que una moneda de cambio. Nada más y nada menos. Él lo castigaría arrojándolo a los Piombi y a cambio Viena le ayudaría a él a conseguir los votos que le faltaban para ser elegido.

Pero ahora tenía que permanecer lúcido y terminar su diatriba, de modo que se asegurase la condena.

—Así pues, procedo a la lectura de cuanto ha declarado el capitán Zago —prosiguió Garzoni. Carraspeó y empezó vigorosamente, como si fuera un general a punto de ordenar a sus tropas la conquista de un fuerte—: «Yo, el abajo firmante, Jacopo Zago, capitán de la guardia de distrito, declaro que en fecha de 9 de julio del año 1755 efectué un control durante la ronda nocturna en la barca propiedad del señor Giacomo Casanova, amarrada en San Tomà. La iniciativa se debió a que había recibido diversos avisos sobre su supuesta herejía. Tras un registro que el señor

Casanova intentó impedir con manifiesta violencia, hasta el punto de que uno de mis guardias resultó con una grave herida en el hombro de resultas de un disparo a quemarropa, encontré en su biblioteca dos textos que la Congregación del Índice había declarado heréticos. Se hallaban estratégicamente ocultos entre los papeles de la librería, junto con algunos manuscritos que contienen una serie de trucos de magia. Tan pronto como los expuse, a la par que emitía la orden de arrestarlo y conducirlo al Palacio Ducal, Casanova sostuvo que tales textos le eran completamente ajenos. Sin embargo, no fue capaz de explicar su procedencia. En ese momento, me amenazó de muerte. Se lanzó contra mí y mis hombres con tanta fiereza que nos obligó al uso de la fuerza. Solo así logramos conducir al señor Casanova al palacio para que su conducta pudiera ser juzgada».

Después de haber leído del tirón el testimonio escrito de Jacopo Zago, Garzoni se detuvo.

—¿Y la declaración es auténtica, inquisidor general? —preguntó Alvise IV Giovanni Mocenigo, que todavía parecía albergar dudas sobre la culpabilidad de Casanova. Pero fueron otros los que intervinieron, en lugar de Garzoni.

—¡Santo Dios! ¿No entendéis la gravedad de lo que ha hecho este hombre? ¿Qué más necesitáis para convencerlos? —preguntó Andrea Tron con los ojos desorbitados, incapaz ya de contenerse—. Conocemos vuestra proverbial equidistancia, pero dada la situación creo que no le corresponde derecho alguno como ciudadano. A menos que haya algo que os vincule con él.

—Coincido con vos —lo secundó Marco Foscarini, al tiempo que dedicaba una torva mirada a Mocenigo y a su histórico aliado, Dandolo—. No es admisible vacilar ante semejantes pruebas, tan detalladas que no dejan margen para la duda. Decidamos lo antes posible sobre la suerte de Casanova, pero sabed que por mí debe ser encarcelado en los Piombi. ¡Y de por vida!

Después de tales palabras, todos los demás murmuraron frases de asentimiento. Por su parte, Marco Dandolo se guardó mucho de intervenir en defensa de su amigo.

¡Lo había conseguido! Pietro Garzoni procuró disimular su satisfacción, pero en lo más hondo de sí se regodeaba. No tendría mayores dificultades en obtener un veredicto de culpabilidad y un castigo ejemplar, sin contar que aquella jugada maestra le había permitido poner de su parte a la mayoría del Consejo, dejando por primera vez a Mocenigo en minoría.

Nada une más a los hombres que el odio. Y ese rencor, esa envidia, esos sentimientos viles alimentados en las profundidades de sus negros corazones no solo eran un arma poderosa contra Casanova, sino también contra la facción que era más favorable al protervo aventurero.

Con el dogo en tan delicada situación y aquel juicio que se anunciaba como propicio, Pietro Garzoni se vio cada vez más cerca de su objetivo.

Dejó que los miembros del Consejo discutieran entre ellos hasta que decidió que ya era suficiente.

—Ilustres colegas, a la luz de las pruebas, entre las que se cuenta la disposición misma del

tribunal competente en materia de herejía, y a partir de todo lo dicho y demostrado, yo, Pietro Garzoni, pido la condena de cadena perpetua para Giacomo Casanova, por cuanto es culpable de herejía y de conducta peligrosa para el orden público de esta Serenísima República.

Sus palabras cayeron como losas de piedra en la sala, que quedó sumida en el silencio más absoluto.

El resultado parecía obvio.

Garzoni se consolidaba como el hombre que desde el principio había sostenido la culpabilidad del aventurero seductor, incluso cuando otros miembros de los Diez lo habían mirado con sospecha, por no decir con una condescendencia burlona, como si se tratara de un loco y un visionario.

Pero las tornas habían cambiado.

Ahora él era un hombre nuevo, el adalid del código moral y de las reglas. Y Venecia se transformaría.

Mientras los miembros del Consejo deliberaban, el inquisidor general pensó que jamás podría haber soñado una victoria más luminosa.

## Noche de plomo

Dieron la orden de ir a buscarlo. Fue Zago quien lo hizo salir del cuartucho en el que estaba encerrado. Incluso a la tenue luz de los candelabros, Giacomo distinguió su sonrisa negra y malvada. Ese hombre lo odiaba. Y aquella era su venganza. A la luz de las velas su cabello adquiría tintes plateados y sus malditos ojos color turquesa parecían gemas encendidas.

Zago ni siquiera se molestó en comunicar a Casanova cuál había sido el veredicto. ¿Qué le importaba a esas alturas? Era evidente que lo iban a mandar a prisión.

Con los grilletes, escoltado por cuatro *arsenalotti*, condujeron a Giacomo a través de una serie de pasillos y salas, y finalmente lo custodiaron por una larga escalera hasta un amplio salón donde lo esperaba un caballero vestido elegantemente. Ese fue el momento en que Zago le informó de su suerte:

—El tribunal ha emitido sentencia. Cadena perpetua, señor Giacomo Casanova. El aquí presente secretario de los señores inquisidores, Domenico Cavalli, se ocupará de vuestro confinamiento. ¡Confío en que sea doloroso y repleto de tormentos!

—Sabed que un día os mataré. Y, como ya dije, consideradlo una promesa —respondió Casanova.

Zago sonrió. Sin replicar, se volvió sobre sus talones y se fue. Sus pasos resonaron sombríos sobre el suelo.

El guardián de los Piombi, seguido de Giacomo y los cuatro *arsenalotti* que custodiaban al reo, subió dos escalones, se adentró por un pasadizo, luego por otro, y al final por un tercero que iba a dar a una puerta cerrada. Tras sacar un enorme manajo de llaves, Domenico Cavalli hizo saltar el cerrojo y abrió.

Casanova se encontró en un amplio y mugriento ático, de seis brazas de largo y dos de ancho, con un ventanuco situado a tanta altura que resultaba inalcanzable.

La habitación estaba completamente desnuda. Por un momento pensó que era la celda que le estaba destinada, pero no tardó en comprender que se engañaba, al ver que el guardián de los Piombi cruzaba el ático hasta llegar a otra puerta, revestida de hierro, de casi cuatro pies de altura y con un agujero en el centro de aproximadamente ocho pulgadas de diámetro. El carcelero tomó del manajo otra llave grande y abrió.

—¡Adelante! —dijo, volviéndose hacia Casanova.

Sin más preámbulos, los *arsenalotti* lo agarraron por los brazos y lo arrojaron a la celda.

Mientras terminaba tirado por aquel suelo cochambroso, Casanova oyó el golpe de la puerta al cerrarse a sus espaldas.

Volvió la oscuridad. Y la angustia.

Las primeras luces del amanecer se filtraron por el ventanuco con rejas, por el que era imposible pasar.

Giacomo se acurrucó contra una pared y se hundió en sombríos pensamientos que, como monstruosas criaturas antiguas, le carcomían la mente.

—¡No tengo palabras para decirte lo que pienso de ti! Pero ten por seguro que, a partir de ahora, no tendrás más que todo mi desprecio.

Niccolò Erizzo estaba furioso. Había llegado antes de lo previsto de su viaje de negocios y había sorprendido a su hija volviendo a casa en plena noche, acompañada por los guardias del distrito. Como una ladrona. Como una puta.

Y en cuanto descubrió lo que había sucedido, Niccolò montó en cólera.

Francesca estaba hecha un mar de lágrimas. Pero no era por arrepentimiento, como creía su padre.

Había perdido a Giacomo. Tal vez para siempre.

Cuando lo había visto caer bajo el golpe de la culata de la pistola, tras lo cual lo habían arrastrado con el rostro cubierto de sangre, ella se había desmoronado y, de rodillas, había empezado a llorar. Habría querido ser fuerte y mostrar a aquellos hombres que sobreviviría, que ella y Giacomo volverían a estar juntos y su amor vencería.

Pero no era así. Los habían vencido. El inquisidor general, las familias patricias de la Serenísima: todos estaban hambrientos de poder y, para obtenerlo, no dudarían en ejercer todo el control y la represión que fuesen necesarios. ¿Y quién, sino Giacomo, era la encarnación misma de la amenaza al odioso orden establecido? Lo había visto, aquel hombre horrible de pelo ceniciento, dientes negros y sonrisa cruel. Parecía un verdugo y en cambio trabajaba para el inquisidor general. ¡Y un hombre como aquel había vencido! Todos sus argumentos se basaban en el engaño y la traición: había sido él quien había creado las pruebas contra Giacomo, escondiéndolas en la librería de su embarcación, para luego sacarlas, triunfante. ¡No había sido más que una farsa diabólica, un truco asqueroso para librarse del hijo predilecto de Venecia!

¡Venecia! Traicionada, ofendida, mancillada por aquellos hombres falsos, dispuestos a todo con tal de apresar como perros los últimos pedazos de una ciudad destrozada, saqueada, enviada a la muerte: también por ese motivo Francesca había roto en llanto. Y todavía lloraba. En casa de su

padre. Un padre que no comprendía, que quizá no era como aquellos hombres, pero que se comportaba como ellos. Un padre que, para demostrarle su amor, la mantenía en una jaula.

—No tenéis idea de lo que ha ocurrido —dijo ella con desconsuelo.

—¡Pues claro que no! ¿Cómo iba a saberlo? ¿Crees que es posible explicarlo? ¡Tú, mi propia hija, sorprendida con el más abyecto de los pervertidos! ¡Y no me digas que es amor! ¡Con un hombre como ese! ¡Un libertino! ¡Un cortesano! ¡Giacomo Casanova, que encarna toda la podredumbre que alberga esta pobre ciudad...!

—No sabéis hasta qué punto os equivocáis —murmuró Francesca.

—He pensado mucho en ti mientras estaba de viaje —expuso su padre con amargura—. En tu arrogancia, en cómo te opones siempre a mis decisiones, en tu odio por Zaguri... Ahora, después de lo que has dicho y hecho, no veo otra solución. Voy a mandarte a un convento. Quizás allá te educarán para tener un poco más de respeto por ti misma y por los demás. Encerrada en una celda tendrás todo el tiempo del mundo para reflexionar sobre tus errores.

Francesca se llevó la mano a la boca. Era como si la hubiera azotado. No: era peor.

¡Un convento!

Sintió que se desmayaba. No fue ni capaz de gritar. El mundo pareció derrumbarse ante sus ojos.

## Gretchen

Cuando comprendió que la estaba liberando de sus ataduras, Gretchen pensó que tal vez todavía había esperanza. Intentó levantarse, pero se volvió a derrumbar sobre la silla. ¿Cuánto tiempo llevaba sin comer?

—Agua —murmuró con la boca reseca.

Su verdugo le acercó una jarra a los labios y Gretchen bebió ávidamente. El agua se le derramó por los labios y unas gotas se deslizaron por su cuello blanco, expuesto a las miradas rapaces de su carcelero.

Aunque su rostro mostraba los signos del hambre y el sufrimiento, siempre se la veía hermosísima, pensó Zago, como si su belleza fuera realmente inclasificable. Al reparar en el hilo cristalino y líquido que humedecía la garganta de Gretchen, temió perder definitivamente el control sobre sí mismo. Sabía que no podía permitírselo. Esa mujer le inspiraba una pasión enfermiza, pero, pese a la indescriptible excitación que lo embargaba con solo mirarla, debía mantener el control, a cualquier precio.

No iba a ceder al placer, se repitió obsesivamente entre dientes. El poder de seducción que aquella mujer ejercía más o menos conscientemente sobre él era tal que sintió la cabeza a punto de estallar.

Mientras la cautiva bebía, aplacando una sed que parecía infinita, Zago se descubrió fantaseando con ella: no se le había escapado la perfecta redondez de aquellos senos firmes y grandes, la magnífica curva del cuello, los hombros semidesnudos bajo la ropa rasgada. Pero era tal vez el corte en la mejilla, incrustado de sangre seca, lo que le hacía perder la razón. Estuvo a punto de extender el brazo para tocarle el pecho, pero, haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad de que era capaz, se reprimió.

Cuando terminó de beber, Gretchen levantó la vista hacia él, dedicándole una mirada llena de gratitud y dulzura, con apenas un punto de malicia. Por supuesto, era improbable que, en semejantes circunstancias, pensara en seducirlo, pero tampoco hacía falta. En Gretchen la sensualidad era algo innato, involuntario incluso, y era precisamente esa inconsciencia la que la hacía deseable.

Zago se sintió desnudo frente a ella, del todo indefenso. No estaba preparado para una mirada como aquella.

¿Qué diablos podía hacer?

Un sudor helado le empapó la camisa.

¿Y si le perdonaba la vida? ¿Y si huía con ella para llevar una vida distinta? Porque eso encerraba aquella mirada: la promesa de otro camino. Quizá por una vez, por una maldita primera vez en toda su existencia, se le ofrecía la posibilidad de vivir de otro modo que no fuera matando a seres humanos, torturándolos, humillándolos, entregándolos a las manos de su amo. ¿Podría aceptarla? Y si la rechazaba, ¿se le presentaría de nuevo? Esa pregunta le reconcomía la mente. De nuevo procuró eludir aquella mirada. Sus ojos vagaron por las sombras que las luces tenues de las velas dibujaban. El almacén era una ruina, exactamente como su propia vida. Poco a poco, alejó la jarra de los labios de Gretchen.

De manera casi mecánica metió la mano en el bolsillo de la levita y al instante extrajo un objeto que había llevado consigo para cumplir su objetivo: un enorme rosario de madera, cuyas grandes cuentas se mecían en el aire.

Miró a Gretchen.

Ella no entendió. ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? Las preguntas se le quedaron a flor de labios. Una luz de incertidumbre alumbró sus iris.

Zago se puso detrás de ella y extendió los brazos, como si quisiera abrazarla.

Luego agarró el rosario, lo colocó alrededor de aquel cuello magnífico y apretó con todas sus fuerzas, mientras las lágrimas le ofuscaban la mirada.

Zago lloraba.

El rosario cortó la piel de Gretchen. Unas manos asesinas, fuertes e inflexibles, la estrangulaban.

Gretchen sintió que se le entrecortaba la respiración. Sus dedos arañaron fugazmente el aire mientras, con un último suspiro de vida, intentaba liberarse. Un estertor le salió de los labios, que de rosa se fueron tornando morados, imbuidos de muerte.

Zago apretó aún más. Las cuentas de madera presionaron la carne.

Gretchen vio el mundo desvaneciéndose ante sí hasta que se sintió precipitar en una luz negra. Sus ojos se llenaron de vacío y, finalmente, ya no percibió nada más de cuanto la rodeaba.

Por un instante captó la faz de la muerte; no fue plenamente consciente ello, pero advirtió el viento que agitaba el manto negro y después el hueso frío de su mano rozándole los dedos. En el preciso instante en que exhaló el último suspiro, el rosario se hizo pedazos y las cuentas salieron disparadas en una fuente de perlas de madera, que terminaron rodando a los pies de Gretchen y por el mugriento suelo, rebotando y saltando como fragmentos de una imagen que acaba hecha añicos.

Sobre la víctima inocente, se alzaba la figura de su asesino.

Las lágrimas, las únicas que Zago había vertido en su vida, eran gotas de veneno que



consumirían su marchito corazón día tras día. Nunca olvidaría lo que había hecho, y el recuerdo lo perseguiría hasta las llamas del infierno.

Entonces sonrió, porque consideraba que aquel castigo era necesario: era lo más cercano a la justicia que jamás le hubiera acontecido. Había elegido. Y, conscientemente, había aceptado de nuevo el mal.

Mientras contemplaba a la hermosa mujer a la que acababa de estrangular, deseó que, algún día, alguien tuviera el arrojo necesario para arrancarle el corazón.

## La esencia misma del mal

La condesa Margarethe von Steinberg llegó a la basílica. El cielo viraba en ese momento del gris pálido del alba a un azul profundo e intenso.

Aunque a esa hora de la mañana Santa Maria Gloriosa dei Frari no estaba especialmente frecuentada, Margarethe había sido precavida y había elegido un vestido poco llamativo y una larga capa gris.

Al entrar en la iglesia se quedó absolutamente fascinada frente a las tres naves con sus arcos ojivales, pero el hechizo duró tan solo un instante. Tenía otros muchos quehaceres antes que permanecer extasiada delante de las columnas o ante los haces de luz pura que, tras filtrarse por los vitrales del ábside, inundaban los espacios.

Sin embargo, a medida que avanzaba por la nave central, no permaneció insensible a semejante visión, sobre todo porque, frente a ella, la *Asunción de la Virgen* de Tiziano parecía observarla desde lo alto. Era imposible no sentirse maravillada por aquella ascensión de María a los cielos entre el ajeteo de los ángeles y la turbación de los apóstoles. ¿Cómo no admirar los repentinos destellos del lienzo, los profundos claroscuros que exaltaban el contraste entre lo celestial y lo terrenal?

Aquel era el verdadero poder de Venecia, pensó Margarethe: el hechizo, aquel triunfo de la belleza y el arte, que iluminaba la ciudad con mil luces fantásticas. No la política, las intrigas, el valor militar, la flota; sino la cultura entendida como una joya, los fascinantes tesoros que se prodigaban en las iglesias, en los teatros, como si fueran cofres de piedras preciosas. ¿Y no era asimismo Santa Maria Gloriosa dei Frari una auténtica maravilla?

Pero otras tareas la reclamaban. No había tiempo que perder.

Al llegar a la crucería del lado sur, se acercó a la puerta de la sacristía.

Llamó.

Alguien abrió. La esperaban.

La persona a quien encontró frente a ella era muy diferente de como la había imaginado.

Pietro Garzoni era un hombre fornido. A pesar de que la peluca impecablemente empolvada y la chaqueta negra con galones de oro le conferían un aire elegante, el inquisidor era corpulento, de anchas espaldas y amplio tórax. Justo lo contrario de la rata de biblioteca que ella había esperado.

Se advertía en él una crueldad palmaria, descarada, enfatizada por unos ojos oblicuos y rapaces que revelaban un carácter fuerte y autoritario.

María Teresa de Austria sabía elegir a sus hombres, pensó Margarethe, ya que era él, el inquisidor, el hombre designado para dominar Venecia y entregarla a las manos austríacas.

—Gracias por haber venido, condesa —dijo en voz baja Garzoni—. Confieso que no estaba preparado para vuestra belleza, pese a vuestros esfuerzos por ocultarla con prudente diligencia.

Margarethe asintió con frialdad. No se había desplazado hasta allí a esa hora de la mañana para que la admiraran.

—Os lo agradezco. ¿Podéis confirmar que este sitio es seguro? —replicó con seco pragmatismo no exento de preocupación, y, como subrayando un atisbo de sospecha, dejó que sus ojos se posaran en el entorno.

Aparentemente, no había nada que representase una amenaza o un peligro, pero en una ciudad como aquella, donde los espías se escondían en cualquier lugar, empezando por los confesionarios, era prudente permanecer en guardia.

Al comprender sus dudas, Garzoni se apresuró a tranquilizarla:

—No temáis, la sacristía es propiedad de la familia Pesaro, desde siempre buenos amigos míos. Son personas de confianza y nunca me traicionarían.

—De acuerdo. Ahora habládme de lo que ambos sabemos. Como me solicitasteis, dispuse que mi dama de compañía se aventurara por los callejones venecianos a la caída del sol. Hace tres días que no la veo. El asunto me preocupa, porque no sé si ha escapado o si... no nos hemos entendido —expuso la condesa.

—Por supuesto —confirmó Garzoni. Después, para garantizar mejor la más absoluta discreción, se acercó a la puerta de la sacristía y, tras sacar una llave del bolsillo, le dio dos vueltas a la cerradura.

Entonces, volviendo la mirada hacia la de Margarethe, comenzó su propio relato:

—Estamos solos. Muy bien. Estoy encantado de conoceros finalmente. Confieso que al principio, dado que nuestra común amiga María Teresa de Habsburgo no me había escrito nada sobre vos, malinterpreté vuestra llegada a la ciudad. En cualquier caso, en su momento todo quedó aclarado. Y respondiendo a vuestra pregunta: mi hombre siguió a vuestra damisela, la capturó y la llevó a su escondite. Os ahorraré los detalles. Os bastará saber que logró descubrir dónde se escondía Casanova y que, tras sorprenderlo en uno de sus escarceos carnales con una joven veneciana, la misma a la que vos misma arrojasteis a sus brazos gracias a la ingeniosa estratagema de la apuesta, ha sido arrestado.

—¿Bajo la acusación de...? —preguntó la condesa.

—Herejía y delitos contra el orden público.

—¿Con qué pruebas?

—Mi hombre descubrió que estaba en posesión de dos libros prohibidos por la Congregación del Índice y de una serie de manuscritos que contenían prácticas de magia y ocultismo. La Santa Inquisición dictó una sentencia condenatoria al respecto. Esa disposición, junto con la conducta de Casanova, que representa una amenaza para el orden público de la Serenísima, ha sido más que suficiente. Huelga decir que, gracias a tales hallazgos, ha resultado bastante simple conseguir una condena en los Piombi.

—¿Va a morir?

—No. No se puede obtener la pena capital por un delito con pruebas como estas; al menos no en Venecia. Ese hombre aún es querido y tiene amigos poderosos, aunque esta condena ha debilitado a la facción contraria a nosotros y ha colocado en una mala posición a cuantos no acusaban abiertamente a ese maldito libertino. Pero no es suficiente. Otra cosa sería si pudiéramos acusarlo de homicidio. Sin embargo, sabéis mejor que yo que, sin confesiones y sin pruebas, tengo las manos atadas.

La condesa reflexionó.

—¿Y si os consiguiera la cabeza de Zaguri?

—¿Qué pretendéis decir?

—Lo que habéis oído —confirmó Margarethe sin un ápice de titubeo en la voz.

Por primera vez Garzoni pareció alterarse, pero las palabras que pronunció no eran las que podían satisfacer a la condesa.

—No bastaría con eso. Por supuesto, despejaría cualquier duda acerca de que ese hombre ha sido asesinado. Pero a falta de confesión...

—Yo misma podría atestiguarlo. Vi con mis propios ojos cómo Giacomo Casanova se lanzaba contra Zaguri.

—Ni siquiera eso serviría —le respondió—. Sois austríaca, por lo tanto extranjera, y nadie os creería. Casanova es veneciano, y además muy querido. Nuestra única posibilidad es encontrar al padrino de Zaguri y hacer que hable. Si él accediera a declarar, entonces sí podríamos acusar a Casanova de homicidio y obtener la pena capital.

—Entonces esperaremos —concluyó la condesa.

—¿Al qué?

—Esperaremos a que ese maldito se sienta seguro, convencido de poder salirse con la suya.

—Pero... ¿a quién os referís?

—¿Al padrino de Zaguri!

—¿Gastone Schiavon? —preguntó Garzoni.

—Exactamente. Tarde o temprano volverá a la ciudad. Dejemos que se calmen las aguas, no tenemos prisa alguna. Con el paso de los meses, ese hombre creará que puede volver a casa, convencido de que, con la condena de Casanova por herejía, todo ha terminado. Que se sepa que

fue encarcelado en los Piombi por ese delito y no por otro. Tranquiliemos a Schiavon. Entretanto, Casanova seguirá pudriéndose en la celda. Será cosa mía mantener la casa y la tienda del comerciante bajo vigilancia. Cuando vuelva, estaremos allí esperándole. Y no tendrá escapatoria.

Garzoni se había quedado sin palabras. Margarethe comprendió que lo había sorprendido. Se sintió feliz: quería que entendiera lo ardua que era para ella, y para María Teresa de Habsburgo, aquella jugada.

—Entonces, de acuerdo —convino el inquisidor general—. Lo haremos así.

—¡Por supuesto!

—¿Y por lo que respecta a Venecia?

—¿Habéis conseguido el favor de una parte de los Diez para vuestra causa?

—Puedo decir que Marco Dandolo ha disminuido su hostilidad en mi contra tras saber lo que habíamos encontrado en manos de Casanova. Por lo demás, no le quedaba alternativa... Los hechos eran incontestables. Mocenigo, en cambio, se opondrá a mí, sin importar lo que yo haga. Pero el resto de los Diez están de nuestra parte. Odian al libertino y me consideran el adalid de un nuevo orden moral que pretendo instaurar en esta desdichada ciudad.

—¿Y no tenemos nada para chantajear a Mocenigo?

—Absolutamente nada. Ese bastardo parece intocable.

—Siempre se encuentra algo. De todos modos, aunque solo sea para quedarnos tranquilos, me aseguraré de que los hijos de Tron y Foscarini reciban honores y cargos en la corte imperial, para reforzar su apoyo a vuestra causa. ¿Y el dogo?

—Su enfermedad continúa. Pero la verdad es que, aunque disfrutara de una excelente salud, su figura es del todo irrelevante. Francesco Loredan fue elegido como representante. No es en el dogado en lo que debemos centrarnos en este momento. O, mejor dicho, sí, pero tenemos que consolidar nuestra posición y actuar de manera que, cuando se me elija dogo, pueda renovar ese cargo y así obtener prestigio político, también a nivel internacional, para asegurar la alianza que aguardamos.

—Vos responderéis ante la emperatriz, tenedlo presente.

—Nadie será más feliz que yo por ello, os lo garantizo.

Margarethe no creyó una sola palabra de ese hombre, pero consideraba que había en él suficiente ambición y codicia como para convertirlo, algún día, en un dogo poderoso y al mismo tiempo susceptible a los chantajes. Bastaría con tocar la tecla correcta.

—Austria entrará pronto en guerra —añadió el inquisidor—. ¿O acaso me equivoco?

La condesa lo observó largamente. ¿Cuánto podría saber un hombre como aquel?

Pero Garzoni no esperó respuesta.

—Sé muy bien que, antes o después, María Teresa se alzarará en armas contra Federico II de Prusia; es solo cuestión de tiempo. No hay noble en la corte que no lo defina por lo que es: «el

bandido de Potsdam». Con franqueza... ¿podrías negármelo? Por no hablar de que Von Kaunitz anhela ver restituida Silesia a los Habsburgo después de que el tratado de Aquisgrán se la arrebatara a Austria. Y no lo culpo por ello. Así pues, tanto si me lo confirmáis como si no, percibo la inminencia del conflicto. En ese caso, Venecia permanecería neutral, ya os lo anticipo. Pero de tal manera que permitiera ayudar de la mejor forma a la emperatriz consorte. Desde ese punto de vista, si los encargos de armas y equipamientos que requiera el ejército austríaco se confiaran a los hombres adheridos a mi causa política, esto permitiría un mejor control de los votos en la elección dogal. Por supuesto..., tan pronto como Francesco Loredan falte.

Los ojos de la condesa Von Steinberg traicionaron un destello: ¿no tenía límites la ambición de ese hombre?

Pero había llegado el momento de dar por concluida la conversación:

—Señor, si ya no hay nada más...

—Ya nos lo hemos dicho todo —concluyó Garzoni, tras lo cual se acercó a la puerta, introdujo la llave y le dio dos vueltas. Margarethe estaba a punto de salir cuando el inquisidor general no fue capaz de reprimir una última broma—: Si en el futuro me necesitáis de nuevo, sabed que será una gran alegría volver a veros.

La condesa se detuvo junto a la puerta. Sonrió, pero no había nada radiante en su mirada.

—No tengo dudas, pero será mejor para vos que no suceda. Todo lo que está cerca de mí muere, excelencia. No lo olvidéis.

TERCERA PARTE

LA VENGANZA  
(octubre-noviembre de 1756)

## La celda

¡Cuánto necesitaba sus besos! Extrañaba muchísimo a Giacomo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

No lo sabía.

Sumida en la oscuridad de una celda húmeda y gélida, privada de luz y de aire, Francesca había empezado a pudrirse, anulando todo lo que había sido.

Al principio se había opuesto a la idea de que la recluyeran en un monasterio. Cuando su padre la confió a las madres de Santa Maria degli Angeli, en Murano, creyó que iba a volverse loca. Pero luego entendió que solo así sobreviviría: negándose a sí misma. Porque, cuando había obedecido a su deseo de libertad y pasión, la vida le había pagado arrancándole la una y la otra.

Había pedido ser enclaustrada, hasta que su amor volviera algún día. Porque ella, a diferencia de todos los demás, confiaba en Giacomo.

Tal vez debido a la absoluta soledad, de un tiempo a esa parte oía voces extrañas en la cabeza y recordaba obsesivamente el momento en que el hombre del cabello ceniciento, sonrisa negra y dientes cariados había dejado inconsciente a su amado.

Aunque en un inicio había sentido el impulso de vengarse, con el tiempo su voluntad había quedado completamente aniquilada. Yacía en un rincón, consumida de dolor y de inanición, con el cubo para los excrementos a su lado ya lleno. El punzante hedor a orina sofocaba el aire.

Las hermanas la habían dejado allí desde no sabía cuándo y se habían olvidado de ella, exactamente como les había pedido. Bien sabía que las había liberado de una carga molesta, porque, pese a permanecer atentas a recibir el pago mensual, no mostraban el menor interés por sus penas o por su mera higiene personal. Pero era justo en la mortificación de la carne y en la anulación de sí misma donde Francesca experimentaba un placer perverso.

Se reía como una pobre demente. Percibía las finas patas de las cucarachas que le recorrían el cuerpo, todo piel y huesos.

Gritó, no para ser liberada, sino solo para oír su voz sobrepasar las otras, las que murmuraban en su cabeza como si pertenecieran a ratas o reptiles, dispuestas a devorarle la razón con sus chirridos y silbidos.

Se tocó el cabello y lo notó como una madeja lanuda de polvo y hollín. Tenía los labios llenos



de cortes y heridas, y apenas lograba abrir los ojos, que, sometidos a una perenne oscuridad, se habían quedado casi ciegos.

De repente, la celda se abrió. En un primer momento le pareció que era víctima de un delirio, pero el ruido de la llave que giraba, crujiendo en la cerradura, no dejaba lugar a dudas.

La puerta de hierro arañó el suelo y alguien entró, portando consigo algo que bien podría ser una lámpara. Muy pronto una mancha de luz lechosa se expandió como un líquido en la oscuridad de la celda.

—¡Maldita sea, qué pestilencia! —exclamó una voz áspera—. ¡Os cambiaré ahora mismo el cubo, antes de que la persona que ha venido a veros ponga un pie aquí!

Sin más dilación, la figura que había entrado tan sigilosamente y que debía de corresponder a una de las hermanas del monasterio desapareció tal como había llegado, dejando la linterna iluminando la celda.

Francesca se fue habituando poco a poco a la penumbra, aunque penosamente.

Al final alguien entró en el cubículo.

Francesca intentó levantar la vista, pero no conseguía enfocar al visitante. Sus ojos distinguían tan solo una forma indeterminada que, sin embargo, le pareció que pertenecía a una mujer alta, de esbelta figura. Una nube de perfume entró con ella y ya solo por eso Francesca se sintió agradecida.

No obstante, por más que se esforzaba, no reconocía en absoluto el rostro que tenía ante sí.

Su victoria era casi absoluta.

Al ver en lo que se había convertido la joven Erizzo, la condesa Von Steinberg tuvo que apelar a todo su autocontrol para no soltar un grito de disgusto. La había buscado durante todo un año y ahora, gracias a las informaciones recogidas, la había encontrado. Al ver el trágico final de Francesca experimentó un secreto placer. Ni siquiera en sus sueños más audaces hubiera podido esperar tanto. La odiaba, porque era una muchacha de origen noble, consentida desde la niñez, que había echado a perder su vida por un hombre que no valía nada, y también porque su presencia era un recordatorio de todo lo que ella nunca había tenido al nacer y que tanto había deseado. No había chelín ni joya que la condesa no se hubiera ganado con su esfuerzo. Ciertamente procedía de una familia de la nobleza, pero desde la más tierna edad su infame padre había porfiado por dejarla sola y sin dinero, con el título como único bien. Durante mucho tiempo su vida había sido más pobre que la celda en la que acababa de entrar.

Por ese motivo había elegido a Francesca como víctima de Casanova. Todo había sido planificado al detalle. Y el desafío no solo le había servido para capturar al libertino, sino

también para vengarse de todas las jóvenes que habían disfrutado de esa infancia feliz que a ella le había sido negada.

Una vez alcanzada su meta, la idea de poder arrebatarse a Francesca cualquier esperanza le había parecido irresistible. Solo podría considerar que había alcanzado plenamente la victoria si se daba una circunstancia y, para conseguirla, Margarethe no había vacilado en sobornar y seducir a quien fuera con tal de descubrir dónde estaba encerrada la joven.

Y precisamente por ello se encontraba allí.

Al verla en semejante estado, cualquiera se hubiera compadecido de ella. No así la condesa Von Steinberg.

Mientras Francesca trataba de reconocerla, sin acabar de conseguirlo, Margarethe la observó, al tiempo que sostenía entre las manos la poma de olor, una maravillosa esfera de oro y plata que esa misma mañana se había colgado al cuello precisamente con vistas a esa visita. Había hecho bien, porque un nauseabundo hedor a descomposición, excremento, moho y gallinero la había sacudido desde el mismo momento en que puso pie en el cubículo donde estaba recluida la muchacha.

Las esencias de enebro y alcanfor la confortaron. Luego dejó que su mirada inquisitiva examinara detenidamente y sin piedad lo que quedaba de aquella chiquilla que durante un tiempo había sido la amante de Giacomo Casanova.

Vio a una mujer de rostro hundido y de pómulos afilados. Un nido de cabellos rojizos, convertidos en una enredada madeja, hacían resaltar más aún la piel clara, macilenta. Los ojos eran lo más inquietante: los iris verdes habían perdido el color, como los de un ciego.

Francesca llevaba una túnica de tela de saco. De ahí, negras hileras de cucarachas salían corriendo para camuflarse por alguna de las numerosas rendijas de las paredes.

Margarethe apretó entre sus dedos la poma de olor e inspiró profundamente las esencias contenidas en el pequeño cofre cincelado.

—Francesca, vos no me conocéis, pero os aseguro que soy vuestra amiga —dijo.

—¿De verdad? —musitó la joven, como si su voz se deslizara suavemente, como un filo sobre una lámina de cristal.

—Así es. No alcanzo a comprender cómo ha podido abandonaros de esta manera vuestra familia.

—¿Quién sois? —fue todo lo que Francesca logró pronunciar como respuesta.

—Una vieja amiga de un hombre que os es querido.

Al oír esas palabras, Francesca abrió los ojos de par en par.

—¿Giacomo...? —murmuró en un suspiro, como si no creyera lo que estaba ocurriendo.

—... Casanova —completó la condesa.

## Conversando de política

Había estallado la guerra. Prusia había invadido Sajonia sin tan siquiera una declaración formal pero, dada la situación, ¿qué otra cosa tendría que haber hecho Federico II? A pesar de que los primeros enfrentamientos no habían favorecido a Austria, no se podía decir que la reina María Teresa de Habsburgo hubiera perdido el tiempo.

Pietro Garzoni intentaba enfatizar las razones de su confianza. Por su parte, tanto Andrea Tron como Marco Foscarini no dejaban de subrayar la importancia de la neutralidad de Venecia en un conflicto de proporciones preocupantes.

Los tres estaban debatiendo justo en medio de la Scala dei Giganti. Marte y Neptuno, las dos colosales estatuas de mármol blanco esculpidas por Sansovino, parecían burlarse de sus palabras: el dios de la guerra y el del mar representaban modelos completamente olvidados por esos hombres, tan afanados en reafirmar la importancia de no tomar parte en el conflicto que acababa de propagarse por Europa.

Pero a Garzoni la iconografía le importaba un comino. Lo que le importaba era la influencia absoluta sobre aquellos que, tarde o temprano, habrían de elegir a un nuevo dogo. Y, teniendo en cuenta el estado de salud de Francesco Loredan, convenía aprovechar el momento.

Por tal motivo en el último año había procurado favorecer a las familias Tron y Foscarini gracias a sus buenos oficios con Austria. Nada explícito ni obvio, pero una monarquía potente como la de la reina María Teresa necesitaba armas, munición, buenas telas, manufacturas de todo tipo, y algunos de los encargos más importantes recayeron directamente a las grandes familias venecianas que —libres de la posible competencia en un singular régimen de monopolio, que se hizo más eficiente gracias al recién surgido conflicto— aprovechaban cualquier oportunidad. Mientras así razonaba, Garzoni disfrutaba del pálido sol otoñal. Era un octubre extraño, en que se alternaban días benignos y jornadas de frío intenso, y el hecho de poder conversar al aire libre representaba un lujo al que los miembros del Consejo de los Diez no estaban dispuestos a renunciar.

Tron ya había sobrepasado los cuarenta: era un hombre de gran carisma y poder. Antiguo embajador en Viena, en el último período había encontrado tanto apoyo en la corte austríaca que no dudaba en augurar un futuro radiante para la monarquía de María Teresa.

En cuanto a Marco Foscarini, era un viejo sabio, un hombre de edad avanzada y que, sin

embargo, mantenía una envidiable forma física gracias a un temperamento verdaderamente extraordinario.

—Austria no tiene tantas dificultades como se podría creer —sostenía Tron—. Es cierto que Federico II de Prusia ha cosechado un primer éxito en Lobositz, pero su situación, digámoslo claro, es desesperada. Se diría que estamos asistiendo a la emboscada de tres fieras que rodean a su presa para luego repartirse el botín.

Marco Foscarini lo miró intensamente.

—¿Vos lo veis así?

—No solamente lo veo, sino que lo afirmo con rotundidad: Austria, Francia y Rusia asedian su reino, ¿no os parece? —reiteró Tron.

—Es verdad. Personalmente espero que sea Austria la que lo logre finalmente. Después de todo, si Prusia se convierte en una fuerza de primera línea, eso no va a conducir a nada bueno. Es más, tendría un efecto fuertemente desestabilizador. Sin embargo, desde cualquier punto de vista conviene que nos mantengamos en una posición equidistante, neutral a todos los efectos —añadió Marco Foscarini con sabiduría bien calibrada.

—Conocemos vuestras convicciones, amigo mío —dijo Garzoni en tono deferente—. Y las compartimos plenamente.

—Sí —secundó Tron—. Por lo demás, a juzgar por lo que nuestros mercaderes están ganando con la venta de armas, cabe confiar en que el conflicto continúe, al menos mientras se mantenga lejos de nosotros.

—Y así deberá ser siempre —subrayó Foscarini. Mientras los tres hablaban, se les acercó Alvise IV Giovanni Mocenigo subiendo los escalones.

Como de costumbre, su rostro mostraba una expresión entre la soberbia y la autosuficiencia que tenía como efecto inmediato soliviantar a Pietro Garzoni. Sin embargo, este se hizo el firme propósito de no ceder a las provocaciones que, sin duda, no tardarían en llegarle.

Mocenigo escuchó en silencio mientras el inquisidor general ilustraba su punto de vista, que coincidía con las opiniones de Tron y Foscarini, pero no tardó en menear la cabeza. Entonces, en cuanto lo consideró oportuno, decidió intervenir:

—No me parece que Austria sea favorita en este conflicto. Al contrario, estoy convencido de que monarquías como la de Inglaterra o Prusia están mejor preparadas para salir airoso.

Por toda respuesta, Garzoni estalló en una carcajada y acto seguido expuso su punto de vista:

—A fe mía, Mocenigo, no veo cómo Federico de Prusia podría vencer: las posesiones de María Teresa de Habsburgo son cinco veces superiores a las suyas, los súbditos de la zarina Isabel equivalen a los de la monarquía austríaca y al menos doblan los de Prusia, exactamente como los estados alemanes, preparados, si llega el caso, para intervenir a favor de María Teresa. Por no hablar de Francia, Suecia y Dinamarca, que se han aliado con los Habsburgo. Por ello,

sinceramente, no veo que Federico tenga la menor posibilidad de victoria. Y además, desplegar el ejército en Bohemia ha sido un golpe de extraordinaria estrategia militar.

Mocenigo parecía disgustado.

—Una estratagema vulgar —replicó—. Digna de las enseñanzas de un hombre como Von Kaunitz.

—No os lo niego —replicó Garzoni—. Pero en la guerra no hay lugar para la elegancia y los sentimentalismos. ¿Ha sido ambigua María Teresa respecto al motivo de la invasión de Bohemia? ¡Tal vez! Pero el exterminio y el saqueo que Federico ha perpetrado en Silesia son acciones propias de un bárbaro... Por eso soy de la opinión de que ahora Austria reaccionará de una manera que dejará huella.

—Entiendo vuestro punto de vista, Garzoni, y comprendo bien la razón de algunas de vuestras afirmaciones —replicó Mocenigo en un tono que dejaba entrever más de lo que decía.

Después de aquella enésima provocación, el inquisidor general preguntó, molesto:

—¿En serio? ¿Y cuál sería?

—¿Cómo? —preguntó Mocenigo, aparentemente sorprendido por aquella repentina agresividad.

—La razón, ¿cuál sería?

—¡Ah, ya lo capto! Entonces ¿queréis que sea más explícito?

—¡Por supuesto! Preferiría que me dijerais las cosas a la cara en lugar de insinuar sin tener el valor de hablar abiertamente.

—De acuerdo. Está bien; vos lo habéis querido. La razón se debe al hecho de que, mediante vuestra tupida red de espías, habéis establecido un servicio de inteligencia con Austria. Gracias a ello os beneficiáis de informes sumamente discutibles, porque fueron obtenidos de manera precipitada, cuando no de modo abiertamente delictivo.

—¿Cómo decís? —Garzoni no daba crédito a sus oídos.

—Ya me habéis oído —respondió Mocenigo con firmeza. Tron y Foscarini estaban perplejos.

—Dejad que os diga una cosa, entonces —replicó el inquisidor general con suma hostilidad—. Sois vos quien perjudicasteis gravemente el orden público al inhibiros cuando yo recomendaba prestar atención a la degradación progresiva de la moral y las costumbres. Cuando solicité la máxima atención sobre la conducta potencialmente subversiva de un libertino que todos conocemos, despachasteis la cuestión con una sonrisa, aunque luego cambiasteis de opinión cuando quedó demostrada su implicación en asuntos de magia negra. Pero incluso en ese momento os obstinasteis en rechazar pruebas abrumadoras. Que ahora os atreváis a hacer acusaciones sin aportar hechos me resulta cuanto menos extraño. Los señores Tron y Foscarini son mis testigos: me estáis insultando.

—Bueno —dijo Tron dirigiéndose a Mocenigo—. En efecto, vuestras palabras me parecen

temerarias y, por añadidura, bastante odiosas, pues no son fruto de unas pesquisas precisas, sino de vuestra vieja amistad con un hombre que nadie ha soportado nunca: Giacomo Casanova. Conocemos vuestras convicciones, la intención de alentar una corriente reformista, dando voz a pensadores revolucionarios y posibles aliados de los nuevos tiempos, pero con nosotros no encontraréis las puertas abiertas a vuestra visión de las cosas, Mocenigo. Tendréis que aceptarlo. —Y, según lo decía, esbozó una sonrisa magnética, como para dejar claro de qué parte estaba.

—No puedo más que estar de acuerdo con mis colegas —se limitó a decir con prudencia Foscarini, que, incluso en aquellas situaciones en las que podía sobresalir, siempre optaba por la medida y la cautela.

—Pues bien, ¡sea! —tronó por una vez Mocenigo—. ¡Lo acepto! ¡Pero no penséis siquiera por un instante que sois intocables!

Y con esas palabras se volvió sobre sus talones, bajó la Scala dei Giganti y se alejó a toda prisa.

## Los Piombi

Los meses transcurridos habían hecho emerger todos los fantasmas y miedos de Giacomo. Casi había enloquecido al pensar lo que podía haberle ocurrido a Francesca; ninguna otra cosa le importaba. ¿Dónde habría ido a parar? ¿Cuál habría sido su suerte? ¿Habría descubierto la muerte de Zaguri? ¿Estaría todavía enamorada de él? Sus noches estaban pobladas de sueños en los que se veía haciendo el amor con ella, pero luego, cada vez, sus fantasías se volatilizaban y se desvanecían en la oscuridad de la pesadilla: el rostro de Francesca se distorsionaba en una máscara de horror y su cuerpo perfecto, blanco, flexible, se convertía en un junco deforme que se deshinchaba en una nube de polvo hasta que entre los dedos ya no le quedaba nada más que el burlón silbido del viento.

Gaviotas en el cielo: las había oído llegar en bandadas y chillaban irredentas, como si quisieran recordarle una vez más su prisión. Día tras día, mes tras mes, había luchado contra la locura, alimentando un deseo de venganza frente a todos aquellos que lo habían convertido en un chivo expiatorio, el peón de un juego cuyo alcance apenas lograba intuir.

Esta conciencia, no obstante, lo había empujado a reaccionar. No había perdido el ánimo y en ese momento, mientras oía el repiqueteo de la lluvia contra el tejado, solo pensaba en cómo escapar de allí. Huir de aquella cárcel era la única manera de volver a ser libre: libre para respirar, para consumir su venganza, para encontrar a Francesca.

Se acarició la larga barba oscura que le enmarcaba el rostro. Había crecido bien tupida y tocarla le ayudaba a reflexionar. Pero no era el momento de plantearse cómo se veía ante el mundo, puesto que el mundo lo había encerrado en una jaula y había tirado la llave.

Sopesó la situación. Había sido confinado en los altillos del Palacio Ducal. El nombre de la prisión, los Piombi, procedía del hecho de que el techo no era de pizarra, y menos aún de tejas, sino compuesto de simples planchas de plomo de tres pies cuadrados de ancho aproximadamente y de cuatro a cinco pulgadas de espesor. Debido a la disposición de las celdas, no había modo alguno de subir y bajar de la prisión sin pasar por la sala de los inquisidores generales. Por tal razón Giacomo había excluido una fuga por el interior.

Las llaves de las celdas estaban en posesión del secretario de la prisión, que se las entregaba cada mañana al carcelero. Las celdas eran siete, tres de las cuales estaban orientadas al sur y

cuatro hacia el este. Los aleros que corrían a lo largo y bajo el techo de las primeras daban al patio del palacio; las otras terminaban en perpendicular sobre el canal.

Giacomo miró la celda: allí observó el cubo para defecar, el sillón que había logrado que le trajeran y sus amados libros, que le habían permitido conservar la cordura en esos días de reclusión, amontonados por el suelo en pilas desordenadas. Cerca de ellos relucía una aguja de hierro que había conseguido de forma rocambolesca.

Después de los primeros meses, de hecho, los carceleros le habían concedido media hora de paseo en el amplio ático que constituía la antesala de la celda. En aquella pausa diaria había detectado algunos objetos que podría utilizar para su causa, si su propósito era planificar una evasión. En un primer momento le llamó la atención un cofre lleno de fajos de papel y plumas de oca para escribir. Luego se fijó en un bloque de mármol negro, brillante y pulido, que había tomado sin ser visto y que, a la vuelta del paseo, había escondido entre sus ropas en la celda.

Las tardes se sucedían, las medias horas en el ático también, y un buen día Giacomo reparó en que, cerca de un montón de muebles viejos, había un tornillo de hierro abandonado. Lo cogió y lo escondió bajo las solapas de la levita, ya desgastada.

Al volver a la celda, recordó el bloque de mármol y comenzó a frotar el tornillo contra la piedra. Al cabo de algunas semanas había logrado afilarlo hasta convertirlo en un punzón, perfecto para lo que tenía en mente.

Trabajando día tras día, había conseguido abrir en el suelo un agujero de tamaño suficiente como para caber en él, y lo había disimulado colocando el sillón encima. Los escombros y virutas producto de su trabajo las convertía en polvo que luego esparcía, durante sus paseos por el ático, detrás de los viejos muebles o de las pilas de cuadernos.

Desgraciadamente, durante un registro, los carceleros habían descubierto el hueco y lo habían conducido a una nueva celda. En ese momento las sospechas de una posible huida se habían visto confirmadas y los controles se multiplicaron. Por fortuna, Lorenzo, el carcelero que le habían asignado, no había encontrado el punzón. Y tampoco el secretario de los inquisidores generales, Domenico Cavalli. También él había intentado descubrir si Giacomo escondía alguna cosa. Fue en vano.

Sin embargo, desde entonces registraban su celda cada día y ya no le era posible abrir ningún otro agujero.

Pero el nuevo plan de fuga ya estaba concebido. Solo había un problema: no podía huir por sí mismo. Necesitaba a otro hombre, alguien no sospechoso de querer escapar. Le entregaría a él el punzón. De ese modo, el hombre conseguiría perforar el techo durante la noche. Desde allí, arrastrándose por la cavidad bajo el techo del palacio, podría llegar al tejado del cubículo de Giacomo y perforarlo. A través de ese agujero, Casanova saldría y en ese momento, juntos,



podrían agujerear el techo del palacio en un punto concreto, apartar la plancha de plomo y, desde allí, arrojarse al exterior y huir.

Había un prisionero como él, en los Piombi, con el que se comunicaba a través de cartas que metían en el lomo de los libros: se llamaba Marino Balbi y era un fraile somasco. Su modo de intercambiarse información era lo más simple que cabía imaginar: uno de los dos le pedía al carcelero de turno que le trajera un libro del otro y aprovechaban la encuadernación como una especie de sobre para los mensajes.

¿Sería posible utilizar uno de los libros para entregarle el punzón? Su fuga dependía de ello. Cierto, parecía un plan descabellado, con escasas probabilidades de éxito, pero ¿qué otra cosa le quedaba, sino desafiar abiertamente el peligro? Si pasaba un solo mes más en prisión enloquecería del todo, por lo que de todos modos moriría. Por lo tanto, bien valía la pena hacerlo con estilo. Al menos, si lo mataban durante su fuga, su nombre recobraría cierto valor. Tal vez algún alma caritativa le relataría su hazaña a Francesca, donde quiera que ella se encontrara.

¿No sería esa una muerte digna, en lugar de quedarse allí marchitándose como un gusano, consumido por la espera y por el deseo de reconquistar la libertad para volver a verla algún día?

## La desesperación

Margarethe von Steinberg, que había acariciado largamente aquel momento, contemplaba a Francesca con infinita dulzura y fingió conmoverse al ver el estado al que había quedado reducida.

—Señora, ¿qué es lo que os angustia? —le preguntó la joven. La condesa no respondió—. Os lo ruego, hablad. Una amiga de Giacomo es amiga mía. La única que me queda.

—Sois un ángel, querida mía. —La condesa Von Steinberg continuó su impostura—. Y ello hace que mi tarea resulte todavía más difícil.

Un aciago presentimiento pareció adueñarse de la celda de Francesca. La inquietud se manifestó de repente, como si hubiera sido producida por la sombra sanguínea que la lamparilla lanzaba sobre las paredes oscuras y empapadas de humedad.

—Hablad —dijo la muchacha con resolución. Estaba segura de que aquella visita tan extraña, por lo inesperada, era el preludio de una tragedia inminente.

La condesa finalmente pareció hacer acopio de valor.

—Me llamo Gretchen Fassnauer —mintió—. Y os traigo con la muerte en el corazón la voluntad de Giacomo Casanova. No creo que sea importante ahora explicaros cómo lo conocí; baste con decir que durante el tiempo que he hablado con él no ha hecho otra cosa que nombraros. Por la amistad profunda que me une a él no he dudado en prestarme para la más ingrata de las tareas...

Mientras así hablaba, observó que Francesca se deshacía en lágrimas.

Era un llanto silencioso, pero tan conmovedor que en ese momento la condesa sintió, acaso por primera vez, que su alma se retraía por un instante. Sin embargo, prosiguió de inmediato, retomando la palabra.

—En este preciso instante Giacomo Casanova está muerto, ajusticiado por el homicidio de Alvise Zaguri. Antes de afrontar el patíbulo me ha rogado que os diga que os amaré siempre y que su único dolor era no volver a veros en este mundo...

Margarethe se detuvo, dejando que las palabras penetraran pérfidamente como cuchilladas en el cuerpo demacrado y extremadamente consumido de Francesca.

La joven se había doblado hacia delante, como si aquella noticia la hubiera partido en dos. El nido sucio de sus cabellos rojizos se había deshecho y ahora le caía sobre el rostro como una

telaraña de fuego. La piel blanca, de alabastro amarillento, parecía a punto de desintegrarse bajo el resplandor de la lumbre.

Se desplomó en el suelo en silencio, volviendo a la oscuridad de la que, por un segundo, había creído resurgir.

—Señora, es hora de que os vayáis —dijo una de las hermanas, abriendo la puerta de la celda.

—Lo siento, querida mía —tuvo todavía el descaro de afirmar la condesa Margarethe von Steinberg.

Volvió a coger la lámpara y salió, mientras la monja cerraba con llave la puerta de la celda.

Francesca se quedó en el suelo. El llanto le anegaba los ojos mientras un dolor metálico le desgarraba el corazón.

—Giacomo —susurró en un último suspiro. Se aferró a ese nombre una vez más, aunque sabía que sus esperanzas habían quedado hechas pedazos—. ¡Giacomo! ¡Giacomo! ¡Giacomo! —repetía cada vez más fuerte, hasta que el nombre se convirtió en un grito: contra el mundo que la había calificado como la peor de las putas, contra los hombres que habían conspirado contra ella, asesinando aquel sentimiento limpio, sincero, puro... Contra Venecia, que había matado al amor de su vida.

Y sus gritos retumbaron en los muros y se prolongaron durante toda la noche, haciendo temblar las paredes de la celda.

Nadie quiso escucharla.

La dejaron allí hasta que no tuvo más voz para gritar; hasta que, exhausta, volvió a vegetar en la oscuridad.

Derrotada.

Para siempre.

## Revelaciones

Un año más tarde estaba de regreso. Consideraba que las aguas habían vuelto a su cauce. Sus actividades mercantiles habían sufrido cierta merma, pero al menos se había salvado de la soga, lo que era mucho más de lo que cabía esperar.

Casanova estaba encerrado en los Piombi, pero, a juzgar por los cargos que le habían imputado, nadie sospechaba los hechos que habían ocurrido realmente.

Gastone Schiavon abrió el portón del palacio. Había despedido a sus sirvientes el mismo día en que se había marchado, de modo que no esperaba encontrar la casa ordenada.

El patio estaba en un estado lamentable. Las plantas, secas o muertas en los tiestos. El mármol, incrustado de hielo en aquel otoño que se asemejaba ya al invierno.

Schiavon subió la escalera que llevaba a la planta noble. La luz del farolillo que portaba en la mano ondeaba febrilmente. Al llegar arriba, giró la llave en la cerradura, la puerta se abrió y el salón le dio la bienvenida. Los muebles, cubiertos con lienzos de lino, parecían propiedad del rey de los fantasmas. Frente a él vio la gran chimenea. Algún alma caritativa había dejado leña en el hogar, lista para ser prendida.

Tocó los troncos. Estaban milagrosamente secos. Cogió un poco de yesca, la prendió con la llama del farolillo y la lanzó sobre la leña. Muy pronto el fuego comenzó a alargarse en lenguas anaranjadas.

En cuanto la palpitante esfera de las llamas se proyectó en la habitación, Gastone se percató, no sin sorpresa, de que un hombre estaba sentado en uno de los sillones de la sala.

Casi dio un salto del susto.

Como si intuyera el sobresalto del dueño de la casa, el hombre levantó la cabeza, quitándose el tricornio arrugado y raído, y poniéndoselo a la altura del pecho. Parecía que iba a dar las gracias a alguien.

A la luz del fuego, Gastone Schiavon vio dos ojos color turquesa extraordinariamente luminosos y fríos que lo clavaban a su destino antes incluso de que el individuo se tomara la molestia de acusarlo. Todavía peor: el hombre se puso en pie, desplegando toda su considerable altura. Tenía el cabello rubio ceniciento, tan claro que parecía de plata.

Fue su sonrisa diabólica la que reveló sus intenciones.

—¿Quién sois? —preguntó Schiavon con voz temblorosa.

—¿Quién pensáis que soy? —replicó el hombre, con actitud ambigua.

—Un ladrón o un bandido.

—Y si realmente lo fuera, ¿creéis que os habría esperado aquí, en casa?

Schiavon no supo responder a esa pregunta. El hombre meneó la cabeza, apoyando el tricornio en el sillón.

—Al contrario, no tenéis ni idea de cuánto tiempo hace que os estoy buscando —dijo lacónicamente. Hablaba con displicencia, como si le costase mucho esfuerzo.

Gastone Schiavon sintió un escalofrío. El terror aumentó cuando el hombre desenvainó una espada resplandeciente y lo amenazó con ella. Notó la frialdad del acero contra la nuez. La mirada del hombre parecía incendiarse, tal vez por el reflejo del fuego de la chimenea, tal vez por el placer que este experimentaba al tenerlo en su poder. Sin que mediaran palabras o explicaciones, Schiavon comprendió que aquel sujeto disfrutaba infligiendo daño: su aspecto era el de un villano de novela libertina barata. Él no era un lector apasionado, pero recordaba haber experimentado cierto placer al adentrarse en las aventuras eróticas de una muchachita cuyo nombre no recordaba... Fanny... Fanny no sé qué. Y el individuo que tenía delante le parecía una verdadera amalgama de perversión y depravación, a juzgar por sus dientes monstruosos y el aliento demoníaco que no había dejado de contaminar el aire desde que había abierto la boca.

—¿Qué os proponéis? —murmuró Schiavon con un hilo de voz. La punta de la espada seguía apoyada en su cuello y el terror le dificultaba todavía más el hablar.

El desconocido no fue capaz de reprimir una sonrisa.

—Soy Jacopo Zago —se presentó—, capitán de la guardia de distrito y lugarteniente al servicio del inquisidor general de la Serenísima República, Pietro Garzoni.

Schiavon tragó saliva y notó la garganta árida, como si tuviera grava en ella. La boca se le secó. La náusea le subió hasta los ojos.

—Estáis arrestado —declaró Zago—. Podéis elegir seguirme por voluntad propia o dejar que sea mi espada la que decida. ¿Qué preferís?

Mientras pronunciaba esas palabras cortó el aire un par de veces con la espada, haciendo que la hoja dibujara una cruz imaginaria. El doble silbido cortante fue como un presagio de muerte.

Gastone Schiavon no necesitaba muchos estímulos en tal sentido. Alzó las manos.

—No tengo ninguna intención de resistirme. Tan solo os ruego que me permitáis hacer dos preguntas. La primera, saber cómo habéis entrado. Y la segunda, de qué se me acusa.

Zago asintió como si estuviera esperando esas preguntas.

—Os lo concedo; aquí están las respuestas. —Mientras hablaba se acercó a la ventana y abrió los postigos—. Alguien había dejado la ventana abierta. Trepar hasta ella no fue complicado. Por lo que respecta a mis credenciales y a la razón de vuestro arresto, pues bien, aquí están —dijo, sacando del bolsillo de la mugrienta levita un papel que arrojó sobre la mesa.

Schiavon lo cogió: llevaba el sello del inquisidor general. Rompió el lacre, que le crepitó entre las manos mientras se hacía pedazos. Abrió el pliego y leyó.

Cuando terminó, comprendió que no había esperanza.

Zago volvió a recurrir a la enésima horrible sonrisa.

—Como veis, debo custodiaros hasta el Palacio Ducal para que el inquisidor general pueda interrogaros. Prestaréis declaración respecto a los hechos de los que fuisteis testigo y sobre los que durante todo este tiempo habéis evitado facilitar información vital para la Serenísima República.

Mientras lo escuchaba, Schiavon sacó del bolsillo un pañuelito de finísima batista y se lo llevó a la nariz. Estaba impregnado de agua de colonia y la potente y seca fragancia consiguió por un momento darle alivio frente al aliento pestilente de Zago.

—De acuerdo —dijo—. No veo otra salida.

—En efecto, no la tenéis —le recordó su torturador con un destello en la mirada—. Y si me lo permitís, señor Schiavon, añado que sois un miserable, en comparación con una mujer a la que he tratado recientemente. No sabéis cuánta satisfacción me reporta conducirlos frente al inquisidor general. —Y según lo decía, Zago chasqueó los dedos—. ¡Venga, adelante! ¡Andando!

Schiavon contempló el salón y comprendió que nunca más volvería a verlo. Había aguardado con la vana esperanza de salvar, si no sus riquezas, sí al menos su propia vida. Pero desde que asistió a aquel maldito duelo su destino había quedado sellado. Lanzó un último vistazo a la mesa, al fuego de la chimenea, a los sillones, y suspiró.

Después, lentamente, se encaminó hacia la puerta.

## El plan

Giacomo esperaba que funcionase.

Era un riesgo, por descontado, pero toda su vida lo había sido. Y, por lo demás, tampoco le quedaba otra opción.

Así que le pidió a Lorenzo, el guardián que se ocupaba de él, que le devolviera de su parte a Marino Balbi una Biblia, una lectura que le había servido de gran consuelo, había subrayado. Contenía magníficas ilustraciones y le había confortado en aquellos tétricos días en prisión.

El carcelero pareció satisfecho con la explicación y le había prometido que le entregaría el libro.

Como medida de seguridad, Casanova había pedido que, junto con la Biblia, también se le llevara a Balbi un gran plato de macarrones cubiertos de queso parmesano y mantequilla fundida: deseaba dar las gracias a aquel fraile que tanta cortesía le había mostrado al prestarle aquel libro magnífico.

Y tampoco sobre ese punto el carcelero tuvo nada que añadir.

La idea, aparentemente extravagante, del plato de macarrones no estaba exenta de lógica. Giacomo sabía lo glotón que era Lorenzo. La vista de la mantequilla fundida y del queso sobre los macarrones le mantendrían la mirada clavada en el plato, de modo que tal vez prestaría menos atención al libro que él utilizaba como correo. Muy probablemente no se fijaría en el lomo de la Biblia y, confiaba, no se daría cuenta del punzón que se ocultaba allí.

Giacomo cruzaba los dedos. Si Lorenzo realmente entregaba el volumen, Balbi obtendría el instrumento adecuado para ejecutar el plan de fuga que, carta tras carta, habían acordado en aquellos últimos días: perforar el techo, encaramarse y meterse por el agujero; recorrer el bajo techo hasta llegar a la celda de Giacomo y agujerear desde arriba el techo de esta. Una vez que ambos se encontraran en el altillo, podrían empujar la plancha de plomo del tejado y, tras salir al exterior, alcanzar la cima del Palacio Ducal. De esta forma escaparían juntos de allí, en plena noche.

Pero la certidumbre, según había descubierto Giacomo, no era cosa de este mundo. Sabía por qué Balbi había elegido la noche para actuar: el día siguiente era Todos los Santos y el edificio, después de la puesta de sol, estaría desierto. No había decidido el momento de la fuga al azar. Todo estaba estudiado al detalle. Ahora solamente había que esperar a que el monje confiara en su

plan y mantuviera la promesa de liberarlo. Una sombra de duda le roía el corazón, sugiriendo lo contrario. Por otro lado, Marino Balbi siempre había sido un hombre de palabra. Era un fraile alegre y jovial, no ajeno a debilidades que le recordaban mucho las suyas propias, pues resultaba que estaba en los Piombi por haber dejado preñadas a tres mujeres; un hecho que a Giacomo se le antojaba más un mérito que una culpa, pero puesto que Venecia ya se hallaba en manos de una caterva de prudentes hombres de poder, siempre más dispuestos a censurar la libertad que a predicarla, había poco motivo de sorpresa.

Casanova estaba inmerso en sus pensamientos, contando las horas que lo separaban de la noche, cuando le anunciaron una visita.

Ese acontecimiento lo pilló completamente desprevenido. En tantos meses de reclusión, nadie se había acercado a hablar con él. ¿Quién podría ser?

Muy pronto saltó el pestillo, la puerta se abrió y ante sus ojos apareció la elegante figura de Alvise IV Giovanni Mocenigo.

Giacomo lo miró, sorprendido y admirado al mismo tiempo, ya que el político que se hallaba ante él se contaba entre los de más autoridad y elegancia de la Serenísima República. Es más, era como si el refinamiento en el vestir amplificara su prestigio y credibilidad.

La peluca impecable e inmaculada contrastaba de manera singular con los profundos ojos negros. Mocenigo llevaba una chaqueta suave y refinada, de puños sobrios, abierta sobre un espléndido chaleco de seda, adornado con botones de oro y piedras preciosas. Las calzas, igualmente de seda, y unos zapatos elegantes completaban su acendrada indumentaria.

Al mirarlo, Giacomo se descubrió envidiándolo. Él, que debía de ofrecer un aspecto salvaje, él, que solo contaba con su propio ingenio como único recurso para escapar de ese lugar maldito. Alvise IV Giovanni Mocenigo no parecía tener intención de perder tiempo. Tras un escueto saludo con la cabeza, como si hubiera intuido la perpleja curiosidad del prisionero, fue directo al grano:

—Señor Casanova, os estaréis preguntando por el motivo de esta visita mía. Lo comprendo. Os bastará saber que siempre me opuse a vuestra condena, aunque mi opinión no fue suficiente para evitarla.

Giacomo estaba sinceramente estupefacto.

—¿Lo decís en serio? Me resulta difícil creerlo, excelencia. Vuestra familia es la más importante de Venecia, y si ni tan solo vos habéis logrado impedir un hecho como este, significa que nuestra amada República está perdida —dijo con una sonrisa entre burlona y amarga.

—Veo que aún tenéis agallas para bromear. Os lo reconozco, señor Casanova: sois muy valiente. Pero mi propósito esta noche no es hablar de vuestro innegable coraje, sino que quisiera ponerlos sobre aviso respecto a un asunto que conozco bien y que os podría dar la razón mucho más de cuanto creéis.

El misterio se iba haciendo más complejo. Giacomo quería saber más.



—¿Podrías ser más explícito?

—Creo que Pietro Garzoni trabaja para los servicios secretos de la casa de Austria con el propósito de que Venecia termine siendo una provincia del reino de María Teresa. Al actuar de ese modo, obtendría el dogado que anhela y, al mismo tiempo, garantizaría un gobierno filoaustríaco sin siquiera un disparo de mosquete.

Casanova abrió los ojos de par en par. Pero Mocenigo no había terminado:

—¿Qué es lo que me lleva a tales afirmaciones? Diversas cuestiones. En primer lugar, la llegada a la ciudad, hace ya un tiempo, de la condesa Margarethe von Steinberg. Aunque eso ya lo sabéis, ¿no es cierto? En segundo lugar, el arresto de vuestra persona. De esta forma, Garzoni ha alejado de sí cualquier sospecha: denunciando un delito que no cometisteis, inició una cruzada en favor de la decencia y de la moralidad (y a ese respecto vuestro comportamiento, mi querido Casanova, siempre ha sido desafortunado), lo cual le brindó nuevos aliados y, al mismo tiempo, le permitió continuar con sus actividades sin que nadie lo molestara. En tercer lugar, con los fondos que Austria proporcionará a nuestros mercaderes gracias al comercio de armas y de equipamientos para las tropas (a propósito, aprovecho para informaros de que Europa está en guerra), Garzoni ampliará enormemente el círculo de sus fieles. Sabéis perfectamente cuántos votos necesita para salir victorioso en caso de elecciones dogales...

Casanova interrumpió aquel torrente de reflexiones:

—De acuerdo, Europa está en guerra. ¿Y Venecia?

—Venecia se mantiene oportunamente neutral. Pero, como he dicho, no desdeña hacer negocios con una de las partes implicadas.

—¡Ah! Vuestro relato me ha sorprendido profundamente. Lamento no haber comprendido todo esto desde el principio, porque así me habría evitado el presidio —dijo Giacomo con un tono de amarga ironía. Luego añadió—: Sin embargo, puesto que no sé nada de cuanto me estáis contando, os pregunto... ¿adónde queréis llegar?

Mocenigo asintió.

—Os lo digo de inmediato. —Y continuó con su análisis—: Bien sabéis la complejidad que entraña el proceso de votación del dogado. Los treinta miembros de la Quarantia elegirán una boleta, luego nueve de entre los treinta volverán a ingresar en el Maggior Consiglio y elegirán a cuarenta. Los cuarenta luego se reducen a doce que, a su vez, votarán veinticinco. Estos últimos bajarán a nueve de nuevo para elegir a cuarenta y cinco. Y estos, de nuevo reducidos a nueve, nominarán finalmente a los electores efectivos del dogo, que serán cuarenta y uno. ¿Por qué os estoy recapitulando todo esto? Porque es evidente que, si quiere ganar, Garzoni tiene que comprar los votos de un gran número de personas... Y esto me lleva al cuarto y último punto.

—¿Que sería...? —preguntó Giacomo.

—La salud de Francesco Loredan. Dado el grave estado en que se encuentra el dogo, es

plausible considerar que Garzoni tenga que darse prisa para tener alguna posibilidad. Si faltara nuestro querido dogo, como se especula desde varios círculos, el inquisidor general estaría listo para ocupar el puesto. Por ello, señor Casanova, es por lo que he venido a proponeros un pacto.

Giacomo abrió los ojos desmesuradamente. Ahora comprendía. La vaga sensación de haber sido un peón en un juego más grande se había convertido en una certeza. La condesa Margarethe von Steinberg había jugado maravillosamente sus cartas y él había caído en la trampa como una mosca en una tela de araña, devorado por su propia necesidad de causar asombro hasta el punto de haber subestimado a su adversaria. ¡Qué idiota había sido! Aunque, por otra parte, gracias a ella había podido conocer el amor. Y Francesca bien valía todo aquello que estaba pasando.

Su respuesta fue cauta:

—Me pregunto por qué tendría que aceptar un pacto, puesto que me encuentro encarcelado en este horrendo lugar desde hace más de un año.

Un destello asomó a la mirada de Mocenigo.

—¿Por qué tendríais que aceptar? Porque, gracias a lo que os voy a decir, tendréis la posibilidad de volver a ser quien erais.

—¿Y quién sería, en vuestra opinión?

—¡Un libertino, un rebelde, un espíritu grande! Mi buen Casanova, como os he dicho desde el principio, yo no soy vuestro enemigo. Creo incluso en vuestro concepto de la vida, por más que no pueda compartir muchas de vuestras bravatas. ¿Quién mejor que vos puede representar el alma de la Serenísima? Una República nunca domesticada, independiente, capaz de creer únicamente en sus propias fuerzas y de revolucionar el mundo gracias a su ingenio y a su presencia de ánimo. ¿Por qué no iba a encontrar la manera de ayudar a un hombre como vos?

Giacomo no parecía convencido. Acababa de descubrir que había sido objeto de un engaño diabólico. ¿Y debía fiarse de ese hombre?

—Después de todo lo que me ha ocurrido, no entiendo cómo esperáis que deposite mi confianza en vos —dijo, no sin un amago de resentimiento.

—Lo comprendo —contestó Mocenigo con un suspiro—. Es más que razonable que desconfiéis. No obstante, creo que tendríais que oír lo que he de deciros. Nos os pido que aceptéis este pacto con los ojos cerrados, sin embargo os ruego que toméis en consideración las condiciones que os propongo.

—Os escucho —replicó Giacomo sin convicción.

—Muy bien. Pues entonces: sabemos que tenéis intención de escaparos muy pronto...

—¿Por qué habláis en plural?

—También Marco Dandolo está conmigo. No todos os han abandonado, creedme.

—Esta noticia me reconforta. Tal vez la amistad aún tenga un valor en Venecia. Pero decidme qué intenciones tenéis —lo alentó Giacomo, eludiendo la cuestión de su huida, un tema que le

había causado una honda preocupación. Si sus propósitos resultaban tan evidentes, ¿qué posibilidades de éxito tenía su plan de fuga?

—No os podemos ayudar a escapar, pero haremos que en las próximas horas no haya nadie en palacio, aprovechando que se trata de la noche de Todos los Santos. Si lo aprovecháis, Dandolo y yo nos comprometemos a dejaros unos caballos en Mestre y otros más en algún lugar que nos indiquéis, así como a depositar hoy mismo la suma de doscientos cequíes para facilitaros la huida. Por supuesto, no excluyo que Garzoni esté tomando sus medidas; de hecho tengo la desagradable sensación de que está barruntando la manera de condenaros a muerte.

—Razón de más para salir de aquí —le espetó Casanova.

—Naturalmente. Como decía, no descarto que Garzoni haya alertado a sus espías y a sus soldados de infantería para seguiros y despellejaros. Tal cosa no la puedo impedir. Sin embargo, sí os prometo contribuir a hacer de vuestra fuga un éxito, propagar su eco y daros la posibilidad de volver un día a Venecia.

—¿Podrías dejarme el primer lote de caballos en la posada Alle Campane, de Mestre?

—¡Por supuesto!

—¿Y el segundo, con la bolsa de cequíes, en la casa de postas de Treviso, la que está junto a las murallas de la ciudad, en el camino del Terraglio?

—¡Claro que sí!

—¿Y qué queréis a cambio? Porque, veréis, no hay nada que desee más que volver un día a Venecia, pero sé que vuestra oferta seguramente no es fruto de la generosidad. Demasiadas veces he pagado el doble como consecuencia de aquello que yo creía amistad.

Mocenigo sonrió.

—Bueno..., la condición que os pongo no debería resultaros particularmente odiosa.

—¿Eso creéis? —Giacomo no estaba en absoluto convencido.

—Os pido que encontréis a la condesa Margarethe von Steinberg, que, por lo que sé, está a punto de regresar al Tirol. A Bolzano, para ser más exactos. Una vez que la localicéis tendréis que abordarla para obtener de ella una confesión sobre el plan que concibió con Garzoni. No os pido nada más.

Giacomo sonrió con amargura.

—Dicho así, hacéis que parezca asunto fácil.

—Casanova, hablemos claro. No es asunto mío cómo consigáis semejante confesión. Podréis usar las artes en las que sobrealís, aunque, admitámoslo, haya sido la condesa la que os ha jugado una mala pasada desde el comienzo... —dijo con una sonrisa—. En cualquier caso, estaréis de acuerdo conmigo en que hoy vuestro nombre no vale ni un céntimo. Con mi apoyo, en cambio, volveréis a ser el héroe de Venecia. Y al mismo tiempo, con un poco de suerte, quién sabe si un día podréis volver a la ciudad. Quiero que entendáis que, desde este momento, trabajaréis para la

Serenísima República en calidad de agente secreto. Y vuestra primera misión será fugaros de esta prisión.

Giacomo se quedó pensando. Visto en conjunto, era la mejor propuesta que le habían ofrecido en los últimos quince meses, a pesar de estar llena de incógnitas, empezando por la propia fuga. Mocenigo no podía asegurarle nada, pero se comprometía a facilitarle las condiciones más favorables. A fin de cuentas, sin él, ¿cómo iba a obtener caballos y dinero? Además, ese hombre le estaba sirviendo en bandeja de plata la oportunidad de rehabilitarse a los ojos de Venecia. Y la posibilidad de volver un día a su amada ciudad era lo más importante. ¿Cómo, si no, hubiera podido reencontrarse con Francesca, en el caso de que todavía estuviera allí?

Se aventuró con una pregunta:

—Excelencia..., me preguntaba... ¿Sabéis algo de Francesca Erizzo?

—Creo que no os comprendo...

—La joven que estaba conmigo la noche de mi detención.

—¡Ah, sí! Francamente, Casanova, desconozco su suerte. Pero de manera discreta y con cautela podré informaros de su destino. Por lo demás, si vais a ser agente secreto de la República, como espero, no solo tendremos que estar en contacto, sino incluso vernos fuera de los confines de la Serenísima. Algún día, como decía, podréis regresar y tal vez reencontraros con vuestra amada.

Aquel hecho lo cambiaba todo.

Giacomo asintió:

—De acuerdo —dijo convencido—. Haré lo que me pedís. Pero necesito una carta de garantía, un documento que me autorice a ser quien decís.

—Aquí está, ya preparada. Conservadla siempre con vos y no tendréis problemas. Todas las puertas estarán siempre abiertas.

Mocenigo se sacó del bolsillo un sobre que portaba el sello de plomo del dogo y se lo entregó.

Casanova tomó el documento, rompió el lacre y abrió el sobre. Desplegó el pergamino y leyó las dos líneas escritas en hermosa caligrafía:

Es en mi nombre y por encargo mío, y por el bien de la Serenísima República, que el portador de la presente ha hecho lo que ha hecho.

FRANCESCO LOREDAN,  
CXVI dogo de Venecia

La carta lucía la firma original del dogo. Una autorización como esa valía su peso en oro. Giacomo la volvió a meter en el sobre y se la puso en el bolsillo de la levita que descansaba sobre el sillón.

—Habéis pensado en todo, ¿eh? De acuerdo —concedió—. Acepto.

—Magnífico. ¿Nos estrechamos la mano, como se sella un pacto entre caballeros?

Por toda respuesta, Giacomo extendió la mano derecha. Mocenigo se la estrechó con una energía que parecía devolver vigor a las esperanzas del libertino.

—Y ahora —concluyó el miembro del Consejo de los Diez— debo despedirme, deseándoos toda la suerte posible para la misión que os aguarda.

Casanova asintió.

Un instante después, Mocenigo llamó a la puerta de la celda. Le abrieron.

Tras echar una última mirada por encima del hombro al prisionero, salió.

Y Casanova volvió a esperar la llegada de Marino Balbi.

## La fuga

Poco después del atardecer, Giacomo oyó un golpeteo frenético en el techo. Deseó con toda su alma que no solamente la prisión estuviera desierta, sino también el palacio entero, porque hasta el más sordo de los sordos habría percibido esos golpes.

Pero los ruidos cesaron al cabo de un rato. Finalmente, entre una nube blanca de mortero, apareció el rostro jovial y rubicundo de Marino Balbi.

Giacomo no pudo contener una expresión de alegría. Cogió la cuerda que había hecho cortando la ropa blanca —las sábanas, la tela del colchón, la toalla— y anudando los pedazos para conseguir una pieza lo más larga posible. La enrolló, se la deslizó en el brazo derecho y se la puso a la espalda. En la izquierda llevaba un hatillo con las camisas, las calzas, la levita y el sombrero.

Después, sin más dilaciones, colocó el sillón a la altura del agujero y se encaramó. Balbi extendió los brazos hacia él y Giacomo se le aferró. Entonces, impulsándose con las piernas, se vio rápidamente izado sobre el techo de la celda. Desde allí, con la ayuda de su compañero y agarrándose a sus brazos, logró finalmente ponerse a cuatro patas sobre el techo, para deslizarse y avanzar.

Siguió a Balbi hasta que, juntos, llegaron a un punto donde, al tantear con el punzón, se percataron de que las tablas del techo estaban podridas y por lo tanto eran más sensibles a los porrazos que, de inmediato, empezaron a retumbar.

Continuaron un buen rato y finalmente consiguieron romper las vigas de madera. En ese momento empezaron a hacer palanca con el punzón en el extremo de una de las planchas de plomo y, empujando ambos al máximo, lograron levantarla y desplazarla lo suficiente para obtener una abertura que les permitiera pasar por ella.

Giacomo aseguró la larga cuerda sobre su hombro derecho y el hatillo con su ropa en el izquierdo. Después salió al tejado, seguido por el fraile.

En cuanto se irguió cuan alto era, Venecia se le apareció, magnífica, a la luz de la luna. Sin embargo no dejó que ese espectáculo lo distrajera.

Había dos opciones, y tenía que decidir a toda prisa.

La primera era bajar por el lado del tejado que daba directamente al canal. A nado, él y Balbi llegarían a la orilla opuesta, pero, una vez allá, tendrían que ponerse a resguardo al menos hasta

que despuntara el día, arriesgándose a ser reconocidos y nuevamente encarcelados. La segunda exigía bajar hasta el patio interior por el que patrullaban los *arsenalotti* toda la noche.

Como si intuyera sus reflexiones, Marino Balbi pensó bastante antes de exponer unas valoraciones obvias y muy lejos de ser alentadoras:

—Del lado del patio están los *arsenalotti*, de modo que no podemos bajar por allí. En cuanto al canal, corremos el riesgo de desnucarnos si resbalamos por las planchas de plomo. ¡Buena idea habéis tenido! —le dijo en tono de burla, descargando toda su frustración.

Casanova sintió la tentación de arrojarlo del tejado.

—Amigo mío —respondió, haciendo acopio de paciencia—, así no me ayudáis en absoluto. En lugar de enumerarme las razones de nuestro posible fracaso, veamos cómo encontrar una solución. En primer lugar, para tener una panorámica más precisa de la situación, tenemos que intentar subir.

Y sin añadir nada más, Giacomo introdujo el punzón entre las juntas de las planchas de plomo y, agarrándose a él con la mano libre, se dispuso a superar la inclinación del tejado.

—¿Y ahora qué? ¿Me dejáis aquí? —se lamentó el fraile.

Casanova miró al otro por encima del hombro y suspiró. No ocurriéndoselo nada mejor, le dijo:

—¡Agarraos a mi cintura!

Alcanzar la cúspide del tejado fue una tarea ímproba. Giacomo tuvo que apelar a todas sus energías, ya que, además de su propio peso, tenía que acarrear también el de Marino Balbi. Pero poco a poco, tras haber superado quince o dieciséis de aquellas losas de plomo, consiguió llegar a destino. Mientras Balbi se agarraba a la cumbrera, Casanova, aligerado del peso del compañero, colocó fácilmente una de las piernas al otro lado del caballete, poniéndose a horcajadas sobre el tejado.

Un sudor frío le perlaba la cara. Las gotas tintinearón sobre el plomo de las planchas. La respiración entrecortada y el cansancio le llenaban el pecho de un calor que semejaba fuego vivo.

Detrás de él, Balbi parecía encomendar el alma a Dios.

Pero Giacomo no sabía qué hacer con los rezos. Al contrario, se le escapó una maldición por entre los dientes apretados cuando vio que el sombrero de Balbi caía a lo largo de la vertiente derecha del tejado y rodaba hasta ir a parar al canal.

—¡Pues menos mal que no se ha caído del lado izquierdo —dijo Giacomo—, si no hubiera terminado en el centro del patio! ¿Queréis que nos atrapen? ¡Id con cuidado!

Balbi parecía mortificado, pero no lo suficiente como para callarse:

—Mala suerte, maldita mala suerte; es un claro signo del infortunio que nos persigue —lloriqueó.

Por toda respuesta, Giacomo empezó a avanzar lenta y prudentemente por la cumbrera, con la intención de explorar las dos aguas del tejado y así hallar una solución para aquella fuga que tan mal había empezado.

—Esperadme aquí —dijo, dirigiéndose a Balbi—. Voy a intentar localizar una vía de escape.

Después de un tiempo que le pareció infinito, distinguió el final del tejado. Pese a esconderlo de los *arsenalotti*, la ligera neblina que lo envolvía con su impalpable capa fantasmagórica no le ofrecía ningún consuelo. La situación se presentaba desesperada cuando, al explorar por enésima vez la vertiente del tejado que daba al canal, le pareció descubrir una ventana abuhardillada situada más o menos a los dos tercios de la pendiente.

Se hallaba demasiado baja para tratarse de una de las celdas de la prisión, de modo que debía de corresponder a un ático o un apartamento del Palacio Ducal.

Entonces se aventuró a dejarse caer por la vertiente hasta alcanzar la ventana.

El descenso fue sorprendentemente fácil, gracias a que las placas de plomo estaban resbaladizas por la niebla. La vista del canal, abajo, le produjo un escalofrío que le recorrió la espalda.

Al llegar cerca de la ventana, se detuvo a la altura del tejadillo. Agarrándose al borde, se inclinó para echar un vistazo. Identificó una rejilla de hierro, de algo más de dos pies, que protegía los cristales de la ventana. Mientras reflexionaba sobre qué hacer, oyó el grave sonido de la campana de San Marcos dando la hora. Le recordó que era Todos los Santos. Siguiendo el ritmo de las campanadas, instintivamente comenzó a golpear con el punzón los marcos de madera que enmarcaban la rejilla de la buhardilla, hasta que por fin logró separar la reja de hierro de sus soportes. En ese punto, desprender el cristal fue coser y cantar, a pesar de que las astillas le habían producido cortes en las manos.

Giacomo pensó y se convenció de que con un poco de suerte sería posible descender, con la cuerda improvisada, de la ventana al suelo de aquel ático.

Sin perder ni un segundo, empezó a escalar una vez más hasta la cúspide del tejado para volver al lugar donde había dejado a Balbi. El buen fraile no era hombre de aventuras. En cuanto lo vio empezó a preguntarle con amargura dónde diablos se había metido.

Pero Casanova lo cortó en seco:

—Creo que he encontrado una solución. Ahora seguidme e intentaremos escabullirnos de aquí.

Giacomo recuperó el hatillo con su ropa y en esa ocasión tardó pocos minutos en retornar al punto del que había venido, dejándose resbalar nuevamente por una de las aguas del tejado. No se podía decir lo mismo de Balbi, pero, tras un tiempo para nada breve, también él alcanzó la parte superior de la ventana abuhardillada.

—Muy bien —dijo Casanova—. Esto es lo que vamos a hacer: os dejaréis caer al interior por la ventana mientras yo, desde fuera, os hago de contrapeso, ya que no sabría dónde atar la cuerda. Me agarraré a las placas de plomo y la sujetaré mientras vos bajáis de espaldas agarrado al otro extremo. De esa forma, soltando poco a poco la cuerda, os ayudaré a alcanzar el suelo del ático.

Balbi abrió los ojos desmesuradamente.



—No creeréis que...

—Si preferís que baje yo primero, no tenéis más que decirlo..., aunque dudo mucho que luego supierais arregláros las solo.

—¿Y vos? —preguntó Balbi en un amago de altruismo.

—Todavía no tengo ni idea; algo se me ocurrirá. ¡Venga, ánimo, entrad por la ventana! —lo incitó Giacomo, cuyo único propósito en ese momento era librarse de aquel compañero de aventura tan inútil como irritante. Sin perder más tiempo, desenrolló la cuerda y la pasó bajo las axilas y alrededor del pecho de Balbi, para sujetarlo mejor.

—Pero ¿y si no funciona? —preguntó cada vez más titubeante el fraile.

—Os digo que funcionará —replicó Casanova, exasperado—. Ahora, apoyad los codos en el tejadillo y desde allí introducid las piernas por la ventana.

Tembloroso, pero vencido por tanta insistencia, el fraile se dejó caer desde el saledizo al tiempo que Giacomo lo sostenía con el extremo de la cuerda enrollado en los brazos y aferrándose a las placas de plomo.

Cuando finalmente Balbi logró introducirse hasta las axilas en el interior, Casanova esperó a que se girara y se agarrara con firmeza a lo que quedaba del marco de la ventana.

—Ahora soltaos —dijo—. Yo os dirijo.

Balbi empezó a descender con suavidad mientras Casanova soltaba cuerda poco a poco.

Cuando el fraile llegó al suelo, se tomó todo el tiempo del mundo en desatar la cuerda. Luego lanzó el cabo hacia arriba y este aterrizó sobre el saledizo de la ventana, donde Casanova lo recuperó. Llegado a ese punto se sentó: estaba agotado. Las piernas le temblaban por el esfuerzo y los músculos le ardían.

Todavía había un problema: no tenía la más remota idea de cómo llegar hasta Balbi. ¿Dónde podía amarrar la cuerda? Miró alrededor, pero no localizó nada que sirviera a su propósito. Entonces, en equilibrio precario, empezó a recorrer la parte del tejado que aún no había explorado. Al cabo de un rato descubrió, más abajo de la ventana abuhardillada, una terraza donde alguien había dejado una escalera de mano.

Se le ocurrió una idea.

Al llegar a la terraza, anudó a la escalera un extremo de la cuerda, que previamente se había anudado a la espalda, y volvió a subir hacia la ventana.

Se puso de nuevo a horcajadas en el tejadillo y tiró de la escalera, que lentamente se fue desplazando. En cuanto la tuvo con él, la agarró por un extremo e intentó meterla por la ventana.

Con suma desilusión vio que se inclinaba y que entraba solo hasta el sexto peldaño, porque quedaba encajada en el marco de la ventana.

Juró en voz baja.

Hacía por lo menos una hora que estaba sobre aquel maldito tejado y todavía no había dado con

una solución. A pesar de sentirse frustrado, volvió a intentarlo. Sujetando bien la escalera, bajó del tejadillo y la empujó para hacerla entrar completamente por la abertura.

Hizo un esfuerzo formidable. Los músculos le ardían bajo la piel perlada de sudor. Estaba al borde de la extenuación. Cuando la escalera ya entraba finalmente hasta casi el último peldaño, se le soltó de la mano, dio un paso en falso y resbaló hacia abajo.

La escalera se precipitó al interior del ático. Giacomo se sintió caer hasta el final del saledizo del tejado, mientras con las uñas intentaba en vano aferrarse a las placas de plomo. Cuando todo parecía perdido, le vino a la mente el punzón; metió la mano en el bolsillo, lo sacó y lo introdujo en una juntura de las planchas, clavándolo con toda la fuerza que le quedaba. Y, finalmente... se detuvo.

Se quedó colgando con las piernas en el vacío, mientras veía, oscuro y hediondo, a muchos pies por debajo, el canal.

Encomendó el alma a Dios.

## Precauciones

El inquisidor general miró fijamente la llama sanguínea de las velas. La habitación estaba exactamente como él la había pedido: una cama grande y cómoda, con las sábanas perfumadas de lavanda. Le habían servido un magnífico pastel de verduras y en ese momento, ya de noche, le aguardaba un programa más que interesante.

Todo transcurría de la mejor manera posible. La condesa había regresado a su amado Tirol y Zago había llevado ante su persona a Gastone Schiavon, que había hecho una confesión completa con respecto al duelo. Todavía no había llegado a revelar que fue Casanova quien mató a Zaguri, pero un par de días en los Pozzi le refrescarían la memoria. En ese punto él obtendría el documento con el que inculpar a su declarado enemigo, y con ello podría pedir finalmente que se cambiara la pena de reclusión por la de muerte.

¡Adiós, Casanova!

Había sido informado de su intento de escapar de los Piombi. Pero lo habían descubierto a tiempo. Consideraba imposible que el libertino volviera a intentarlo. Sin embargo, era mejor permanecer alerta, evitando así que les cogiera por sorpresa. Por lo tanto había desplazado hombres a todas las estaciones marítimas y de postas en tierra firme. En particular, había pedido a Zago que patrullara con algunos guardias por las de Mestre, junto a la posada Alle Campane. Si por casualidad Casanova aparecía por allí, algo harto improbable, lo recibirían como merecía.

Pietro Garzoni estaba tranquilo: sentía que había tomado todas las medidas necesarias. Por ello no había querido faltar al respeto a la tradición y había decidido retirarse en tierra firme junto con los otros dos inquisidores generales, como hacían siempre cada año por Todos los Santos y los Fieles Difuntos. En concreto, él se había quedado en Dolo, una posada que le gustaba por su buena mesa y porque el anfitrión nunca se negaba a hacerle subir alguna de aquellas muchachotas de campo a la habitación, de formas generosas y deseosas de caer bien a hombres como él, hasta el punto de estar dispuestas a acompañarlos en todo, incluso al precio de transformarse en putas formidables.

Y era precisamente en ese tipo de actividad en la que, por una vez, Pietro Garzoni se entretenía en ese momento.

Después de todo, *semel in anno licet insanire*, se repetía siempre. Y aquella era justamente la

única ocasión del año en que incluso un inquisidor, por lo general entregado a la mesura y la moderación, se dejaba llevar por los placeres de la carne.

Zago acababa de salir del establo en el que él y sus hombres dejaban los caballos. Había solicitado que su corcel recibiera una doble ración de avena. Cuando lo vio hundir su hermosa cabeza en el pesebre, se dio por contento.

No estaba particularmente satisfecho de encontrarse allí. La posada Alle Campane no era ni mucho menos un rincón paradisíaco. Se trataba de una pequeña taberna de poca monta en la que servían el peor pescado y el peor vino de la zona, por culpa de un posadero avaro y mezquino, cuyo nombre era una premonición: Caia... o sea, «tacaño». Zago no sabía el motivo, pero aquel hombre parecía experimentar un extraño placer enfadando a sus clientes. Pero puesto que aquella era la primera casa de postas que se encontraba después del muelle de Mestre, la posada estaba siempre llena.

En la desesperada tentativa de matar el tiempo, Zago había entrado y se había sentado a la mesa con sus dos secuaces.

El primero era alto, delgado como una caña, con el cabello rojizo y corto que parecía estopa. Un hombre de poco fiar y vengativo, malvado por naturaleza, que con los años se había ganado el sobrenombre de Desio por su capacidad de armar alborotos cada vez que algo no salía según lo previsto o, más probablemente, cada vez que él decidía buscar pelea.

El otro tenía suaves mejillas y barriga prominente, cabello castaño y largo, ojos más negros que el carbón. De compleción robusta, lucía anchas espaldas y parecía fuerte como un caballo de tiro.

Fue a él a quien Zago ordenó partir. Si tenían que controlar quién entraba y salía, quedarse bebiendo vino y tocando el trasero de las camareras no era la mejor idea.

—Mascio, id afuera —dijo, molesto—. Tenemos que controlar el muelle, las barcas que están amarradas, los viandantes y los clientes que llegan o se van derechos al establo. ¿Qué pensabais, que os he traído para que os deleitéis?

El coloso se puso en pie sin decir una palabra. Con un movimiento de cabeza, se volvió sobre sus talones y se encaminó hacia la salida.

—¡Hace un frío de muerte! —observó Desio.

—Sí —coincidió Zago—. Creo que voy a ir a calentarme las manos a la chimenea. ¿Ya sabemos qué hay de comida?

—Sopa de judías.

—¿Y nada más?

—Polenta y morros.

—Está bien. Pídemelos dos. Y una botella de Raboso.

## Palacio Ducal

Definitivamente, tenía que conseguirlo.

Aferrado a su punzón, Giacomo apelaba a sus exiguas energías para volver a subir a la ventana abuhardillada en la que había logrado, finalmente, meter aquella maldita escalera que representaba su única posibilidad de salvación. Pero para obtener ese resultado casi se había dejado la vida.

Un viento gélido había comenzado a soplar en ráfagas heladas que parecían cortarle la cara. Tenía las manos cubiertas de rasguños y grietas a causa del frío.

Cerró los ojos por un instante y luego, con un movimiento brusco de cadera, consiguió izarse. Respiró hondo, con el cuerpo adherido a las placas de plomo, resbaladizas como espejos de hielo, mientras temblaba de frío. Como ya había hecho antes, metió el punzón por una rendija entre dos de aquellas placas y, agarrándose con la mano libre al borde de una de ellas, inició la lenta y larga ascensión hasta la ventana.

Fue un calvario. Le parecía que avanzaba dos pies y retrocedía tres. Sin embargo, al cabo de un rato en aquel infierno, se encontró de nuevo a la altura de la ventana. Subió un poco más hasta quedar sentado en el tejadillo del ventanuco.

En ese momento se puso de espaldas y se quedó quieto por unos instantes. Respiró profundamente. Nunca en toda su vida se había sentido tan cansado.

Con la voz debilitada por la fatiga llamó a Balbi, con la esperanza de que todavía se encontrara allí.

Con sumo alivio, el fraile le respondió casi de inmediato:

—¡Casanova! ¿Dónde diablos estabais metido?

Giacomo se prometió estrangular a ese hombre en cuanto tuviera ocasión.

—¿Habéis sujetado la escalera? ¿Puedo bajar?

—¡Casi me mata cuando cayó! Pero ahora está todo en orden. Os espero.

—Bien. Enseguida llevo.

Se detuvo para recuperar el aliento. Después, tal como había hecho su compañero de aventuras, comenzó a arrastrarse hacia abajo, haciendo fuerza con los brazos y aferrándose a las placas de plomo. Retrocedió hasta tantear con las piernas la abertura de la ventana abuhardillada. Cuando logró apoyar los pies sobre el primer y el segundo peldaño de la escalera, que entretanto Balbi

había apoyado contra la pared del ático, desplazó los brazos hacia el marco de madera de la ventana, tratando de no hacerse daño con los cristales. No consiguió evitarlos totalmente, pero al menos logró agarrarse. Luego alargó un brazo hacia la escalera, a continuación el otro. En ese momento, girarse y bajar la escalera de mano fue un juego de niños.

Cuando notó que sus pies tocaban el suelo, sintió una alegría infinita.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡No podía soportarlo más!

Casi sin darse cuenta, abrazó al fraile que había compartido con él aquella locura. Al final, extenuado, se sentó en el suelo y se adormeció.

Se despertó al cabo de un rato que no habría sabido calcular, pero los primeros destellos del amanecer que se filtraban por la ventana sugerían que el cielo se teñía con los suaves colores del alba. Aquella luz diáfana que penetraba por la ventana no alcanzaba a iluminar la buhardilla, pero extendía una tímida claridad que ayudó a Casanova a orientarse.

No había tiempo que perder. Ahora que había logrado penetrar en el palacio y había descansado un poco, había que largarse cuanto antes.

Anduvieron a tientas hasta que a Giacomo le pareció identificar una cerradura. Intentó bajar la manilla, pero la puerta no se abría: debía de estar cerrada por fuera. Entonces metió el punzón y con un par de golpes bien asestados logró forzar la cerradura.

Se encontraron en una galería amueblada con anaqueles, en alguno de los cuales Giacomo vio cuadernos. Debían de haber llegado a la Sala del Archivo.

Tenía tantas ganas de abandonar aquel maldito palacio que se asemejaba más a un laberinto que a la residencia de un duque, que casi se echó a correr.

Llegaron ante otra puerta. Bajó la manilla y esta vez tuvo suerte. Se precipitó en la nueva estancia. Oía el eco de los pasos de Balbi detrás de él. Delante, vio una escalera. Bajó el primer tramo. Tras pasar de largo un cuarto de baño, se dirigió a un segundo tramo y llegó ante una puerta de cristal: la de la Cancillería Ducal. También estaba abierta. Débiles rayos de luz se filtraban a través de unas cortinas de muselina ligeramente descorridas. Giacomo vio los escritorios de madera tallada, uno de los cuales estaba atestado de sellos y timbres. Descubrió un hierro de punta redondeada, con mango de madera, para perforar los pergaminos.

Lo tomó.

Al llegar delante de una nueva puerta, accionó la manilla e intentó abrirla, pero en esa ocasión no tuvo suerte.

Hizo palanca con el punzón en la cerradura, pero no consiguió forzarla. Entonces empezó a golpear la puerta con el hierro que había encontrado en la cancillería: tan solo quería salir de allí.

—¡Nos va a oír todo el mundo! —chilló Balbi, con la voz alterada por la desesperación.

—¡No me importa! —le respondió Giacomo—. ¡Ya lo único que quiero es largarme! Si alguien me oye y me devuelve a la celda, paciencia. Al menos podré decir que lo he intentado.

Alentado por estas palabras, Balbi arrancó el punzón de las manos de Giacomo y se puso a golpear con fuerza la madera de la puerta.

Pronto lograron abrir un boquete lo bastante amplio como para pasar a través de él. Casanova lo empujó y Balbi se encontró en el otro lado. Inmediatamente, mientras su compañero le tiraba de los brazos, Giacomo hizo lo propio. Acabaron tirados por el suelo, pero habían superado el obstáculo.

En cuanto se pusieron en pie, echaron a correr hacia la siguiente habitación. Un pasillo, un tramo más de escalera, y se hallaron frente a la Gran Puerta de la Escalera Real, que era de hecho una puerta reforzada con hierro, sólida como el portón de una ciudad. Para nada servirían, en esta ocasión, el punzón o el hierro.

—Basta —dijo Giacomo—. No tenemos ninguna posibilidad de abrirla. No nos queda más que esperar a que lleguen los barrenderos del palacio y, en cuanto hayan abierto, tratar de poner tierra de por medio sin ser vistos.

—¡Pero eso es un dislate!

—¡Basta! —exclamó agotado Casanova—. ¡Sois el peor compañero de aventura con el que me podía topar! ¡Nadie os obliga a venir conmigo! Si lo preferís, podéis tranquilamente dejaros arrestar y volver a la celda. Solo os ruego que lo hagáis cuando yo haya escapado, ¿es mucho pedir?

—No, pero...

—Y ahora vistamos nuestras mejores galas, llamaremos menos la atención. Y después veremos qué sucede...

Desenvolvió el hatillo que había llevado al hombro y, tras quitarse la ropa ensangrentada y hecha jirones, se puso una camisa de encaje blanco, medias de seda, calzones y una hermosa levita. Luego se puso un sombrero de punta con ribete de oro culminado por una pluma blanca. Recogió las anteriores ropas hechas trizas, subió a la Cancillería y las arrojó en un oscuro rincón.

Volvió sobre sus pasos.

Y en ese momento se le vino a la cabeza la mejor idea que se le pudiera ocurrir.

Vestido de punta en blanco, se acercó a una ventana y la abrió. Observó a algunos holgazanes que merodeaban por el patio del edificio y que, al verlo arreglado de aquel modo, se preguntaron quién era.

Uno de ellos, tal vez el más audaz, se dirigió a él:

—Excelencia... ¿por qué estáis ahí? ¿Acaso el cuidador Andreoli no sabía de vuestra presencia y os ha dejado encerrado dentro?

A Casanova se le iluminó la mirada. Su estratagema había funcionado.

—Así es exactamente, amigo mío... Me preguntaba..., ¿podrías llamarlo y decirle que venga a liberarnos?

—Ahora mismo, excelencia. —Y el hombre desapareció.

Casanova volvió a entrar en la estancia y cerró la ventana. Solo tuvo tiempo de ajustarse bien el sombrero y cubrir lo mejor que pudo un par de rasguños con una venda improvisada, obtenida tras rasgar una tela, cuando el cuidador se anunció con gran estruendo de llaves en la cerradura.

Poco después, Casanova y Balbi se encontraron frente a un hombre delgado y de ojos vivaces. Pero Giacomo no perdió tiempo dando explicaciones o prodigándose en saludos. En un abrir y cerrar de ojos se deslizó por la puerta hasta alcanzar la Escalera de los Gigantes, entre blancas estatuas y los colosales Marte y Neptuno. Bajó los escalones y, al llegar a la Puerta de la Carta, atravesó la plazuela de San Marcos. Sin mirar atrás, detuvo una góndola que pasaba por la orilla y subió a bordo.

Mientras Balbi lo imitaba, Giacomo miró al gondolero:

—¡A Mestre! —dijo, haciendo tintinear los pocos cequíes que llevaba en el bolsillo de la levita.

El hombre asintió y se puso a remar con toda la fuerza que su cuerpo le permitía.



## Santa Maria del Rosario

La góndola avanzaba a buen ritmo. Giacomo miraba los palacios patricios desfilando delante de él.

Por primera vez se dio cuenta de que se iba de Venecia, quizá para siempre. ¿Cuándo volvería a ver su ciudad? ¿Cuándo a Francesca?

El mero hecho de pensar en ella le rompía el corazón. Aunque Mocenigo había enfatizado su papel de agente secreto y espía para la Serenísima, lo que embargaba su espíritu al marcharse de esa manera, de su ciudad y de su amada, era un sentimiento amargo de exilio.

No había victoria alguna en aquella fuga suya. Sí, es verdad, daría mucho que hablar, pero ¿qué eran unas migajas de fama en comparación con todo lo que le había sido arrebatado?

Sin embargo, no quería hundirse en la melancolía y en la tristeza: después de tanto infortunio, la suerte le había sonreído y ahora volvía a ser libre. Y si bien no podía dar nada por sentado, tampoco creía que llegar a Bolzano fuera tarea imposible. Al menos dispondría de buenos caballos y doscientos cequíes que estarían esperándole.

Si hubiera podido calibrar sus emociones, la más espantosa de todas era el profundo deseo de venganza que yacía en el fondo de su alma. Y tal cosa le asustaba. Porque se daba cuenta de que aquella mujer lo había cambiado. Tal vez para siempre.

¡Margarethe von Steinberg!

Le había arrebatado cuanto tenía, y lo había dejado enamorado y apartado de todos. Odiaba sentirse tan vulnerable, débil y arrinconado. Por ese motivo, una vez lamidas las heridas, solo soñaba con arrancarle el corazón a esa mujer.

Había sido un idiota al aceptar el desafío y había jugado sus cartas de la peor manera posible. La había subestimado, no había comprendido que la condesa, lejos de sentirse atraída, en realidad lo odiaba, hasta el punto de no vacilar en sacrificar a Francesca y a Zaguri para alcanzar sus propósitos.

¿Y Gretchen? ¿Qué habría ocurrido con la hermosa Gretchen? La crueldad de Margarethe von Steinberg no conocía límite. Si lo había considerado necesario, no habría dudado en deshacerse de su dama de compañía.

Si la condesa había conseguido engañarlo de aquel modo, evidentemente también debía de estar al corriente de su relación, del amor que Gretchen sentía por él, del hecho de que habían

consumado aquella pasión de la manera más desenfrenada y pecaminosa. Y debía de haber decidido hacer pagar a Gretchen su deslealtad.

La condesa había arruinado la vida de al menos tres personas, como si todo lo que tocaba estuviera destinado a morir o a marchitarse poco a poco.

Y, a decir verdad, que Mocenigo le hubiera asignado el papel de espía suyo era lo mejor que podía sucederle.

Le permitiría un ajuste de cuentas... ¡Dios! ¡Cómo lo deseaba!

La góndola, entretanto, había pasado de largo la aduana y había llegado rápidamente al canal de la Giudecca. Giacomo se quedó con la mirada clavada en la fachada de Santa Maria del Rosario, que se reflejaba en las aguas claras y frías de la laguna. Ver las estatuas de las cuatro virtudes cardinales le producía siempre el mismo efecto.

Prudencia.

Justicia.

Fortaleza.

Templanza.

Sabía que no poseía ninguna de las cuatro.

Por ello se sentía bendecido por el amor que Francesca le profesaba.

Porque no lo merecía en absoluto.

Vio a Gretchen ante sus ojos: los pechos ceñidos por su vestido color turquesa, la piel clara, el cabello al viento como hojas de otoño. Los ojos ardientes, como si fueran gemas encendidas.

Aquella mirada se le había metido muy adentro. Lo acusaba. Se hundió en un abismo de culpa por su pecado.

Quería tocarla, pero en cuanto se acercaba, algo se lo impedía. Un intenso dolor le laceró el vientre y se encogió sobre sí mismo. Consumido de fiebre, un espasmo intenso, hiriente, un filo abrasador, le revolvió las entrañas.

Las lágrimas manaban de sus ojos. Se oyó pedir perdón.

Y pese a hacerlo una, dos, tres, cien veces, ella lo seguía mirando con aquellos ojos.

No cejaba. A pesar de sus excusas, sus palabras..., ella no cejaba. Nunca lo haría.

Deseaba estar a su lado, pero ya era demasiado tarde. Vio que un anillo negro se dibujaba en el cuello de Gretchen.

Oyó el sonido de las cuentas de madera que rodaban por el suelo. Y ese ruido le saturó los oídos hasta hacerle estallar la cabeza.

Gritó. No sirvió de nada.

Se puso de rodillas, rogándole, como si se tratara de una diosa pagana, una diosa del amor.

Pero las cuentas siguieron rodando...

... hacia él. Hasta detenerse contra sus rodillas. Recogió una.

Y no creía lo que estaba viendo.

Un globo ocular ensangrentado lo miraba fijamente.

Gritó una vez más, soltando lo que tenía en la mano. Miró a Gretchen.

Seguía observándolo. Pero, en lugar de los ojos, tenía dos enormes, inmensos, agujeros negros.

Y unas estrellas de sangre alrededor de las órbitas vacías.

Zago se despertó sobresaltado, cubierto de sudor, empapado como si acabara de estar bajo la lluvia. Se llevó la mano a la cintura, buscando la pistola. Los dedos apretaron el gatillo de madera, detectaron al tacto incisiones e incrustaciones de plata y nácar. Pero por más que se aferraba al arma como si fuera una reliquia, no le aportaba ningún consuelo.

Desde que había matado a Gretchen, cada noche ocurría lo mismo. No podía dormir por culpa de aquella pesadilla recurrente, como si ella le hubiera echado un mal de ojo, una maldición que lo perseguía, recordándole lo que había hecho.

Habría podido vivir con ello, de no ser porque aquel horror le quitaba el sueño y le hacía temblar las piernas. Se sentía nervioso, inquieto, inseguro.

Y no se lo podía permitir. Cuando había arrestado a Schiavon todo había ido bien. Su aspecto amenazador había bastado para atemorizar a aquel infame. Pero con alguien que hubiera intentado resistirse..., ¿qué habría pasado?

Se había convertido en el hombre que era por una razón muy simple: allí donde los demás se hacían preguntas, él no vacilaba. Hacía lo que tenía que hacer: sin esperar, sin preguntarse por qué. Y poco a poco había alimentado a un demonio que le había cogido de la mano y le había mostrado las maravillas de un trabajo limpio.

Pero ahora todo había cambiado. Y cada mañana era peor.

Se puso en pie. Había dormido vestido en la estancia reservada junto a la posada. Se dirigió a la ventana y abrió los postigos. Vio la alborada blanca abrirse paso en el cielo.

Se encaminó hacia la puerta. La abrió y bajó la escalera.

En la sala principal algunos clientes daban cuenta de un rápido desayuno. No tenía tiempo para hacer lo mismo. Tenía que relevar a Mascio, que había permanecido en guardia controlando la carretera y el muelle mientras él dormía.

Esperaba que Casanova no apareciera.

Porque, acaso por primera vez, con un tipo como él se habría arriesgado a perder la piel.

## Alle Campane

Giacomo había bajado de la góndola con todo el desparpajo de quien se siente libre. Ya había pagado al gondolero durante el viaje, por ello saltó al muelle y aceleró el paso hacia la posada Alle Campane. Conocía al viejo Caia y, a pesar de que no le resultaba particularmente simpático, lo consideraba un hombre de palabra. Por tal motivo, si Mocenigo no le había mentado, encontraría los caballos prometidos en el establo de la posada, la primera casa de postas en el camino que desde Mestre llevaba a Treviso. Y era precisamente a Treviso donde Giacomo quería dirigirse de inmediato, para descansar tras haber puesto tierra de por medio entre él y la cárcel de los Piombi. En Treviso recibiría, asimismo, la bolsa con los doscientos cequíes.

Su objetivo era no perder tiempo y evitar ser reconocido. Confiaba, de manera especial, en la tupida barba que le había crecido en prisión, gracias a la cual su aspecto se asemejaba al de un corsario más que al de un caballero.

Si por casualidad estuviera presente alguno de los esbirros del inquisidor general, tendría la ventaja de no ser reconocido de inmediato. Para completar ese disfraz improvisado, se quitó el sombrero, lo lanzó sobre las desnudas ramas de un árbol y se soltó la larga cabellera recogida con una cinta de terciopelo azul, dejándola caer sobre los hombros como habría hecho un pirata o un camorrista.

Muy bien, pensó, así tenía un aspecto tan extraño que quizá se hallaba seguro.

Detrás de él, Marino Balbi se afanaba. También él resultaría útil para su causa. Probablemente los guardias buscaban un hombre y ellos eran dos.

—Bien —dijo Casanova—, pase lo que pase, dejadme hablar a mí.

—De... de... acuerdo —balbuceó el fraile, un poco por temor y otro poco por cansancio.

Sin más dilación, Casanova avanzó por la carretera principal. Ante sí ya veía la posada.

¡Dios, qué frío hacía! El aire era helado y en el camino no se veía un alma. Y si alguien había de llegar, tendría que hacerlo por allí. No había otro acceso.

En definitiva, entraría para beber un chocolate caliente. Con mucho azúcar. Solo el tiempo de tomarlo y volvería afuera, pero al menos habría disfrutado de un poco de calidez. Por la noche

debía de haber helado y los campos de alrededor estaban cubiertos de escarcha. Algunos árboles cansados alargaban sus ramas desnudas contra el cielo plomizo.

Sí, pensaba Zago, lo iba a hacer así. Sobre todo porque el único capricho que se concedía eran los dulces. Justo el tiempo para un chocolate y saldría de nuevo. Además, mirándolo bien, también iba a pedir una rebanada de pan del dogo. Su dulce preferido: lo preparaban en Villa del Dose, en la Polesina, desde que Silvestro Valier se había alojado allí. Era un pan exquisito, relleno de higos, miel y nueces: los pocos productos de aquella tierra áspera y honesta. Zago amaba profundamente esas tierras y cuando podía se refugiaba en Fratta o en Arquà para mecerse al ritmo lento de una vida que muy rara vez podía permitirse.

Tomada la decisión, se fue a desayunar.

Casanova entró en la cuadra. Entre el hedor a orina y a balas de heno, un par de clientes se estaban imprecando mientras jugaban una partida a los dados.

Giacomo fue a buscar a un mozo de cuadra disponible. Encontró a uno que era poco más que un niño, piel y huesos, pero con la mirada torva. Incluso en exceso.

—Muchacho, tengo que recoger dos caballos. Aquí traigo el documento que confirma mi autorización—dijo, mostrando la carta de Loredan rubricada con el sello del dogo.

Al ver el escudo de armas, el chico apenas dio crédito a sus ojos.

—Excelencia, es cierto, deben de ser esos que me mandaron ensillar esta mañana. Allí —anunció, señalando un alazán de brillante pelaje, perfectamente enjaezado, y un rucio más pequeño pero de aspecto robusto y elegante.

—Muy bien. Para mí el alazán, mi querido viejo —dijo Casanova, dirigiéndose a Balbi, feliz de tener para sí un caballo tan hermoso, y aún más feliz por el hecho de que, por una vez, no habían tenido ningún problema.

Pero, evidentemente, las cosas no iban a ser tan fáciles como había creído ilusamente.

Justo en el momento en que montó, apareció en la entrada de la cuadra un hombre de cabello rubio ceniza y dientes negros. Alto y desgarbado, caminaba como si le debieran y no le pagaran, aunque, observándolo con detalle, su mirada era vigilante: parecía la de un cuervo a punto de dejarse caer sobre una presa.

Casanova entendió que debía actuar a toda prisa. Con un poco de suerte ese hombre todavía no lo habría reconocido, de modo que, subido ya en la silla, le indicó por señas a Balbi que hiciera lo mismo.

—¡Venga, moveos! —le indicó con los dientes apretados—. ¡Y prepararos para poner vuestro caballo a galope!

Sin tener que decírselo dos veces, el fraile se encaramó, con cierta dificultad, a lomos del

rucio.

Justo a tiempo, porque Zago estaba dejando caer su mirada rapaz sobre Casanova. Se observaron por un momento, luego Giacomo apartó los ojos, fingiendo examinar la silla. Con gran alivio se dio cuenta de que Mocenigo, o quien de ello se hubiera ocupado, había pensado en todo, como demostraban las dos cajas de madera que, abiertas, dejaban al descubierto un par de pistolas con cañón de rifle, con culata hecha de madera y madreperla.

—Señor... —dijo entretanto el hombre de los dientes negros, yendo a su encuentro con una sonrisa.

Tal vez lo había reconocido.

Giacomo no perdió tiempo. Sacó una pistola de las cajas, espoleó y puso el caballo a galope.

Zago gritó con todo el aliento que le cabía en el cuerpo:

—¡Desio, Mascio, a mí! ¡Casanova está aquí! —Y trató de apartarse de la trayectoria del caballo que salía en estampida.

Giacomo cogió el arma por el cañón y, mientras pasaba de largo junto al esbirro, intentó propinar una fuerte patada en la cabeza.

Zago logró apartarse en el último momento para esquivar al caballo, pero la patada le alcanzó con fuerza en el hombro, lo desequilibró y lo tiró al suelo. Cayó con gran estrépito en medio de unos cubos de forraje.

El caballo de Casanova levantó salpicaduras de estiércol y paja y salió del establo, seguido de inmediato por el rucio de Balbi, que parecía a punto de desmayarse de lo pálido que estaba.

Alguien debía de haber oído el grito de Zago. Mientras su caballo se lanzaba a velocidad vertiginosa por el camino hacia Treviso, Giacomo vio a un hombre de cabello rojo, delgado como un suspiro, que apuntaba con una pistola en su dirección. Vio las chispas y oyó la explosión. Instintivamente se agachó, alentando todavía más a su alazán. La bala salió disparada, pero erró el blanco. Casanova oyó el silbido del proyectil por encima de él. El esbirro blasfemó.

¡Había salido bien!

Entretanto otro hombre, grande como una montaña, había salido de la posada, pero ya el caballo de Casanova estaba demasiado lejos. El coloso pareció percatarse de ello y se puso a correr hacia la cuadra.

—¡Vamos, vamos! —gritaba Casanova mientras avanzaba a toda velocidad, como una flecha sobre el camino.

Balbi le seguía.

A los lados, la campiña véneta se sucedía, oscura de tierra y blanca de rastros.

## El camino del Terraglio

Casanova galopaba como si el mismísimo diablo le pisara los talones. Él y Balbi sacaban algo de ventaja a sus perseguidores, de modo que disponían de tiempo suficiente para llegar a la casa de postas de Treviso y prepararse para darles la bienvenida.

Había vuelto a meter las armas en las cajas y se había asegurado de mantener la munición en un lugar seco, puesto que había comenzado a llover. Giacomo sentía el pelo mojado. Sin embargo se trataba de una lluvia fina y cristalina, y no le molestaba mientras a su lado desfilaban la hermosa llanura véneta y los campos arados.

Tal vez eran las espléndidas villas las que embellecían una situación por otro lado nada feliz, ya que aquellas arquitecturas elegantes pero sobrias estaban dispuestas de una forma tan armónica en el paisaje agreste, atravesado por canales de agua purísima, que maravillaban la vista.

Giacomo ya había adelantado a gran velocidad algunos carruajes de campesinos. Luego le tocó el turno a un convoy de carros tirados por bueyes y cargados de troncos de roble destinados al Arsenal. El convoy avanzaba lentamente hacia Treviso. Una vez allá, los hombres entregarían la madera a los cargadores del río Sile, que los distribuirían en barcazas para transportarlos a Venecia por vía fluvial.

A Casanova le llevó un buen rato adelantar al convoy. Se desgañitó pidiendo paso libre, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Estaba perdiendo un tiempo precioso.

Cuando por fin lo logró, se cruzó con una carroza patricia. Una hermosa muchacha, bastante descarada, se asomó por la ventanilla y lo devoró con la mirada, a pesar de la lluvia.

Giacomo se volvió una vez más, pero no vio a nadie. Esperaba haber conseguido dar el esquinazo a Zago y a sus hombres.

¿Por ventura habrían renunciado? Era poco probable. Tal vez lo mejor era pararse y esperar a que pasaran. ¿Hasta cuándo Balbi y él mismo podrían mantener ese ritmo? El fraile ya se había rezagado un poco, a pesar de que en la silla de montar se las apañaba mejor de lo que Casanova se había esperado. A la altura de Mogliano Veneto, donde la carretera discurría paralela al río Dese, Giacomo reconoció la Villa Morosini. Fue justamente allí donde descubrió a Zago y los suyos aparecer en el camino. ¡Y no solamente eso, sino que los habían visto y parecían redoblar los esfuerzos para alcanzarles!

Casanova sopesó la situación: él y Balbi todavía les llevaban cierta ventaja. A la derecha, un sendero partía de la carretera del Terraglio y conducía hacia un bosquecillo de tilos. Sin vacilar, puso a su alazán a galope en aquella dirección. Rápidamente se mezcló entre los árboles, cuyo follaje había adquirido el amarillo otoñal y al caer había formado una alfombra dorada que se extendía sobre el sendero. Desmontó del caballo, cogió las riendas y ató el alazán a un tronco. En esas llegó Balbi.

—¿Qué intenciones tenéis? —le preguntó con voz temblorosa.

—Librarme de esos pesados.

—¿Os habéis vuelto loco?

—Haced lo que queráis. Escondeos. Pero antes dejadme ver si lo que creo es cierto. —Se acercó al rucio de Balbi—. Sujetadlo bien —dijo. Se dio cuenta de que Balbi llevaba también pistolas con pedernal, como las suyas. Y cargadas.

Giacomo bendijo para sí el nombre de Alvise IV Giovanni Mocenigo. Cogió las pistolas y se las metió en el cinturón. Luego azotó en un flanco al rucio, que partió a gran velocidad, hasta adentrarse en lo más profundo del bosque, mientras Balbi gritaba de sorpresa y el espanto. Su voz se perdió en la lejanía.

Giacomo regresó a su caballo. Extrajo las dos pistolas de las cajas: también estas estaban cargadas. Las empuñó y se apostó entre los tilos, en espera de que pasaran Zago y sus dos esbirros.

La retícula de ramas y los montones de hojas de color amarillo anaranjado creaban una barrera natural que le permitía ocultarse a la vista de los que recorrían el sendero.

Esperó.

Le pareció una eternidad. El sudor le perlaba la frente. El cabello se le adhería a las sienes. Apuntó con los cañones de las pistolas. Las armas apenas despuntaban por entre las hojas doradas de los tilos.

Finalmente los oyó llegar. Una amalgama de cascos que batían la tierra del sendero.

Iban frenando. Giacomo vio pasar a Zago.

Tan pronto como descubrió tras él al hombre gigantesco que montaba un caballo azabache, asimismo imponente, abrió fuego con la pistola que empuñaba en la mano derecha. Apretó el gatillo, el muelle golpeó la piedra. La pólvora se prendió en la cazoleta y la bala salió disparada con un rugido de trueno.

Una nube azul se dispersó en el aire.

Alcanzado en un costado, el hombre aulló de manera desgarradora. Cayó del caballo y se quedó en el suelo, pateando de dolor, pero incapaz de volver a ponerse en pie; tal era la intensidad de su



martirio. Su voz áspera quedó acallada, sin embargo, por el trueno del segundo disparo. Un instante después también el esbirro de cabello colorado se llevó una mano al hombro, mientras un manantial de sangre le iba manchando la casaca.

Para ahorrarse tiempo, Casanova dejó caer las pistolas que llevaba en la mano y agarró las otras dos que se había metido en el cinturón, preparado para tener bajo control a los dos hombres, que aún podían resistirse.

Salió del grupo de tilos.

El coloso no estaba en condiciones de causarle problemas, pues ya agonizaba. Tampoco el pelirrojo estaba mejor. Había bajado del caballo y se había sentado en el suelo, apoyando la espalda contra el tronco de un tilo.

Giacomo apuntó con las pistolas hacia el hombre de pelo rojo y hacia Zago, que había tirado de las riendas. Su caballo estaba encabritado, y tras alzarse de manos con un relincho, volvió a ponerse a cuatro patas. Zago lo había hecho girar.

Ahora avanzaba lentamente hacia Casanova con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Y ahora qué? —dijo Zago—. Parece que si uno no muere existen posibilidades de volver a encontrarse.

—En efecto. ¿Recordáis mi promesa?

«¡Vaya con el demonio ese de Casanova!», pensó Zago. Lo había cogido por sorpresa con la más banal de las estratagemas y estaba en total ventaja. Lo había esperado en el bosquecillo de tilos para triturarlo. Pero ¿a quién le cabía en la cabeza que dispusiera de más armas que una patrulla de *arsenalotti*?

Sin duda podría agarrar su pistola y tratar de dispararle. Pero le estaba apuntando justo a la cara con dos armas y Zago estaba prácticamente seguro del resultado de aquel desencuentro si se le ocurría hacer el movimiento equivocado.

Un hombre tenía que entender cuándo había perdido. Le quedaba una sola posibilidad de restituir el equilibrio a ese enfrentamiento: apelar al sentido de la caballerosidad de Casanova. Si le pedía un duelo, probablemente se lo concedería.

Al menos podía intentarlo.

Al fin se decidió:

—De acuerdo, señor Casanova, me habéis asombrado.

—¡Ah, me siento complacido! Si creéis que os vais a salir con la vuestra es que no tenéis ni idea de lo que siento por vos.

—No, en realidad... Pero, ya que nos hallamos en una situación delicada, quizá podríamos resolverla de una vez por todas con un duelo —aventuró.

—¿Y por qué debería acceder a ello?

—Porque es lo habitual entre caballeros.

Casanova meneó la cabeza en señal de negación.

—No os concederé un duelo, si es eso lo que pedís.

—¡Ah! —exclamó Zago, que habría esperado mayor magnanimidad por parte de su adversario.

—No veo por qué tendría que renunciar a la ventaja que os he sacado gracias a una buena jugada. Después de todo, vosotros sois tres, y los tres nos habéis perseguido. Y no quisiera tener que mencionar la manera en que me llevasteis a los Piombi. Fuisteis vos quien pusisteis aquellos textos en las estanterías de mi librería. Me lo habéis quitado todo con la traición y el engaño. ¿Y ahora tengo que concederos un duelo?

Giacomo apretó el gatillo. El arma disparó. El proyectil de plomo alcanzó a Zago justo por debajo del hombro, rasgándole las carnes. El tiro lo atravesó, mientras la sangre salpicaba alrededor, a ráfagas, en un manantial escarlata.

Un humo azul salía de la pistola.

Zago abrió los ojos de par en par. No se había esperado tanta frialdad. Intentó permanecer en la silla de montar, pero el dolor lacerante lo doblaba. Se derrumbó y resbaló lentamente hasta caer en el suelo. No se había imaginado un final semejante. Casanova había cambiado. Había disparado sin siquiera titubear, sin una luz de incertidumbre en los ojos. Zago conocía esa mirada. La misma que él había mostrado hasta que conoció a Gretchen.

Se arrastró como un gusano sobre el lecho de hojas, que fueron tiñéndose del rojo de la sangre. Apoyó un pie en el suelo, tratando de levantarse, pero, cuando casi lo estaba consiguiendo, la segunda pistola de Giacomo soltó un disparo. De repente, le faltó la tierra bajo los pies. La bala le había perforado la pierna, quizá rompiéndosela.

Gritó en medio de un tormento sin precedentes.

—Los caballeros se desafían a duelo, es verdad —dijo Casanova—. Pero vos no lo sois, y yo dejé de serlo el día que me arruinasteis a mí y a Francesca. Y ahora, señor Zago... Os prometí que os daría muerte —prosiguió Giacomo, pateando con sus botas la mano del sicario del inquisidor general, haciéndolo bramar con el poco aliento que le quedaba en el cuerpo—. Pero, en mi infinita magnanimidad, os perdonaré. No os mataré, os brindaré la oportunidad de morir desangrado. Tal vez con un poco de suerte incluso podríais pedir a este par de villanos que os ayuden. Y quién sabe si lograríais llegar a Venecia. Por supuesto, no seríais más que un pobre inválido. Pero ese deterioro os ayudará a recordar lo que habéis hecho. Cada día de vuestra vida.

—¡Me las pagaréis, Casanova! —murmuró Zago, escupiendo una bocanada de sangre. Pero no logró añadir nada más. «¡Qué suerte la suya!», pensaba. Por una vez que tenía en mente un par de imágenes que habrían hecho sufrir a ese hombre, no era capaz de hablar.

Lo miró con odio. Con los dientes negros y rojos. Una burbuja de sangre le explotó en los

labios lívidos.

—Ahorrad aliento, amigo mío —continuó Casanova. Le dio la vuelta y le asestó una patada en la herida de la pierna.

—¡Ahhh! —Zago escupió un único aullido de dolor.

—¡Y ahora me marchó! —dijo el libertino.

Ninguno de los otros dos infames se atrevió a moverse. Casanova recuperó las pistolas y metió dos de ellas en las cajas y las otras dos en el cinturón, bajo la levita. Soltó las riendas del caballo y volvió a subir a la grupa.

Zago lo vio marcharse, con los cascos de su caballo levantando remolinos de hojas.

Oyó que el ruido se iba alejando.

Se puso boca arriba, en el centro del sendero. El follaje encendido de los tilos ondeaba por encima de él. La lluvia había cesado. Había aparecido el sol en el cielo, más luminoso que nunca, a pesar del frío.

Pensó que el campo véneto era de una belleza perturbadora. Enmarcado por las hojas otoñales, el cielo azul parecía un lienzo extraordinario.

En ese óvalo vio el rostro de Gretchen, sonriente como cuando intentó seducirlo.

No le importaba saber si en realidad lo había odiado. Solo quería recordar que, de todos modos, le había sonreído.

Extendió los brazos sobre el lecho de hojas.

Después de todo, aquel era un buen día para morir.

CUARTA PARTE

EL ESPÍA  
(noviembre de 1756)

## 54

### Bolzano

Era el día de Todos los Santos.

Tras haberse librado de Zago y sus hombres, Giacomo había llegado finalmente a la casa de postas de Treviso y allí había esperado a Marino Balbi.

Pero el fraile no apareció. Probablemente había decidido aventurarse solo. Ese pensamiento le había procurado el primer momento de alivio del día. Mejor así. Sin él podría moverse más rápidamente. Con los doscientos cequíes en la mano, saltó sobre la grupa de un caballo bien descansado y, a velocidad vertiginosa y sin detenerse, llegó a Bolzano al atardecer. Descansó en una posada y, tras una noche de sueño reparador, se dirigió de buena mañana al palacio propiedad de la condesa Margarethe von Steinberg.

Por una vez tuvo suerte. Al llegar al palacio se encontró al ama de llaves. Una mujer joven y lozana, agradable sin ser hermosa. Y cuando en un austríaco no perfecto pero sí comprensible le dijo que era Alvise Zaguri, un mercader italiano, y que estaba buscando a su amiga Margarethe, fue lo bastante convincente como para que la mujer le abriera el portón.

Una vez en el atrio, le hizo algunos cumplidos y ella se confió. Entonces, en cuanto la vio rendirse, extrajo rápidamente del bolsillo de la chaqueta un pañuelito de batista exquisitamente bordado.

Estaba impregnado de una mezcla que había aprendido a preparar estudiando las obras de Paracelso.

Se lo acercó a la cara.

En un instante, la muchacha cerró los ojos dulcemente y se desvaneció. Giacomo la sujetó.

Con el tacón de la bota cerró el portón.

Levantó a la chica en brazos, casi meciéndola, y la llevó a la casa, esperando que la fortuna continuara sonriéndole.

Pasada la entrada, se encontró en un salón.

Vio dos sillones de terciopelo con el respaldo exquisitamente tallado y una primorosa mesita con patas de sable. La luz se filtraba por las cortinas de muselina azul. Se acercó a uno de los sillones y colocó allí a la muchacha. Después salió, cerrando la puerta tras de sí.

La mezcla haría efecto el tiempo suficiente para poder llevar a cabo con toda tranquilidad lo que tenía en mente.

A menos que hubiera alguien más en la casa.

Bolzano era sin duda una ciudad magnífica, pensaba.

A pesar de que María Teresa había entrado en guerra, Margarethe se sentía allí como en casa. Un poco porque el Tirol pertenecía a los Habsburgo, desde luego, pero no solo era por eso: ese lugar había representado desde siempre una suerte de enclave mágico, donde diferentes culturas mercantiles hallaban un puerto franco. No era casualidad que el Magistero Mercantile fuera una de las mayores instituciones de la ciudad. Unos años antes algunas de las familias más prominentes, como los Hepperger, los Menz o los Aufschnaiter, habían auspiciado la construcción del Palacio Mercantil, en la Laubengasse, la calle de los Pórticos. Habían confiado el encargo a un italiano, el arquitecto veronés Francesco Perotti, que lo había concebido con líneas sobrias y elegantes para garantizar una perfecta armonía con la espléndida calle.

En el interior del palacio reinaban las balaustradas, cortinajes, puertas y una sucesión de muebles delicadamente tallados y con incrustaciones, obra del talento de Anton Katzler.

La condesa Margarethe von Steinberg había salido del Magistero y, tras recorrer la Laubengasse, había llegado a la Kornplatz, la plaza del Grano. En días fríos y luminosos como ese le gustaba acercarse al mercado. Una capa de nieve pintaba de blanco las calles y añadía magia a la ciudad. Al llegar a la Kornplatz, se quedó hechizada: los puestos exponían todo tipo de productos en un triunfo de formas y colores. Margarethe pasó de largo las tiendas de vino y aceite y se quedó contemplando admirada las sedas venecianas y florentinas. Aquello era quizá lo que más echaba de menos de la Serenísima República. Pero lo hermoso de Bolzano era que allí se concentraban mercaderes de Austria, Venecia, Silesia, la Confederación Suiza... Margarethe tocó los tejidos para comprobar su suavidad y valorar su brillo natural. Se prometió a sí misma volver para comprar algunas piezas de una seda azul intenso que la habían cautivado.

Continuó por los puestos de frutos secos, vio los Stupplingen, las últimas setas de temporada, exhibidos en los cestos arracimados de color miel, y luego las coles negras y rojas y las cebollas blancas. Olfateó el aire, tan rico en aromas y fragancias que resultaba embriagador. Se sintió niña de nuevo.

Tras los días venecianos, tan intensos y saturados de violencia e intrigas, Margarethe se regocijaba en la quietud de su Tirol.

Disponía de un magnífico palacio en la Silbergasse y, a diferencia de lo que había temido, no sentía la ausencia de Gretchen. Generalmente no se apegaba a las personas, y mucho menos a los sirvientes, hasta el punto de que a menudo prefería asumir las tareas sola, empezando por las compras. En el caso de Gretchen, sin embargo, había dado con una chica sensata, nunca invasiva y con sonrisa contagiosa, y hubo un tiempo en que se sintió feliz de tenerla cerca. Pero lo que había

ocurrido con Casanova la había decepcionado profundamente. Había bastado un estúpido desafío para que Gretchen se decidiera no solo a ponerse de parte de aquel hombre, sino incluso a entregarse a él de la forma más vil y lasciva. Y Margarethe se había sentido traicionada.

Por lo tanto, no le importaba lo más mínimo la suerte que hubiera corrido su dama de compañía. Simplemente había aceptado la idea de que no volvería a verla.

Estaba comprando un buen pedazo de panceta cuando algo atrajo su atención. Con el rabillo del ojo captó la sombra de un fantasma. O eso le había parecido.

Pero ¿cómo era posible?

Se giró de repente. No vio a nadie. Y sin embargo estaba segura de que acababa de descubrir el rostro de Giacomo Casanova. Aquel idiota libertino estaba en los Piombi. Lo mismo que Francesca seguía confinada en Murano, en el monasterio de Santa Maria degli Angeli.

Debía de estar cansada, se dijo. Probablemente las emociones de ese último período la habían extenuado más de lo que quisiera admitir. Había desafiado al adalid de Venecia, el hombre que escondía entre los pliegues de su capa todos los trucos y seducciones fingidas más diabólicos e irresistibles: Giacomo Casanova. Por lo tanto había contribuido de manera determinante a que el inquisidor general estuviera en condiciones de ser elegido nuevo dogo de Venecia tras la muerte de Francesco Loredan, que ya se hallaba con un pie en la fosa. En definitiva, había logrado derribar el vendaval rebelde y libertino de Venecia, preparándola para convertirse en la flor en el ojal de Austria.

Mientras pagaba la panceta pensó que le convenía regresar y descansar.

Enfiló por la Silbergasse, pero, justo en la esquina, cerca del puesto de pescado, le pareció volver a ver aquel rostro. Fue un instante, pero no podía olvidar la larga cabellera azabache y aquellos ojos de tonalidad aguamarina tan inconfundible. Diría que lo había visto sonreír, como si quisiera mofarse de ella.

¿Acaso la naturaleza estaba jugando con ella? Porque Casanova, admitiendo que se tratara de él, había desaparecido.

No podía ser más que su imaginación. Decidió volver.

Estaba realmente cansada.

## Las últimas palabras

Se peinó la larga cabellera rubia y luego se miró al espejo. Vio su piel todavía lozana, blanca como la nieve. Los ojos verdes seguían siendo resplandecientes y conservaban la lánguida sensualidad que tan útil le había resultado en el pasado. No había hombre en toda Austria que no la deseara. Pero ¿por qué limitarse a elegir solo a uno cuando podía tenerlos a todos siempre que le apetecía?

Se había creado una fama siniestra en torno a ella. Se decía que era un imán para los hombres, que los usaba como peleles.

Sonrió.

Esa aura que aunaba belleza y perfidia le convenía. Por supuesto, lo que le interesaba no era el amor o el sexo, sino el goce que la negación de aquellas estúpidas jaulas sentimentales le procuraba. No era contraria a darse placer o recibirlo, sabía perfectamente cómo hacer disfrutar a un hombre. Pero encontraba mucho más seductor el poder que su belleza podía ejercer sobre él, aquel minueto de miradas y halagos que, al ilusionarlo, lo llevaban a hacer locuras por ella.

Después de todo, ¿no había sido precisamente esa estrategia la que logró llevar a Casanova, el más letal de los seductores, a caer en sus redes? Había sido fácil. Y se había divertido. Había disfrutado con ello mucho más que si un hombre de noble linaje la hubiera poseído hasta la extenuación.

Porque el placer obtenido con el sexo era efímero y fugaz, mientras que la conciencia del poder resultaba mucho más duradera y satisfactoria. No había comparación, se dijo Margarethe. Más aún con el inevitable paso de los años. Todavía era hermosa, pero ¿por cuánto tiempo más?

Conocía perfectamente la leyenda de la condesa Erzsébet Báthory, noble dama húngara que no había dudado en sacrificar a jóvenes vírgenes para bañarse en su sangre y mantener así una eterna juventud. Al menos, eso se murmuraba en las cortes del imperio. Y tales rumores debieron de llegar a oídos de María Teresa de Austria, que no había vacilado en promulgar el Decreto sobre Vampiros, justamente el año anterior, con el objetivo de negar la existencia de criaturas sobrenaturales y frenar la locura pagana que se extendía por el territorio entre Hungría y Serbia, donde se decía que hombres y mujeres salían de sus tumbas para saciar su sed con la sangre de los aldeanos.

Había algo diabólico y extraordinario en Erzsébet Báthory, algo que, a juzgar por cuanto se



decía, le recordaba su misma sed de sangre y poder. Era un deseo profundo, un anhelo inextinguible, fruto, muy probablemente, de la necesidad de hacerse adulta y fuerte antes de tiempo.

Mientras su pensamiento divagaba en aquel cúmulo de habladurías sangrientas, Margarethe bajó la mirada, colocando el cepillo sobre el tocador.

Cuando volvió a fijar la mirada en la superficie del espejo lo vio.

Le presionó la garganta con la punta del puñal. Una gota de sangre brotó, dejando un fino rastro sobre la piel alba.

—¡Intentad hablar y os corto el cuello! —dijo Casanova.

—¡Vos! —exclamó la condesa, apretando los dientes, y en sus ojos asomó un fulgor de sorpresa y placer al mismo tiempo. ¡Así que Casanova no era tan fácil de derrotar!—. ¿Me aceptáis el desafío, todavía?

—Para vos esto no es más que un juego, ¿no es así?

—¡Por fin lo habéis comprendido!

—También por tal motivo no tendré piedad.

—Mesurad vuestras palabras. Si luego no vais a cumplir...

Por toda respuesta, Casanova apretó más fuerte la hoja del puñal contra la garganta. A la primera gota le sucedieron otras y el tajo se hizo más profundo.

—Bien —prosiguió Giacomo—. He aquí lo que quiero. —Le señaló con la mirada el escritorio que se adivinaba más allá de la puerta del estudio—. Escribiréis y firmaréis una confesión. Contaréis todo lo que habéis hecho. Explicaréis cómo sellasteis ese pacto malévolos con el inquisidor general, Pietro Garzoni, para someter mi amada ciudad a Austria.

—¿Eso creéis?

—Como que hay Dios que os degüello si no lo hacéis.

—¡Vos no sois nadie, Casanova!

Giacomo miró a Margarethe von Steinberg a los ojos.

—Yo soy Venecia.

## Sin piedad

Casanova guardó en el bolsillo de su elegante levita las hojas de papel pergamino que contenían la confesión de Margarethe. Había vuelto a envainar el puñal y desenfundó la espada, que apuntó a la garganta, para poder mantener a la condesa a mayor distancia.

No se fiaba de ella.

La había subestimado demasiado.

—¿Qué más queréis? —preguntó ella—. ¿Matarme?

—¿Qué más podría hacer, después de que me hayáis quitado a la mujer que amaba?

—¿Qué ingrato! ¡Soy yo quien la hice caer en vuestros brazos!

—Para vos Francesca no era más que un peón de ajedrez. Y yo también. ¡Y Gretchen! ¡E incluso Zaguri!

—¡Oh, lo habéis entendido! Bien, no penséis siquiera por un instante que vuestra espada me da miedo. Os he dado lo que queríais. Si tenéis intención de matarme, faltando a vuestra palabra, no tenéis más que hacerlo. ¡Y rápido!

Giacomo no se esperaba un coraje tan audaz. Aquella mujer tenía la rara capacidad de ponerlo en aprietos. Pero matarla a ella no era como disparar a Zago. Era una mujer. Y aunque ello no la hacía ni menos culpable ni menos cruel, no conseguía decidirse.

Le preguntó lo que quería saber. No tenía idea de lo que haría en caso de que no le respondiera. Quizás empezaría a torturarla.

—¿Dónde está Francesca?

La condesa estalló en carcajadas.

Giacomo sintió que una rabia profunda se iba apoderando de él.

Fue como una marea, una ola gigantesca que pareció anegararlo y arrebatarse toda la lucidez.

Cerró los ojos antes de golpear para matar. Y fue entonces cuando ocurrió.

Oyó un tintineo. ¿Tal vez una campanilla?

Giacomo volvió a abrir los ojos: la pared contra la que estaba apoyada Margarethe se cerraba frente a él.

Y ella ya no estaba.

En el instante mismo en que desapareció, Giacomo oyó un chasquido metálico, probablemente de una palanca, un mecanismo oculto que activaba la abertura de la pared.

Se arrojó contra ella. Intentó buscar con las manos, martilleando la pared con la empuñadura de la espada, hasta que, en alguna parte, oyó que una puerta se abría. Y lo que vio no le gustó lo más mínimo.

Ante sus ojos se hallaba un hombre de aspecto colosal. Más alto que él, que por cierto no era bajo en absoluto. Era anchísimo de espaldas y lucía una cascada de largo cabello negro. Su físico, imponente, era sin embargo enjuto y dejaba a las claras que ese hombre podía haber militado en el ejército de cualquier reino. A primera vista a Casanova le pareció que podía ser polaco o húngaro, no obstante la crueldad salvaje de su mirada lo colocaba en otro lugar del este, en una región inhóspita y despiadada. Quizás en las ciudades serbias, en los confines con el Imperio otomano.

Sin embargo, poco le importaba la procedencia de aquel gigante, que parecía dispuesto a romperle el cuello.

El hombre se plantó delante de él y desenvainó una espada elegante, de líneas sobrias aunque quizás un poco pesada. No era un hecho que pareciera preocuparle.

Después de haber hecho ademán de cortar el aire, el hombre se puso en guardia. Giacomo hizo lo mismo.

En cuanto lo atacó para probar su resistencia, Casanova se dio cuenta de la fuerza de su adversario.

Propinaba los golpes con una energía extraordinaria y él tuvo que apelar a toda su experiencia de espadachín para repeler los primeros mandobles, tan potentes como precisos. Los filos de las espadas silbaban para luego entrenchocar y cruzarse como lenguas de metal, hambrientas de la carne del enemigo.

Casanova paró en segunda y en tercera, los filos se apretaban el uno contra el otro. Trató de mantener el equilibrio para no verse arrollado por el ímpetu del adversario; después, se zafó y lo esquivó poniéndose de lado con una velocidad sorprendente antes de emprender un ataque en el que lanzó el filo con un movimiento súbito que estuvo a punto de abrirse paso hacia la guardia del enemigo. Pero aquel hombre era un guerrero formidable. Detuvo el mandoble. Había algo antiguo, ancestral, en él, como si llevara el arte del duelo, y más en general el del combate, impresos en la sangre.

El hombre se concedió una sonrisa burlona complacida. Asintió.

—¡Felicidades! —dijo.

Después, sin añadir nada más, intentó un fondo a modo de contraataque.

Casanova paró en cuarta e inmediatamente después en quinta ante un nuevo mandoble del adversario, llegado quién sabe de dónde.

Se detuvieron, mirándose a los ojos.

—Dragan Lukic —se presentó su adversario, con la voz oscura como una noche de sangre y

horror.

—Giacomo Casanova.

Repentinamente el hombre se lanzó de nuevo al ataque. Hizo un amago, para luego lanzar una acometida en diagonal, con una línea ascendente letal. Giacomo apenas lo vio llegar. Logró desviarlo en el último momento, aunque no del todo, y el filo le rasgó la chaqueta y la camisa. La sangre salpicó a ráfagas, mientras la amplia herida, aunque no era muy profunda, le provocaba una mueca y un gemido entre dientes.

Pero Casanova estaba lejos de rendirse. Había practicado con los mejores maestros de esgrima, en Francia y en Italia. Y a pesar de que su adversario era extraordinario, no podía esperar lo que el libertino estaba a punto de hacer.

Cambió de mano súbitamente, alterando la geometría. Se lanzó al ataque, descargando el golpe de manera sorprendente.

Por primera vez Lukic dejó entrever sorpresa. No se imaginaba un movimiento como aquel. Pero el filo de Casanova siguió de frente hasta abrirle un tajo en el costado, bastante más profundo que el que Lukic le había infligido a él.

En su contraataque de respuesta, sin embargo, Lukic logró acometer con tal fuerza que obligó a Giacomo a doblar el brazo, lo que le hizo perder la espada.

El arma terminó tintineando en el suelo de la estancia.

## Cuando todo parece perdido

Ya no podía seguir jugando según las reglas. Cogió lo primero que encontró a mano y lo estrelló contra Lukic: una lámpara que el hombre esquivó, luego el recado de escribir, una silla, incluso una copa de cristal que se estrelló contra la pared haciéndose añicos, en una lluvia de esquivas transparentes, una de las cuales terminó justo en el ojo de su adversario. Lukic se llevó una mano enguantada a la pupila en el desesperado intento de extraerla, mantenía en la mano derecha la espada para evitar ser sorprendido.

Pero, por más que hiciera, había bajado la guardia, y Casanova aprovechó la ocasión a la velocidad del rayo. Recuperando la iniciativa, se lanzó sobre él con todo su peso, a plomo.

Terminaron ambos por el suelo. Lukic bramaba por culpa de la astilla.

Casanova fue el primero en incorporarse y asestó a su adversario una patada en los riñones. Pero Lukic logró atraparlo entre sus piernas, haciéndolo caer de nuevo.

Del ojo de Lukic brotaba sangre. El gigante se puso de rodillas, a pesar del golpe recibido, pero Casanova fue lo bastante rápido como para propinarle una serie de puñetazos en la cara que le partieron el labio y luego la nariz.

El hombre cayó al suelo.

Casanova agarró la espada del adversario, la partió en dos y lanzó los dos trozos a un rincón de la habitación. Entonces recuperó la suya, se arrodilló y puso el filo bajo el mentón de Lukic.

—No tengo intención de mataros —le dijo en dialecto austríaco—. Os habéis batido bien, incluso mejor que yo. Por ello haremos lo siguiente: vos os quedaréis aquí y no moveréis ni un dedo. ¡Os aconsejo que no intentéis seguirme!

El otro lo miró con los ojos todavía llenos de odio y murmuró algo en una lengua que Giacomo no entendió. Imaginó que se trataba de una ofensa.

—No os culpo, pero si no me obedecéis, estaré obligado a daros muerte.

Dicho esto se levantó, se acercó a la cama de la condesa y con la hoja de la espada hizo trizas las sábanas. Consiguió una tira lo bastante resistente como para atar a Lukic. Le agarró los brazos, tiró de ellos y los envolvió con la tira de lino. Hizo un doble nudo muy apretado.

Después procedió a hacer lo mismo con las piernas.

—Tenéis que entenderlo; no puedo correr riesgos. —Después, cuando estaba a punto de irse, se despidió—: Lo lamento, pero me temo que perderéis el ojo.

Pero el otro ya no lo escuchaba. Giacomo cerró la puerta a sus espaldas, al tiempo que gritaba el nombre de Margarethe.

Luego otra vez más.

Y otra más.

Pero por más que insistía no obtuvo respuesta.

Se había ido, a saber dónde. Y con ella el secreto que había guardado para sí. Las esperanzas de encontrar a Francesca dependían en ese momento de Mocenigo.

Ahora tocaba desaparecer, y además raudo y veloz. Seguía siendo un veneciano en territorio austríaco. Y hasta que la situación entre el dogo y María Teresa no se hubiera aclarado, él no podía decir que se sintiera tranquilo.

Mejor que se calmaran las aguas. Encontraría un lugar apartado donde quedarse un tiempo.

Hungría parecía un buen lugar para refugiarse. No estaba en guerra con Prusia, no formalmente al menos, aunque su alianza con Austria era prácticamente segura.

Sí. Hungría parecía sin duda un buen lugar.

EPÍLOGO  
(noviembre de 1756)

## Hungria

Cuando lo vio entrar en la posada de aquella aldea perdida de Hungría, Giacomo suspiró con alivio.

No estaba seguro de que fuera a llegar. Habían pasado diez días desde que había abandonado Bolzano y no tenía ninguna garantía de que aquel hombre lograra encontrarlo. El mensajero tenía que haber espoleado hasta la extenuación al caballo para hacerle llegar sus noticias tan deprisa. Y tampoco Mocenigo debía de haberse demorado. Aunque sin duda la misión merecía todo esfuerzo, puesto que de la confesión de la condesa dependía la suerte de Venecia.

La posada estaba colmada de humo. De los estantes colgaban guindillas que pendían en rojos racimos. El olor de las piernas de cordero puestas a asar en el fuego, la grasa que chisporroteaba en la superficie dorada y crujiente de la carne en el asador. El posadero era un hombrón como un castillo.

Mientras Mocenigo se sentaba a la mesa, una camarera de pechos generosos y sonrisa pícaro sirvió dos jarras de loza llenas de cerveza oscura. Casanova dejó que su mirada se detuviera en la de la moza algo más de lo conveniente, y se sintió feliz de percibir una señal de asentimiento.

En cuanto la muchacha volvió al mostrador de la posada, Giacomo sacó la confesión del bolsillo y se la entregó a Mocenigo.

—Aquí tenéis todo lo necesario para detener a Garzoni —dijo.

—Cualquiera diría que estas hojas os queman en la mano...

—¿Me culpáis por ello?

—¡En absoluto! Veamos —dijo Mocenigo, y, a la luz del sol que se filtraba por la ventana, leyó la confesión.

—Está en francés...

—Ya veo... Y es muy clara. No deja lugar a dudas... —Mocenigo volvió a la lectura.

Pasó algo de tiempo antes de que levantara la vista hacia Giacomo.

—Muy bien —dijo finalmente—. ¿Y la condesa?

—Escapó.

—Lo imaginaba. En cierta medida, es mejor así.

—Tal vez sí —coincidió Casanova—. Si no, la habría matado —declaró. Mocenigo lo miró a los ojos y comprendió que no estaba bromeando—. ¿Francesca? —preguntó Giacomo de sopetón.



El gran hombre político suspiró.

—Lamentablemente todavía no tengo ninguna novedad. Su padre se ha marchado. Dicen que todo lo sucedido le ha roto el corazón. Nadie sabe dónde está su hija. El Palacio Erizzo está vacío, pero estamos buscando en todas partes. Hemos empezado a recorrer todos los monasterios y conventos de Venecia. Muy probablemente a Francesca la encerraron en alguna de las órdenes religiosas. Sea como sea, os prometo que, si se ha quedado en la ciudad, la encontraremos; es solo cuestión de tiempo.

—¿Me lo juráis? —Giacomo le clavó en los ojos una mirada que no admitía réplicas.

—Os lo juro. Tenéis mi palabra.

—¿Y respecto a lo demás?

Mocenigo carraspeó, como si quisiera aflojar la tensión que se había creado.

—Como decía, con esta confesión, Pietro Garzoni está perdido, y con él toda la pléyade de espías, lacayos y soldados. Venecia estará a salvo, y todo gracias a vos. Obviamente, para mí será prioritario restablecer relaciones diplomáticas con Austria, puesto que hemos frustrado la amenaza. Por otra parte, no podemos permitirnos tener oficialmente a María Teresa como enemiga nuestra. Y más aún considerando la guerra en curso, respecto a la cual nos hemos declarado neutrales.

—No podría pedir nada mejor, dadas mis circunstancias.

—Esperad antes de cantar victoria. Todavía no sabéis lo que os voy a pedir.

—¿Debo preocuparme?

Mocenigo se tomó un rato antes de contestar.

—Lo creáis o no, vuestra hazaña está en boca de todos. No pasa un día sin que se hable de vuestra fuga de los Piombi. En toda Europa, a decir verdad. —Se detuvo para observar el rostro de Giacomo—. A propósito, os queda bien esa barba —añadió.

—He pensado que haría más difícil reconocerme.

—Estoy de acuerdo.

—Pero ¿qué me ibais a pedir? —quiso saber Giacomo.

—Me refería a Austria. El hecho de que hayamos frustrado una conspiración no significa que tengamos que convertirnos en enemigos. De hecho, en ese sentido, el dogo...

—¿Su excelencia está mejor? —lo interrumpió Casanova.

—Sí, parece que su enfermedad evoluciona de la mejor manera. Por suerte en estos días ha conseguido un poco de tregua...

—Continuad.

—Sí... Decía que, incluso a la vista de vuestras innumerables competencias, necesitamos recomponer nuestra relación con Austria. Hace poco el dogo Francesco Loredan ha prometido a María Teresa vuestra intervención, como observador, en un asunto de la máxima importancia.

—¿Cómo es posible, después de todo lo ocurrido?

—Mi querido Casanova, ¡no seáis ingenuo! El hecho de que ahora tengamos las pruebas necesarias para desenmascarar el intento de golpe de estado no significa que no podamos poner en guardia a la emperatriz consorte. Además, la confianza en vos era absoluta. Sabíamos que ibais a conseguir esa confesión. El dogo ha jugado bien las cartas al tener el buen tino de poner sobre aviso a la reina de lo que iba a suceder. Y María Teresa, que es mujer de mundo, ha pillado al vuelo esta propuesta de paz. Venecia no tiene tiempo para las venganzas, o para ser más exactos, no se las puede permitir. Por ello, con todo el pragmatismo posible, así os he explicado el motivo de esta petición.

—¿De qué se trata?

—Casanova, seré franco. El asunto es verdaderamente inquietante. Y solamente vos podéis lidiar con ello. Un hombre con conocimientos de medicina, alquimia y astrología como vos y que al mismo tiempo no desdeña la acción y la intriga... Sois la persona idónea para cuanto os voy a decir.

—Le dais muchas vueltas, excelencia.

—Tenéis razón. —Mocenigo asintió. Los botones de oro de su levita azul emitieron destellos a la luz del sol.

—En Moravia alguien está destrozando a la gente de un pueblo a orillas del río Bystřice. Los motivos de tal masacre son completamente desconocidos, pero por la manera en que se asesina a la gente, todo hace pensar en una bestia feroz o en un hombre de extrema crueldad. Ni siquiera en sus peores pesadillas Austria ha conocido a un asesino capaz de semejante violencia.

Casanova se encogió de hombros.

—No sabría qué decir.

—Y, sin embargo, tendréis que saberlo. Mejor dicho, descubrirlo.

—¿El qué?

—Ya me habéis oído.

—Pero ¿por qué tendría que hacerlo?

—Porque la protección de Venecia pasa por eso.

—La protección...

—La que os ha permitido llegar hasta aquí.

—¿Qué queréis decir? —Giacomo hizo amago de levantarse. Mocenigo lo retuvo.

—Vamos, no os lo toméis a mal. De acuerdo, sé que podíamos haber hecho mucho más, pero creo que estos trescientos florines húngaros os ayudarán a aceptar. —Y al decirlo, dejó caer en el regazo de Casanova una bolsa de cuero de un peso considerable.

Pero Giacomo no pensaba rendirse.

—También la última vez me dijisteis lo mismo.

—Y vos... ¿qué me prometisteis?

Casanova resopló. Empezaba a pensar que había subestimado su compromiso. Pero, a fin de cuentas, quizás había que ver la parte buena. Después de todo, se decía que las mujeres de Moravia se contaban entre las más misteriosas y atractivas del mundo.

—De acuerdo —dijo entonces, súbitamente sonriente—. En el fondo estoy todavía vivo, ¿no?

—¡Excelente, así me gusta! Resolved ese asunto por mí y luego os iréis a París. ¿Os parece bien?

—¡París! —Casanova pareció paladear la palabra: el mero hecho de nombrar aquella ciudad le procuraba un placer casi físico—. ¿Y entonces? ¿Qué me encomendáis?

—Tenéis que llegar al pueblo de Bystřice, en la Moravia septentrional. La localidad toma el nombre del río homónimo que atraviesa parte de la región. Allí conoceréis al médico de la corte de la reina María Teresa, Gerard van Swieten. Él os presentará a la persona que, junto con vos, se ocupará de las pesquisas acerca de las misteriosas muertes que están perturbando a la población local.

—Y, como hemos dicho, no puedo negarme.

Mocenigo sonrió.

—Exactamente.

—Está bien. ¿Cuándo he de marcharme?

—Mañana por la mañana.

—Lo imaginaba.

—Me enviaréis informes semanales, hasta que la misión haya concluido.

—De acuerdo.

—Actuaréis en nombre de la Serenísima República y por cuenta de ella. Como os decía, la idea es que esta misión, altamente secreta, llevada a cabo junto con un agente austríaco, represente la paloma de la paz entre Viena y Venecia. Entretanto, me las arreglaré para que Garzoni y sus hombres terminen en un canal con los brazos y las piernas bien atados.

—Y que no vuelvan a salir a flote nunca más —concluyó Giacomo—. Ahora excusadme, excelencia, pero necesito un poco de aire. Lo comprendéis, ¿verdad?

—Naturalmente. Lo aprovecharé para disfrutar del almuerzo.

—Sabia decisión. Si me permitís un consejo...

—¿Cuál?

—El *pörkölt*.

Mocenigo abrió los ojos de par en par.

—Un estofado de ternera con comino y cebolla. Sabor intenso, pero sencillamente delicioso.

—Os haré caso.

Giacomo se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando abrió, lo acogió un viento gélido. Pero no le molestó.

Le encantaba Hungría.

Había una dulzura infinita en aquella llanura cubierta de nieve, en los árboles desnudos contra el cielo iluminado por un sol blanco. Escuchó el silencio: le llenaba el alma y le pedía que se quedara allí, contemplando la naturaleza límpida, pensando en Francesca, sabiendo que un día volvería a Venecia y la estrecharía de nuevo entre sus brazos.

Estaba seguro de que sucedería.

El pueblo estaba inmerso en el frío otoñal del mediodía. Un carro avanzaba lentamente por el camino enfangado, la tierra cubierta de paja. El campesino que ocupaba el montante lucía un bigote caído y un sombrero de piel con bordes de pelliza. De vez en cuando incitaba al animal, agitando las riendas y pronunciando palabras gruesas. Unas nubecillas blancas le salían de los labios. Una bandada de cuervos ocupó el cielo como tinta viva.

Giacomo volvió a ver a Francesca en el milagro de esa jornada: en los copos de nieve que caían lentamente y que parecían danzar al son de una música insinuada por el viento, en los brillantes arabescos del hielo sobre los troncos de los árboles, en la respiración de los aldeanos que se afanaban en sus labores, en el sonido de un hacha cortando la madera en pedazos, en el aullido del lobo, profundo y rebosante de una fuerza virgen y primordial, procedente del bosque de detrás de la llanura.

Suspiró.

¡Cuánto deseaba verla!

Esperaría. Sabía que le aguardaba un dilatado exilio disfrazado de viajes y aventuras, repleto de libertad; sin embargo, por más que se obstinara en disimularlo, no era más que un destierro, largo e inexorable.

Se prometió a sí mismo que la próxima vez que viera a Mocenigo le entregaría una prenda de amor para Francesca, esperando que la encontrara. Pero no tenía dudas de que tal cosa acontecería.

Entretanto, evocó la cara de su amada. La recordaba enmarcada por la larga cabellera que parecía llamaradas líquidas, los ojos verdes, puros y luminosos como espejos de agua, la piel blanca como la nieve que acababa de caer.

Volvió a pensar en la noche de pasión que había vivido con ella, en el fuego en el que se habían consumido, en los momentos en que había leído en sus ojos el estupor tras un velo de prudente espera, en los besos robados en medio de la oscuridad del teatro.

Francesca habitaba su alma. Nunca la olvidaría. Y aunque sedujera y amara a otras mujeres, ninguna sería como ella.

Miró hacia el horizonte.

Le aguardaba Moravia. Sonrió.

Después de todo, ¿valía la pena hacerse tantas preguntas? Giacomo creía que no.

Bien podría ir y morir donde Venecia le ordenaba. Esa Venecia que lo había exiliado.

Esa Venecia que lo celebraba como una leyenda.

Esa Venecia por la que habría dado la vida si hubiera sido necesario.

## Nota del autor

Ante todo, deseo aclarar que esta obra se encuadra en el contexto de la gran novela de aventuras, en particular el de *Las memorias de Barry Lyndon*, de William Makepeace Thackeray; *Moll Flanders*, de Daniel Defoe, sin olvidar las influencias libertinas de Pierre-Ambroise-François Choderlos de Laclos, autor de *Las relaciones peligrosas*, y las insinuaciones de capricho neodieciochesco en *All'insegna del buon corsiero (En la posada del buen corcel)*, de Silvio D'Arzo. Novela de aventuras, pues, y únicamente en última instancia histórica, ya que la intención, en este caso, ha sido revisitar algunos hechos de la vida de Casanova en clave de posibilidad, tratando, por lo tanto, de indagar en las zonas más oscuras de su autobiografía, que cuenta mucho sobre él y que sigue siendo la principal fuente de información, pero al mismo tiempo eclipsa las razones que generaron otros hechos, y pienso especialmente en su período de encarcelamiento en los Piombi. Y eso se debe a que el protagonista de la historia desconocía por completo los motivos reales que determinaron tales acontecimientos. Por tal razón mi novela transfigura en clave de aventura y de intriga ese asunto, a la par que intenta arrojar alguna luz sobre cuáles fueron las verdaderas relaciones entre Austria y Venecia, sin olvidar que, según una tesis para nada peregrina, Casanova habría acabado en los Piombi en realidad por haber importunado, inadvertidamente, a una amante del inquisidor general.

Debe decirse, por otro lado, que la última parte de la novela está fuertemente inspirada en los hechos, como se informa en la autobiografía del libertino más famoso de la historia, con especial atención a la parte que después aparece recogida en *Storia della mia fuga dai Piombi (Historia de mi fuga de los Piombi)*.

Por supuesto traté de recrear el ambiente con sumo cuidado, a través de un largo trabajo de investigación en archivos y de campo. No hace falta decir que *Storia della mia vita (Historia de mi vida)*, de Giacomo Casanova, ha sido la referencia principal, junto con algunas biografías y libros a él dedicados como *Vita di Casanova (Vida de Casanova)*, de Luigi Baccolo, Milán, 1972; *Il mondo di Giacomo Casanova. Un veneziano in Europa 1725-1798 (El mundo de Giacomo Casanova. Un veneciano en Europa, 1725-1798)*, VV. AA., Venecia, 1998; *Vita di Giacomo Casanova (Vida de Giacomo Casanova)*, de Elio Bartolini, Turín, 2004; *Giacomo Casanova. Avventuriero, scrittore e agente segreto (Giacomo Casanova. Aventurero, escritor y agente secreto)*, de Giampiero Rorato, Godega di Sant'Urbano (TV), 2012; *I viaggi di Casanova: dalla «Storia della mia vita» Edizione Illustrata (Los viajes de Casanova: de la «Historia de mi*

vida», *Edición ilustrada*), de Giacomo Casanova, Milán, 2014; así como una infinidad de monografías dedicadas a la Serenísima República, entre las cuales como mínimo citaré: *L'inquisizione a Venezia (La Inquisición en Venecia)*, de Riccardo Calimani, Milán, 2003; *La Repubblica del Leone, storia di Venezia (La República del León, historia de Venecia)*, de Alvise Zorzi, Milán, 2011; *Venezia '700 (Venecia 700)*, de Massimo Favilla y Ruggero Rugolo, Venecia, 2011; *L'alba dei libri: quando Venezia ha fatto leggere il mondo (El amanecer de los libros: cuando Venecia puso al mundo a leer)*, de Alessandro Marzo Magno, Milán, 2013; *Leggende veneziane e storie di fantasmi (Leyendas venecianas e historias de fantasmas)*, Venecia, 2011; *La Venezia segreta dei Dogi (La Venecia secreta de los dogos)*, Roma, 2015; *I tesori nascosti di Venezia (Los tesoros ocultos de Venecia)*, Roma, 2016; *Un giorno a Venezia con i Dogi (Un día en Venecia con los dogos)*, Roma, 2017 (todos con la firma de Alberto Toso Fei); *I servizi segreti di Venezia. Spionaggio e controspionaggio ai tempi della Serenissima (Los servicios secretos de Venecia. Espionaje y contraespionaje en los tiempos de la Serenísima)*, de Paolo Preto, Milán, 2016; y luego *Il doge di Venezia (El dogo de Venecia)*, de Giorgio Ravegnani, Bologna, 2013; *Storie segrete della Storia di Venezia (Historias secretas de la historia de Venecia)*, de Francesco Ferracin, Roma, 2017; *L'Inquisizione a Venezia (La Inquisición en Venecia)*, de Gian Nicola Pittalis, Castelfranco Veneto (TV), 2017.

En definitiva, ha sido un viaje fascinante y rebosante de asombro y estupefacción, que me ha impuesto asimismo algunas adaptaciones durante la fase de escritura. Pienso, por ejemplo, en la necesidad de reconstruir el sistema veneciano de contar las horas sin menoscabo de la legibilidad y la inmediata comprensión textual.

Al lector más avezado, de hecho, no se le habrán escapado mis cuidadosas referencias, casi obsesivas, al atardecer y al anochecer. Este hecho, lejos de representar un detalle estilístico, subraya de manera discreta lo importante que era la puesta de sol para los venecianos, que, precisamente en su calendario, contaban las horas no a partir de la medianoche sino más bien a la hora del atardecer, identificable entre las cinco y las ocho de la tarde, dependiendo del período del año. De esa forma la primera hora no se identificaba con la que venía justo después de la medianoche sino en la primera justo después de la puesta de sol. Por convención, el modo de contar las horas se comenzaba aproximadamente cuarenta y cinco minutos después de atardecido. No es casualidad que cuando Casanova en sus memorias habla de la hora quince o decimoquinta no alude en absoluto a las tres de la tarde, sino a las once de la mañana. Ahora bien, precisamente para evitar complicaciones excesivas en la fase de escritura o de comprensión del texto, he preferido identificar las horas con perífrasis tales como «Justo después de la puesta de sol» o «Desde la puesta de sol en adelante», para permitir al lector una rápida y eficaz comprensión del texto, manteniendo la verosimilitud histórica, en homenaje al horario veneciano.

Esta y otras muchas adaptaciones las elegí para consentir un disfrute simple, directo, típico de

la narración que más me interesa, que es la de la novela literaria y la popular fusionadas.

He dado un toque de época al lenguaje para permitir al lector apreciar cierto tipo de ambientes, pero el trabajo de «historización» no compromete la facilidad de uso y se funde con un enfoque lo más cercano posible a la acción y a las tramas típicas de las novelas de aventura por entregas, sin por ello desdeñar la influencia epistolar y las intrigas erótico-amorosas de la novela libertina.

Evidentemente no han faltado los viajes por la laguna, los paseos y las conversaciones junto a mi buen amigo Francesco Ferracin, novelista y guionista extraordinario que profesa un profundo conocimiento de la historia veneciana, y tampoco —pero eso resulta evidente— las peregrinaciones a las bibliotecas y archivos.

Al lector le digo, finalmente, que no intente encontrar una perfecta correspondencia con los hechos, que pese a todo está presente en algunas partes, ya que la tarea de esta novela es precisamente la transfiguración de un mundo, la celebración de colores y ambientes, la «relectura» de algunos acontecimientos que realmente sucedieron, pero intentando sugerir tramas y perspectivas que surgen, más que de ninguna otra cosa, de las historias de espías.

*Padua-Venecia, 1 de enero de 2018*



## Agradecimientos

Desde hace mucho tiempo quería dedicar una gran novela a la figura de Giacomo Casanova, puesto que lo considero uno de los más increíbles antihéroes de la historia: libertino, seductor, literato, rebelde, alquimista, espadachín, aventurero, viajero...

Mis agradecimientos, pues, a Mondadori, la editorial perfecta para un proyecto como este.

Luego, el primer GRACIAS gigantesco es para Carlo Carabba: por haber creído tanto en esta novela, antes que nadie y con más fuerza que nadie. Afrontarla juntos ha sido un gran honor y una inmensa alegría porque además, más allá de la retórica, lo que de verdad cuenta son los pedazos de vida compartidos, especialmente cuando todo te va en contra y estás por los suelos. Con Carlo me une una amistad profunda. La estima es recíproca y sincera, sensaciones dieciochescas realmente, cuando la palabra «honor» tenía sentido.

Del mismo modo, agradezco a alguno de los grandes autores que han significado un extraordinario precedente y sin los cuales nunca me hubiera atrevido a iniciar una aventura semejante: Sebastiano Vassalli, Arthur Schnitzler y Sándor Márai, frente a quienes me siento deudor y discípulo, sea por mi pasión por un cierto tipo de literatura, sea porque soy consciente de haber estudiado sus novelas para sentirme inmerso en el aroma dieciochesco que tan bien han sabido captar en sus páginas inmortales.

Junto a los editores, agradezco también a mis agentes: Monica Malatesta y Simone Marchi han sido desde siempre admirables, tienen la determinación, la elegancia, la competencia, o sea, todas aquellas virtudes irrenunciables que únicamente los mejores agentes literarios poseen.

Agradezco, finalmente, a todo el equipo de Mondadori por su extraordinaria profesionalidad.

Para esta novela he escuchado casi hasta la extenuación las sonatas para clavicémbalo de Benedetto Marcello. Las he alternado con las más hermosas baladas de Willy de Ville y Massimo Bubola, melodías rebosantes de *soul* y melodrama, sinceramente perfectas para los ambientes que quería intentar recrear. También va para ellos mi infinita gratitud. Agradezco, naturalmente, a Sugarpulp, que nunca me ha fallado: Giacomo Brunoro, Valeria Finozzi, Andrea Andretta, Isa Bagnasco, Massimo Zammataro, Chiara Testa, Matteo Bernardi, Piero Maggioni, Carlo «Charlie Brown» Odorizzi.

Gracias a Lucia y Giorgio Strukul, que me enseñaron el amor por la lectura.

Gracias a Leonardo, Chiara, Alice y Greta Strukul, por estar siempre a mi lado.

Gracias a los Gorgi: Anna y Odino, Lorenzo, Marta, Alessandro y Federico.

Gracias a Marisa, Margherita y Andrea «il Bull» Camporese.

Gracias a Caterina y a Luciano porque desde siempre y para siempre constituyen un modelo de vida.

Gracias a Oddone y Teresa, y a Silvia y Angelica.

Gracias a Jacopo Masini & Dusty Eye.

Gracias a Marco Bergamaschi. Vuestras fotos son rompedoras. No admite discusión.

Gracias a Marilù Oliva, Nicolai Lilin, Marcello Simoni, Francesca Bertuzzi, Francesco Ferracin, Gian Paolo Serino, Simone Sarasso, Antonella Lattanzi, Alessio Romano, Romano de Marco, Mirko Zilahi de Gyurgyokai, porque sin vosotros la literatura italiana sería menos hermosa.

Para concluir, gracias infinitas a Alex Connor, Victor Gischler, Sarah Pinborough, Jason Starr, Allan Guthrie, Gabriele Macchietto, Elisabetta Zaramella, Lyda Patitucci, Mary Laino, Andrea Kais Alibardi, Rossella Scarso, Federica Bellon, Gianluca Marinelli, Alessandro Zangrando, Francesca Visentin, Anna Sandri, Leandro Barsotti, Sergio Frigo, Massimo Zilio, Chiara Ermolli, Giulio Nicolazzi, Giuliano Ramazzina, Giampietro Spigolon, Erika Vanuzzo, Thomas Javier Buratti, Marco Accordi Rickards, Raoul Carbone, Francesca Noto, Daniele Cutali, Stefania Baracco, Piero Ferrante, Tatjana Giorcelli, Giulia Ghirardello, Gabriella Ziraldo, Marco Piva a.k.a. el Gran Alguacil, Paolo Donorà, Massimo Boni, Alessia Padula, Enrico Barison, Federica Fanzago, Nausica Scarparo, Luca Finzi Contini, Anna Mantovani, Laura Ester Ruffino, Renato Umberto Ruffino, Livia Frigiotti, Claudia Julia Catalano, Piero Melati, Cecilia Serafini, Tiziana Virgili, Diego Loreggian, Andrea Fabris, Sara Boero, Laura Champion Zagato, Elena Rama, Gianluca Morozzi, Alessandra Costa, Và Twin, Eleonora Forno, Maria Grazia Padovan, Davide De Felicis, Simone Martinello, Attilio Bruno, Chicca Rosa Casalini, Fabio Migneco, Stefano Zattera, Marianna Bonelli, Andrea Giuseppe Castriotta, Patrizia Seghezzi, Eleonora Aracri, Mauro Falciani, Federica Belleri, Monica Conserotti, Roberta Camerlengo, Agnese Meneghel, Marco Tavanti, Pasquale Ruju, Marisa Negrato, Serena Baccarin, Martina De Rossi, Silvana Battaglioli, Fabio Chiesa, Andrea Tralli, Susy Valpreda Micelli, Tiziana Battaiuoli, Erika Gardin, Valentina Bertuzzi, Walter Ocule, Lucia Garaio, Chiara Calò, Marcello Bernardi, Paola Ranzato, Davide Gianella, Anna Piva, Enrico «Ozzy» Rossi, Cristina Cecchini, Iaia Bruni, Marco «Killer Mantovano» Piva, Buddy Giovinazzo, Gesine Giovinazzo Todt, Carlo Scarabello, Elena Crescentini, Simone Piva & Viola Velluto, Anna Cavaliere, AnnCleire Pi, Franci Karou Cat, Paola Rambaldi, Alessandro Berselli, Danilo Villani, Marco Busatta, Irene Lodi, Matteo Bianchi, Patrizia Oliva, Margherita Corradin, Alberto Botton, Alberto Amorelli, Carlo Vanin, Valentina Gambarini, Alexandra Fischer, Thomas Tono, Ilaria de Togni, Massimo Candotti, Martina Sartor, Giorgio Picarone, Cormac Cor, Laura Mura, Giovanni Cagnoni, Gilberto Moretti, Beatrice Biondi, Fabio Niciarelli, Jakub Walczak, Lorenzo Scano, Diana Severati, Marta Ricci, Anna Lorefice,

Carla VMar, Davide Avanzo, Sachi Alexandra Osti, Emanuela Maria Quinto Ferro, Vèramones Cooper, Alberto Vedovato, Diana Albertin, Elisabetta Convento, Mauro Ratti, Mauro Biasi, Nicola Giraldi, Alessia Menin, Michele di Marco, Sara Tagliente, Vy Lydia Andersen, Elena Bigoni, Corrado Artale, Marco Guglielmi, Martina Mezzadri.

Habré olvidado a alguno, sin duda. Como digo ya desde hace tiempo..., estarás en el próximo libro. ¡Lo prometo!

Un abrazo y un agradecimiento infinito a todas las lectoras, lectores, librerías, librerías, promotoras y promotores que depositarán su confianza en esta novela mía tan llena de pasión, intrigas, poder, belleza, amor, duelos y traiciones.

Dedico esta novela a mi mujer, Silvia: mi vida junto a ti es un sueño resplandeciente, la recompensa más grande que un hombre puede llegar a tener.

Y al Véneto, que desde siempre vive en mi corazón.



Venecia, 1755. La condesa Margarethe Von Steinberg, una noble austriaca de extraordinaria belleza, desafía a Giacomo Casanova a un concurso singular: si logra seducir a la bella Francesca Erizzo, la hija de uno de los notables más poderosos y temidos de la ciudad, entonces Margarethe será toda suya. Casanova acepta y al comenzar a cortejar a la chica, desplegando todo su encanto incomparable, descubre que realmente la ama. Un magnífico retrato de una época y un personaje míticos, de la mano de un maestro del género.

**MATTEO STRUKUL** es novelista y dramaturgo. Vive entre Padua, Berlín y Transilvania. Es licenciado en Derecho y Doctor e investigador en Derecho Europeo. Ha publicado varias novelas históricas y thrillers en Italia, Estados Unidos, España, Gran Bretaña y Alemania. Es el autor de la saga de Los Medici, bestseller internacional con más de 400.000 copias vendidas en Italia. Dirige los festivales literarios Sugarpulp y Chronicae (Festival Internacional de Novela Histórica). Es docente en la Universidad de Roma y escribe en las páginas culturales de Venerdì di Repubblica.

Título original: *Casanova. La sonata dei cuori infranti*

Primera edición: febrero de 2020

© 2018, Matteo Strukul

Publicado originalmente en Italia por Mondadori Libri S. p. A., Milano, 2018 Publicado por acuerdo especial con The Ella Sher Literary Agent [www.ellasher.com](http://www.ellasher.com), junto con su agente debidamente designado MalaTesta Lit. Ag., Milano

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Natalia Fernández, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6718-0

Diseño de portada: José Luis Paniagua

Fotografía de portada: Shutterstock

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Casanova. La sonata de los corazones rotos

## PRIMERA PARTE. EL AMOR

1. El juego del ahorcado
2. Regreso a Venecia
3. El inquisidor general
4. La condesa
5. Zago
6. El lienzo del destino
7. Francesca
8. Una fiesta de máscaras
9. Preparativos
10. Los Diez
11. La fiesta
12. El demonio y el color cobalto
13. Un joven impertinente
14. La primera carta
15. Vergüenza
16. La respuesta
17. Hacia un duelo
18. Un maremágnum de emociones
19. Al ponerse el sol
20. El juego
21. San Marcos



## SEGUNDA PARTE. LA CONDENA

22. Pesadilla
23. Pájaro de mal agüero
24. Juguetes rotos
25. El interrogatorio
26. Goldoni en el teatro
27. Averiguaciones
28. Una trama peligrosa
29. Las implicaciones de una apuesta
30. Tormento y codicia
31. Besos y sombras
32. El almacén
33. Amanecer de esperanza
34. Amargura
35. La noche sonrío a los malvados
36. El encuentro
37. Rendición de cuentas
38. Acusaciones
39. Noche de plomo
40. Gretchen
41. La esencia misma del mal

## TERCERA PARTE. LA VENGANZA

42. La celda
43. Conversando de política
44. Los Piombi
45. La desesperación
46. Revelaciones

47. El plan

48. La fuga

49. Precauciones

50. Palacio Ducal

51. Santa Maria del Rosario

52. Alle Campane

53. El camino del Terraglio

#### CUARTA PARTE. EL ESPÍA

54. Bolzano

55. Las últimas palabras

56. Sin piedad

57. Cuando todo parece perdido

#### EPÍLOGO (noviembre de 1756)

58. Hungría

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mateo Strukul

Créditos